



SOR ISABEL DE LA SMA. TRINIDAD

CARMELITA DESCALZA

1880-1906

— * —

RECUERDOS

Traducción de la quinta edición francesa

POR LAS CARMELITAS DESCALZAS DE BETOÑO (ALAVA)

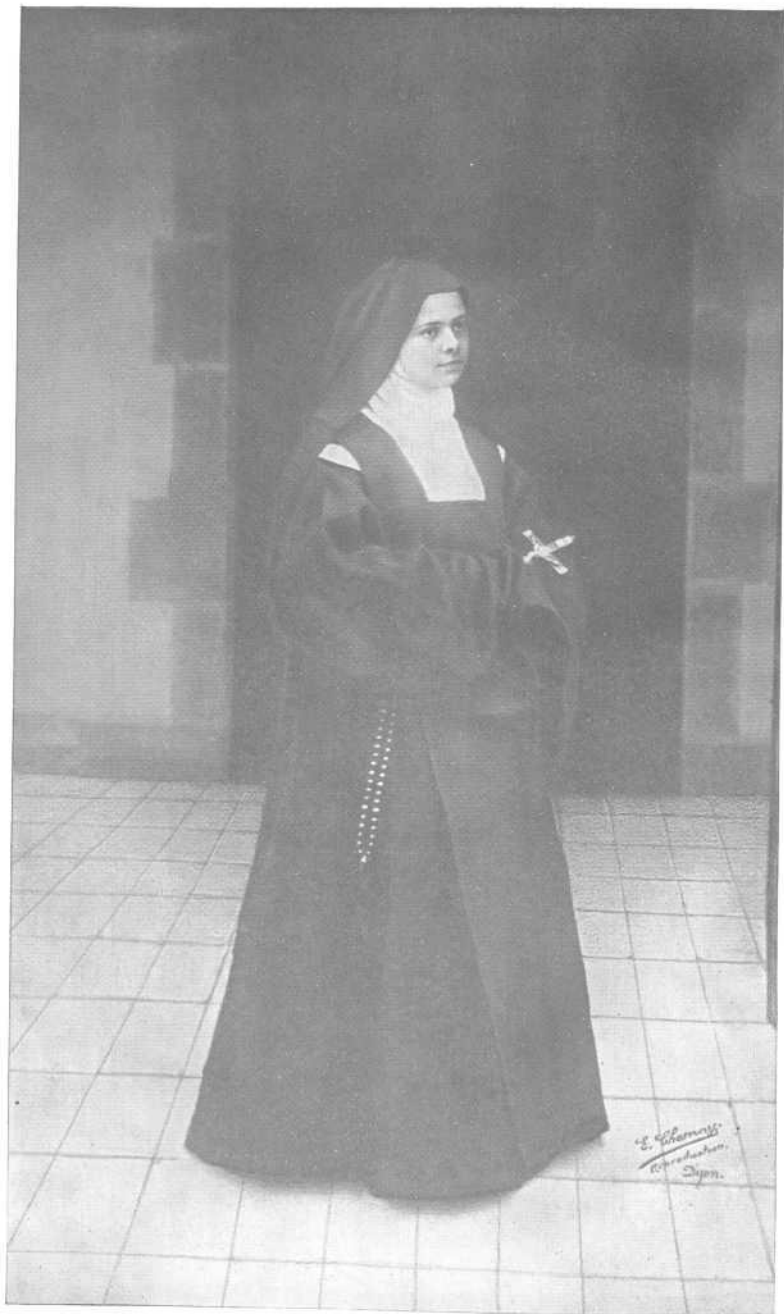
CON LA AUTORIZACION DE LAS RR. MM. CARMELITAS DE DIJON



BURGOS

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE POLO.

—
1913



L. Schmitt
Kreuzschm.
Dien.

SOR ISABEL DE LA SMA. TRINIDAD

RECUERDOS

DECLARACION

De conformidad con el decreto del Papa Urbano VIII, declaramos que al emplear alguna vez en el decurso de esta obra términos de especial veneracion, solo lo hacemos en el sentido autorizado por la Santa Iglesia, á cuya sentencia y correccion nos sometemos con el amor mas filial.

SOR ISABEL DE LA SMA. TRINIDAD

CARMELITA DESCALZA

1880-1906



RECUERDOS

Traducción de la quinta edición francesa

POR LAS CARMELITAS DESCALZAS DE BETOÑO (ALAVA)

CON LA AUTORIZACION DE LAS RR. MM. CARMELITAS DE DIJON



BURGOS

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE POLO

1913

A LA VIRGEN INMACULADA

REINA Y BELLEZA DEL CÁRMEN MADRE NUESTRA AMANTÍSIMA

EN HOMENAJE DE FILIAL AMOR

Y ALABANZA DE GLORIA A LA TRINIDAD SANTÍSIMA.

ARZOBISPADO DE BURGOS, S. V.

Concordat cum originali et nihil obstat.

*Fr. Ludovicus Pierdail, Prior Monasterii
Scti. Domitici de Silos, censor.*

Imprimatur.—Burgis 10 Junii 1913.

*Doct. Æmilius Rodero Rera,
Vicarius capitularis, Sede vacante.*

APROBACION

DEL

OBISPO DE DIJON, MONSEÑOR MONESTÉS.

OBISPADO DE DIJON.

Dijon 15 de octubre de 1912.

En la festividad de Santa Teresa.

MI REVERENDA MADRE:

Pensando hace un momento, en vuestra iglesia, en la aprobacion que aguarda V. R. para la nueva edicion de un libro cada vez mas deseado, preguntábame qué consideraciones iba a dedicarle, cuando una íntima conviccion me dio a entender que bastante se recomienda por sí solo, como su atenta lectura lo persuade.

Hay en la actualidad una accion maravillosa del Espíritu Santo en la Iglesia. Todos los siglos presenciaron esas intervenciones singulares, adaptadas al estado social, a la mentalidad religiosa del momento, cuya diversidad a través de la historia solo sirve para dar mas relieve a la unidad de este mo-

vimiento eterno, por el que la Verdad y la Divina Misericordia se unen para continuar la obra de la redencion, para iluminar, purificar y salvar a los hombres.

En los dias que corremos, el positivismo ha penetrado en todos los ambientes: delante de las muchedumbres ha elevado espeso muro entre el órden visible de la creacion y el mundo sobrenatural. Ha dicho al hombre que de un mundo a otro no hay relacion verdadera, porque solo existe aquel donde él se mueve; que ningun rayo atraviesa por aquella barrera, porque no hay mas que una luz, la que le alumbra y que él está viendo. Multitud de almas pasan de este modo delante de aquel muro, mezcla de materialismo y de incredulidad, sin tratar siquiera de saber si es cierto que tras de él no hay nada, sin alzar siquiera los ojos arriba con objeto de columbrar por encima de su vértice un rinconcito del azulado cielo, justificando de este modo al pie de la letra lo que el Salmista notaba con tristeza: «Porfian por mirar solo al suelo».

Ahora bien, el dueño de nuestras vidas no quiere dejarlas inmóviles frente a esos desolados horizontes. No se contenta con abrir el cielo a nuestras esperanzas, sinó que descende hasta nosotros, mora en nosotros y nos asocia en el tiempo a su vida eterna; este es el misterio inefable conocido

desde la primera hora en la Iglesia. Pero lo que admira sobre manera es verle afirmarse mas y mas en almas escogidas, cualquiera que sea su temperamento, su condicion, su mentalidad. Al encontrar en medio de los vicios e impiedades modernos la existencia de aquellas vidas humanas tan embebidas en la vida divina, que pueden repetir con justa razon el dicho del Apóstol: «Ya no soy yo quien vivo, mas Cristo vive en mí», se recrea, se refocila el corazon y se vislumbra auroras regeneradoras. No es que se oiga el estruendo precursor de las grandes trasformaciones sociales e históricas, sinó que Dios se acerca misteriosamente a sus criaturas para llevar a cabo la santificacion individual, la cual, merced a la multiplicacion de los elegidos, ha de producir la salvacion de los pueblos. Calla el viento impetuoso; cerrada está la era de la Revelacion magna; mas en cambio la mística paloma vuela sin cesar, y se posa sobre las almas de buena voluntad, pero la obra que se está cumpliendo es siempre la misma. Como escribe el Reverendo Padre Foch en sus luminosos y breves tratados sobre la *Vida interior*, «esta venida, esta aproximacion del Espíritu Santo obrando en nuestras almas, constituye lo que los teólogos llaman mision invisible del Espíritu Santo. Ahora bien, esta mision invisible no difiere de la mision solemne, visible, deslumbradora, conocida

con el nombre de Pentecostes, mas que por caracteres accesorios, exteriores; en el fondo el misterio viene a ser el mismo en la una y en la otra...

Como antaño, para notificar al orbe entero las maravillas de esta segunda y continua Pentecostes, Dios suscita todavía apóstoles, y uno de los admirables aspectos de la accion maravillosa a que me referia antes lo constituye el tomarlos especialmente de los claustros, de lo mas retirado de la soledad, en época en que están rodeados por el descrédito y sufren violenta persecucion. La voz de estos mensajeros que proclaman la realidad, la belleza, los éxtasis de «nuestra sociedad con el Padre y el Hijo», segun expresion de San Juan, se eleva desde hace algun tiempo de un número considerable de monasterios. Varios podrian citarse, pero son ya conocidos por la piedad católica. Solo mencionaré el Cármen, y ahí designaré con enternecimiento y orgullo en el humilde cenáculo de Dijon á Sor Isabel de la Trinidad. La paloma vino un dia a reposar sobre ella y solo se retiró al Cielo con ella en el instante de su muerte, cuando la vida de union en la gracia llegó a ser la vida de union en la gloria.

El libro cuya nueva edicion se impone a raiz de varias otras demuestra sobradamente cual fue el papel de vuestra querida hija, y cual sigue siendo hoy dia su mision providencial. Dios ha hecho de la fer-

vorosa carmelita un apóstol de la Pentecostes perenne del Espíritu Santo en las almas. La que solía decir: «he hallado mi cielo en la tierra, pues que el cielo es Dios, y Dios está en mi alma», guía a los que meditan su vida y recurren a ella en busca de «la habitación del Verbo en las almas de los justos». Por doquiera os lo afirman. Su hermana de religion Sor Teresa del Niño Jesus es testigo incansable de la intervencion de lo sobrenatural sobre la tierra y del valimiento constante que las oraciones hechas con confianza tienen ante el corazon de Dios. Isabel de la Trinidad aunque en medio de una gloria menos radiante, como tras un velo de sagrario, inicia a las almas en los secretos inefables de la vida escondida en Dios, con Jesucristo. Tuvo de ello una intuición profética: «Creo que mi mision en el Cielo, decia, ha de consistir en atraer a las almas al recogimiento interior, ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios con un sencillo movimiento de amor, y procurar mantenerlas en ese profundo silencio de su interior que deja a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él».

¡Cuántas cartas vienen a referiros desde los países mas diversos el trabajo activo y viviente de vuestro apóstol! ¡Cuántos visitantes discretos van a arrodillarse sobre su tumba para obtener un patrocinio cerca de «sus Tres», segun solía designar a las

tres divinas personas; y a fin de acreditar sin duda la fe en la realidad de su mision, premia el Cielo, segun se dice, ese confiado recurso con signos sensibles y hasta con curaciones.

Es el cumplimiento, cada vez mas innegable, del voto que V. R. expresaba al publicar por vez primera sus *Recuerdos*, diciendo: «Plegue al Señor que los aromas de esta vida de oracion atraigan numerosas almas a los caminos interiores donde se aprende la perfecta abnegacion». Dé V. R. gracias a Dios. En Francia la vida de Sor Isabel de la Trinidad revela a muchas conciencias «el don de Dios», y las traducciones extranjeras son testimonio de que su voz resonó hasta los confines de la tierra.

En la paz austera de vuestro Cármen, en la escuela de la santa y esclarecida Reformadora, cuyas obras hemos oido ensalzar esta tarde, seguid ayudando con vuestros sufragios, vuestros sacrificios, vuestras virtudes, al conquistador apostolado de vuestra jóven hermana. Que cada dia mas, merced a todas estas poderosas intercesiones, el reino de Dios venga a nosotros, muy particularmente en la amada Borgoña. Este es mi mayor voto, mi ardentísimo anhelo.

† JACOBO LUIS,
Obispo de Dijon.

APROBACION

DE

MONSEÑOR PEDRO DADOLLE, OBISPO DE DIJON.

OBISPADO DE DIJON.

24 de setiembre de 1909.

Durante una porcion de dias he venido haciendo mi lectura espiritual en las pruebas de imprenta de los «Recuerdos» de Sor Isabel de la Santísima Trinidad, llegando por este medio a conocer a un alma como pocas, segun conjeturo, de tan peregrina hermosura cultivara el Carmelo.

Permitaseme comentar sucintamente el *imprimatur* que concedo a tan excelente obrita.

Exiguo en dimensiones es el cuadro en que, nada mas por veintiseis años, se desarrolla la vida de nuestra jóven hermana. Mas si bien es cierto que de esos cortos años cinco tan solo han transcurrido tras de las rejas del claustro, quien quiera se inclina a pensar, y tal vez se atreverá a sostener, que Isabel ha sido carmelita desde su nacimiento.

Cuando a los siete años aseguraba que habia de ser «religiosa», éralo ya la amable niña por el don gratuito del afecto, y habia de ir siéndolo cada vez mas por el desarrollo de sus aptitudes, nada comunes, para recogerse en Dios; por los progresos de su mortificacion, que aun en medio del mundo sabia ella nutrir con mil menudos y escondidos sacrificios; por la vigilancia sobre sí misma, y, por último, por su ardiente celo: virtudes todas ellas que especifican la vida carmelitana. Y tanto es así, que no parece sinó que fue la gracia del bautismo la que progresivamente, sin tregua alguna y sin desviarse un punto, la condujo hasta aquellas alturas desde donde con paso seguro se escalan las cumbres del Carmelo: *in Carmeli verticem*.

Fortuna es que nuestra hermana haya tenido, sin ella sospecharlo, tantas ocasiones de suministrar ayuda a quien tratase

de hacer su retrato. Un fragmento de su *Diario*, por lo que toca al periodo anterior a su ingreso en el claustro, sus *Cartas*, las *Notas* de retiro y sus ensayos poéticos son otras tantas fuentes de las que surge llena de vida ante los ojos, aun de aquellos que no la conocieron, o que tan solo llegaron a divisarla alguna vez.

Respecto a las composiciones poéticas de Isabel, su valor estriba sobre todo en la inspiracion, en el ardor viviente, en la genial entonacion.

En cuanto a su prosa, verdaderamente bella, muchas de sus *cartas* son en realidad obras maestras.

Escribe para hacer partícipes de las luces de su Cármen amado a las personas a quienes dejó en el mundo. Y al coger la pluma, saca a manos llenas riquezas de su tesoro, que era indefectiblemente la mas segura doctrina del Evangelio. ¡Con qué acierto alcanzó a penetrar en la doctrina de San Pablo!

Sus conferencias epistolares las trata Sor Isabel en un lenguaje tal, que ocurre preguntar dónde lo pudo aprender. El alma se derrama en ellas, tal cual debia de ser. Es deliciosa la sencillez, la lozania, la serenidad que campea en tales páginas.

El pensamiento, que siempre es sustancial y exacto y así mismo el sentimiento personal, muy levantado siempre, que brota de él comunicándole vida y movimiento, revisten a cada momento expresiones de un vigor y de una gracia verdaderamente extraordinarios.

Pero no se trata aquí de un estudio literario.

Para terminar, he de decir a los que se imaginan que el claustro es el sepulcro de las afecciones de familia: «Leed las cartas de nuestra Isabel a su madre, a su hermana..... y mostradnos algo que, a juicio vuestro, se asemeje a esa intensidad de su ternura filial y fraternal».

Doy mi bendicion a los «Recuerdos» y a la vez a la piadosa mano que tan discretamente ha tejido esta modesta corona de gloria terrenal sobre la frente de su amada «Alabanza de gloria», nombre con que a sí misma se apellidaba en este mundo Sor Isabel de la Trinidad.

† PEDRO,
Obispo de Dijon.

Carta de Monseñor Enrique Altmayer,

ARZOBISPO DE SINNADE.

Serre 8 de noviembre de 1909.

MUY REVERENDA MADRE:

No le he querido escribir para darle gracias por el delicioso volumen de los *Recuerdos* de su hermana e hija Isabel de la Trinidad hasta haber terminado de leerlos, lo que no me ha llevado mucho tiempo, dado lo encantadoras y benéficas, así me complazco en reconocerlo, que son esas páginas.

No se sabe qué admirar mas en el alma de esa jóven, si su virtud tan precoz como sólida, o los ardores de su fe y amor a Nuestro Señor, su doctrina tan segura como sublime que ponía ella por obra, o su union intensa con Dios, o esa participacion anticipada de la felicidad y de la funcion de los bienaventurados en el Cielo. ¿Qué falta a la santidad de aquella hija de Santa Teresa? Ah, cuán admirable es en sus vfas el Espíritu Santo! Porque esas maravillas obra suya son, y al reconocerlo cesa la extrañeza y se tributa la debida gloria a Dios, que formó tal alma, que la regaló a vuestra santa Orden y a vuestro amado monasterio, y que por vuestra mediacion nos la ha mostrado en todo el esplendor de su belleza.

Gracias os sean dadas, mi Reverenda Madre, por haber escrito esos *Recuerdos*, por vos tan íntimamente vividos, y por haber tenido a bien enviármelos; y recibiréis asimismo el agradecimiento de todas las almas que al leerlos y al meditarlos se

sentirán impulsadas a correr tras el olor de las virtudes de vuestra santa hija.

Esta es la gracia que mañana, día del tercer aniversario de su preciosa muerte, hemos de pedir unos para otros por su suave intercesion.

Muchas gracias por las oraciones que habéis dirigido al Cielo por el humilde jubilado que os bendice en Nuestro Señor.

† F. ENRIQUE V.

Arzobispo de Sinnade, O. P.

Carta de Monseñor Carlos Sagot du Uaurou,

OBISPO DE AGEN.

Agen 24 de diciembre de 1909.

Vigilia de Navidad.

MI REVERENDA MADRE:

Apenas hadoce años que sus hermanas de Lisieux publicaban la admirable y conmovedora historia de una de sus mas jóvenes compañeras, muerta a los 24 años en olor de santidad. El éxito del libro resultó completo.

A la lectura de aquellas delicadas páginas en que se reflejan con limpidez unas virtudes heroicas a la par que encantadoras, conmoviéronse muchas almas, presas de honda admiracion.

En efecto, jamas en los tiempos que corren el espíritu del Cármen habia difundido tan puros destellos; y asimismo, nunca habia resultado tan fácil llegar a entender cuánta suavidad derrama ese espíritu sobre las austeridades de la regla, cuánto goce sabe mezclar con el sufrimiento, y qué sencillez apacible y

confiada sabe compaginar con las luchas del amor divino contra la viciada naturaleza.

Pues bien, en lo sucesivo Sor Teresa del Niño Jesus tendrá una graciosa émula, que sin haber sospechado ni un solo momento esta semejanza, la iguala en perfeccion y en belleza; tal es la jóven, estoy por decir la niña, cuya vida nos cuenta V. R. con el modesto título de *Recuerdos*.

Veintiseis años ha vivido Sor Isabel de la Trinidad, y de ellos cinco en vuestro piadoso monasterio.

Dotada de un carácter franco y alegre, muy inteligente y noblemente prendada, como Santa Teresa, vuestra incomparable Madre, de las ideas claras y prácticas, cariñosa y buena, viva y delicada en todos sus sentimientos, ávida de abnegacion y de sacrificios, poseía el secreto de embelesar, en el sentido mas elevado de la palabra. «Desprendiase de ella, decía una de sus amigas, algo que no acertaría a expresar, algo tan puro, tan ardoroso, y, sin embargo, tan dulce, suave y sencillo como el aroma de la virtud».

El mundo hubiese reservado brillantes coronas a esta jóven, si en su corazon hubiera cabido desearlas.

Yo por mi parte sostendría que a un hombre sin creencias religiosas, por poco leal que fuese, le sería imposible recorrer el volúmen que acaba V. R. de escribir, sin que, aun a su pesar, experimentase la seducccion del todo celestial de vuestra dulce santita. ¡Qué amabilidad, y qué fortaleza a la vez, en el cumplimiento del deber por penoso que fuera! qué arte tan sublime de amor a Dios y a todo cuanto merece los homenajes del corazon! qué maravillosa armonia entre las cualidades humanas y la gracia de lo alto!

Pero lo que mas digno me parece de llamar la atencion en la vida de Sor Isabel es la exacta conformidad de sus miras, de sus anhelos, de su vida interior, de sus palabras, con los mas seguros principios de la Teología mística.

Vuestra jóven hija sigue sin desviar la linea recta: ni una sola vez se sorprende en su conducta un acto que haga sombra al cuadro animado de ricos colores por sus virtudes, ni de sus labios sale una sola palabra que sea como nota desafinada en el

melodioso cántico que su amor modula sin cesar a Jesucristo. No entiende ella de refinamientos: no la arrastra su imaginacion mas allá de los espacios en que acostumbra mantenerse la sana razon ilustrada por la fe y vivificada por el amor.

Las consideraciones sutiles o nebulosas son completamente ajenas a ella. Como siempre es exacto su pensamiento, la expresion que brota espontáneamente de su pluma no deja de serlo tambien. ¡Cuán bien conoce y penetra el sentido de las Escrituras, y en especial el de las Epístolas del gran San Pablo, por quien siente su corazon ardoroso una predileccion que en manera alguna nos extraña! ¡Qué comentarios tan interesantes y atinados aquellos con que ilumina las mas sublimes enseñanzas de S. Juan de la Cruz! Y quien asi diserta con tanta elevacion y tan seguro acierto ¿es acaso un sacerdote informado por largo tiempo en los estudios teológicos y en la oracion mental? Costaría no poco descubrir en esas amplificaciones sencillas y luminosas, pero de una lógica varonil, el alma de una jóven, si no fuera porque los encantos de un estilo puro y delicado siempre, vivo y jovial muchas veces, empapan todos los escritos de Isabel en incomparable dulzura. A ejemplo de Santa Teresa era la querida hermanita ante todo amante de la pura, grave y bella doctrina. De ahí, bien lo sabéis, la libre espontaneidad y rapidez de los movimientos; de ahí el progreso regular de sus aspiraciones hacia el bien infinito, y la admirable generosidad del total abandono que hace de si misma a la accion de Dios. Obedecer a la gracia, tal es su método de amar; y tan perfectamente comprendió la belleza única del amor santo, y las exigencias de la vocacion al Cármen, que su anhelo exclusivo lo constituía la union a su Esposo por medio de un amor sin límites. «Quisiera amarle tanto, tanto como nuestra seráfica Madre, hasta morir», escribia un dia, añadiendo estas palabras, que son para vuestra Orden, mi Rvda. Madre, un legitimo y magnífico elogio: «Paréceme que es cosa tan sencilla en el Cármen vivir de amor...»

Mas el amor por necesidad entraña el sufrimiento. De ahí que Sor Isabel de la Trinidad quisiese seguir a Nuestro Señor, con valentía y sin flaquear un punto, desde Belen al Calvario, y

hasta al mismo altar. El sufrimiento corporal o espiritual era a su modo de ver, no una necesidad a la cual debe resignarse, o cuando mas aceptarla por espíritu de fe y con valor, sinó que constituía el objeto de sus mas íntimos anhelos, y como la condicion indispensable de su adhesion a Jesucristo. Aserto suyo era que «el sufrimiento la atraía cada vez mas, hasta el punto de que el deseo de padecer llegaba casi a sobrepujar al que tenía del Cielo, tan vehemente sin embargo».

Esta inclinacion irresistible, que es la de todos los santos, fue siempre creciendo en su alma, y el Señor no cesó de saciarla. Probada muy duramente por las arideces espirituales, porque era indispensable que tambien ella pasase por la *noche oscura*, terminó su vida tras una larga enfermedad, y después de una serie de torturas que el médico certificó de verdadero martirio.

¿Trascurrió para ella un solo dia en el Cármen sin que se abrazase estrechamente con la cruz, que con apasionada ternura besara en el instante en que puso su pie por vez primera en vuestro claustro? Es probable que no, porque ni un solo dia hubo en que Nuestro Señor no trabajase, del modo con que El labra a sus mas queridas esposas, a aquella tiernecita alma cuya ambicion era ser, como lo fue en efecto, para su Amado una *alabanza de gloria*.

Un fallecimiento conmovedor, ¿qué digo?... un verdadero triunfo debía coronar los cortos pero fecundos años de Sor Isabel. Ella misma había definido la muerte: «el sueño del niño que se duerme en el regazo de su madre», y su constante anhelo era consumir cuanto antes su union con Jesus. «Vámonos por fin», exclamaba con el alma henchida de entusiasmo el día de Todos los Santos, poco mas de una semana antes de su nacimiento a la dicha celeste. La espera, en efecto, no podía ya prolongarse: el 9 de noviembre la jóven mártir emprendía su vida hacia la morada donde iba a contemplar eternamente a «sus Tres», expresion con que solia designar a la Santísima Trinidad. «Me voy a la luz, al amor y a la vida». ¿No son estas conmovedoras palabras, las últimas que os fue dado recoger de sus labios, la conclusion lógica del trabajo que en ella se efectuó por la fe y por su inviolable fidelidad al amor

santo? Admirablemente se resume en ellas la vocacion, los progresos, la vida toda entera de Isabel.

Inexcusable me parece llamar la atencion sobre otro de los rasgos mas expresivos de la fisonomía moral que acaba V. R. de darnos a conocer. Por lo demas, ese perfil no es privativo de Isabel: en el Cármen corresponde a todas las almas; porque Santa Teresa lo señalaba para sus religiosas como una condicion esencial de la vocacion. Hablo del espiritu apostólico. Porque amaba con ardor a Jesucristo, y quería ser una verdadera carmelita, anhelaba ser apóstol vuestra hija. Parecíale, y con perfecta razon, que, estando unida eternamente al foco del amor infinito, «podia difundir a Dios y darle a las almas». Ahora bien, los votos de su noble corazon se irán cumpliendo mas y mas cada dia; merced a vuestra útil publicacion, el sagrado apasionamiento por Cristo de la jóven santa encenderá en otros muchos corazones las llamas de la mas pura caridad, los deseos del apostolado mas ardiente, es decir, esa abnegacion por la causa de Dios y de la Iglesia de que tan inmensa necesidad tiene nuestro siglo.

De gran satisfaccion me sirve el manifestarle los sentimientos de admiracion de que me he visto embargado con la lectura de tan hermosa historia, y experimento particular gozo en ofrecer a las hijas de Santa Teresa el humilde cuanto sincero homenaje de mis felicitaciones. Tiempo ha que profeso la mas singular estima a la obra de la grande y amada Santa. Mucho debo al Carmelo, y mas de un recuerdo, entre los mas gratos y antiguos que conservo, se refiere a vuestros monasterios. Nunca me ocurre evocar ese pasado sin experimentar viva emocion y recoger gran provecho. Por eso, cada vez que aporto a vuestra Orden el modesto concurso de mi palabra y de mi afecto, no hago mas que pagar una deuda de gratitud.

Doy mi bendicion a la edicion segunda de vuestro libro, y os ruego, Reverenda Madre, que recibáis las seguridades de mi religioso y cordial afecto en Nuestro Señor.

† CARLOS PABLO,
Obispo de Agen.

Carta del M. Rvdo. P. Prior de la Abadía "Reina del Cielo"

en Monte César, Lovaina.

«Regina Coeli» 15 febrero de 1910.

MUY REVERENDA MADRE:

Permítame que por la gloria de Dios y la de Sor Isabel de la Trinidad, la humilde joven cuya alma revela V. R. al mundo en toda su grandeza, le manifieste la inolvidable impresion que ha dejado en mí la lectura de sus santos *Recuerdos*. Santos los llamo, porque tan llenos están de Dios, que apenas si es posible recorrerlos mas que orando y de rodillas.

Cada vez que vuelvo a hojearlos, la misma impresion se renueva con mas viveza y me sirve de mas provechoso sustento. *«Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad»* (1). Siento que cada día se graban en mí mas hondamente estas palabras de Cristo Nuestro Señor, y estas otras de San Pablo, el maestro de Isabel: *«El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros»* (2).

Pocas almas, a lo que yo entiendo, han poseído como vuestra hija espiritual el sentido de esa *adoracion en espíritu y en verdad, en el templo de su corazon*; decir de Isabel que ella fue perfecta adoradora de Dios con esa adoracion, es definirla plenamente. Voy a explicarme. ¿En qué consiste la adoracion, la adoracion *en espíritu y en verdad*?

La adoracion es el homenaje primordial y absoluto que la criatura tributa a la divina excelencia, a Dios, que nos saca

(1) Joan., iv, 24. — (2) I Cor., iii, 17.

de la nada, que imprime en nosotros el sello de la Trinidad santa, huésped futuro del alma trasformada por la gracia del bautismo.

La adoracion es un silencio solemne y profundo en que se abisma el que adora, confesando que Dios lo es todo, y que la criatura no es nada.

La adoracion es el acto propio e inmediato de la primera de las virtudes morales, la religion (1).

Por ella el hombre todo se entrega al Señor, dándole su alma y su cuerpo. Toma su origen la adoracion y se desarrolla en lo mas secreto del alma; el cuerpo la saca a luz, la exterioriza por el medio necesario del culto, que recibe su complemento y su vida del sacrificio, esa expresion con que se manifiesta afuera la adoracion del interior.

Hay, si, una adoracion interior manifestada en un altar mas íntimo y que solo Dios ve: es la adoracion *en espíritu*, la que se prosigue en las profundidades del ser racional, en su inteligencia y en su voluntad, adoracion esencial y principal, sin la cual la exterior no tiene vida; y a la vez es la adoracion *en verdad*, aquella que es sincera, plena, en que todo es luz y amor, en que todo está en su puesto, porque todo es verdadero.

Esta adoracion conduce a otra mas perfecta, que es el colmo de la religion, en que nos inicia el Verbo humanado, el Hombre Dios, Jesucristo, el adorador supremo de la Divinidad. Adorar *en espíritu y en verdad* es adorar al Padre celestial en union con Cristo, bajo la mocion del Espíritu Santo: es identificarse a Jesucristo, *trasfundirse* en Él, que es la verdad (2): es trasformarse en su imágen (3), revestirse de Él (4), y en este estado, «*por El, con El y en El, tributar todo honor y toda gloria a Dios Padre todopoderoso, en unidad con el Espíritu Santo*» (5). Oh, cuán lejos nos lleva esta adoracion! cuán lejos del mundo y de nosotros mismos! Llega hasta esa esencia infinita que es Dios, y en la que el alma al perderse se convierte en una «*alabanza de gloria*» a Dios, que es toda santidad.

(1) Sto. Tomas. *Suma Teol.* II, II, 9. 81. — (2) I Joan., v, 6. — (3) I Cor., III, 18. — (4) Rom., XIII, 14. — (5) Cónon de la Misa.

Sor Isabel fué esta «*alabanza de gloria*», perfecta adoradora, de la Trinidad santa, en *espíritu y en verdad*: me lo garantiza la oracion admirable compuesta por ella misma y que ya repite todo el mundo. Nunca vuestra piedad, mi Reverenda Madre, hará lo bastante para difundirla; porque, prescindiendo de que en ella se dibuja a maravilla la fisonomia espiritual de vuestra heroica hija, es de por sí un programa completo de la perfeccion a que conduce la adoracion predicada por el cristianismo.

Podía haber hablado de otros escritos de vuestra Hermana y haber ponderado una vez mas su incomparable encanto, su penetrante ternura, su profunda Teologia; mas prefiero limitarme y sintetizar mis pensamientos. Estas líneas que la gratitud me obliga a dirigirle, solo serán el comentario de esa *oracion* de una humilde carmelita, en la cual se exhala todo el misterio de nuestra union con Dios y se revela el secreto de la santidad. Isabel vivió enteramente de ella.

Oh, Dios mio, exclama, *Trinidad a quien adoro...*; de un solo impulso alcanza su ideal, tiene la devocion de las almas grandes, la que tiene por objeto a Dios uno y trino; y la forma de esta devocion es la adoracion. Desde un principio Isabel comprende la relacion primera y directa que, por su condicion de criatura, media entre ella y la Santísima Trinidad; entiende que Dios, «sus Tres», como solia ella decir, es su *todo, la bienaventuranza*, de que quiere ser *presa* por toda la eternidad en la fe y en el amor: tal ha de ser siempre su adoracion.

A esa Trinidad adorable edifica una *morada amada*, un *lugar de reposo*, es decir, lo íntimo de su alma, invadida por toda suerte de gracias, y donde en el *recogimiento* y la *unidad de todas sus potencias* ha de vivir en la compañía de su Dios, *todo cuanto ella es, en su fe totalmente despierta, en total adoracion, entregada por entero à la accion creadora*.

Mas, con todo, Isabel no se acerca a la Trinidad santa sinó por medio de Jesucristo. No ignora que solo El ha sido constituido por su encarnacion el adorador perfecto y universal de Dios, sabe que no llegará a asumir como debiera su papel de adoradora sinó en cuanto se identifique con ese «Sumo Sacerdote» del cielo y de la tierra, hasta el punto de que sea una

sola cosa con Él, y esto principalmente por la «*comunion con sus padecimientos, por la conformidad con su muerte*» (1). Sufriendo es como su alma crecerá en el amor, y el amor *logra hacer un solo espíritu con Dios*» (2). Ella será la víctima del amor, y su sacrificio ha de ser la forma especial de su adoracion. Pronto llegará el tiempo en que aparecerá cual un crucifijo viviente: tanto era lo que habia pedido a la Trinidad santa que la trasformase en Jesus, Jesus crucificado.

Por eso tambien al rogar a Dios Padre, le dice que se *incline hacia ella, y que no vea en ella mas que al muy amado en quien tiene todas sus complacencias*. Conjura al Verbo, palabra de su Dios, a que la *consienta pase su vida escuchándole, a fin de aprenderlo todo de Él*, en el silencio. Suplica al Espíritu Santo, *fuego abrasador, que descienda sobre ella para que en su alma se haga una como encarnacion del Verbo, y que su ser sea para este como una humanidad añadida*; porque habiendo llegado a ser la esposa de su Jesus amado, *quiere cubrirle de gloria y amarle hasta morir*.

Has muerto ya, Isabel, mártir escondida del amor, y esta muerte ha sido el postrer y solemne testimonio de tu adoracion en *espíritu y en verdad*.

Anegada, por decirlo asi, en Jesus, invadida por Él, y como sustituida a Él, fuiste el resplandor de su vida. Cual cirio consagrado, te has consumido lentamente en la llama de amor que te devoraba toda pura. Este sacrificio de adoracion, tú lo escogiste, porque tú misma habías dicho al Esposo celestial, «*Absorbe toda mi sustancia para tu gloria, que vaya gota a gota destilándose por tu Iglesia...*» Jesus te ha absorbido, y la Iglesia de Dios, que se siente ya satisfecha de tu gran virtud, se embriaga con tu holocausto...

Perdonad, mi Reverenda Madre, este arranque de mi corazon, pero tened en cuenta que Vos sois en parte su causa. Por lo demas, al descubrir, como habéis sabido hacerlo, todo el interior de vuestra Isabel, habéis suscitado y haréis surgir en las almas enajenamientos harto mas gloriosos para ella y harto

(1) Philipp, III, 10. — (2) I. Cor., VII, 17.

mas fecundos para todos. Quizá se siente algun tanto lastimada vuestra humildad, pero es un honor envidiable y muy legítimo, es hasta un deber «*el revelar y publicar las obras de Dios*» (1). Yo tengo la convicción íntima de que la obra de Sor Isabel de la Trinidad es una de estas. Dios hizo nacer a esa ilustre virgen para que fuese sobre la tierra y siguiese siendo en el cielo la expresión viviente de la *adoración en espíritu y en verdad*, de esa adoración que se remonta hacia el Altísimo en el recogimiento y el silencio del alma.

Por eso es este también el momento de volver a repetir con más oportunidad que nunca aquellas palabras que brotaron un día de labios de Cristo: «*Se aproxima la hora, y ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad: esos son los adoradores que el Padre desea*» (2).

DOM EUGENIO VANDEUR,

de la Orden de San Benito.

(1) Tob., XII, 7. — (2) Joan., IV, 23.

Carta del Abate Carlos Sauvé. (1)



Arenys-de-Mar 26 de enero de 1910.

MUY REVERENDA MADRE:

Con cuánto placer he recibido y *devorado* todas las páginas de su volumen! La calificación de «obra exquisita», que le aplica el Señor Obispo de Dijon, corresponde perfectamente a la impresion que me ha causado su lectura. Y ¡qué alma tan exquisita tambien es esa cuya historia nos cuenta V. R.! ¿Quién no ha de admirar ese recogimiento tan profundo y verdadero, esa generosidad nunca desmentida para el sacrificio y el sufrimiento, ese *amor hasta la muerte*, y asimismo tambien esa fuerza tan maravillosa de pensamiento y de voluntad que se echa de ver en su último retiro? Pero he de decirle lo que mas especialmente llama mi atencion, lo que quizá no se advierta como es debido, y sin embargo constituye, a mi ver, la nota característica de esa vida, cual es la espiritualidad de índole marcadamente *doctrinal* de que está animada. La piedad de Isabel vivía de la doctrina que profundamente había contemplado acerca de Nuestro Señor, de la Trinidad Santísima, en sí misma y morando en el alma; por eso se asemeja admirablemente a la espiritualidad de San Pablo, y es quizá en ese concepto por lo que los *Recuerdos* habrán de producir mayor bien. Como lo dejé sentido en el «Culto de San José», hablando de vuestra amada

(1) Antiguo Director del Seminario mayor de Dijon y autor de las *Elevaciones dogmáticas* acerca de *Jesus intimo*, *Dios intimo*, el *Angel* y el *bombre intimos*, el *cristiano intimo*..., por cuyas obras le honró recientemente S. S. Pio X. con un admirable Breve de encomio.

hija: en *igualdad de circunstancias*, una piedad doctrinal es mas verdadera, puesto que se alimenta de la verdad integral: es mas varonil, puesto que estriba lo menos posible en la sensibilidad, siendo orientada hacia la doctrina, que avasalla la parte superior del alma: es mas constante, porque la verdad, que la domina, no se muda: es mas dada al recogimiento, por tener ante la vista el penetrante espectáculo de las grandezas y bondades infinitas: es mas humilde, por hallarse frente al Ser divino: rebosa mas vida, por el comercio mas frecuente e íntimo con Dios, que es vida, a la vez que verdad: mas consolada, mas santamente entusiasta de las bellezas de la verdad católica, que debieran arrebatarnos y trasportarnos.

Son todos estos otros tantos rasgos de que quedarán altamente edificados quienes lean con atencion esta *Vida* ó estos *Recuerdos* de un alma escogida; y no han de sacar únicamente impresiones edificantes de su lectura, sinó algo que vale mucho mas, es a saber, ideas divinamente vitales.

Dios se lo pague, mi Reverenda Madre, como Él sabe hacerlo, por haber tenido tanta parte en el desenvolvimiento de esa piedad, en el abrir de esa flor tan viva y tan bella. Bendígale Él asimismo por haberla mostrado a las almas con tanta sencillez e irresistible encanto.

Vuestro muy religioso servidor en Nuestro Señor, que nunca olvidará el amado Carmen de Dijon y que se encomienda con encarecimiento, juntamente con sus trabajos, a sus fervientes oraciones.

CARLOS SAUVÉ, S. S.

Carta del Reverendo Padre Foch. S. J.

Antiguo Maestro de novicios

y Rector de la Escuela de la provincia de Tolosa de Francia. (1)



Tolosa 23 de abril de 1910.

MUY REVERENDA MADRE:

Van ya tres semanas que la vida de Sor Isabel de la Santísima Trinidad es objeto de mis lecturas espirituales.

Aunque no tenga el honor de conocer a V. R., siéntome impulsado a darle las gracias y por mediación de V. al autor anónimo de este hermoso libro, por el mucho bien que me ha hecho.

Mis relaciones con el Cármen, el estudio de vuestros maestros San Juan de la Cruz y Santa Teresa, me inspiran para con vuestra santa Orden una simpatía cada vez más profunda. Grandísimo gozo me causa el descubrir en Sor Isabel un ideal concreto de carmelita, hacia el cual podrá orientarse y encaminarse cualquier hija del Cármen, en la seguridad de que ha de hallar en esta bella fisonomía los trazos y expresión privativos de una verdadera hija de Santa Teresa. Contadas son a mi parecer las vidas que en tan pocas páginas causan impresión tan honda de lo que puede producir en un alma abierta, magnánima, recta, fiel a la gracia y generosa, la fusión armónica de los más bellos rasgos de lo natural y de lo sobrenatural.

(1) La *Pequeña biblioteca cristiana* (abadía Tronchiennes, Bélgica) publica un «Ensayo» sobre la *Vida interior* del Reverendo Padre Foch. «Compuesto para uso de los religiosos jóvenes de la Compañía, mis antiguos dirigidos, podría (nos escribe con modestia el autor) ser de alguna utilidad para las almas menos favorecidas que Sor Isabel con las intuiciones de la fe». Este opúsculo es en realidad un breve pero sustancialísimo tratado de la *Vida interior*.

Corta fue esta existencia de veintiseis años, pero cuán llena de cuanto pueda dar mas a entender, admirar, amar, anhelar, *querer* la santidad.

El carácter de mayor atractivo que sobre todo merece mi singular aprecio, consiste en que la perfeccion de esa alma religiosa viene a ser, en último exámen, el pleno desarrollo de la gracia, el desenvolvimiento progresivo, normal, lógico de las virtudes teologales, que infunde en todos el bautismo.

En Sor Isabel la razon y la voluntad, de suyo firmísimas, se pusieron por entero al servicio de la fe y de la caridad. Con la ayuda de la gracia saca Sor Isabel de los recursos sobrenaturales infusos cuanto podían suministrarle, cultivándolos con la oracion, la meditacion y el estudio de San Pablo: ¿podía escoger mejor guía en los caminos de la gracia? pues mucho antes que San Agustin el Apóstol fue doctor de dichas vías. Vuestra santita entra resueltamente en ellas, y las afianza en su alma por medio de un ejercicio cada vez mas vigoroso. En primer lugar, «se hizo cargo de ellas», cosa que multitud de almas entregadas á la vida interior olvidan totalmente o descuidan hacer.

Una pureza verdaderamente angelical parece ser lo que le mereció las intuiciones de la fe vivificada por el amor, que cree como quien ve; de ahí proceden sin duda esas fórmulas luminosas, siempre claras, ora fuertes, ora graciosas, cálidas siempre como el acento de un alma apasionada por la verdad, que esmaltan por doquiera su correspondencia.

Es cumplimiento ya en este mundo de la promesa del divino Maestro: *Beati mundo corde... quoniam videbunt.*

En este trabajo de una vida espiritual que no puede ser mas intensa, y en la cual el amor de Dios tan presto «chamusca con sus llamaradas» los artículos todos del amor propio, que apenas se siente el esfuerzo de la lucha, nada llega a sacrificarse de cuanto es propio de un corazon amante, un corazon inteligente, muy al punto de las exigencias todas del cuarto mandamiento entendido segun las delicadezas del Corazon de Jesus: la piedad filial y la ternura en el trato con la familia han conservado todos sus derechos.

¡Qué bien empezaba a dibujarse en esa jóven «la mujer

fuerte» de quien nos hablan los Proverbios, tal cual en ellos está descrita con su atavío compuesto de gracia y de energía!

La lectura de esta vida me ha sido muy provechosa y me prestará grandes servicios en el ministerio que tengo que cumplir cerca de las hijas de Santa Teresa y de cualquier alma seriamente prendada de la vida interior y de la perfección cristiana. La he recomendado mucho ya, y continuaré haciéndolo.

Con mi sincero agradecimiento sírvase, muy Reverenda Madre, aceptar el homenaje de mi profundo respeto en Cristo Nuestro Señor.

GERMAN FOCH, S. J.

INTRODUCCION

El día 9 de noviembre de 1906 llamaba Dios a la *vision de paz* eterna a Sor Isabel de la Trinidad, religiosa profesa de nuestro Convento del Cármen, que tan solo contaba veintiseis años de edad. La carta circular que en su fallecimiento enviamos, segun tradicional costumbre, a los Monasterios de la Orden, les hizo, no sin razon, presentir que el alma a que se refería debía tener una historia reveladora seguramente de una fidelidad nada comun, y no pocos nos manifestaron deseo de conocerla. Largo tiempo estuvimos indecisas.

¿Cómo íbamos a tener atrevimiento para penetrar en aquel privilegiado santuario y exponer a la admiracion sus maravillas, siendo así que la humildad y el silencio las habían dejado escondidas bajo sus velos?

A mas de que aquella corta existencia abarcó tan solo cuatro años trascurridos en la oscuridad del noviciado, y ocho meses que pasó en la enfermería, todo en ella fue al parecer tan sencillo y tan divino, que juzgá-

bamos imposible dar una relacion detallada. Mas así todo, la acogida que los Monasterios de la Orden dispensaron a la primera revelacion de un alma cuyo derrotero parecía a todos tan luminoso, y las vivas instancias que se nos hacía para que «no quedase bajo el celemin ni un solo rayo de esa lumbrerita» colmaron nuestros corazones de un suave gozo.

Los sentimientos que con fraterna y cordialísima espontaneidad entonces se nos expresó, condensados están en una carta por la que se echa bien de ver la cariñosa acogida que recibió la circular referente a Sor Isabel de la Trinidad y la impresion de gracia que su lectura produjo. Por proceder de un Cármen que personifica las grandes tradiciones de la Orden, y en el cual tuvo esta su cuna en Francia, creemos deber insertar el siguiente juicio que por sí solo autoriza la singular veneracion que sigue rodeando en el seno de su familia religiosa al recuerdo de la humilde jóven cuya fisonomía vamos a delinear.

«Un millon de gracias por habernos dado a conocer con tanto acierto esa bella alma, merced a la circular que hemos leído y releído. Verdaderamente es vida de una carmelita que ha entrado de lleno en su vocacion y que va derecho a Dios con todas las vehemencias del amor. Al leerla se siente una impresion real de gracia: hemos quedado edificadas, penetradas, conmovidas hasta lo mas íntimo del corazon. Todo está bien en esa vida; y lo que vuestra santa hija prometió pedir despues de su muerte corresponde admirablemente al espíritu de

nuestra santa vocacion: es serio, religioso y a la vez elevado. Bendito sea Dios, que concede esos tesoros de gracia a la Orden Carmelitana.

»Mas, paréceme que V. R. no nos lo ha dicho todo: era conveniente y necesario que así se hiciese en una circular; pero ¿no me sería permitido pedirle algunos detalles acerca de esa vida de oracion?...»

Insistiendo de nuevo mas tarde sobre lo mismo, y contestando a la indecision en que nos hallábamos por lo que tocaba al proyecto de una publicacion mas extensa, nos escribía la misma Madre:

«No se deje arredrar por la escasez de documentos con que tropieza tratándose de esa breve existencia escondida en Dios; lo propio ocurre con muchas almas que esparecen en su derredor un perfume celestial sin que su vida ofrezca múltiples acontecimientos. La sencillez y el silencio de Sor Isabel de la Trinidad han de ser para los Monasterios del Cármen y para no pocas almas ejemplos de gran valer. Aquí todas lo dicen a una voz: Es preciso redactar una biografía.»

Ciertas piadosas *indiscreciones*, sin duda providencialmente tenidas con nuestra circular, llevaron hasta fuera del claustro los ecos de tan edificante vida; y entonces nos llegaron de todas partes iguales instancias, y tan apremiantes, que hubimos de ceder a la *voz de Dios* y consentir en publicar nuestros *Recuerdos*.

He aquí el título que adoptamos para estas páginas, que han de ser forzosamente deficientes por todos conceptos y cuya redaccion hemos emprendido con el solo

propósito de asegurar toda la semejanza posible a la fisonomía que se trataba de reproducir, y de conservar a esta flor del Cármen toda su monástica fragancia.

Gracias sean dadas a Dios, que, complaciéndose sin duda en que irradiasen los fulgores de su luminosa «alabanza de gloria», permitió fueran conservadas con religioso esmero las cartas de Sor Isabel de la Trinidad. Solo con ir clasificando esa correspondencia, eco fiel de su alma, por el orden de los sucesos que se trata de reconstituir, basta las mas de las veces para lograr que vaya ella misma retratándose de su propia mano. Los recuerdos de algunos amigos, junto con los propios nuestros, y unas cuantas notas espirituales que se mencionará en su debido lugar constituyen nuestros únicos documentos.

Mas echemos antes una mirada previa sobre este vaso de eleccion. El dictámen de un religioso ⁽¹⁾, que tuvo, como mas adelante veremos, providencial intervencion en la vida de nuestra querida hija, va a iluminar con vivo resplandor esta segunda «*historia de un alma*»; que de tal ha sido calificada la coleccion de estos *Recuerdos*. He aquí tan estimable documento:

«Seres hay que mueren en la inconsciencia de lo humano; aseméjense a un magnífico cristal por el cual atraviesa el rayo de luz sin refractarse; no bien han recibido la impresion del troquel divino, permanece indeleble la acuñacion.

(1) El Rdo. Padre Vallée, O. P.

»Isabel entraba de lleno en la categoría de esas almas; había conservado de la infancia las ingenuidades e instintivas penetraciones; hechura de candor, de franqueza y de sencillez, tan entregada estaba a las cosas de Dios, que nada ageno podía ocupar su alma o distraer su pura mirada.

»Hambrienta siempre de Dios, sabía escucharle; sus rasgados ojos bebían la luz; recibíala con amplitud y profundidad, con el alma perfectamente despierta, pero como sumida en la paz de Dios y del todo exenta de esos entusiasmos que nacidos de la excesiva vibración nerviosa enseguida se desvanecen al exterior. Desenvolviéronse esos dones en el claustro, y lo que había sido mero presentimiento y como un amanecer, trocose en viviente realidad.

»En su oración habíase ocupado por largo tiempo de Jesús crucificado, después la cautivó el atractivo de la Trinidad santa, el anhelo de sentirse partícipe de la sociedad del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, y todo por fin vino a deslindarse y aclararse con el estudio de San Pablo.

»El silencio es condición de semejante vida. Sor Isabel volvía a él sin esfuerzo y como por instinto; de aquí que visiblemente la sintiésemos bajo la acción del Espíritu Santo. Merced o las intuiciones del don de inteligencia, vivía, digámoslo así, en el contacto de Dios, del todo recogida y plenamente endiosada por las claridades que recibía, y seguidamente a sus ojos se descubría el por qué adorable de esas comunicaciones de Dios,

de esa pasión de amor estupenda, infinita, con que busca a las almas para introducir las en sus misteriosas riquezas y como inmovilizarlas en Él. Sentíase atraída con vehemencia por una especie de oleaje de sabor que la embebía por entero, hacia el fondo de esas realidades y sobre todo a lo más íntimo de sí misma: era el don de sabiduría.

»Por último, en la postrera fase de su existencia recibió el sello de la Cruz: conoció su deleite, deleite deseado, sobrellevado con un heroísmo asombroso, sobrehumano; perseveraba en ese estado con fortaleza antes bien que con plácida sonrisa: era visible que el Espíritu Santo le comunicaba ese don. En ese deleitoso gozar del padecimiento la hallé tres semanas antes de su muerte cuando volví a verla por última vez.

»Aquella hermosa claridad de Dios que la rodeaba la volvía como trasparente, su pensamiento nada había perdido de su antiguo vigor, su alma se había simplificado mas aun, manteníase a los pies de su Maestro en un transporte de contemplación amorosa, conociendo ya el alcance de la obra divina que en ella se realizaba, cuyo estado en nada se parece a cuanto es obra nuestra.

»Sor Isabel de la Trinidad ha sondeado la caridad de Dios: aproximose al Ser dadivoso: en ese manantial de amor es donde halló a raudales la gracia que la hizo, por decirlo así, desfallecer en Dios por un pleno e incesante estímulo».

Fiel diseño son las precedentes líneas de una vida no tanto humana como angélica. ¡Ojalá nos fuese dado

-expresar con la misma perfeccion todos sus detalles!

Puede considerarse el recogimiento como la nota característica de esta alma, al menos por nuestra parte nos complacemos en llamar la atencion sobre este rasgo peculiar de su fisonomía; porque si la oracion, la humildad, el amor al sufrimiento y la fortaleza en la prueba hacen admirar en ella la accion divina, no obstante, solo fructificaron estos dones en nuestra jóven Hermana porque era el «huerto cerrado» cuyo cultivo se reservara el Divino Esposo.

«No llegaréis a ser heróica, lo había dicho aquel mismo religioso, hasta el dia en que os halléis plenamente recogida dentro de vuestro interior.» Grabadas en su corazon estas palabras, acrecentaron su apasionado amor al silencio, inspirándole cada dia mas aquel espíritu de soledad que ella consideraba como un medio seguro de santificacion, hasta tal punto, que antes de morir nos repitió con frecuencia:

«Yo creo que mi mision en el Cielo ha de consistir en atraer las almas al recogimiento interior, ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios con un sencillo movimiento de amor; y procurando mantenerlas en ese profundo silencio de su interior que deja a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él.»

En el *diario espiritual* de un alma privilegiada reparábamos recientemente las siguientes palabras que creyó oír de los labios del mismo Soberano Maestro: «Para que la Francia llegue a revivificarse, menester es, en primer lugar, que trate de recogerse. ¡Son tantos los

que yo llamo en lo íntimo de su corazón y que desoyen este llamamiento!» (1).

Aun más providencial nos pareció la acción depurada a nuestra angelical Hermana. En efecto, aunque varias mercedes atribuidas a su intercesión pertenezcan al orden temporal, parece ser intento de Dios el acreditar sobre todo la misión presentida por la humilde religiosa, tan poderosa hoy para atraer las almas al recogimiento y llevarlas en pos de sí a las profundidades vivificadoras del misterio de la habitación de la Santísima Trinidad en ellas.

Se nos hace asimismo más comprensible la difusión asombrosa de una obra que, al parecer, no había de ser acogida más que en reducidos círculos. Las ediciones francesas van multiplicándose desde 1909, y luego en siete lenguas extranjeras Sor Isabel de la Trinidad, como *alabanza de gloria*, podrá repetir su canto de amor y enseñar a mayor número de almas cómo se puede *hallar el Cielo sobre la tierra*.

CÁRMEN DE DIJON.

27 de octubre de 1912.

*De nuestro Monasterio de San José,
bajo la protección del Corazón agonizante de Jesús
y del Corazón traspasado de la Virgen Inmaculada.*

(1) *Lucía-Cristina*, obra publicada por Ag. Poulain, Beauchene editor, París.

Como en las ediciones precedentes, publicamos la siguiente carta, que nos inicia con autoridad en la «labor tan viva» de nuestro apóstol.

Le Saulchoir-Kain 5 de octubre de 1910.

MI REVERENDA MADRE:

«Mucho le agradezco que haya tenido la idea de enviarme esta encantadora fotografía de Sor Isabel de la Santísima Trinidad. Si que es ella, con su placidez, su recogimiento tan apacible, sus perfiles tan puros, con su mirar que parece inmovilizado por la vision interior, y con ese continente de todo su ser, que hubiera debido dar a entender a V. R., si entonces le hubiese podido ocurrir algo ageno al gozo de poseerla, que el Cielo no os la dejaría por largo tiempo.

»Su tránsito por la tierra se verificó en la luz y en la paz; pues recibió una y otra de su celestial Esposo como «dote» desde la primera alborada de su vida, y en ellas se mantuvo siempre estable, a causa de que su fe nada tenía de vago ni de abstracto, sinó que era vida en ella: cual la de San Pablo, a quien ella profesó tanto amor, apoyábase en Cristo, en la contemplacion de su misterio y de su accion divina en las almas. Respondió a su llamamiento, y bajo la accion creadora de su gracia vivió los años tan cortos pero tan divinamente bellos de su vida religiosa. Cuando tras de las claridades

que al principio la inundaron parecía que la noche comenzaba a caer sobre su alma, su fe en nada se turbó. Creyó en Aquel que la había llamado: a Él le tocaba escoger los senderos: ella se limitaría a caminar por ellos gozosa, plenamente entregada a su voluntad, segura de que Él sabía a donde la llevaba y que su obra toda consistía en seguirle. Hasta cuando su pobre cuerpo extenuado, abrasado por la fiebre, casi deshecho, puso al alma en impotencia absoluta, mantúvose la centella encendida en el fondo de su ser. ¿No era su soberano señor Cristo crucificado, Dios todo amor? Así que continuó amándole en la paz divina de sus comienzos.

«Veo, mi Reverenda Madre, que me dejo llevar de mis recuerdos, y cuanto le estoy diciendo lo sabe V. R. mejor que yo. Lo que quizá no se le alcance tan bien, por mas que el eco llegue hasta ahí de día en día, es lo que yo he palpado tantas veces en los Carmelos o en nuestros claustros de Santo Domingo, y en ocasiones hasta en el mundo: quiero decir la atracción profunda que su Hija ejerce en las almas recogidas, los divinos resurgimientos que suscita, la sensación que deja tras de su misteriosa presencia, y las gracias de luz y de fuerza que son su fruto. Al contemplarla tan poseída de Dios, tan iniciada por sus grandes silencios en el misterio de la Cruz de Cristo, tan unida a su sacrificio, tan absorta en la adoración de la Trinidad santa, ¡cuántas de sus Hermanas han recibido el choque «que todo lo renueva» evidentemente! cuántas han experimentado esta gracia de vivir bajo la radiación de esa alma que

abre tan plenamente hacia Dios, solo hacia Dios, y como ella han sentido que se iban haciendo cautivas de la luz, y de Cristo, foco de esa luz, llegando a profundidades que hasta entonces les eran desconocidas!

Yo no sé lo que Aquel a quien tanto amó hará mas tarde para glorificarla; pero si hay algun don que ponga al descubierto la santidad, lo es sin duda el que permite apoderarse, así tan de lleno, de las almas, sacarlas de sí mismas y de todo lo humano y llevarlas, henchidas de gozo por su liberacion, al Dios crucificado por amor y efectuar su íntima fusion con El. Pues bien, ese don lo ejerce nuestra «Alabanza de gloria» de una manera irresistible sobre quienes leen los «Recuerdos», siendo su accion *permanente*; y los que reciben su influencia tienen el presentimiento de que todo será muy distinto en lo sucesivo entre Jesucrito y ellos; solo tienen un temor: el «miedo hasta la angustia» de vuestro Padre San Juan de la Cruz, de no ser fieles hasta el fin, y de volver a caer por propia culpa en las inconsciencias y en los poco mas o menos en que ahora comprenden habían vivido hasta entonces.

¿Recuerda V. R. que Sor Isabel tenia el presentimiento de que ese oficio había de serle deparado en el Cielo? no conozco prueba mas expresiva de la santidad.

Adios, Madre: le doy mi bendicion y otra vez le manifiesto mi respetuoso agradecimiento.

FR. G. VALLÉE,

de la O. de P.

I.

DIVINAS ANTICIPACIONES

Es grande negocio ejercitar mucho el amor, porque consumiéndose el alma en él, no se detenga mucho acá o allá sin verle cara a cara.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

CAPÍTULO PRIMERO

Primeros años.

La familia de Isabel.—Nacimiento y educacion de la niña. — Un defecto natural corregido por el corazon. — Muerte de su padre. — Su *conversion*. — Talento musical. — Su primera Comunion. — *Casa de Dios*. — Estancias en Carcasona.

«*Dios, que ordenó a sus ángeles que cuiden de nuestros caminos*», (1) disponía con amor los de Sor Isabel de la Santísima Trinidad al fundar el hogar a que había de encomendar esta alma predestinada. Pertenece su padre Francisco José Catez a una de esas familias del Norte de Francia en las que se transmiten los principios religiosos y nobles sentimientos como verdadera gloria. En el transcurso de la carrera militar, que había abrazado, «se granjeó en todo tiempo la consideracion de sus jefes, el afecto de sus iguales y la simpatía de todos, por su lealtad, por la rectitud de su inteligencia y las nobles cualidades de su corazon» (2). Háblele deparado la divina Providencia una alianza digna de sus méritos en la

(1) Salmo xc, 11.

(2) Extracto de un discurso pronunciado sobre la tumba del capitán Catez por el comandante de C., y publicado por la *Semana religiosa* de Dijon.

familia Rolland, oriunda del mediodía, cuyo nombre era ventajosamente conocido en el ejército y evocaba además el culto de la religión, de la patria y del honor.

Lorenese por su madre, María Rolland había heredado de ella la fe sencilla y valerosa, y una exquisita delicadeza de alma la disponía a la misión que le estaba reservada. Admiradora entusiasta de la gran Reformadora del Cármen se complacía en transcribir las páginas más bellas de sus obras, bien agena de adivinar que, merced a aquellos extractos, llegaría a poner un día el alma de su hija en contacto con el alma de la Seráfica Doctora, sustentándola en tan tierna edad con «su celestial doctrina» ⁽¹⁾, y la protección divina rodeó desde el primer instante la existencia amada cuyo recuerdo han de conservar estas páginas.

Todo era alegría en la expectación de la criaturita que venía a completar la dicha de sus padres; mas, de repente trócase este gozo en las más vivas alarmas, se teme por la vida de la madre y se desespera de la de la niña. A impulsos de su fe profunda, corre entonces el capitán Catez a casa del Capellán del campamento de Avor, y le ruega que aplique la Misa a fin de obtener de la divina misericordia el favor que implora. Sube al altar el sacerdote, y mientras la oblación santa se eleva hacia el trono de Dios, desciende de él la gracia, renace en los corazones la esperanza, y cuando terminaba la celebración del santo sacrificio amanecía la niña Isabel a

(1) Oración de la fiesta de la Santa.

la luz de la vida, el 18 de julio de 1889). Era un domingo coincidencia que habrá de considerar mas tarde como el primer llamamiento a su vocacion especial, o, por lo menos, a lo que constituyó la característica de su vida religiosa: ser para con la Trinidad Santísima una *alabanza de gloria*. Su bautizo en el día de Santa María Magdalena (22 de julio) podría asimismo considerarse como una señal de la Providencia, que sabe ocultar a veces todo un plan divino bajo circunstancias fortuitas en apariencia.

Regenerada bajo los auspicios de la insigne penitente, consagrole muy pronto la niña un culto especial, y tuvo con ella en su pura juventud mas de un rasgo de semejanza, ⁽¹⁾ y herida del mismo amor, comprendía sus apasionadas investigaciones, sus prolongados silencios a los pies del Salvador, aquel anhelo de seguirle hasta el Calvario, hasta la union perfecta que concede a sus privilegiados.

Con todo, en nada hacían los primeros años presagiar el porvenir: de genio sumamente vivo, distinguió Isabel hasta los siete años por frecuentes arrebatos de cólera, que contrastaban con la extrema mansedumbre

(1) Isabel encontraba particular gusto en asociar cada año al recuerdo de su bautismo el de su Santa querida. En 1905 escribía con esa ocasion: «Mañana es fiesta de Santa Magdalena, de quien la Eterna Verdad dijo: «Ha amado mucho» También es fiesta para mi alma, porque celebro el aniversario de mi bautizo, y puesto que es V. sacerdote del Amor, ¿tendria V. a bien consagrarme a Él en la Santa Misa? bautíceme en la sangre del Cordero, para que virgen de cuanto no es Él, solo viva para amarlo con pasión cada día mas grande, hasta esa feliz unidad a la cual nos ha predestinado Dios en su eterno e inmutable querer».

de su hermana Margarita, dos años menor que ella. Hubiérase dicho que todo debía doblegarse a su voluntad. Por dicha suya, la ternura inteligente de su madre no estaba reñida con la firmeza de carácter, sostenida por un verdadero sentimiento sobrenatural, harto raro, aun en los hogares cristianos. Empezó Doña María Catez sin desalientos la educacion de su hija, tanto mas porque en aquella naturaleza indisciplinada entreveía recursos de corazon y de energía nada comunes. A ellos apeló. El mayor castigo de la niña, el que triunfaba de sus terquedades, era privarla del ósculo materno al irse a acostar. Día vendrá en que Isabel ha de bendecir a su madre, que supo enseñarle a vencerse por amor. leccion preciosa! Trocada mas tarde en ley de su alma, llegará á conducirla, de esfuerzo en esfuerzo, hasta las arduas cumbres de la perfeccion.

De Bourges trasladose la familia Catez a la Borgoña, primero a Auxona y a Dijon mas tarde, donde no tardó en visitarles la tribulacion.

Casi tan pronto como llegaron, llamó Dios a sí al abuelo materno de Isabel. El Sr. Rolland, caballero de rara distincion, era ante todo un valeroso cristiano. Hábil en el arte de ser abuelo, sabía ponerse al alcance de sus nietecitas y cautivar su atencion con encantadoras narraciones, propias para formar su corazon infantil. Isabel lloró mucho a su venerable abuelo. Ocho meses mas tarde fue su padre casi de repente arrebatado al cariño de los suyos. Sin embargo, no parece que esta doble desgracia haya ejercido sobre su vida aquella in-

fluencia decisiva que había de verificar lo que ella solía llamar *su conversión*. Esa influencia se la reservaba Dios para sí, y fue debida a la primera confesion. Sintió entonces la niña impresion tan profunda, que determinó en ella un verdadero despertar para las cosas divinas; resolvióse a luchar desde luego enérgicamente contra su defecto dominante, sin que ese continuo esfuerzo para vencerse alterase su vivacidad y buen humor.

Algunas semanas pasadas durante las vacaciones en casa amiga en el campamento de Châlons proporcionaban a Isabel verdaderas delicias. Complacíase en extremo en aquella vida militar tan movida, y en sus batallas cuando llegaba la época de las grandes maniobras. Granjeábase por todas partes el cariño, y embelesaba ya por su indiscutible talento musical. En los conciertos infantiles, organizados en Dijon para emulacion de los jóvenes músicos, se hizo notar la ejecucion brillante y expresiva de Isabel cuando contaba tan solo ocho años y apenas si lograba alcanzar al pedal. Sorprendió a su auditorio al ejecutar la *Tormenta* de Steibelt, causándole admiracion la seguridad con que dominaba el teclado, mientras sus dedos solo parecía que desgranaban perlas. Tan hermoso talento proporcionábale sin duda suavísimos goces porque tenía el alma llena de armonía.

Pudieron haberse trocado éxitos tales en edad tan tierna en un escollo para la niña; pero secundando la vigilancia maternal la obra de la gracia, supo mantenerla en una sencillez llena de candor y de humildad que

constituyó el sello de su vida toda. Cuando después de haber escuchado calurosas felicitaciones preguntaba la joven a su madre: «¿qué tal he tocado esta pieza?» temiendo Doña María Catez despertar el menor sentimiento de vanidad, le contestaba «regular». «Otra vez pondré mas cuidado», replicaba ella, sin preocuparse de los elogios que se le había tributado.

Enamorado ya su corazón del ideal divino, disponía su primer encuentro con Aquel cuyo amor presentía. Por esta época acudía asiduamente a las catequesis de la primera Comunión, que le interesaban en sumo grado. La lucha contra su fogosa naturaleza iba ya dando sus frutos, y cuanto más se acercaba el gran día, tanto más se multiplicaban las victorias de aquella voluntad ya dueña de sí. ¡Con qué ardiente anhelo suspiraba por el día 19 de abril de 1891! Amaneció por fin, radiante sobre su alma, aquel dichoso día. De víspera por la tarde descubrió su alma al piadoso capellán del campamento de Avor, que la había bautizado, e iba a asistir a su primera Comunión. Conmovero el santo sacerdote por lo que le fue dado entrever, preguntábase cuál había de ser el destino de aquella criatura, sobre la que le parecía descubrir la mano del Señor.

Durante la conmovedora ceremonia, deslizáronse silenciosas las lágrimas de Isabel. «Al salir de la iglesia, refiere su compañera de primera Comunión, me dijo: «Ya no tengo hambre, Jesús me ha sustentado». ¡Cuántas veces nosotras también habíamos de oirla exclamar después de una profunda oración: «Oh, cuán bien me ha sustentado»!

Por la tarde, en el locutorio del Cármen, tuvo una entrevista con la que, elegida ocho años mas tarde Priora, había de ser su sosten en sus dos años de larga espera. «La impresion que dejó en mí es indeleble, nos escribe la Reverenda Madre; díjelo que, segun el significado de su nombre, era la venturosa *Casita de Dios*. Este pensamiento llamó sobremanera su atencion; se lo inscribí al dorso de una estampa, lejos de pensar que el misterio de la habitacion de Dios en su alma llegaría a ser como el lema de su vida interior (1).

Ya no era ese misterio un arcano para ella; ¿per ventura el Huésped divino no se le había manifestado en aquella misma mañana? Guardó para sí Isabel el secreto íntimo de aquel primer encuentro, pero harto se echaba de ver que lo hubo y que fue profundo y decisivo; nada lo acredita mejor que el visible cambio operado en ella desde aquel bendito día: llegó a ser la amable niña modelo de mansedumbre, no se volvió a notar en ella ni un solo movimiento de impaciencia, tan solo una lagrimilla, que de vez en cuando quería salir sin permiso, daba a entender el combate que en su interior se libraba. El sacerdote en quien depositaba sus confidencias no acababa de admirar la energía que para mantener en perfecto equilibrio la violencia y la ternura que la caracterizaban sabía desplegar.

(1) Esta modesta estampita, fielmente conservada, lleva al dorso estos versos:

Tu santo nombre gran misterio encierra
 Que en este día realizó el Señor.
 Niña, tu corazon es en la tierra
 Casa de Dios (*Elisabeth*), de Dios que es todo amor.

Envidioso el enemigo de todo bien, de la paz que aquella alma tan pura y tan fiel gozaba, trató de perturbarla: permitió Dios, a fin de probar a su amada hija, que pasase por una fase de escrúpulos y de ansiedades; mas la paciencia y bondad de su confesor, dándole como un presentimiento de las de Dios, dilataron su alma abriéndola a la confianza, y por ella consiguió entrar en una paz totalmente serena.

Trece años tenía cuando compuso en honor de su santa Patrona un «*Acordaos*» cuya forma infantil contrasta con lo serio de las ideas. Nótase en él esa impresión de destierro, esa sed de perfección, de infinito, merced a lo cual debía nuestro ángel vivir aquí abajo mas bien en el cielo que sobre la tierra.

Acuérdate, oh, santa Isabel, patrona mía, y mi celestial abogada, que soy tu clientita; acude a mi auxilio en esta árida tierra, sé mi sosten en mis debilidades; concédeme tus hermosas virtudes, tu suave humildad y tu sublime caridad. Alcánzame de Dios que cambie mis defectos en virtudes, como trocó en rosas los panes que tú llevabas. Dame para volar al Cielo las alas de la esperanza, y cuando Dios me llame a sí, ven tú misma a recibirme. Así sea.—*Isabel Catez.*

Ojalá nos fuera dado encontrar en su *Diario* algunas huellas de los cotidianos esfuerzos, de las luchas que hubo de sostener antes de llegar a esta transformación sin tregua perseguida. Su deseo de sustraerse a todas las miradas la llevó a destruir ⁽¹⁾ aquellas páginas, con las cuales nos hubiera sido tan fácil reconstituir su vida

(1) A excepcion de un cuaderno, del que tomaremos algunas notas.

entera, comunicándole aquel encanto peculiar que se halla en las cartas y escritos de la niña, lo mismo que en los de la carmelita, de cuya naturaleza llena de gracia y elevacion había de decir un religioso al salir de una entrevista con ella en el locutorio del Cármen: «Verdaderamente está dotada de prendas encantadoras». Si, todo en ella encantaba, y tanto mas, cuanto que ella parecía ignorarlo.

«Si vieras la hermosura de un alma en mi gracia, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, morirías de amor». «Tal fue mi primera impresion, escribe un sacerdote encargado de guiar a Isabel algunos años mas tarde, al manifestarse a mi vista de director aquella alma todo candor e inocencia, límpida como el puro cristal de las aguas traslúcidas. Un entusiasmo reprimido caldeaba una piedad sencilla, ordenada, sumamente natural en su sobrenaturalidad; nada de exaltacion, nada de exigencias extraordinarias. El aborrecible *yo* parecía, por decir así, que ni siquiera había germinado en ella».

Digamos mas bien que le mantenía diariamente en jaque una ansia de padecer muy rara en una edad en que el corazón se abre a todas las alegrías. El de Isabel, entregado al amor divino, no había de hallar descanso sinó en el dolor. Ávida ya de inmolation se muestra nuestra querida niña, y en cada página de su *Diario* suena el eco de aspiraciones generosas cuya expresion no se cansa de formular, y ¡con qué acentos lo hace!

Va mas adelante aun, se entrega al sacrificio a medida que tropieza con él en la vida; y el sacrificio con-

tinuamente aceptado la doblega, la modela sobre el ejemplar divino, cuya mansedumbre y humildad reflejará bien pronto, ínterin llegue el tiempo en que, llevado hasta el heroísmo, imprima en ella los estigmas de la Cruz.

Mas antes de proseguir, recogemos los recuerdos de un venerable canónigo de Carcasona, en cuya casa la familia Catez pasaba algunas temporadas.

Este digno sacerdote conoció tanto mejor a Isabel, cuanto que esta, desde sus juveniles años, se complacía en tomarle como confidente de sus íntimos sentimientos.

«¿Qué diré de la que tuvo a bien tenerme por amigo suyo, sinó que era una santa? Oh, si, una santa en la acepcion mas amplia de la palabra. Esta conviccion está de tal suerte grabada en mi alma, que un día escribí a su madre: «Todas cuantas cartas recibo las quemo; en cuanto a los renglones que vienen de Isabel, los colecciono con esmero; se los legaré a vuestras nietecitas. »Quién sabe si han de servir algun día, cuando se trate de beatificarla o canonizarla».

»Admirable es Dios en sus santos, y su gracia, cual hábil artífice, comenzó muy temprano su obra en esta alma predestinada. Isabel fue santa desde sus primeros años. Yo aseguro que nunca se ha vuelto atras. Preguntadlo a su piadosa madre, y ella os dirá que en nuestras conversaciones, lo mismo que en nuestra correspondencia, nunca le dábamos otro nombre que el de «*nuestra santita*». En mi concepto ha muerto con la pureza de su bautismo.

Y tanto mayor fue su mérito, cuanto que se hallaba dotada de una naturaleza viva, ardiente, apasionada. Nacida en un campamento, hija y nieta de militares, sentía circular en sus venas sangre de soldado, cálida y generosa. Fácilmente hubiera sido arrebatada, voluntaria, fogosa. Dos amores, por dicha suya, contrabalancearon su vivacidad: el amor de su madre y el amor de Dios: el amor de su madre, a quien quería con delirio y el amor de aquel a quien con un celestial acento llamaba siempre *Él!* Tenía siempre sus hermosos ojos, que os eran bien conocidos, mi Reverenda Madre, aquellos rasgados ojos en que se reflejaba el cielo, fijos en su madre y en Dios, y continuamente preguntaba: qué es lo que tengo que hacer?

Le gustaba mucho jugar con sus amiguitas, y ninguna sabía tan bien como ella dar animación al juego. Paréceme que aun la estoy viendo en nuestras correrías por las montañas, los bosques, las praderas, atravesando los ríos, siempre al frente de la banda; mas, una palabra, una mirada de su madre bastaba para detener la mas vertiginosa carrera.

Qué diferencia entre ella y su hermana Margarita igualmente buena, igualmente amable. Fogosa y enérgica la una, apacible y grave la otra, a quien llamábamos *la Justicia*. Cuando dejó Isabel el mundo, no echó de menos mas que una cosa: su madre.

Nunca olvidaré su última visita: estábamos sumamente conmovidos en tal trance de una separación que sabíamos era definitiva. Su madre lloraba; ella

reprimiendo sus lágrimas se inclinó hacia mí y susurró dos palabras, solas que oí: Gracias!... mi mamá! Ya no la volví a ver. Ojalá con sus oraciones me alcance que la vea algún día de nuevo en el Cielo.

—¿A qué se refiere aquel *gracias* antes de encomendarme su madre? Es que ella estuvo siempre en la creencia de que yo había favorecido su vocacion; no lo niego, y tuve el valor de decir a su madre: es de Dios antes que vuestra.

—Una tarde, fatigadas las niñas de corretear, habían entablado una conversacion infantil. Isabel con traviesa evolucion procuró acercarse a mí, llegando hasta subirme en las rodillas, presto se inclina a mi oido y dice: «Señor Cánonigo, voy a ser monja, sí, quiero ser monja». Tendría entonces sobre siete años. Nunca cesará de sonar en mi memoria aquel timbre de voz angelical, y tambien la exclamacion algo irritada de su madre: ¿qué está diciendo esa loquilla? Doña Maria Catez se acordará del claustro donde a la mañana siguiente vino a encontrarme; llena de ansiedad me preguntó si creía de veras que Dios la llamase; yo le contesté con una palabra que cual una espada debió atravesar su corazon: si, lo creo.

—Hoy la santa mujer ha subido el Calvario: ha asistido a la inmolacion de su hija: arrasada en lágrimas, pero en pie, como la madre de Jesus, ha ofrecido el sacrificio fuerte y generosa. Dios la premiará segun sus méritos, entre tanto puede estar satisfecha y consolada: ha dado una gran santa al Cielo.

¿Cómo se preparó Isabel a recibir el pan de los ángeles en aquel hermoso día de la vida? Otros mas dichosos que yo tuvieron la suerte de presenciar aquel acto, y podrán decirlo; mas, puedo asegurar que después de ese día no la vi una sola vez en oracion, no la oí una sola vez en confesion, y jamas la he dado la comunión sin decir en mi interior, sumamente edificado: esta criatura es un ángel».

CAPÍTULO II

El llamamiento divino.

Resolución de darse del todo a Dios. — Voto de virginidad. — En el hogar doméstico. — Vocación puesta a prueba. — Su hermana aboga por ella. — El diario de Isabel.

«Voy a ser monja, quiero ser monja», decía la niña a los siete años. No comprendía que se pudiera entregarse a Dios a medias; así es que su *conversion* le abrió el camino de los perfectos.

«Siendo de naturaleza muy jovial, nos decía haciendo referencia a los recuerdos de sus primeros años, me gustaba divertirme; pero, aun en aquella edad, me mantenía alerta, tocante a las fiestas mundanas, temiendo a mi corazón; y sobre todo, la resolución de darme enteramente a Dios me preservaba del atractivo de los placeres. Cuando me invitaban a reuniones infantiles, antes de salir iba a encerrarme en mi cuarto para orar un buen rato; el conocimiento de mi natural vivacidad me obligaba a gran vigilancia».

Ese propósito de pertenecer enteramente a Dios no fue al principio mas que cierta tendencia vaga, hacia lo mas perfecto.

«No me acuerdo, refiere una amiga íntima, en qué tiempo me hizo Isabel sus primeras confidencias acerca de su deseo de consagrarse a Nuestro Señor; pero, siendo aun muy niña le gustaba mas que ninguna otra cosa jugar a monjitas: era ya desde entonces su único pensamiento, no la he visto nunca cambiar. Una tarde me manifestó que quería ser trapense por no encontrar bastante austera la Orden del Cármen».

Algun tiempo despues, ya estaba decidida su eleccion. «Apenas tenía catorce años, dice á su vez la señora X....., cuando la hallé un día pensativa, triste, levantando al cielo sus hermosos ojos en ademan de implorar. Acerqueme a ella, preguntándole de qué podía provenir aquel su aspecto melancólico cuando todo le sonreía en la vida. «Señora, me dijo, estoy pensando en la dicha que tendré cuando el Cármen me abra sus puertas, y me parece que el tiempo transcurre muy despacio, pues quisiera estar ya consagrada al servicio de Dios.» Me reí de esta prematura decision y le dí a entender que en el mundo podría amar y servir a Dios, rodeando a la vez de cuidados y cariño a su madre tan digna. Ella me dejó expresar todo mi pensamiento, y al fin me dijo: «Dios me quiere para Él; mi querida madre comprenderá mi deseo; por dicha tendrá el que me vaya, si en esta separacion se ha de fundar mi felicidad. A pesar de eso no dejaré de quererla muy de veras; pierda V. cuidado».

¿Cómo se determinó Isabel por el Cármen? Las siguientes líneas nos lo dan a conocer.

«Me gustaba mucho la oracion y amaba a Dios en tal extremo, que aun antes de mi primera comunion, no comprendía que pudiese alguien entregar su corazon a nadie mas; y desde entonces estaba resuelta a no amar mas que a Él, a no vivir mas que para Él.»

«Iba a cumplir catorce años cuando un día, mientras la accion de gracias, sentíme irresistiblemente impelida a escogerle por único Esposo, y sin dilacion me uní a Él por el voto de virginidad. Nada nos dijimos, añadió al hacernos esta confidencia, pero nos dimos el uno al otro, amándonos tan fuertemente, que la resolucion de ser del todo suya llegó a ser en mí aun mas irrevocable. Otra vez, despues de la sagrada comunion, pareciome que la palabra *Cármén* sonaba dentro de mi alma, y desde entonces no pensé mas que en guarecerme tras de sus rejas».

Seis años la separan aun de aquel día tan anhelado, años de expectacion harto largos para lo grandes que eran sus anhelos, pero rápidos y benditos para el hogar que embalsama con el perfume de sus virtudes. Su cariño se concentraba en su madre y su hermana Margarita. A su madre de cuánta veneracion la rodeaba! Día vendrá en que ha de escribir despues de un sermón sobre la educacion de los hijos: «He dado gracias a Dios del fondo de mi alma por haberme regalado una madre como la mía, una madre dulce y severa a la vez, que supo triunfar de mi terrible carácter».

Para con su hermanita desempeña su papel de hermana mayor con una gracia exquisita. «No me eran

menos provechosos sus ejemplos que los consejos de su piedad tan luminosa, de su juicio tan seguro, observa Margarita. Tenía Isabel de doce a trece años, cuando al salir un domingo de una función parroquial me dijo: «He entendido que Dios me recomendaba no tome dos sillas en la iglesia, no está bien el buscar tanta comodidad». Yo me eché a reír y le repliqué que lo mismo le daba a Nuestro Señor el que tuviese una, como el que tuviese dos sillas. Mas tarde comprendí la dependencia de la gracia en que vivía mi angelical hermana: ya se me había descubierto el secreto de sus rápidos progresos en la perfección. Antes de llegar a esta edad, el amor divino llenaba ya su corazón: todo lo atestiguaba en ella. Un día, siendo aun muy niña, exclamó al pasar delante de un teatro: «Oh, cuánto diera por ser actriz». «Cómo! le contestaron sumamente extrañados de tal exclamación, ¿es posible, Isabel, que abriguéis semejante deseo?» «Sí, porque al menos habría un corazón que latiera de amor por Dios en ese sitio». En amar a Dios y hacer que le amasen consistía su vida entera. Ponía cuidado de que nada en mi alma sirviese de obstáculo para la acción divina; por eso trataba de corregirme de cierta timidez, viendo en ella una falta de sencillez que provenía del amor propio.

El negarse a sí misma llegó a serle natural, de tal manera que no se notaba la menor violencia en las ocasiones que se le ofrecían de vencerse; aun más, hasta manifestaba entonces una satisfacción, cuya causa no provenía más que de la idea de un nuevo sacrificio, de

un acto de amor y de un placer que podía proporcionar a los demás».

Sus amigas hacen de su virtud los mismos elogios. «Nunca, atestigüa una, la oí hablar mal de nadie, así como tampoco decir bien contra la verdad. Sabía poner de relieve lo bueno que en cada uno hay, sin negar por eso las deficiencias: su tacto igualaba a su caridad, del mismo modo que su indulgencia no la impedía mantenerse firme cuando era menester».

Isabel deseaba morir joven ⁽¹⁾: nada había en la tierra que la atrajese; no obstante, temía mucho el juicio particular, y ninguna noche se dormía sin haberse preparado para la muerte, cual si hubiese de despertar en la eternidad. Luego había de suceder al miedo el mas expansivo amor.

«Una tierna devocion a Santa Catalina de Sena, nos dicen otras referencias, la impulsaba a imitar su recogimiento continuo en la celdita de su corazon, en donde se complacia en hacer compañía a su divino Dueño, y en ofrecerle las flores de sus sacrificios. Muy a menudo fuí testigo, añade la narradora, de sus esfuerzos para disimular una pena, reprimir una impaciencia o una palabra demasiado viva».

Una nota de Isabel nos pone al tanto del secreto de sus victorias: «Cuando se me hace alguna observacion que no creo merecida, paréceme sentir que hierve la

(1) A los catorce años, rogaba a una amigueta suya la acompañase al santuario borgoñés de Nuestra Señora d'Etang, para implorar esta gracia.

sangre en mis venas; hasta tal extremo se rebela todo mi ser... Hoy he tenido el gusto de ofrecer a mi Jesús varios sacrificios de este defecto dominante; ¡cuánto me han costado! En esto echo de ver mi flaqueza; mas, Jesús estaba conmigo: oía su voz en lo íntimo de mi corazón, y entonces sentíame dispuesta a sobrellevarlo todo por su amor».

Sí, Jesús vivía en ella, su presencia se revelaba al exterior. «Emanaba de ella, refiere otra amiga, lo que no acertaría a expresar, tan puro, tan ardiente y apacible, y suave, sencillo como el aroma de la virtud».

Bastan estos recuerdos para bosquejar la fisonomía de esta jóven verdaderamente poseída de Dios. Bien se leía eso en su mirada límpida y profunda, en su actitud modesta y recogida: el alma de la «santita» se traslucía en todo su ser, en sus actos todos, hasta en las mismas armonías de su teclado, al que cada vez hacía vibrar con mas arte. «Nadie, decían, sabe interpretar como ella las obras maestras musicales, porque tiene mucha alma»; y bien se adivinaba que aquel ser no había sido destinado para el mundo.

De dónde le provenía aquel talento de interpretación? Ella misma nos lo da a conocer, escribiendo sobre el particular a una jovencita que no se atrevía a tomar parte activa en una reunion musical: «Rezaré por Magdalena, para que Dios la invada hasta mover sus dedos; y entonces desafío a cualquiera a que rivalize con ella. Que no se ponga nerviosa; voy a participarle mi secreto: es necesario que se olvide de todos los que la

oyen, y que se figure que está a solas con el divino Maestro; entonces se toca por Él, con toda el alma, y se hace brotar del instrumento unos sonidos llenos, tan briosos como delicados. Oh, cuánto me complacía yo en hablarle ese lenguaje».

No, en verdad, un alma de ese temple no era para el mundo, y no sorprende oírla exclamar refiriéndose a aquella época de su vida: «El mundo me espantaba». Hémosla visto en sus juveniles años «precaerse a causa de su corazón» la víspera de una reunión infantil, y nos consta con cuánta delicadeza, con qué exquisitos cuidados supo mantener esta vehemente y fiel jóven hasta su entrada en el Cármen la vigilancia a que se había resuelto.

«A los diez y ocho años, decía, se acabó la lucha; en medio de las fiestas, dominada por la presencia de Dios que está en todas partes y con el pensamiento de la Comunión del día siguiente, tornábame como agena e insensible a todo lo que pasaba alrededor de mí».

Refiere, en efecto, la señora X..... que en una reunión animadísima, extrañada de su mirar, no pudo menos de decirle: «Isabel, V. no está aquí; con seguridad que está V. viendo a Dios». La jóven se limitó a sonreírse. Llamaron la atención de su madre sobre esa extraña expresión, y ella comprendió también que el corazón de su hija, no obstante la animación de la fiesta, no estaba allí.

Acaso se le ocultaban sus aspiraciones? ¿Cómo podía olvidar estas líneas sorprendidas en su *diario*: «Ah,

Carmelo, cuándo me abrirás tus puertas? Desde aquel día jamas se apartó de ella la vision del gran sacrificio.

En 1897 al mudar de residencia el sacerdote Sr. S..., antes de marchar, hablóle con toda seriedad de la vocacion de Isabel, abogando en su favor ante el temor de dilaciones harto fáciles de prever. Mas D.^a María Catez, aunque sometiéndose a la voluntad de lo alto, quiso probar por sí misma aquella vocacion y dejarla madurar.

Una de las pruebas mas sensibles para la querida jóven fue el verse privada de las relaciones que le hubiera gustado entablar con el Cármen para consolar su expectacion y sostener sus anhelos; mas, aceptó la privacion con aquel espíritu de obediencia que la animaba siempre, plegándose con igual serenidad a todos los deseos de su madre, en quien se fiaba en absoluto.

Al verano siguiente se trasladaron a Lorena, donde por espacio de tres semanas unas a otras se sucedieron las reuniones de sociedad. Isabel se presentaba en ellas irreprochable en su traje de una elegante sencillez, pues la guiaba su buen gusto en esto como en todo lo demas, sin afectacion ni pretension de ningun género. Viéndola tan amable y graciosa, nadie sospechaba que viviese en la esperanza de encerrarse en un claustro.

Despues de la Lorena, creose en el campamento de Châlons nuevas simpatías en el mundo militar. Pero, mientras sus amables prendas personales hacían concebir en torno suyo no pocas esperanzas, ella continuaba persiguiendo mas alto ideal.

Admirando en silencio su piadosa madre tan rara

virtud y acariciando aun algunas esperanzas, remitióse para el porvenir al juicio de un sacerdote en quien había puesto toda su confianza». (1)

Al manifestar un día a su hija menor sus perplejidades, supo D.^a María Catez que su Isabel suspiraba entonces mas que nunca por el claustro, y que en aquel momento estaba haciendo una novena a la Santísima Virgen a fin de lograr el anhelado consentimiento. Margarita abogó generosamente por aquella causa, aunque era muy sensible a su corazón; y la madre, rendida, mandó llamar a su hija mayor. Tuvo entonces lugar esta conmovedora escena, descrita por Isabel:

Domingo 26 de mayo de 1899. «Pues que me ois, oh María, seguid sosteniéndome.

»Margarita ha tratado de nuevo el asunto de mi vocacion; mamá le ha contestado que yo no debía pensar ya en esto, y que no sería ella quien primero me hablase de ese proyecto. No obstante, despues de comer mi pobre madre me interrogó. Al ver que mis ideas eran siempre las mismas, derramó copiosas lágrimas, diciéndome que no me impediría marcharme a los veintiun años, que solo me quedaban dos años de espera, y que en conciencia no debía dejar a mi hermana antes de ese término.

»Cuánto he admirado su resignacion! La Virgen me

(1) El canónigo Sr. G. . fue director de Isabel hasta su ingreso en el Cármen. Pronto reconoció el llamamiento de Dios; y cuando llegado ya el momento de la separacion, la pobre madre pedía aun el plazo de un año, él fue quien la determinó a cumplir el sacrificio.

ha alcanzado esta gracia, pues nunca la había visto tan conforme. Cuando vi que ambas lloraban, yo también prorrumpí en llanto. Oh, Jesús mío, menester es que Vos seáis quien me llamáis, Vos quien me sostengáis, es menester que os vea tendiéndome vuestros brazos por encima de esos seres tan queridos, para que no se destroce mi corazón.

«A cualquier cosa estaría resuelta por evitarles una lágrima... y yo misma soy la causa de su aflicción. Oh Señor mío, bien lo veo, Vos me queréis, y me dais valor y fortaleza: en medio de mi pena siento una paz inalterable. Sí, pronto podré responder a vuestro llamamiento: durante estos dos años redoblaré mis esfuerzos a fin de ser una esposa menos indigna de Vos, oh Amado mío.

«Pareceme que estoy soñando. Ah, es demasiado hermoso; no puedo pensar que a mí, pecadora, ruin criatura me reservéis semejante dicha. Bendito seáis por siempre jamás. Y ahora Vos, que podéis trocar cuanto hay en mi corazón, quemad, arrancad todo cuanto os desagrada en mí. Gracias, María Madre mía... seguid vuestra obra, sostened a mi buena madre, cuya fortaleza me admira; premiad a mi querida hermanita, que no piensa más que en alcanzarme la dicha que anhelo. Dadles fortaleza y valor; sepan que a pesar de mi amor hacia ellas, estoy pronta a dejarlas por mi Jesús, y se persuadan de que Él es quien me llama, que solo por Él las sacrifico... Oh, Amado mío, sostenedlas, sostened también a la que os ama hasta morir y no encuentra palabras bastante expresivas para manifestar su gratitud».

Su plegaria fue escuchada: aquellas hermosas almas hicieron grandes progresos en los caminos de Dios. En cuanto a Isabel, no pensó mas que en sacar provecho de aquella dilacion tan larga para sus ardientes deseos: «Ya que Jesus no quiere todavía de mí, escribe, cúmplase su voluntad; pero que me santifique en el mundo, que no me estorbe este mundo el dirigirme hacia ÉL, que no me distraigan ni me retrasen las futilidades de la tierra. Soy esposa de Jesus, estamos íntimamente unidos, nada hay que pueda separarnos. Ah, sea siempre digna de mi celestial Esposo, no malgaste sus gracias y dado me sea demostrarle cuánto le amo».

Su *diario* nos descubre algunas de sus fidelidades y nos la muestra seriamente aplicada a la obra de su santificacion. En esta abierta cuenta de conciencia, consígnase los esfuerzos, se reconoce con humildad las faltas, y todo esto se hace con espontaneidad, con sencillez, y sobre todo con grande amor. Trata de complacer a Aquel que la ha cautivado escogiéndola para sí, quiere consolar de los ultrajes al corazón divino, cuyo dolor comparte con él. Sabiendo muy bien que solo las virtudes cristianas prueban la verdad del divino amor, se aplica a ellas con ardor y perseverancia, para adquirir la perfeccion que se dispone a profesar definitivamente en el Cármen.

En vispera de su ingreso en el claustro, Isabel destruye esas páginas íntimas, muy agena del interés que alguien podría tener en conservarlas: entiende, sin duda, que debe desaparecer por completo y sepultarse del

todo detras de sus rejas, no dejando a su madre y su hermana, tan tiernamente queridas, nada mas que la seguridad de un cariño que ha de perpetuarse en la infinidad de Dios.

No obstante, segun ya hemos dicho, un cuaderno se libró de las llamas. Como en su mayor parte contenía extractos de lecturas y pláticas, no hizo caso de él, y, aunque bajo distinta forma, es la continuacion de su historia íntima.

«Estoy leyendo el *Camino de perfeccion* de Santa Teresa: esta lectura me cautiva y me hace mucho bien: dice la Santa cosas tan buenas acerca de la mortificacion interior, esta mortificacion que quiero realmente alcanzar, con la ayuda de Dios. No puedo por el momento imponerme grandes austeridades, pero al menos está a mi alcance el inmolar a cada instante mi voluntad».

Mas adelante dice: «Mi director me ha hablado hoy de la mortificacion interior: qué bien lo inspiró Nuestro Señor... Trabajo mucho en esto desde mis ejercicios: debo persuadirme que el sufrimiento corporal, a que aspiro, no es mas que un medio, excelente en verdad, de alcanzar la mortificacion interior y el desprendimiento total de mí misma. Jesus, amor mío y vida mía, ayúdame: menester es que llegue a conseguir esto, hacer siempre y en todo lo contrario de mi querer. Mi buen Dios y Señor, os hago el sacrificio de mi voluntad, para que no forme mas que una sola con la vuestra. Yo os lo prometo, haré cuantos esfuerzos pueda para ser fiel a esta resolucion que he tomado de renunciar-me en todo.

No siempre me es esto fácil; mas, con Vos, oh fortaleza y vida mía, acaso no tengo asegurada la victoria? (1)

«Imposible me sería decir todo el provecho que saco de este libro de Santa Teresa. Aunque ella se dirige a sus hijas del Cármen, habla tan admirablemente de la amistad... ¡qué verdadera y perfecta amistad la de una persona, sea o no religiosa, que trabaja por el aprovechamiento espiritual de su prójimo! Una amistad de esa índole vale mil veces mas que toda la que pudiera testimoniarse en el mundo con todas las palabras de ternura que con tanto exceso se emplea, dice la Santa. Oh, Jesus mío, sí, yo os lo confieso, he amado demasiado a las criaturas, me he entregado demasiado a ellas, y he deseado demasiado su cariño, o mejor dicho, no he sabido amarlas con amor sobrenatural. Mas ahora lo conozco, ya no quiero mas que a Vos, y, sobre todo, Amado de mi alma, no anhelo ser amada mas que de Vos.

«... Hoy me he confesado, he dado a conocer a mi director mis resoluciones y las mercedes con que Dios me ha colmado en estos días. Me aconseja que me acuse en cada confesion de las faltas a las resoluciones tomadas, y me asegura que así adelantaré mucho mas. Oh,

(1) Acudia Isabel con asiduidad a los santos ejercicios predicados a las jóvenes por los Padres de la Compañía de Jesus; preparábase a ellos con gran fervor y recogía con avidez santa la luminosa doctrina de esos ejercicios, que habían de alumbrar y sostener la obra de su perfeccion. Aquel año sus resoluciones se inspiran en el «*agendo contra*», que hizo vibrar de santo entusiasmo su alma generosa; la enérgica frase de San Ignacio viene a ser su consigna: *renunciarse en todo, ir siempre en contra de su voluntad*; programa de esforzada abnegacion, por el cual en su corazon dispondrá la valerosa joven continuas escalas de ascenso.

Jesus mío, mucho quisiera yo adelantar para que me améis aun mas. Sí, Jesus mío, estoy hambrienta de vuestro amor; y os amo tanto, que, por momentos, creo que voy a morir».

Las siguientes líneas son eco de los sentimientos de una piedad filial que la pluma de Isabel expresa con peregrino talento. Habiendo en el celo por su perfeccion concebido un plan que no recibió la aprobacion de su madre, se somete sin mas insistencia: «A mi mamá no le ha gustado; ya no hablaré mas de este asunto». Y mas adelante dice: «Me alegraba de poder comulgar hoy, durante cuatro días seguidos era demasiada dicha; pero viendo que esto contrariaba a mi mamá, he hecho este enorme sacrificio y lo he ofrecido a mi Jesus».

Despues de un sermon escribía: «Me acordaba mucho de mamá cuando el Padre decía: «Oh, vosotras, pobres madres a quienes pide Dios el sacrificio de vuestros hijos o de vuestras hijas: venid a buscar junto a Él fortaleza y generosidad». Sí, Jesus mío, yo os conjuro, sostenedla, me da pena el verla sufrir».

En 1899 cayó gravemente enferma la Sra. Catez. Atormentada por el desasosiego, Isabel se levanta de noche para oír la respiracion de su madre: trata de averiguar la verdad, cueste lo que cueste; pero sobre todo ruega, y Dios oye sus oraciones. «Por fin, mamá se ha curado, escribe llena de gozo; oh, Señor mío, qué prueba; sin embargo, os doy gracias: os habéis servido de ella para desprenderme de las cosas de acá abajo, y adherirme a Vos, a Vos solo, por quien deseo «padecer o morir».

Otra emoci3n de distinto g3nero estaba reservada al coraz3n de Isabel, tan tierno para con su madre. En el *diario* hallamos la confidencia: «Oh, Jesus mío, guardad mi coraz3n, es vuestro, yo os le he entregado, ya no me pertenece a mí. Esta mañana ha vuelto mi madre muy tarde y toda desasosegada: le han hablado de una alianza para mí, de un partido magnífico, como no volveré a encontrar jamas. Ha ido a consultar con mi confesor, quien le ha aconsejado que me hable de esa proposici3n, y me muestre las ventajas, diciendo que para mí es una prueba, que debo reflexionar..... que él no puede pronunciarse..... que, sin embargo, no deben disponer entrevista alguna sin avisarme de antemano. Cuán agena estaba yo de pensar en esto, mas, cuán indiferente me ha dejado esta proposici3n tan halagüeña. Ya no está libre mi coraz3n, se le entregué al Rey de reyes, no puedo disponer de él; oigo la voz de mi Amado que me dice en el fondo de mi coraz3n: «Esposa mía, ¿con que
»renuncias a todos los goces de la tierra para seguirme?
»En pos de mí pasarás por el dolor, por la cruz; tendrás
»que soportar muchos padecimientos; si no estuviera a
»tu lado para sostenerte, no podrías sobrellevarlos; te
»serán arrebatados hasta los mismos consuelos espiri-
»tuales, para ti tan inestimables. Cuántas penas encuen-
»tra quien camina tras de mí... pero tambien cuántas
»dulzuras y deleites, cuántos goces te daré a gustar en
»esas tribulaciones. La parte que te he escogido es a
»buen seguro la mas hermosa, y fuerza es que te ame
»con grande amor para habértela reservado. ¿Sientes

»bastante amor por tu Jesus? aceptas esos padecimientos? quieres consolarme? Estoy tan abandonado: no me dejes tú, hija mía: quiero tu corazón, le amo, le he escogido para mí: suspiro por el día en que seas del todo mía: oh; guarda tu corazón».

»Sí, Amor mío y vida mía, Esposo muy amado, a quien adoro: pronta estoy a seguiros en ese camino de sacrificios. Me mostráis todas las penalidades que en él me saldrán al encuentro: oh, buen Jesus, juntos pasaremos por ellas: acompañándoos a vuestro lado seré fuerte. Oh, sí, gracias por haber escogido a una pobre-cita criatura como yo para consolaros; bien sabíais que no os abandonaríais; pero si lo hiciese sería mas culpable que los desgraciados que os crucificaron hace veinte siglos. Oh, amor supremo, soy toda vuestra, solo os pido que me sostengáis, pues sin Vos soy capaz de todas las bajezas, de todos los crímenes.

Mi madre es admirable, es como un milagro de María, no trata siquiera de hacerme vacilar. Cuando me dijo que reflexionara, le contesté que mi decision sería la misma dentro de ocho días; pero que si le agradaba accedería a que no diese respuesta antes de ese término. Ahora me comprende. Hubiese sido el descanso para mí, me dijo; Dios quiere que sea otra cosa, cúmplase su voluntad».

CAPÍTULO III.

La mision de 1899.

Llama apostólica. — Correspondencia a la gracia. — Dolor de sus faltas. — Confesion general. — Arranques de gratitud. — Clausura de la mision.

En 1899, hallamos a Isabel toda ocupada con una gran mision que se preparaba.

«Vamos a tener una mision durante la Cuaresma: ya estoy rogando por su éxito. Oh, deseo tanto devolver almas a mi Jesus; daria mi vida por contribuir al rescate de una tan solo de aquellas almas que Dios amó tanto; quisiera darle a conocer, hacer que le amen por toda la tierra. Qué dichosa soy en ser toda de Él, quisiera que el mundo entero viniera a colocarse bajo ese yugo tan suave y esa carga tan ligera. Me sería muy grato volver a Jesus el señor N..., hombre buenísimo, tan caritativo como cabe serlo, pero que vive alejado de Dios. Ya he ofrecido varias comuniones por esa intencion y cuento con la mision para llevar a cabo esa hermosa obra. Por gran ventura tendria si pudiese contribuir a ella, por poco que fuera; qué no sufriria por lograr este fin!»

Sábado, 4 de marzo. — «Vuelvo de la catedral; la ceremonia de apertura ha resultado magnífica. El Sr. Obispo subió al púlpito y habló de la mision, que ha de despertar a las almas de su letargo. A continuacion del sermon tuvo lugar una espléndida procesion, en la cual tomó parte toda la capilla. Las voces angelicales de los niños se elevaban puras y suaves hasta las bóvedas de la antigua basílica; hermosos y conmovedores eran sus cánticos».

Su gran preocupacion es la salvacion de las almas: de su corazon, abrasado en el amor divino, brotan los mas ardientes suspiros.

Domingo, 5 de marzo. — «Dios mío, os ofrezco el sacrificio de mi vida por el buen éxito de esta mision; haced que sufra, pero escuchadme; mirad mis lágrimas y mis suspiros: misericordia, piedad, oh Dios todopoderoso, en nombre de Jesus mi Esposo muy amado!

«Eterno Padre, ¿no estáis ya propicio? Qué mas deseáis? Almas, Dios mío, quiero almas, a costa de cualquier sufrimiento; mi vida toda será una expiacion, estoy dispuesta a sufrirlo todo, pero piedad en pro del mundo, en nombre de Jesus mi divino Esposo, de Jesus, a quien quiero consolar.

«El Sr. N... ha venido a la mision, cuántas gracias he dado a Dios!»

Domingo, 12 de marzo. — «El sermon de vísperas magnífico; quizá será el que hasta ahora me ha gustado mas. Al oír hablar de ese celo en que debíamos arder, mis ojos se humedecían de lágrimas. Oh, buen Jesus:

si he vivido largo tiempo indiferente a la salvacion de mis prójimos, ofendiéndoos tanto yo misma, por lo menos ahora aspiro a traer a Vos muchas almas: mi corazon se consume por esta obra de redencion. Divino Esposo, quiero consolaros, quiero hacer que olvidéis el pesar que os causan los pecadores. Si Jesucristo llevó a cabo la obra de la redencion, fué por medio de los padecimientos, y tras de sí nos llama a esa vida de sacrificio, medio el mas seguro para salvar a las almas.

«Oh Jesus, ¿no os estoy pidiendo a grandes voces el sufrimiento? consiento en soportarlo todo; pero dadme almas, dadme la que os encomiendo de un modo especial. Estaba tan llena de esperanza al ver a ese pecador asistir a la mision, y ahora ya no viene...»

Martes, 14 de marzo.— «El sermón acerca de la eternidad ha sido elocuentísimo. Hablan de Dios estos Redentoristas con tan acendrado amor, que es cosa admirable. Cuánto los amo al verlos evangelizar de esa manera: Ah, ellos siquiera han podido seguir su vocacion: vuelven numerosas almas a Dios, dichosos son; que disfruten de su dicha. Jesus mío, ¿cuándo podré yo también seguir la vía que se me ha señalado? cuándo lograré entregarme a Vos? sedienta estoy de sacrificios, bendigo cuantos se ofrece en el transcurso del día. Durante esta mision, siento que se redobra la llama que arde en mí, mi corazon se abrasa en el deseo de convertir almas, esta idea me inquieta hasta durante el sueño, no tengo ya ni un momento de reposo. Mirad, Dios mío, los ardorosos deseos de mi corazon, enviadme padecimientos, solo

esto es capaz de ayudarme a soportar la vida. Padre celestial: «o padecer o morir».

Domingo, 19 de marzo.— «Hoy se acaban mis dos novenas a San José y a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro: estoy muy desolada, a pesar de que me mantengo confiada. aguardo un milagro: sí, lo espero. Cuando esta mañana vino Jesús a mi corazón, le he dicho que con Él lo intentaré todo para volverle aquella alma. Ya no paso bien las noches. Oh, Padre celestial, ¿no os dejaréis mover a piedad? Dispuesta estoy a todo por lograr la conversión del Sr. N...: concedédmela, y sufra yo cuantos tormentos haya él merecido; los soportaré por mi Jesús, con mi Jesús. Que no deje ese infeliz pecador pasar el momento de la gran misericordia, que se aproveche de esta misión para volver a Vos. Dios mío, mi corazón se deshace, escuchadme. Cada vez que siento algún dolor, me regocijo, diciéndome: María me escucha; sí, sí, es preciso, espero un milagro».

Jueves santo, 30 de marzo.— «Perdon, Señor, perdon a los pecadores. He llorado tanto, tanto he suplicado, oh Jesús, que espero obtener el rescate de esa alma. Redoblo mis oraciones a la Virgen y siento acrecentarse en mí la esperanza. Cuán feliz sería yo, si él volviese a Vos! Esta mañana viendo a los hombres acercarse a vuestra sagrada mesa, he llorado de gozo, pensando cuánto por ello os regocijaríais. Pero creí que en lo íntimo de mi corazón me hablabais de los ausentes: oh, Salvador mío, olvidadlos, no penséis en ellos mas que para perdonarles; dejaos consolar por los que os aman; harto

infeliz me siento cuando pienso que vuestro corazon puede estar afligido».

El sábado santo, desahoga su dolor en estos términos: «Oh Jesus mio, ¡qué espina para vuestro corazon! vuestra amada sufre con Vos. ¿No es verdad que no he rehusado ningun sacrificio para lograr esta conversion?»

«¿Qué emocion me agita: podré siquiera escribir? Después de haber dado los pasos convenientes para con el señor N..., mamá pidió al Sr. párroco que le enviase un misionero; hoy ha acudido el Padre L. Yo estaba llena de confianza; mas, ay, le han contestado un *no* que no deja ninguna esperanza, y el Padre temé que no llegue a convertirse nunca ese pecador. Me siento mala de pena por mi Jesus. Tiemblo por esa alma; sin embargo, no la condeno: después de un momento de irritacion contra ella, me da lástima. Dios mio, ¿no hubiera hecho yo otro tanto, y aun mas, si Vos no me hubieseis colmado de mercedes? Mi buen Maestro, junto mi dolor a vuestro dolor; mi mamá y yo hemos hecho cuantas tentativas nos ha sido posible, ella con sus buenas exhortaciones, y yo, Jesus mio, rogando sin tregua ni descanso; pero sin duda no lo he hecho como debía: rogaré pues, sufriré hasta que por fin logre ser escuchada.»

Isabel trata de hacer fructificar en su corazon la palabra de Dios. Después de un sermon acerca de la humildad, saca las siguientes conclusiones:

«Hay pues necesidad de humillarse en todo, mayormente a vista de nuestras faltas, y en vez de enojarnos

contra nosotros mismos, reconocer nuestra fragilidad y nuestra nada. Oh Maria, Vos, a quien imploro diariamente para alcanzar la humildad, ayudadme, domad mi orgullo, enviadme muchas humillaciones, Madre bondadosa.

»La plática del Padre misionero sobre la caridad me ha hecho mucho bien, pues no siempre me hallo dispuesta a disculpar a mi prójimo. He tomado serias resoluciones sobre este punto: Jesus, ayudadme, quitad de mi corazon cuantas malicias hay en él. Soportar los caracteres, cuán difícil es esto; un Santo lo ha llamado «la flor de la caridad». Jesus mío, en adelante no saldrá de mis labios ni una palabra contra el prójimo, trataré de disculparle siempre; y si me acusan sin fundamento, pensaré en Vos y procuraré soportarlo sin quejarme».

El análisis del sermón sobre el pecado termina con estas líneas: «A continuacion de un sermón sumamente conmovedor, pronunció el Padre en alta voz un acto de contrición, que no pude oír sin llorar: Perdon, oh Jesus, perdon por mis ofensas, por mis enfados de antes, perdon por mis malos ejemplos, por mi orgullo y todas las faltas que tan a menudo cometo. Bien lo conozco, no hay criatura mas ruin que yo, a pesar de que tanto me habéis dado, y todavía no os cansáis de colmarme de mercedes. Señor y dueño de mi vida: perdon. ¿Cómo puedo atreverme a pedir os gracia para los demás siendo yo tan culpable? Cómo despues de tantas ofensas no os habéis alejado de mí, mi buen Jesus? Esposo mío y vida mía: perdon!..»

« Dos días despues, la plática sobre la confesion la conmueve sobremanera y llega hasta estremecerla: « Desde hace algun tiempo, me preocupo de esa contricion. Pronta estoy a morir antes que ofenderos voluntariamente, ni siquiera con el pecado venial; pero, Dios mío, allá, cuando tenía once, doce, trece, catorce años, ¿tenía siempre ese saludable temor? pensaba siquiera en él? Tiemblo al acordarme. Estoy decidida a hacer una confesion general, pero me da miedo. ¿Cómo he de acordarme de esos pecados, de su número, de su diversidad? En fin, Dios me ayudará... ah, sí, que me ilumine para ver mis pecados en toda su malicia y su horribilidad.

« Dueño mío soberano, si hubiera de recaer como antes, yo os conjuro, haced que me muera. ¡Cómo despues de tantas ofensas pudisteis soportar mi vista! cómo pudisteis prevenirme aun con tantas mercedes! Oh, gracias... perdon! ¡Qué dolor siento al acordarme del pesar que os he causado, a Vos a quien tanto amo, a Vos que me queréis por esposa vuestra: perdon! Jesus: soy una indigna criatura; no existe seguramente otra a quien tanto hayáis dado y que os haya correspondido con tanta ingratitud. Os amo, Dios mio, lloro estos pecados que tanto os hicieron sufrir; tened piedad de mí, no miréis mas que vuestra misericordia ».

« *Miércoles, por la mañana, 15 de marzo.* — « Me he confesado, y he dado con un confesor excepcional, por lo cual doy mil gracias a Dios. El Padre ha reconocido en mi todas las señales de una verdadera vocacion; él tambien cree que Jesus me llama al Cármen, dice que esa

vocacion es la mas bella. He hecho una confesion general desde mi primera Comunión. Me asegura el Padre que nunca he perdido mi inocencia bautismal». Ni una reflexion sigue a la declaracion tan sencilla de esa seguridad, por la cual nos consta que experimentó tanta dicha; pero las fórmulas de accion de gracias pugnan por brotar de su pluma: no acaba nunca de bendecir a Aquel que obró en ella maravillas y que le reserva nuevos beneficios.

Despues de un sermon sobre la muerte y el juicio escribe: «No me he asustado nada. Oh, Jesus mío, ¿por qué me he de atemorizar de comparecer ante Vos? ¿Podríais condenar a la que, a pesar de sus innumerables faltas, no ha vivido mas que para Vos? Ciertamente que es muy miserable, que ha merecido mil veces el infierno; pero, Jesus mío, no podéis desconocerla, es vuestra esposa. Vaya pues en vuestro seguimiento, y cantando el cantar de las vírgenes se embriague con las delicias de vuestra presencia. Oh muerte, si no tuviese la esperanza de padecer y hacer un poco de bien sobre la tierra, ¡cómo te llamaría a voz en grito! Si hubiese de ofender alguna vez al Esposo que amo sobre todas las cosas, ah, entonces siégame con tu guadaña, antes que llegue esa inmensa desgracia. Jesus mío, que todo lo sufra, todo lo soporte, pero no os cause nunca jamás semejante dolor. Guardadme; mi corazon está ahí junto al vuestro; velad por él, protegedle bien, consumidle en el fuego de vuestro amor».

Las pláticas que tratan del mundo provocan en ella

nuevos arranques de gratitud: «Gracias, Dios mio, por haberme demostrado desde mi juventud la vanidad de las cosas terrenales, gracias por haberme atraído hacia Vos.

«Qué sentimientos de gratitud se elevan de lo íntimo de mi corazón hacia Vos al oír condenar al mundo y a sus placeres. Nunca podré agradeceros bastante la pingüe suerte que me habéis escogido. El Padre decía esta mañana que cuando os volvíais a los cielos, al encomendar a Dios vuestros Apóstoles hicisteis de ellos esta alabanza: «Padre, ellos no son del mundo; viven en el mundo, pero ya no son de él». Yo también, mi divino Dueño, vivo en el mundo, pero no veo más que a Vos, no quiero más que a Vos y vuestra cruz. No puede este mundo satisfacerme; languidezco y sufro por que os estoy buscando. Oh, tomadme del todo por vuestra, Vos que sois tan poderoso, podéis arreglarlo todo: un milagro, Jesús, os lo suplico».

Días después, se expresa así: «El sermón de esta tarde sobre el amor divino ha sido admirable. Me he conmovido al oír hablar de ese amor de Dios para con mi alma, y siento no poder escribir el sermón de cabo a cabo, pues es el más hermoso de todos. Ay, Jesús, yo no puedo oír que Vos sufrís, que vuestro corazón destila sangre a vista de todos esos hombres que se alejan de Vos: esto me atormenta. Oh, Amado mío: sí, Vos estáis sufriendo, y en vuestra bondad habéis llegado hasta el extremo de pedirme a mí, pobre gusanillo de la tierra, que os consuele: es esto posible?»

Jesus mío: es demasiado sublime y demasiado grato para mi corazón.

Dominada hasta tal grado por el amor divino, Isabel se hará atenta aun a los mas mínimos detalles de su perfeccion. Busca la luz de que cree carecer, y echa de menos el maná fortificante de la palabra sagrada. A seguida de oír algunas pláticas acerca de la vida cristiana, escribe: «Espero consultar sobre este asunto al Padre L.; tengo, por otra parte, varias cosas que decirle, y me siento impaciente por ir a estar con él. Qué lástima, la mision toca a su fin, qué pronto ha pasado. Apodérase de mí un sentimiento de tristeza, pero Jesus me dice que no piense mas que en la dicha de pertenecerle pronto. Considero al mundo y cuanto en sí encierra como cosas por las que atravieso sin detenerme; no se apega a ellas mi corazón, y todas las mañanas al pensar en mi jornada prometo a mi divino Esposo estos ó los otros sacrificios. Cuando se me presenta alguno mas costoso, si titubeo, Jesus insiste con tanta fuerza, que me veo en la imposibilidad de rehusársele.

«Oh, Dios mío: durante estas cuatro semanas os habéis empeñado en colmarme de vuestros beneficios, señaladamente en estos últimos días (1): qué dichosa soy. No acierto a comprender ese prodigio de vuestro amor; cuando recuerdo todas mis flaquezas, mi tibieza para con Vos, vuestra bondad me confunde. Pronto seré

(1) Refiérese al consentimiento obtenido de su madre, hacia el fin de la Cuaresma de 1836.

toda vuestra, no me ocuparé mas que en Vos, no viviré mas que para Vos, no conversaré mas que con Vos. Bien lo se, veo que anheláis aquel día en el cual vuestra amada os pertenezca del todo a Vos: ella tambien le aguarda con impaciencia. Ah, tendrá que consentir un enorme sacrificio al separarse de los seres a quienes ama con tan tierno cariño; pero experimenta en este sacrificio una dulzura incomparable, pues que sois Vos por quien le hace, Vos a quien ama sobre todas las cosas, Vos que traspasasteis su corazon, Vos cuyos atractivos la cautivaron, Vos su Esposo, su madre, su hermana, su amor supremo, Vos que podéis reemplazarlo todo en su corazon. Misterio de amor: que tenéis a bien elevarme hasta Vos, concediéndome la mas hermosa vocacion! Ah, no mas lágrimas ni tristezas: sáciate, alma mía, de felicidad.

Cuento los días que me separan de aquella hora hermosa en la cual por medio de los tres votos os perteneceré para siempre. Entonces seré vuestra esposa, una humilde y pobre carmelita, una crucificada a semejanza vuestra. Oh, Rey mío: sostenedme siempre en este camino de la cruz que he tomado por herencia, pues sin Vos nada puedo. No siempre me veré como ahora llevada por la gracia, tendré que luchar: permaneced entonces conmigo, Jesus mío, y fortalecedme. Durante estos dos años que he de emplear en prepararme a la vida religiosa, dadme mucho que padecer, desprended mi corazon de todo, que se mantenga libre, a fin de que nada le impida veros: quebrantad mi volun-

tad y confundid mi soberbia, Vos que sois tan humilde de corazon: modelad el mío de tal manera que pueda ser vuestra mansion amada, para que vengáis a descansar en ella y conversar conmigo en una ideal union. Que este pobre corazon sea una sola cosa con vuestro divino corazon; y para lograrlo, arrancad, consumid todo cuanto en él os desagrada. Dos años... qué largo es! pero mi dicha será entonces tan cumplida, que de antemano me gozo en ella y la saboreo. Ah, decidme, Amor mío, ¿no sobrevendrá nada? No, tengo confianza; y quién sabe?... acaso me llevaréis antes con Vos: arreglado todo, todo os lo confío. Gracias, Jesus mío: inspirad a mi confesor, sostened a mi mamá, tan admirable en su resignacion, premiad a Margarita, y a mí haced que padezca: tomadme, soy toda vuestra».

Pascua de Resurreccion. — Las alegrías de la Resurreccion no le hacen olvidar el dolor que le causa aquel por quien tanto ha rogado. «Alleluia, alleluia, mi buen Jesus: lloro en este día de dicha y de gloria, lloro porque se ha concluido la mision, sobre todo lloro el endurecimiento del Sr. N. Esta mañana he oido vuestra voz en lo íntimo de mi corazon: me decíais que no me aflija, que si parecia que mis oraciones no eran atendidas, a lo menos, todas esas súplicas y padecimientos habian hecho bien a vuestro corazon. Esto me consuela; pero ¿puedo ser feliz mientras Vos, Esposo mío, estáis sufriendo? Sin embargo, podéis regocijaros a vista de tantas conversiones obtenidas durante esta mision; y a fin de pasar con menos tristeza este día de Pascua, me

uno a la alegría de vuestro corazón. En este hermoso día solo queráis pensar en las ovejas extraviadas que han vuelto al redil.

«El Padre misionero nos ha dado la despedida y ha recomendado a las almas que no han visto escuchadas sus oraciones no se desanimen, asegurándoles que es imposible no lleguen a serlo algún día, porque Dios tomará en cuenta tantos sacrificios y oraciones. ¡Cuánto bien me han hecho estas palabras!»

Desgraciadamente, aquel endurecido pecador, espíritu volteriano, justificó los celos del Padre L. Cuando vinieron a anunciar al Cármen su muerte caracterizada con todas las señales de la impenitencia, Sor Isabel de la Santísima Trinidad se limitó a levantar los ojos al cielo exhalando un profundo suspiro: «Ah, desventurado», dijo, y luego adoró la justicia divina. Ignorábamos entonces cuantos sacrificios, lágrimas y oraciones le había costado aquella alma; no se notó en ella siquiera el menor retorno sobre sí misma: ocupada del todo en Dios, tan solo la afligió pensar en su amor desconocido, como lo atestiguan las siguientes líneas:

«Me ha apenado profundamente la muerte del Sr. N. ¡pensar que Dios ama tanto, y que haya corazones que se sustraigan a la acción de su amor!...»

Aquel celo ardiente que la consumía siendo aun muy joven, radicaba en una caridad ordenada por el divino Esposo, que la había introducido en las bodegas de la oración:

«¿No habéis oído, escribe un antiguo autor, conden-

sando el pensamiento de Santa Teresa, lo que dice la Esposa: que la llevó el Rey del Cielo a la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues eso es lo que se verifica en el alma, queriendo Dios que, sin ella entender cómo, salga de allí sellada de su sello, esto es, de su amor y del deseo que tiene de que las almas se salven, y también de las penas que sentía al ver las grandes ofensas que se hacían a su Padre». (1)

(1) *Catecismo de Santa Teresa*, por el R. P. Pedro Tomas de Santa María. cap. XXXVIII.

CAPÍTULO IV.

Virtudes sobrenaturales.

Espíritu de oracion.—Gracias de oracion.—Influencia de Isabel.
— *O cruz, ave, spes unica*.—Relaciones con el Cármen.—
Su último retiro en el mundo.

¿Cómo extrañarse de que a una alma tan generosa la haya Dios colmado de gracias con admirable liberalidad? «Tu medida será mi medida», decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena. La de Isabel había de ser henchida con abundancia.

Ante todo recibió un espíritu de oracion que la hubiese retenido horas enteras ante la Divina Magestad. Preguntábale un día una amiga de su madre lo que podía decir a Dios en tan largos ratos; «Señora, nos amamos,» le contestó. Respuesta digna de una hija de Santa Teresa: ¿no enseña la seráfica Madre que la oracion no tanto consiste en discurrir como en amar?

Nos consta que siendo aun muy jovencita se entregaba ya naturalmente a la oracion: «a los trece años, la contemplacion de la sagrada Cena era ya el asunto habitual de su meditacion». Cómo traseurrían aquellas

horas tan deliciosas para aquesta alma privilegiada! nos complacemos en figurárnosla ocupando sobre el pecho del divino Maestro el puesto del apóstol vírgen, y descansando suavemente en aquella actitud de filial abandono en que había de mantenerse hasta su último día. Entonces empezaron a descubrirsele los arcanos de la caridad divina, cuyo misterio había de absorber su vida.

Tambien ejercía en su alma un especial atractivo el Huerto de los olivos. Hemos hablado anteriormente del intervalo doloroso que siguió a su primera Comunión. ¿Fueron sus propias angustias lo que le hizo pensar en las del divino agonizante de Getsemaní? serían acaso el principio de sus prolongadas estaciones en compañía del Salvador, triste hasta la muerte? Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que, olvidada siempre de sí misma, la generosa jóven trata de consolarle con compasion tanto mas sincera, cuanto que se ofrece a participar de su amargo cáliz.

Mientras desempeñaba Isabel este oficio de ángel consolador, su alma iba fortaleciéndose. El deseo de padecer a su vez, fruto de su contemplacion amorosa, venía a serle gran ayuda en los momentos difíciles, porque en ella tuvieron siempre los impulsos de la gracia un resultado práctico. Hacia esa edad fue cuando, sintiéndose llamada a las divinas nupcias, se preparaba a ellas por los místicos esponsales del voto de virginidad. Siguiéronse luego gracias indudables de recogimiento: nada la apartaba ya de Dios. Penetrada de su divina

presencia y conmovida por los efectos que sentía en sí misma, se decía: «Cuando vea a mi confesor, le preguntaré qué es lo que pasa en mí». El confesor, prudente y entendido, se preocupaba menos de instruirla acerca de su estado contemplativo, que de estimularla a esforzarse para acabar de ordenar su vida según el agrado de Aquel que tenía ya en ella tan grandes complacencias.

En realidad, Dios le iba descubriendo su mansion en lo interior de sí misma, y allí es donde ella tratará de recogerse a ejemplo de Santa Teresa y a imitación de la virgen de Sena. «Ya que no puedo romper con el mundo y vivir solitaria, ah, por lo menos, dadme la soledad del corazón; que viva yo en íntima unión con Vos, que nada sea parte para distraerme de ella.

»Bien sabéis, Señor, que cuando asisto a esas fiestas mundanas, todo mi consuelo consiste en recogerme y gozar de vuestra presencia: tan seguramente os siento dentro de mí. En esas reuniones se piensa harto poco en Vos, y paréceme que tenéis por dicha el que haya un corazón que no os olvida, aunque sea tan pobre como el mío».

La oración constituye cada vez más todas sus delicias: vive insaciable de ella, y se anticipa a la aurora, aun con los fríos más rigurosos, a fin de procurarse una hora más de oración: el temor de faltar a la cita divina la mantiene despierta.

Para Isabel, como para toda alma sincera, la oración fue escuela de santidad. «Oh, Crucifijo mío, exclama, al

contemplarte comprendo toda la malicia del pecado. Amado de mi alma, mientras los verdugos taladraban vuestras manos y vuestros pies, cuando estabais padeciendo mil tormentos en la cruz, veáis mis innumerables faltas, y todas mis infidelidades. Ay, cuanto os hacían sufrir. Pero también sabíais cuánto había de amaros; sabíais que para corresponder a vuestro amor, para consolaros, estaría dispuesta a dar mil veces mi vida. Oh, Jesús mío, perdón por toda la pena que he causado a vuestro corazón divino: perdón, no miréis más que mi amor.

«¿Quién acertará a expresar la dulzura de esos coloquios íntimos de corazón a corazón, durante los cuales se llega a creer que ya no se vive en la tierra, en los que no se ve ni se oye más que a Dios, a Dios que habla al alma y le dice cosas tan deliciosas, a Dios que le pide sufrimiento, a Jesús, en fin, que desea un poco de amor que le consuele? ¡Cuánto pido a Jesús durante esos celestiales coloquios que me dé su cruz! esa cruz que es mi sosten mi esperanza, esa cruz que quiero compartir con el adorado Maestro que se digna escogerme por confidente y consuelo de su corazón. Con mi amor, con mis atenciones, mis sacrificios, mis oraciones, quiero hacerle olvidar sus dolores, quiero amarle por todos los que no le aman».

Parece tener cierto conocimiento experimental de un estado más elevado descrito por Santa Teresa: «Cuánto me gusta la manera que tiene la Santa de tratar este asunto, cuando habla de la contemplación, ese grado de

oracion en el cual obra Dios mas que nosotros, uniendo a Él tan íntimamente nuestra alma, que ya no vivimos nosotros, sinó que es Él quien en nosotros vive. En esa descripcion he reconocido las deliciosas horas que el amantísimo Maestro se ha dignado concederme durante este retiro (1899) y otras veces despues. ¿Con qué le pagaré tantos beneficios? Al volver de esos breves éxtasis en los que el alma se olvida de todo y no ve mas que a su Dios, cuán penosa y dura se le hace la oracion ordinaria! con qué trabajo hay que andar para volver a recoger las potencias todas! cuán costoso es y qué difícil parece!»

El espíritu de oracion enciende en su corazon «viva llama de amor» que ha de consumirla muy en breve: comienza ya a irradiar al exterior su benéfica influencia: Isabel «da señales de una alma que encierra tesoros celestiales, y empieza a ser provechosa a los demas, porque las flores de ese huerto exhalan un aroma tan suave e intenso, que enciende en los demás vivos deseos de acercarse a él». (1)

Dotada de verdadero atractivo, de muy atras data su influencia. «Tenía doce años, escribe una de sus amigas, actualmente religiosa, cuando empezaron a entablarse nuestras relaciones. Desde el principio me sentí subyugada por su ardor y su generosidad, y presentí que podría hacerme mucho bien. Preparándome a la primera Comunion, y adivinando cuáles habían sido

(1) Catecismo de Santa Teresa. cap. XXXVI 1.

sus disposiciones, me gustaba hablar con ella de ese hermoso día y de sus íntimos goces».

«Nunca olvidaré, refiere otra persona, lo mucho que me edificó Isabel durante el santo retiro juntamente practicado. La devoción verdaderamente enternecedora con que la vi hacer el Vía-Crucis tan hondamente me impresionó, que me movió más a devoción solo el contemplarla, que cumplir yo misma tan piadoso ejercicio. Algo irresistible me detuvo en mi sitio, meramente unida a ella y haciendo míos sus sentimientos para ofrecerlos a Nuestro Señor.

«Otra vez la hallé junto al confesonario de los Padres Redentoristas durante la misión de 1899. Los largos ratos de espera que era forzoso pasar entonces, me proporcionaron el tiempo de observarla a gusto. Su recogimiento fue tan profundo, que durante hora y media no la vi hacer un solo movimiento: parecía hallarse envuelta en un ambiente que la mantenía aislada de cuanto la rodeaba; y al acercarse a ella se presentía que le estaban reservadas grandes mercedes y que había de entregarse a Dios con rara generosidad, como lo ha demostrado el tiempo».

Edificaba también mucho Isabel en el coro de canto de las jóvenes de la parroquia. Dispuesta siempre a prestar sus servicios, manteníase, no obstante, en perfecta modestia a pesar de su talento, del cual jamás se prevalió para hacer la menor crítica. Entregose con el mayor gusto a la obra de las catequesis, para la cual se solicitó su abnegación; pues vio en ella una ocasión

de probar el amor a su Dios y Señor, ejercitando el celo que la consumía. Hasta las indisciplinadas alumnas de las escuelas laicas se dejaban vencer por el oculto encanto de su virtud, obedeciéndole con prontitud aun las mas rebeldes; tan grande era el cariño que la tenían.

Encomendáronle una jovencita de catorce años que no había hecho aun la primera Comunión. De cuánta solicitud la tuvo rodeada: oraciones y sacrificios, nada escatimó. «El Señor, escribe la jóven, me había deparado esa alma escogida para mejor prepararme a la primera Comunión y completar mi instruccion religiosa, harto insuficiente. Su semblante angelical me cautivó al momento, y mi respetuosa simpatía iba creciendo cada vez que acudía a su lado. Su mansedumbre y su paciencia para conmigo eran inagotables: con qué amor me hablaba del augusto Sacramento que iba a recibir: de qué manera me invitaba a invocar a la Virgen; ella fue quien depositó en mi corazón los gérmenes de esa devoción filial; su desvelo redobló al llegar los ejercicios de preparacion al gran día. Me acuerdo sobre todo de su piedad cuando rezaba conmigo y por mí, y llamaba mi atención su actitud tan recogida en la calle cuando íbamos juntas a la iglesia. Hoy comprendo hasta qué punto se hallaba penetrada del pensamiento de que era el *Sagrario de Jesus*; me decía que yo tambien iba a serlo pronto, que tenia que ser muy pura y preparar con cuidado la confesion general, para la cual me ayudó a hacer el exámen. Como me contentaba yo con una lista bastante corta de faltas que confesar, me dijo la

señorita Catez: «Mi buena niña, dichosa tú que tienes tan pocos pecados; no me sucedió eso a mí: aun me acuerdo cuan numerosos eran los que hallé»; delicado y humilde modo de invitarme a escudriñar mas los pliegues de mi conciencia».

Isabel no perdía de vista que el celo no es activo y fecundo sinó por el sufrimiento: «Dios mío, en union con Jesus crucificado me ofrezco como víctima, quiero que la cruz sea mi sosten y mi fortaleza, quiero vivir con ella, la quiero como mi tesoro, ya que Jesus la ha escogido tambien para mí; le doy gracias por esa prueba de predestinacion. *O cruz, ave, spes unica*: oh, sí, tú serás siempre mi sosten, mi fortaleza, mi esperanza. Cruz santa, tesoro supremo que Jesus reserva a los privilegiados de su corazon, quiero vivir contigo, morir contigo a ejemplo de mi Esposo muy amado; sí, quiero vivir y morir como crucificada. Salvador mío, os devolveré amor por amor, sangre por sangre: ¿moristeis por mí? pues bien, yo soportaré cada día nuevos trabajos, cada día sufriré un nuevo martirio, solo por Vos, a quien ardientemente amo».

Creciendo en ella la pasion del sufrimiento, como término equivalente del amor, no temía la generosa jóven imponerse numerosas mortificaciones. Sedienda de asemejarse a su divino modelo, llegó hasta impetrar de Él la impresion de su corona de espinas, y fue escuchada. Dolores de cabeza no sentidos hasta entonces la ejercitaron continuamente, sin que se notara al exterior otra expresion mas que la del gozo. Este secreto,

delicadamente guardado por largo tiempo, fue por fin descubierto; le mandaron entonces que solicitase el fin de la prueba, la cual cesó merced a la gracia de la obediencia, habiendo durado dos años.

Embelesada con un cilicio y no pudiendo llevarle de día, se le ponía de noche. Muy luego se alteró su salud, sin que se sospechara la causa; mas confiado el hecho a la Madre Priora del Cármen, descubrió el principio del mal en esta penitencia intempestiva; Isabel consintió en dejarla y recobró las fuerzas con el sueño necesario a sus cortos veinte años.

Por esta confidencia se echa de ver que le había sido levantada la prohibicion de las visitas al bendito monasterio, lo cual y el ver que se la comprendía y podía manifestar con libertad su interior y recibir una direccion *teresiana* le sirvió de gran consuelo en los dos últimos años de su destierro.

Uniose Isabel a un grupo de jóvenes, cuyo punto de reunion vino a ser el Cármen. La víspera de las grandes festividades se tenían por muy dichosas ayudando a las hermanas torneras en el adorno de la capilla, segun habian leído en las Crónicas del antiguo Cármen de Dijon que lo hacían sus *antecesoras*. Aun se guarda memoria de la animacion de Isabel al desempolvar la reja del coro para una ceremonia de toma de hábito, así como de la alegría que expresaba su semblante durante los breves momentos que pasaba a la sombra del amado monasterio, hacia cuya puerta, siempre cerrada, dirigía suspirando su vista.

«Era un verdadero suplicio para mí, nos confiaba en cierta ocasión, el tener que ir durante mis vacaciones lejos de mi Carmelo, lejos de Dijon y de sus iglesias, que hacían todas mis delicias. En las reuniones de amigas, que sin embargo eran muy gratas a mi corazón, experimentaba dolorosos vacíos, parecíame que vivía sin vida».

Nadie lo hubiera sospechado, hasta tal punto sabía dominarse la valerosa joven a fin de hacer dichosos a los caros objetos de su afecto; así es que seguía haciéndose apreciar y constituyendo el encanto de todas las fiestas.

El verano de 1899 se deslizó, como de costumbre, discurriendo por diversos puntos de Francia y luego de Suiza, cuyos encantadores parajes enajenaban a Isabel. Sumamente accesible al entusiasmo que producen las maravillas de la naturaleza, se absorbía de buen grado en la contemplación de las obras del Criador.

Día vendrá en que ha de escribir desde su celdilla de carmelita: «Disfrutad a placer de esos hermosos panoramas: la naturaleza eleva a Dios; cuánto me gustaban esas montañas, que me hablaban de Él». Y a su hermana, que se hallaba veraneando en los Pirineos, «¿no es verdad, le escribía, que no se cansa el ánimo de contemplar el mar? ¿Te acuerdas de la vez última que ambas le vimos en Biarritz, cabe la *Roca de la Virgen*? qué buenos ratos he pasado allí! era tan hermoso ver aquellas imponentes olas que invadían las rocas! mi alma se estremecía ante tan grandioso espectáculo; dis-

fruta de él y piensa que en el Cármen encuentro en Dios todos esos inmensos horizontes».

Con el invierno tornaron de nuevo las fiestas de los salones, y por no apenar a su madre, consintió en acompañar a su hermanita. «Ya empiezan las reuniones mundanas; bien sabéis qué gusto encuentro en ellas; pero, en fin, lo ofrezco a Dios; paréceme que nada puede distraerme de Él. Cuando todo se hace solamente por Él, siempre en su santa presencia, bajo aquel mirar divino que penetra lo íntimo del alma, hasta en medio del mundo podemos escucharle en el silencio de un corazón que no quiere ser mas que de El».

El diario de Isabel se termina con la mención de su último retiro practicado en el mundo.

Martes, 23 de enero.—«Dios mío, desde el retiro del año pasado cuántas mercedes habéis concedido a vuestra pobrecita criatura! Oh, Vos que lo conocéis todo, sabéis que al menos os amo... Quiero por Vos llegar a ser santa. Aun tengo que pasar en el mundo un largo año: haced que traseurra haciendo yo mucho bien; modelad Vos en mí a la carmelita, pues en mi interior puedo y quiero serlo.

«Dios mío, ayudadme durante este retiro porque no solo quiero salvar mi alma, sinó que deseo tambien reducir a Vos muchas otras; este deseo me consume. Vos que leéis en mi corazón, sabéis que si tengo tan grande deseo de padecer y de dejarlo todo por Vos, no es para ahorrarme algunas llamas del Purgatorio, sinó con el único fin de consolaros, oh Amado mío. Si lo

quisierais, estaría pronta a vivir en el infierno, para que desde aquel abismo subiera sin cesar la oracion de un corazon que os ama. Oh, Dios mío, os encomiendo todas las almas que practican estos santos ejercicios; si lo deseáis, renuncio en favor suyo a los consuelos que podríais enviarme; pero, como soy tan débil, sostenedme eficazmente. Que durante estos días benditos viva en union mas íntima con Vos; que viva retirada en este rinconcito de mí misma, donde tan bien os veo, donde tan presente os siento. Ay, cuán frecuentemente os dejo solitario, cual lo estabais en el desierto; no os extraño, Señor, soy un ser tan ruin! pero os amo, y envidio a esas almas grandes que os han amado tan de veras».

Despues de la plática acerca de la muerte, escribe: «Oh, Dios mío, que yo muera con Vos, que muera llevándoos en mi corazon. Cuando comparezca ante Vos, Jesus mío, quiero que reconozcáis a vuestra esposa, que por Vos lo habrá dado todo de mano. Ah, no os avergoncéis de mi! no vea yo, Salvador mío, vuestro rostro airado; no, yo confio que eso no sucederá. Entonces, oh Amado mío, os veré, os poseeré sin temor de perderos: me embriagaré en vuestro amor. Este pensamiento me enajena de gozo. Jesus mío, quizá será ya muy pronto cuando me llaméis a Vos: cúmplase vuestra voluntad, no quiero sinó lo que Vos queráis. Bien sabéis que os lo he entregado todo, no quiero tener mas deseos que los vuestros; no obstante, si hubiera de ofenderos mortalmente, ya os lo he suplicado repetidas veces,

sacadme de aquí, os lo suplico, yo os lo conjuro, llevadme mientras soy toda vuestra».

Acerca del juicio final dice: «Oh, Dueño mío, bien lo sé, mucho os he ofendido, pero os amo tanto! acudo a Vos con tanta confianza como a un tierno amigo; creo que esta dulce familiaridad os agrada; así aguardo sin cuidado aquel momento que ha de unirme a Vos para siempre. Mas en el Cielo no podré ya padecer por Vos; ah, pero al menos, así lo espero, aun podré trabajar por vuestra gloria.

»Mientras vivo en esta tierra, dignaos permitirme que haga algo de bien: soy vuestra pequeña víctima, servios de mí, haced de mí lo que os plazca: todo lo dejo en vuestras manos, alma y cuerpo, deseos y voluntad, todo os lo entrego».

«Me he entregado muy de veras a mi Soberano Señor, escribe el último día; a Él me doy toda, y tambien dejo en sus manos el mas vivo de mis deseos: ya no quiero sinó lo que Él quiere; que me lleve cuando le plazca».

»Al acordarme que despues de estos días de recogimiento tendré que volver a la vida ordinaria, se me hace imposible expresar el sentimiento de tristeza que se apodera de mí. Os ofrezco este sufrimiento, oh, Amado mío, estoy dispuesta a todo lo que queráis, a seguiros a donde quiera que os parezca bien».

»He vuelto a hacer tambien este año los mismos propósitos: la humildad y el renunciarme a mí misma; ahí esta todo, y suplico a mi Jesus que me ayude a

guardarlos con fidelidad. Si, Amado mío, os prometo humillarme y renunciarme cada vez que se me presente ocasion para ello.

«He visitado a la Priora del Cármen al terminar mi retiro; cuánto provecho he sacado de esta larga entrevista! Al salir del locutorio he ido a la capilla y al pie del altar de María me he consagrado de nuevo a esta mi buena Madre. Ah, que ella me guarde pura, y preserve de la menor mancilla a este corazón que pertenece del todo a Jesús.

«Dulcísimo Dueño de mi alma: que mi vida sea una oracion no interrumpida; que nada, nada, ¿no me lo concederéis? pueda distraerme de Vos, ni mis ocupaciones, ni los placeres, ni el sufrimiento: viva siempre abismada en Vos.

«Dentro de cinco días M. va a dejarlo todo por Vos: os la ofrezco, dándoos mil gracias por habernos escogido a las dos para ser vuestras esposas. Yo tambien quisiera poder responder a vuestro llamamiento; pero aun no ha sonado la hora. Santa voluntad de mi Dios, seas tú siempre la mía! sí, oh Señor, hágase vuestra voluntad: hasta en el mundo puedo perteneceros: tomad todo mi ser: desaparezca Isabel y solo quede Jesús!»

CAPÍTULO V

El adios al mundo.

Tarbes y Lourdes. — El Cármen de Dijon. — Hora de gracia. — Estado de fe y abandono. — Cartas y recuerdos. — El 2 de agosto de 1901.

Las vacaciones del verano siguiente fueron para nuestra jóven hermana un viaje de despedida, tanto a los amigos como a los parajes que ya no había de volver a ver. Una estancia en Tarbes le permitió visitar algunas veces a la Madre Priora del Cármen.

«Después de una visita bastante larga, refiere la Reverenda Madre, tuve que llamar al locutorio a una hermana tornera cuando aun estaba allí Isabel; la hermana me preguntó si sabía que estaba de rodillas; de suerte que había permanecido todo el tiempo en esa actitud junto a la reja. Fácil era reconocer al hablar con ella, a un alma poseída de Dios; así es que las maravillas de la gracia que la circular de Dijon pone al descubierto nos han causado menos sorpresa que admiración».

En Tarbes fue donde al visitar a una nueva profesora,

después de la ceremonia de la imposición del velo, recibió las seguridades del consentimiento definitivo de su madre. Al ver esta señora el rebotante gozo de la nueva carmelita y las lágrimas de Isabel, comprendió que allí se encontraba la dicha de su hija, por lo que al salir le dijo: «No llores: ya no te haré esperar mucho tiempo».

Dos días pasados en Lourdes le proporcionaron consuelos inefables: tuvo la satisfacción de recibir la Sagrada Comunión en la gruta, de donde no acertaba a separarse.

La Virgen Inmaculada, a quien Isabel profesaba tan tierna y filial devoción, se ofrecía a ella con especial atractivo en el misterio de su pureza. Cuántas mercedes y celestiales emociones había recibido ya su alma junto a las rocas de Massabielle, visitadas con frecuencia por la piadosa joven durante las estancias de su familia en los Pirineos! Aquel año, acudía por última vez a suplicar a la *Estrella de los mares* que la condujese por fin al puerto.

Termináronse aquellas vacaciones por una breve estancia en París. El Santuario de Nuestra Señora de las Victorias y el de Montmartre fueron el único atractivo que movió a la futura carmelita en aquel viaje, cuyo objeto era la Exposición universal. Estaba impaciente por volver a Dijon para encontrar de nuevo su amado monasterio y preparar su ingreso definitivo en el arca santa, lo que constituyó su gran preocupación en los últimos meses.

La preparacion de cantos para nuestras solemnidades serviale de feliz pretexto para multiplicar sus visitas a la Rvda. Madre Priora: «Diminuto y querido locutorio del Cármen, decía, cuan deliciosos son los momentos que paso en tu recinto! Jesus mío, pagad a esa buena Madre todo el bien que me dispensa, yo os lo suplico; qué bien sabe ella hacer toda vuestra mi alma»!

Por su parte, la Madre decía de ella: «Qué encantadora criatura: me hace olvidar todo sufrimiento».

«Hablábamos de oracion, nos escribe hoy: la suya era sumamente sencilla, de una sola pieza: el divino Maestro estaba allí, en su interior, moldeándola a su gusto; ella se quejaba de que no hacía nada, estando arrebatada por Aquel que lo hacía todo en ella».

En el Cármen encontró Isabel a un Religioso de la Orden de Santo Domingo que había de ejercer en su vida interior una influencia del todo providencial. Tenía el referido Padre un don especial para hablar de la Santísima Trinidad, cuyo augusto misterio no se había manifestado aun a aquella alma avasallada por el amor del Redentor divino y por el deseo de absorberse en la contemplacion de sus dolores. La trasformacion en Jesus crucificado era por aquel tiempo su único ideal de santidad: de aquí que sintiera mucho renunciar a su nombre de Isabel de Jesus, cuando la Madre Priora le declaró su intencion de consagrarla a las Tres Divinas Personas. Luego echó a culpa el haber tenido ese sentimiento, «puesto que ese nombre nuevo

constituía para ella toda una vocacion, su vocacion toda».

Entre tanto, exponiéndole el Padre lo que ella ya presentía, le abrió horizontes sin término acerca de los excesos del amor de Dios: Quedó embelesada, y su oracion se hizo mas profunda aun. Bajo aquella luz de fe que fue siempre su faro luminoso, manteníase en la adoracion silenciosa de las riquezas divinas que había vislumbrado. (1)

«Era un verdadero goce, escribe el Padre, hablar de Nuestro Señor y los efectos de su gracia en nosotros con aquella alma tan pura, tan intuitiva y tan sencilla a la vez, cuya voluntad lo mismo que su inteligencia fue entregada a su divino Dueño desde que alboreaba su vida». (2)

El fruto de esos nuevos resplandores fue un estado

(1) Un día de *licencias*, despues de una conversacion bastante intima con Sor Isabel de la Santísima Trinidad, no pude menos de decirle, maravilla la por la belleza de su alma: «Pero quién la ha labrado de esa manera?» y me contestó con aquel gesto de abandono que le era peculiar: «No sé, hermana, cómo se verificó aquello, solo puedo decirle que el Rvdo. Padre Vallée ejerció sobre mi una grande influencia. Quando le ví por vez primera, me habló de la caridad divina: quedé como anonadada. Nunca he podido olvidar la impresion que me produjo su plática de entonces sobre el amor infinito, que anda como buscando y persiguiendo a cada una de nuestras almas». (Notas de Sor....)

«Lo que mas me dió a conocer a Sor Isabel de la Santísima Trinidad, añade otra religiosa, son los frutos de aquel primer encuentro. Iniciadas otras lo mismo que ella en el misterio del amor divino, andan de un lado para otro, bajo la luz recibida, pero ella se estableció y se fijó en él para siempre; pues había alcanzado la disposicion necesaria para corresponder sin tardanza a las anticipaciones de la gracia, asemejándose a una cera blanda que se halla dispuesta a recibir el sello, o como aquel hermoso y apacible lago de que habla San Juan de la Cruz, donde puede reflejarse el cielo entero.

(2) Véase en la Introduccion esta misma apreciacion amplificada.

enteramente filial, en el que se entregaba con amoroso y apacible abandono a la direccion de Aquel cuya paternal bondad, al serle descubierta, habia de apaciguar necesariamente la ansiedad de sus deseos: «Me entrego, me abandono, estoy tranquila; conozco a Aquel de quien me fio: Él es todopoderoso, Él lo arregle todo segun su beneplácito; solo quiero lo que Él quiere, no deseo mas que lo que Él desea; le pido solamente una cosa, amarle con toda mi alma, con amor verdadero, fuerte y generoso».

Dos meses mas, y nuestra palomita, recibida por fin en el arca, llevará allí la esperanza y la alegría. Algunas cartas y varios recuerdos permiten seguir hasta el fin su vuelo siempre igual, y oír sus últimos arrullos en las riberas del destierro.

19 de mayo de 1901.

RESPETABLE SR. CANÓNIGO:

«Cuán bueno es Dios, cuán grato es entregarse a Él poniéndose en sus manos: cuando quiere se haga algo, sabe superar los obstáculos y allanar todas las dificultades.

«Yo le encomendé mis asuntos, le pedí que hablase Él mismo a mi querida mamá, y lo ha verificado tan perfectamente, que no he tenido que decir yo ni una sola palabra. Pobre mamá! si la viese V., es admirable: se deja guiar por Dios, y comprende que Él me quiere

para sí; así es que dentro de dos meses me dejará entrar en el Cármen. He deseado tanto, tanto he aguantado ese día, que me parece estoy soñando; pero no crea V. que no siento este sacrificio, le ofrezco a Dios tantas veces como me acuerdo de la separacion. ¿Puedo ofrecerle sacrificio mayor que el de una madre como la mía? Ah, sí, Él me comprende: Él, cuyo corazon es tan sensible, bien sabe que solo es por Él: Él es quien me sostiene y me prepara a la inmolucion.

»Lo ve V.? este mi amantisimo Señor me quiere del todo suya: yo lo sabía, por eso tenía confianza, estaba segura que me tomaría en su posesion. Dé V. gracias a Dios por su Isabelita: le ha dado tanto, especialmente de esas mercedes que Él solo conoce, de esas cosas que pasan en lo mas íntimo del alma. Oh, qué amor tan grande; pero Él sabe muy bien que yo le amo, y me parece que esta palabra lo dice todo.

»Vivir de amor, es decir, no vivir mas que de Él, en Él, para Él, ¿no es en cierta manera gozar por adelantado el paraíso en la tierra? A V. puedo hacerle una confidencia: si supiese como siento a veces la nostalgia del Cielo: quisiera irme allá arriba, junto a Él: sería tan feliz si me llevase, aunque sea antes de entrar en el Cármen; porque el Cármen del Cielo es mucho mejor, y no dejaría yo por esto de ser carmelita en el paraíso. Cuando digo estas cosas a mi buena Madre Priora, me trata de perezosa; pero no deseo mas que lo que Dios quiere, y si es su voluntad dejarme largo tiempo en la tierra, estoy muy dispuesta a vivir para Él.

»Dirá V. que soy un poco descastada; vergüenza me dan tantas tonterías como le voy diciendo; pero me ha dicho V. que le escriba con toda libertad, y le obedezco, además me figuro que V. me entiende bien.

»Le ruego que continúe V. por mí sus buenas oraciones, las necesito muy de veras. Ah, sobre todo, ruegue V. por mi queridísima Madre: pida a Dios que Él me sustituya en su corazón y que Él sea todo para ella».

Viernes 14 de junio de 1901.

«Diez días hace que estoy mala de la rodilla, tengo un pequeño derrame sinovial. Crea V. que me alegro de esto: es finura de mi Amado, que quiere compartir con su prometida el dolor de sus divinas rodillas en el camino del Calvario. Me veo privada de ir a la iglesia, privada de la sagrada Comunión, pero Dios no necesita del Sacramento para venir hasta mí. Creo poseerle en igual grado: aquí, muy adentro, en el cielo de mi alma, es donde me gusta hallarle, puesto que Él no me deja nunca: Dios en mí, yo en Él. Ah, esa es mi vida toda. Cuán consolador es pensar que, salvo la visión beatífica, le poseemos ya lo mismo que los bienaventurados allá arriba, que está a nuestro alcance el no abandonarle nunca, ni jamás olvidarnos de Él. Pídale V. que yo deje se apodere de mí por completo y me arrebaté.

»Le he dicho a V. ya mi nombre en el Cármen? Isabel de la Santísima Trinidad; paréceme que este

nombre indica mi vocacion personal; qué hermoso es, no es cierto? Siento tanto amor por ese misterio de la Santísima Trinidad! es un abismo en el que me pierdo.

«Un mes, nada mas. Estos últimos momentos son una agonía: pobre mamá! ruegue V. por ella. La entrego totalmente a Dios bondadoso. «Piensa en mí, y yo pensaré en ti», decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena: es tan dulce el abandono cuando se conoce a Aquel a quien se entrega!

«Adios, respetable Sr. canónigo. Le envío mi retrato: mientras me retrataban estaba pensando en *Él*; por tanto, a *Él* recibirá V. por este medio; siempre que mire esa fotografia, ruéguele por mí; mucho lo necesito, se lo aseguro».

ISABEL.

Oigamos tambien a una persona autorizada hablar-nos de la que pronto llamaremos Sor Isabel de la Santísima Trinidad; su delicioso relato viene a completar felizmente la primera parte de nuestros *Recuerdos*.

«Encontré por primera vez a Isabel cuando tenía diecisiete años. Desde aquella primera entrevista, quedé cautivada por el encanto que de ella emanaba. Un año mas tarde, entraba yo en relaciones de visita con su madre; y poco despues, sabiendo Isabel los lazos que me unian con el Cármen, estrechó nuestras relaciones. Entablose bien pronto nuestra intimidad, y llegué a leer en aquella bella alma las páginas de vida interior que Dios había ya escrito en ella. Resumíanse todas en una

palabra: Amor. Cristo Nuestro Señor era su pasión, con esto se explica aquel extraordinario afán por el sufrimiento que la llevó a su sublime vocación.

»Dos clases hay de amor: el amor que recibe y el amor que da; el suyo fue de esta última clase, era un alma en extremo generosa; para ella amar era abnegar, sacrificarse, inmolarse: «Amar hasta morir», como dice en su bellísima plegaria. ⁽¹⁾ Quería probar a Dios su amor; y no bastándole ya la contemplación, hizo el don de sí misma. Y cómo se dió: de una vez, totalmente consagrandole a Dios su vida en el claustro, y allí después gota a gota ha dado su sangre, en todas las inmolaciones del cuerpo, del corazón, del alma... hasta la muerte. Llegó hasta el último extremo, a imitación de su supremo Dueño, del Amado de su alma.

»Dos cosas me han llamado especialmente la atención en las aspiraciones de aquella alma ardentísima que era toda anhelos: la necesidad del sufrimiento y el deseo de la muerte. Cuando hablábamos entrambas de su vocación tan bella y tan grande, no podía menos de decirle: «No se equivoque V., Isabel: Dios a almas como la suya les coge la palabra. Mire V. que ha de aceptar esa donación que V. hace de sí misma; no se haga ilusión: al entrar en el Cármen se arroja V. en el abismo del sufrimiento. Cuáles son los que Dios le reserva? no lo sé, todos quizás, puesto que quiere V. asemejarse a su Jesús... Ese abismo no tiene fondo».

(1) Encuéntrase en el Apéndice.

Respondiome ella con su dilatada y plácida sonrisa: ya me estoy sumiendo en él. «Ah, sí, sí, espero sufrir, para eso solo voy al Cármen; y si Dios me escatimase un solo día los trabajos, temería que se hubiese olvidado de mí».

»Presa por momentos de esa nostalgia del Cielo que han experimentado todos los santos, miraba la muerte con envidia, porque la muerte era la destruccion del obstáculo que la separaba de la vision divina. Cuántas veces la oí decirme con mirada encendida, como el hijo desterrado que habla de la morada que le está aguardando: «Ah, para mí la muerte es como si esa pared se derrumbase (la de mi aposento) y cayese yo en brazos de mi Amado». Esta frase brotaba de su corazon como un grito de esperanza; luego tranquila y serena decía: «Hay que aguardar». No ha esperado mucho tiempo la querida jovencita, pues ha amado hasta morir de amor; y Dios no la olvidó ni un solo día, pues ha sufrido tambien como anhelaba «hasta morir».

»Venía a verme a menudo, y nuestras conversaciones todas versaban sobre el mismo asunto. «Cuándo podré entrar en el Cármen? Cómo aplice amar a Dios! »No me será posible dilatar mi alma en este amor hasta verme aislada en el claustro. Tengo prisa para encerrarme en él, para orar, sufrir, amar».

»A parte de esos desahogos íntimos, en nada llamaba la atencion. Gozaba de una alegría tranquila, cual alma apacible que se mantiene siempre sonriente, pero con una sonrisa digna, y con un mirar in-

tenso, que parecía columbrar mas allá de este mundo. Esa mirada extraordinaria me sobrecogió la víspera de su ingreso en el claustro. Estaba yo esperando en la capilla para darle el último adiós, oigo un ligero ruido, me vuelvo, y mis ojos se encuentran con los suyos... Nunca podré expresar lo que entonces vi; no era una mirada humana, sinó algo de angelical... sus ojos parecían luminosos, transparentes, brillaban con un resplandor celestial. Era aquella la vez última que la veía fuera de las rejas, y quedé impresionada para siempre.

Un recuerdo mas antes de introducir a Isabel en el claustro; con él se nos pondrá de relieve la virtud de la generosa aspirante, aplicada siempre a renunciarse y tan de veras afianzada en el entrego.

En los comienzos de sus relaciones con la Madre Priora del Monasterio de Dijon, halló a esta disponiendo la fundacion de un Cármen en Paray-le-Monial. Era natural que se pensara en juntar al pequeño grupo formado por la voluntad del Señor aquella alma selecta. Acaso no realizaba ella el ideal de Santa Teresa cuando escogia sugetos para sus fundaciones? Qué ejemplo y qué bendicion para asentar un noviciado! Por eso la Rvda. Madre habia ofrecido a Isabel el compartir la gracia de las elegidas del Sagrado Corazon. Pero ella, pareciéndole mas perfecto no escoger, sinó contentarse con abrazar sencillamente la propuesta, habia aceptado sin confesar su preferencia por el Cármen de Dijon, que la atraía desde tanto tiempo y donde ya se sentía im-

plantada. Por otra parte, los trabajos de una fundacion, gracia verdadera para ciertas almas por el vasto campo que abren a la virtud, no cuadraban bien con la de Isabel, para quien era una necesidad hallar establecida en su marcha regular aquella vida de oracion y de soledad que tan ardientemente deseaba.

Cuanto mas acerca se hallaba el término, tanto mas sentía nuestra amada jóven acrecentarse el sufrimiento íntimo causado por la violencia que hacia a su afeccion, y con tanta mas energía se aplicaba a dominar sus impresiones. ¿No se había entregado del todo a Dios para que lo arreglase todo segun su agrado, no reservándose mas que el amarle con un amor fuerte y generoso? Por otra parte, la consideracion de la pena de su madre y de su hermana la obligaba aun mas a guardar silencio por temor de que tomase parte la naturaleza en un asunto enteramente de órden sobrenatural. Por eso dejó que se hiciera de ella lo que se quisiera; esa era la ley de su amor.

Su equipo de postulante había sido ya remitido a Paray-le-Monial, y no estaba lejano el día de la marcha. No obstante, abrumada D.^a María Catez por la perspectiva de una separacion aun mas completa, doliéndose de que la M. Piora, a quien había prometido su Isabel estuviese preparando nueva fundacion, y aunque su delicada conciencia no se creía facultada para eludir su compromiso, descubrió su pena a una amiga, que le aconsejó sometiera el caso a persona autorizada, por cuya indicacion manifestó a la Madre Piora de Paray

su deseo de conservar mas cerca a su hija. La respuesta fue como de una alma solo atenta a la voluntad de Dios, sin detenerse por los sacrificios que desde ya varios meses esa voluntad santísima iba exigiendo de su corazon.

«Estará V. enterada, escribió la Priora a la querida postulante, de que su madre y Margarita me han pedido la deje a V. en Dijon; y parece que es tambien el desco de V. En todo esto veo la voluntad de Dios, que todos debemos amar y cumplir sin reserva. Entréguese a Nuestro Señor donde Él quiere tenerla, yo únicamente la hubiera traído a V. aquí si tal fuera la voluntad divina. Por tanto, querida hija, la acepto para Dijon, lleve V. allí cuanto de alma y corazon posee para amar a Nuestro Señor. Bien quisiera estar ahí para ofrecerla a Él; no me es posible, porque hay aquí asuntos que me detienen, pero mi oracion y mi afecto estarán presentes para bendecirla».

«Solo entonces, refiere Margarita, me confesó Isabel que la posibilidad de no entrar en el Cármen de Dijon le había sido sumamente penosa, pero que había pensado sacrificarse mas enteramente, renunciando a sus preferencias en la eleccion de Monasterio».

Empero, como se resintiera la salud de Isabel por las emociones de los últimos días, su madre, olvidándose generosamente de sí misma, vino a rogarnos que se anticipara la fecha ya fijada para el ingreso de su hija en el Cármen; y el día 2 de agosto abriéronse nuestras puertas a la dichosa elegida.

Las últimas horas de intimidad de aquellos seres tan tiernamente unidos ostentan un carácter de conmovedora sencillez.

Era la víspera del primer viernes del mes: fiel a su cita de Getsemani, Isabel acababa de pasar en oración una parte de la noche, cuando su pobre madre, que no podía hallar el menor descanso, vino a arrodillarse junto a su cama, dando libre curso a sus lágrimas, a las cuales iban mezclándose las de la tierna hija, que no trataba de disimular el gran quebranto de su corazón. «Pues entonces por qué me dejas?» decía la madre. — «Ay, mi querida mamá: ¿acaso puedo desoir la voz de Dios, que me llama? Me tiende los brazos y me dice que se ve desconocido, ultrajado, abandonado: ¿puedo abandonarle yo también? Quiere víctimas, y es preciso que me marche a pesar de la pena que me causa el dejarla, el sumergirla en el dolor: es preciso que responda a su llamamiento».

Llegado el momento de dejar para siempre el hogar doméstico, Isabel fue a arrodillarse delante del retrato de su padre, pidiéndole su bendición. Luego, valerosa y serena, acudió a nuestro templo para asistir a Misa. Su madre, su hermana y algunas fieles amigas la acompañaron a la sagrada Mesa, y seguidamente a la puerta conventual, que volvió a cerrarse después de una postrera mirada dirigida a aquellas a quienes amaba tan tiernamente.

Al amanecer de aquel gran día, había mandado a Carasona los siguientes renglones:

Viernes, 2 de agosto de 1901.

«Antes de entrar en el Cármen, quiero enviarle un último recuerdo. Vamos a comulgar en la Misa de las ocho, y cuando Jesús esté en nuestros corazones, mamá ha de acompañarme a la puerta conventual. Quiero a mi madre como nunca la he querido, y en el trance de consumir el sacrificio que va a separarme de esos seres tan queridos, la paz mas grande inunda mi alma. Ya esto no es la tierra; me siento que soy toda de Él, que no me quedo con nada; me arrojó en sus brazos como un tierno niño». Así fué en verdad como se dejó caer, con el abandono y la sencillez de un tierno niño, en brazos de la que había de representar a Dios para ella. (1)

(1) La Madre Subpriora, en ausencia de la Rvda. Madre Priora, que se hallaba en Paray. Las elecciones iban a colocarla al frente de la Comunidad.

II

EN EL CARMEN

«La dicha de mi vida es la intimidad,
dentro de mí, con los Huéspedes de mi
alma».

SOR ISABEL DE LA SMA. TRINIDAD.

CAPÍTULO VI

El Postulado.

El Cármen a grandes rasgos. — Gozosos arranques. — Via de recogimiento. — Los primeros ecos de la soledad. — Fervorosa preparacion. — La toma de hábito.

Abriéronse nuestras puertas a la feliz postulante el 2 de agosto de 1901, que era primer viernes del mes, y por ende día consagrado a los dolores del Salvador, y a la reparacion, doble motivo de devocion para Isabel, cuando entró en nuestro Monasterio del Corazon agonizante de Jesus. ⁽¹⁾ Ahí, en la contemplacion de ese misterio que tanto tiempo alimentó su oracion, había de proseguir hasta la muerte el oficio de ángel consolador, realizando el designio de Santa

(1) El Cármen de Dijon fue fundado el día 27 de setiembre del año 1605 por una hija predilecta de Sta. Teresa y coadjutora suya, la venerable Madre Ana de Jesus, que había venido a Francia el año anterior para establecer en dicho reino la Reforma Carmelitana. En el referido convento fue favorecida con una aparicion de la seráfica Madre, que la sanó de una enfermedad grave, anunciándole que en breve había de implantar la Santa Reforma en Flandes. Despues de quince meses pasados en ese Monasterio, al que profesó hasta su muerte preferente amor, se separó de sus religiosas, que la amaban tanto como la veneraban, dejándoles en todo su vigor el verdadero espíritu de la Santa reformadora, en el que aun hoy día continúa manteniéndose la Comunidad de Dijon. (Nota de la trad.)

Teresa en la fundación de sus Monasterios: «Llevar a Cristo Nuestro Señor amigos de abnegación a toda prueba, ya que tantos otros le olvidan y le ofenden.

Mientras el divino Maestro en su trono eucarístico recibía sus primeras adoraciones, gozaban nuestros corazones con poder ofrecer a su soberano sacerdocio aquella blanca hostia, que bien lo era la virginal joven. «Es un alma del todo celestial, como pocas se ve aun en los mismos claustros», decía el Rvdo. Padre dominico que había acudido para consagrar su generosa oblación. Esta palabra la resume por completo en la aurora de su vida religiosa. Había atravesado el mundo con la lozanía inmaculada de su inocencia, realizando aquel lema de otra alma selecta: «No me toquéis..... estoy de paso...» *En el Cármen ha de pasar «como luciente llama, y como incienso que se abrasa en el fuego».* (1) Sus dotes naturales y las de la gracia hacen presagiar lo que ha de ser en el nuevo ambiente. El espíritu eremítico que Santa Teresa infundió a sus conventos la caracterizaba ya; fiel en medio de las fiestas del mundo a recogerse en la celdita interior que se había fabricado en el fondo de su corazón, «había de enriquecerse en breve, sobre la montaña santa, con los tesoros de la soledad».

Una máxima de nuestras antiguas Madres, que resume ese rasgo peculiar de la Reforma Teresiana: «*Vivir a solas con aquel que solo vive*» la dejó cautivada desde los primeros días, viniendo a ser como el lema

(1) *Eccles.*, I, 9.

de su vida religiosa. En cuanto a la oracion, de la que quiso la seráfica Madre hacer el *cimiento de sus Monasterios*, ¿no le era ya familiar a la amada postulante? Por último, bien visto tenemos el espíritu de penitencia y el celo apostólico que la animaban; poseía pues el espíritu del Cármen en sus mas caracteristicos rasgos.

Los comienzos de Sor Isabel de la Santisima Trinidad fueron un gozoso lanzarse a la carrera santa. Todo la embelesaba, y en primer lugar su nombre, que tan perfectamente expresaba el carácter de su alianza con Dios. Para llenar su significado, procuró absorberse en profundo recogimiento, que había de entregarla por entero a sus «Tres». Tan singular abstraccion fue advertida desde el primer ejercicio de comunidad. Era en el refectorio: cuando hubo terminado de comer, la piadosa jóven cerró los ojos, cruzó las manos debajo de su esclavina y reveló con toda su actitud haber entrado en alta contemplacion, mas bien que practicado un mero acto de recogimiento; lo penoso le hubiera sido entonces levantar la vista. Una religiosa jóven que se hallaba encargada del servicio, admirada de continente tan religioso ya y de tal enajenamiento de todo, decia en su interior: demasiado bello es para que dure; no se alcanza semejante espíritu de mortificacion de la noche a la mañana». No obstante, durante el curso de su vida religiosa nunca habían de sorprenderle una mirada inútil en los ejercicios de comunidad; en todas partes se la veía con la misma modestia e igual absorcion en Dios. Habiéndole advertido que podia y debía darse cuenta

de la distribucion del Monasterio y de varias otras cosas, realizolo Sor Isabel, pero con cierto esfuerzo; se echaba de ver que no perdía de vista a su Soberano Señor. «En la huerta, en los claustros, en todas partes, decía, está Él tan presente, que solo un ligero velo parece separarnos y casi está para dejarse ver».

Con tono mas jovial, escribía en ese mismo sentido a su familia: «Sé que le gustan los pormenores; allá va algo interesante. Hemos hecho la colada; para esa faena me he arremangado el hábito, poniéndome un gran delantal por encima, y como complemento me calcé unas almadréñas. Con este traje bajé al lavadero, donde todas restregaban a cual mas, y traté de hacer lo que las demas. Chapoteaba y me ponía perdida de agua, pero nada se me daba, estaba en mis glorias. Ah, ven Vds., en el Cármen todo es una delicia, lo mismo se halla a Dios en la colada que en la oracion; por todas partes no hay otra cosa mas que Él, se le respira, se vive de Él; soy sumamente dichosa, mi horizonte va extendiéndose cada día mas».

Al sacerdote que hacía quince años era confidente de su gran secreto y que, habiendo seguido todas las fases de su historia íntima, trataba a la sazón de consolar a la madre, Isabel escribía: «Con todo mi corazon voy a darle a V. gracias por sus bondades para con mi querida mamá; nada me ha extrañado lo que ella me ha dicho. Sabe V. cuanto se lo agradezco, no pasó un solo día sin rogar por V. Tengo la firme persuasion de que todos los tesoros encerrados en el alma de Jesu-

Cristo son míos, así que me siento infinitamente rica. ¡Con qué gozo acudo a ese manantial divino por sacar gracias en favor de aquellos a quienes amo y que me han hecho algun bien!

«Cuán bueno es nuestro Dios! No encuentro palabras para expresar mi felicidad, y cada día voy apreciándola mas. Aquí no hay mas que ÉL: ÉL es todo, ÉL basta para todo. Entre todas las horas, la que mas me gusta es la del gran silencio, y esta es en la que le estoy escribiendo. Imagínese V. a Isabel en su celdita, que tan grata le es; es el santuario de los dos, solo para ÉL y para mí: fácil le será a V. adivinar los deliciosos ratos ahí trascurridos con el Amado de mi alma. Todos los domingos tenemos al Smo. Sacramento expuesto en el oratorio interior; cuando abro la puerta y contemplo al divino prisionero, que ha hecho de mí su cautiva en este querido Cármen, paréceme en algun modo que estoy abriendo la puerta del Cielo. Entonces coloco ante mí Jesus a todos los que viven en mi corazón, y ahí, junto a ÉL, los vuelvo a encontrar; ya ve V. que pienso con frecuencia en V.; pero tambien me consta que todas las mañanas al ofrecer el santo sacrificio se acuerda V. de su pequeña carmelita que le confió, ha ya mucho tiempo, su secreto. No estoy pesarosa de los años de expectacion, es tan grande mi dicha, que bien merecía ser comprada. Oh, cuán bueno es nuestro Dios!

«Celebro vivir en estos tiempos de persecucion. Cuán santas deberíamos de ser! Pida V. a Dios para

mi esa santidad de que estoy sedienta: si, quisiera amar como los santos, como los mártires».

A su madre: «El domingo, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, me acordé que también era en parte tu fiesta, querida mamá: ¡con qué fervor he rogado por ti! he puesto tu alma en la de la Madre de los Dolores, pidiéndole se digne consolarte. Poseemos en el fondo del claustro una *Mater Dolorosa*, a que tengo mucha devoción; todas las tardes voy a hablarle de ti. Con tierno amor contemplo esas lágrimas de la Virgen, las uno a las que mi pobre mamá derrama al acordarse de su Isabel. Ah, si te fuese dado leer en mi alma, verías de cuánta dicha gozo en el Cármen, dicha cada día mejor apreciada, y conocida de solo Dios. Qué bella suerte ha concedido a su pobrecita! Si pudieras ver todo esto tan solo un instante, no podrías menos de regocijarte, ya que tu *fiat* me era necesario para ingresar en este rinconcito del Cielo. Gracias, una vez más, por haberle pronunciado tan valerosamente. Dios te ama y tu hija te quiere más que nunca».

A una amiguita desconsolada por su marcha trata de convencerla de ese profundo gozo que experimenta, y por lo menos quiere tranquilizarla respecto a su salud, algo quebrantada por las últimas emociones.

«Si supieses cuán feliz me hallo, no podrías llorar más, antes bien, darías gracias a Dios por mí. Quizá te preguntas cómo pueda gozar de tanta dicha, puesto que para entrar en esta amada soledad he dejado a los que amo. Todo lo tengo en Dios, y a los que he dejado

vuelvo a encontrarlos junto a Él; no estamos separados, las rejas nunca existirán para nuestros corazones, y el mío siempre permanecerá el mismo; en el Cármen se dilata y sabe amar todavía mas.

«Dios me ha restablecido sin polvos ni quina, mi salud se fortifica cada día mas, y tengo un apetito devorador; me cuidan bien, puedes estar tranquila por lo que a mí toca; duermo en jergon con sueño que tiempo ha no conocía; la noche primera no me creía muy segura en esta cama, y pensaba que antes de amanecer había de rodar a un lado o a otro; pero no fue así, y ahora que la conozco me parece muy cómoda. Todo es bueno en el Cármen, el tiempo trascurre aquí con rapidez, y, por otra parte, me figuro que he vivido siempre en este amado Monasterio».

Afable y obediente cual lo era en el mundo, mostró en el claustro, desde el primer momento, una caridad sumamente expansiva, que bien revelaba quien era el Huésped divino de esta casita.

Su vecina de celda, aquejada habitualmente por fuertes dolores de cabeza, temía el mas ligero ruido. Sor Isabel, teniendo eso en cuenta, atenuó sus menores movimientos durante cinco años, sin mostrarse nunca contrariada por estos cuidados, aun exagerados por su caridad; olvidarse de sí por los demas era para ella segunda naturaleza. Ejercitada de antaño en la práctica de las virtudes, había adquirido tal ductilidad, que para vencerse parecía no necesitar ningun esfuerzo; y a no haber conocido su extrema sensibilidad, la hu-

biésemos juzgado indiferente al inevitable roce de los caracteres. (1)

Su postulado fue la irradiación de una vida interior animada por los mas sublimes ideales, y en intimidad divina que Sor Isabel describe en las siguientes cartas:

«Vivir para una carmelita es estar en comunión con Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Si Él no llenase nuestras celdas y claustros, qué vacíos estarían! Pero en todas las cosas le vemos a Él, pues le llevamos en nosotras, y nuestra vida es un cielo anticipado.

»La oración es descanso y solaz: es acudir con toda sencillez a Aquel a quien se ama, mantenerse junto a

(1) Quizas no carecerá de interés para aquellos que hacen de la lectura de los *Recuerdos* un estudio del alma encontrar aquí el cuestionario llenado por nuestra jóven hermana en forma de recreación del noviciado, ocho días despues de su ingreso en el Cármen.

Cuál es a su parecer el ideal de la santidad? — Vivir de amor.

Cuál es el medio mas corto para alcanzarlo? — Hacerse pequenita, entregarse sin reserva.

Qué santo es el que mas amáis? — El discípulo amado, que descansó sobre el pecho de su maestro.

La santa que preferís, y por qué? — Nuestra Madre Santa Teresa, porque murió de amor.

Cuál es el rasgo dominante de vuestro carácter? — La sensibilidad.

Vuestra virtud predilecta? — La pureza: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

El defecto que os inspira mas aversión? — El egoísmo, bajo todas sus formas.

Dadnos una definición de la oración. — La unión del que no es con Aquel que es.

Qué libro preferís? — El alma de Cristo, ella me comunica los arcanos todos del Padre, que está en los cielos.

Tenéis grandes deseos del Cielo? — A veces sufro nostalgia; mas fuera de la visión, le poseo en lo mas íntimo de mi alma.

Hay algun género de martirio que os gustaría mas que otro? — Los amo todos, preferentemente el martirio de amor.

Qué nombre quisiérais tener en el Cielo? — Voluntad de Dios.

Cuál es vuestro lema? — Dios en mí, yo en Él.

Él como un niño en brazos de su madre, dando libre curso a su corazón».

Evidentemente sus días trascurrían por entero en esta no interrumpida comunión con Dios, de que ella hablaba. El silencio del Cármen era su más dulce encanto; le amaba porque le permitía permanecer acechando por el lado del Cielo.

«Me pregunta V. cuáles son mis quehaceres, escribía a una amiga; pudiera contestarle que para la carmelita no hay más que una ocupación: amar y orar. Pero, como está aun en la tierra, aunque viva ya en el Cielo, a la vez que se entrega al amor debe ocuparse a fin de cumplir la voluntad de Aquel que se sometió al trabajo el primero para darnos el ejemplo. Comenzamos el día por una hora de oración, luego rezamos el oficio divino y asistimos a Misa. A las dos, vísperas; a las cinco oración, hasta las seis; a las ocho menos cuarto completas; después, hasta los maitines, que se reza a las nueve, rogamos; y hasta cerca de las once no abandonamos el coro para ir a descansar. Tenemos durante el día dos horas de recreo; fuera de ellas guardamos silencio. Cuando no estoy ocupada en otra parte, trabajo en la celda; un jergón y una sillita constituyen todo el ajuar; pero Dios lo llena todo, y paso allí hermosas horas con el Esposo amado. La celda es algo sagrado, es un santuario íntimo, nada más que para Él y para su tierna esposa. Allí nos hallamos divinamente los dos: yo callo, le escucho, lo amo, a la vez que curo en este sayal querido que tanto he anhelado llevar».

Pero los meses iban trascurriendo, y nuestra querida hija suspiraba por revestir las santas libreas de la Virgen Inmaculada, «Reina y gloria del Cármen». Nuestra capa, símbolo de pureza, tenía especial encanto para ella. ¿Cuándo le sería dado acercarse á la Mesa eucarística envuelta en su blancura? Preguntábaselo cada día, y fue mas allá, interrogó a la misma Santa Teresa, suplicándole se dignara tomar en manos su causa. Nos encontrábamos en la octava de su gran festividad del 15 de octubre; Sor Isabel solía pasar en oracion junto a la reliquia expuesta en la ermita de la Santa la hora que separa completas de mañtines. Una noche en que reiteraba con mayor fervor sus súplicas, para lograr con el espíritu del Cármen la capa que tambien había de ser para ella señal de bendicion especial, fuele dicho interiormente que le sería concedida en la próxima fiesta de la Inmaculada Concepcion. Al día siguiente, acudió a confiarlo a la Madre Priora, quien para humillarla le dijo que antes de pensar en tomar el hábito de una Orden era necesario adquirir su espíritu y sus virtudes. Sor Isabel recibió esta pequeña prueba con su acostumbrada mansedumbre y se retiró apacible y serena.

Un mes mas tarde, el capítulo deliberaba sobre su admision a la toma de hábito: al informarle de que tendría que hacer la petición en el mismo día, la Madre Priora la exhortó a que rogase mucho: «No sé lo que Dios N. Señor y la Comunidad dispondrán, le dijo; sea cualquiera la respuesta que le hayan de dar, prepárese V. a recibirla con tranquilidad. Aun le queda mu-

cho por adquirir; quizá la dejarán para mas adelante». «Es verdad, Madre mía, le contestó ella con sencillez, muy imperfecta soy; mas creo que Dios quiere concederme esta gracia; en cuanto a mis hermanas, ¿podrán rehusármela? No pueden menos de amarme, las quiero yo tan entrañablemente». La unanimidad de los votos probó la de los corazones para con esta jóven hermana, tan apreciada ya de su familia religiosa.

Entregada por entero a la accion de gracias, Sor Isabel de la Trinidad para su preparacion echose en manos de Aquel por quien se sentía tan amada. El divino Maestro respondió a su expectacion, obrando en su alma efectos tan poderosos, que a veces parecía iba a desfallecer. «No puedo ya soportar carga tan grande de gracias», decía. Sus deseos del Cielo se enardecían: como la Esposa de los Cantares, desmayaba en espera de la vision, de la union eterna: desmayos santos, que solo templaba el constante presentimiento de que se aproximaba el término de sus anhelos y la esperanza de padecer mucho por Dios.

Bástanos abrir el Cántico espiritual de Nuestro P. San Juan de la Cruz para leer en sus páginas admirables la historia íntima de Sor Isabel de la Santísima Trinidad. «Si el alma busca al Señor como un tesoro, lo hallará, dice el santo; y así a esta alma enamorada, que con mas codicia que al dinero le busca, pues todas las cosas tiene dejadas y a sí misma por Él, parece que el Señor le hizo alguna presencia de sí. Así como suelen echar agua en la fragua para que se encienda y afer-

»vore mas el fuego, así el Señor suele hacer con algunas
 »de estas almas que andan con estas calmas de amor,
 »dándoles algunas muestras de su excelencia para
 »afervorarlas mas, y así ir las disponiendo para las mer-
 »cedes que les quiere hacer despues; y así como echó
 »de ver y sintió por aquella presencia oscura aquel
 »Sumo Bien y hermosura alli encubierta, se muere del
 »deseo de verla». (1)

De esta suerte se hallaba Sor Isabel preparada por el mismo Dios a la trasformacion interior, de la cual no era para ella mas que un símbolo la toma de hábito. Cuando se trató de la fecha de la ceremonia, hija de obediencia e incondicional docilidad, no expresó el menor deseo en pro de la esperanza que mantenía viva dentro de su corazón. Las disposiciones de su familia y la libertad del predicador no tenían trazas de llegar a ajustarse con la *promesa* de Santa Teresa, y se había fijado la toma de hábito para el día 27 de diciembre, festividad del Apóstol San Juan; pero por una y otra parte se vieron en la precision de anticipar la fecha, de suerte que Sor Isabel pudo escribir a Carcazona: «La hermosa fiesta de la Inmaculada Concepcion va a ser el día en que la Virgen me revestirá su amada librea del Cármen; me voy a preparar a ese gran acto de mis esponsales con un retiro de tres días. Oh, cuando pienso en él, ya no me parece que sigo en la tierra. Ruegue V. mucho por su carmelita para que se dé enteramente

(1) Anotacion a la cancion XI

y se entregue sin reserva a Dios, y regocije el corazón de su Soberano.

Cumpliéronse pues sus ardientes anhelos el día 8 de diciembre de 1901, y era un domingo, coincidencia que causó intensa alegría a aquella alma cada vez mas embobada en el misterio de la Trinidad Santísima: la Purísima Virgen la ofrecía cual hostia de alabanza de gloria a las Tres divinas Personas. La dichosa jóven estuvo tan enajenada en aquel hermoso día, que llegó a perder la noción de cuanto la concernía y pasaba en derredor suyo. Advirtiolo la M. Priora al recibirla en la puerta conventual, y comenzó a dudar cómo había de terminar la ceremonia. A cambio de un corazón que era totalmente suyo, el Señor colmaba a la generosa novicia con una plenitud de amor cuyos efectos apenas podía ya sobrellevar.

Aquí termina la primera etapa de su vida religiosa. Sor Isabel de la Trinidad había gozado de las delicias y enagenaciones del Tabor; pero ¿había de fijar allí su pabellón? Como los apóstoles, como los santos, estaba llamada a seguir al Salvador en las angustias de la agonía, en los dolores del Calvario. Dios, que la había prevenido de sus mercedes, no quería tasa para aquella alma cuyo amor no conocía restricciones. Era por tanto necesario ensanchar su capacidad que destallecía «bajo el peso de las gracias»; era menester abrir nuevas y mas profundas zanjás para el raudal de vida que ya desbordaba en ella: el sufrimiento iba a llevar a cabo esta obra divina.

CAPÍTULO VII

El Noviciado.

«La noche oscura». — Frutos de la prueba. El secreto de la dicha. — El retiro de su profesion — Esposa de Cristo. — Programa de santidad. — El Cielo en el alma.

A las radiantes claridades del postulado sucediéronse en Sor Isabel de la Trinidad las tinieblas de una noche oscura, sobreviniendo luego desasosiegos, angustias del espíritu y fantasmas extraños de la imaginación, cosas estas de que S. Juan de la Cruz habla en la estrofa decimasexta del Cántico espiritual: «Conociendo el demonio esta prosperidad del alma (el cual por su gran malicia envidia todo el bien que en ella ve), usa a este tiempo de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder perturbar en el alma siquiera una mínima parte de este bien: porque mas precia el impedir a esta alma un quilate de esta su riqueza y glorioso deleite, que hacer caer a otras en muchos y muy graves pecados».

Imposible nos sería referir lo que entonces sufrió aquella inocente jóven que poco ha disfrutaba de una

paz que parecía inalterable. Cuánto edificaba al descubrir con candor y sencillez aquellos estados de su alma, tanto mas humillantes cuanto que, al parecer, había de bastar solo una sacudida para libertarla de ellos, y tanto mas dolorosos cuanto opuestos a todo lo que hasta entonces había experimentado y a su vida de oracion. La fe y ciega obediencia que la llevaban a declararse a su Priora, hacian que hallase paz y fortaleza en aquellas confianzas, a la par que proporcionaban toda suerte de facilidades para secundar la accion divina en la labor proseguida bajo el fuego de la prueba. Al cabo de seis meses de esa suerte trascurridos, la pobre novicia aguardaba su liberacion de un retiro que había de predicarnos en octubre el Padre V., a la sazón desterrado lejos de Dijon; mas, en la imposibilidad a que se veía reducida de saborear cosas de que había hasta entonces vivido con tanta intensidad, logró solamente exacerbar su dolor. Lo que en otro tiempo era para ella fuente de inefables deleites, parecía que entonces solo contribuía a hacer mas densas las tinieblas de su dolorosa noche; de suerte que aquellos ocho días fueron para ella de verdadera agonía. Su alma desolada bebió con artura el amargo cáliz del sufrimiento y de la humillacion, pero sin llegar a apurarlo. Aun quedaban tres meses para llevar a feliz término la obra emprendida por el amor.

Dotada de cualidades muy a propósito para nuestra vida, puede decirse que Sor Isabel había entrado

de lleno en ella; mas no se infiera de esto que entendamos fuese ya perfecta; no solo le quedaba aun que progresar, sinó le era monester sufrir una trasformacion, que vimos verificarse en ella durante ese año tan largo y tan penoso. Merced a su fe y acendrada religiosidad, tenía que llegar a ser una carmelita cual nuestra seráfica Madre desea sus hijas. Humilde y modesta en verdad lo era, pero necesitaba, no obstante, conocer bien la insuficiencia humana. Había experimentado ciertas rebeldías de la naturaleza, pero desconocía otras; habiendo triunfado de todas las dificultades, ya por los esfuerzos de su voluntad, ya merced a las gracias de la oracion; extrañábase a veces el notar ciertas actitudes poco acrisoladas y que, sin darse cuenta de ello, habría podido tener alguna complacencia en si misma, o dejarse llevar a alguna severidad en los juicios. Es verdad que se le había llamado la atencion acerca de esas satilezas del amor propio; mas ¿«*qué puede saber quien no ha sido tentado*»? (1) En la escuela de la prueba es donde Sor Isabel había de adquirir mas pronto ese conocimiento de sí propio que es a la vez base y remate de la humildad. Servíase Dios de la tentacion para hacerle ver el abismo de su nada y poner a salvo su propia gloria en aquella alma a la que quería colmar con las riquezas de su gracia. Con este designio permite «que el demonio levante en la parte sensitiva muchos movimientos y otras moles-

(1) Eecles., xxxiv, 9.

tias que causa así espirituales como sensitivas, de las cuales no es en manos del alma poderse librar, hasta que el Señor envía su ángel en derredor de los que le temen, y los libra». (1) En efecto, el mensajero divino traía alguna tregua a este penoso estado, haciendo que reinase la paz y la tranquilidad « así en la parte sensitiva como en la mas espiritual del alma ». (2) Por lo general las horas de oracion deparaban cierto sosiego a la querida novicia, por mas que trascurriesen sin consuelos; pero su oracion, tan sencilla, y que cada vez por nuevos acrecentamientos de su fe se hacía mas elevada, la mantenía siempre en la actitud de un parvulito descansando en brazos de Aquel a quien amaba sin sentir su presencia, creyendo en él sin verle, y hallando en su amor, lo mismo que antes, toda su seguridad, aunque solo experimentase la angustia de sus divinos rigores.

Los esfuerzos para continuar así recogida todo el día en lo mas íntimo de su ser, a pesar del tumulto de la imaginacion y de la sensibilidad, le proporcionaban cierto alivio en sus penas, manteniendo siempre abiertos ante su vista los mismos horizontes; y casi nadie de cuantos en su derredor vivían pudo sospechar sus interiores congojas. Las cartas de esa época descubren el mismo fondo, alumbrado siempre por la luz de fe, que iba aumentándose en medio de las tinieblas que la envolvían.

(1) Anotacion de la cancion XVI. — (2) Cant. esp. estrofa XVI.

En el mes de agosto celebra con hacimientos de gracias el primer aniversario de su ingreso en el Cármen, y ya pudo decir:

«Cuán veloz pasa el tiempo en Jesús! Un año hace que Él me ha introducido en el arca bendita, y ahora, como dice mi bienaventurado Padre San Juan de la Cruz en su cántico:

«Ya la tortolica

Al socio descado

En las verdes riberas ha hallado ».

»Si, he hallado a Aquel a quien ama mi alma, el único necesario, que nadie puede arrebatarlo. Qué bueno es! qué bello! Quisiera estar engolfada en el silencio y la adoracion, a fin de internarme cada vez mas en Él y llegar a estar tan embebida de su esencia, que pueda luego darle por medio de la oracion a esas pobres almas que desconocen el don de Dios.

»Ya sé que ruega V. por mí todos los días en la santa misa. Ah, métame V. en el cáliz para que bañándose mi alma en esa sangre de mi Jesús, de la que estoy sedienta, llegue a ser del todo pura, del todo trasparente, y así pueda la Santísima Trinidad reflejarse en ella como en un cristal: tanto se complace en contemplar su hermosura en un alma; creo es lo que la mueve a darse mas y mas, a venir a ella colmándola con mas exceso, a fin de llevar a cabo el gran misterio de amor y de unidad. Pida V. a Dios que yo viva plenamente esta mi vida de carmelita, de desposada de Cristo, lo cual supone muy íntima union. Por qué me

ha amado tanto? Siento que soy pequeñísima y llena de miserias; pero le amo, y no sé hacer otra cosa. Le amo con el amor de sí mismo: es una doble corriente entre «Aquel que es y la que nada es».

La doble corriente, o mas bien el doble abismo, en expresion de Santa Catalina de Sena, se había hecho patente a Sor Isabel de la Trinidad durante ese rudo año de pruebas; por eso mas que nunca se mostraba arraigada en la humildad. Salieron asimismo gananciosas de la lucha su fe y su voluntad, habiéndose perfeccionado por el sufrimiento, hasta formar contrapeso cada vez mas eficaz al rico fondo de ternura, cuyo valor hubiera podido sufrir algun menoscabo por la sensibilidad. Los consejos, fruto de su experiencia personal, que dio mas tarde a una persona sometida a penosas pruebas interiores ponen a las claras cual fue la conducta que ella misma siguió en la fase dolorosa que acabamos de bosquejar.

«Tengo para mí que el secreto de la paz, de la dicha, está en el olvido de sí mismo, en el vaciarse de sí, lo cual no consiste en no sentir sus propias miserias físicas y morales. Puesto que V. me consiente que le hable como a una hermana, le voy a hablar con toda sencillez: paréceme que Nuestro Señor le pide una total abnegacion en sus manos y una confianza sin límites. Cuando llegan esas horas penosas en las que siente V. tan espantosos vacios, tenga por cierto que el Señor cava y ahonda en su alma mayores capacidades para recibirle, es decir, en algun modo capacidades

infinitas, como lo es Él; esfuércese entonces en vivir enteramente gozosa por la voluntad bajo la mano que la crucifica, hasta me atrevería a decirle que mire cada nuevo sufrimiento como prueba de amor que emana directamente de Dios, para unirla a su Cristo. Cuando el cuerpo le sea como una carga y agobie al alma con su peso, no se desaliente, acuda V. por medio de la fe y del amor a aquel que dijo: «*Venid a mí, que yo os aliviare*». (1) Por lo que toca a la parte moral, no se deje abatir nunca por el recuerdo de sus miserias. El gran San Pablo dice: «*Cuanto mas abundó el pecado, tanto mas ha sobreabundado la gracia*». (2) Entiendo por tanto que el alma mas débil y hasta la mas culpable es la que mas puede tener esperanza, y con ese acto que realiza para olvidarse de sí y echarse en los brazos de Dios le glorifica mas que cuanto sea replegarse sobre sí misma, mas que todos los exámenes que la hagan estar siempre conviviendo con sus dolencias, cuando dentro de sí misma posee un Salvador que en todo momento trata de purificarla. ¿Recuerda V. aquel hermoso pasaje en que Jesus dice a su Padre: «*que le ha dado poder sobre todo el linage humano para que Él les dé la vida eterna*»? (3) He aquí lo que Él desea verificar en nosotras, quiere que salga V. de sí, que deje a un lado toda preocupacion, para retirarse a esa soledad que escogió Él en lo intimo del alma. Ahí está siempre, por mas que no le sienta V.; la está aguardando y quiere

(1) Mat., XI, 28 — (2) Rom., V, 20 — (3) Joan., XVI, 2.

establecer con V. «comercio admirable» según se expresa la liturgia, una intimidad de esposo y esposa. Él es quien por medio de esa comunicacion incesante quiere librarla de sus miserias y de sus defectos, de todo cuanto le causa a V. turbacion; nada debe sernos obstáculo para llegarnos a Él.

Que se halle V. ferviente o desalentada, nada se le importe, ley es del destierro que pasemos por tales vicisitudes; tenga en esos momentos por seguro que Él no muda; que en su bondad se mantiene siempre inclinado hacia su alma para atraerla a sí y establecerla en Él; y si, a pesar de todo, el vacío y la tristeza le abrumasen, una V. esa agonía a la del divino Maestro en el Huerto de los olivos, cuando decía a su Padre: «*Si es posible, aparta de mí este cáliz*». (1) Acaso le parecerá difícil el olvidarse de sí misma; pierda V. cuidado, es fácil en extremo; voy a comunicarle mi secreto. Piense V. que Dios mora en su alma, que es V. su templo: así lo dice San Pablo, y podemos dar fe a su palabra. El alma se acostumbra poco a poco a vivir en tan grata compañía; llega a entender que lleva en sí un cielo abreviado, donde el Dios de amor ha fijado su mansion; respira entonces como en un ambiente divino, y hasta me atrevería a decir que tan solo su cuerpo está en la tierra, su alma habita mas allá de los velos, en Aquel que es el inmutable. Y no me diga V. que esto no está a sus alcances, que es V. demasiado miserable; porque,

(1) Mat., XXVI, 39

antes al contrario, es esa una razon mas para acudir al que se hizo nuestro Salvador. No lograremos purificarnos mirando sin cesar estas miserias, sinó mas bien fijando nuestros ojos en Aquel que es todo pureza y santidad.

»En las horas mas dolorosas, piense V. que el divino Artista se sirve del cincel para hermohear mas su obra, y manténgase en paz bajo la mano de quien la está labrando. San Pablo despues de haber sido arrebatado al tercer cielo sentia su flaqueza y se quejaba a Dios, quien le respondió: «Te basta mi gracia, porque el poder mio brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza». ⁽¹⁾ No le parece que eso es muy consolador? Animo pues! La encomiendo muy en especial a una jóven carmelita de Lisieux que murió a los 24 años en olor de santidad, llámase Sor Teresa del Niño Jesus, ⁽²⁾ y el don con que Dios la favorece es el de dilatar las almas y lanzarlas en las ondas del amor, de la confianza y del total rendimiento. Dice ella de sí que halló la dicha cuando empezó a olvidarse de si propia. ¿Quiere V. rogarla todos los dias conmigo para que lleguemos a alcanzar esa ciencia que hace los santos y que da al alma paz y felicidad tan grandes?»

La virilidad moral que adquirió nuestra querida novicia redundó en beneficio de sus fuerzas físicas; su

(1) II Cor., XII, 9.

(2) La causa de beatificacion de la sierva de Dios, anhelada por los ardientes votos de cuantos conocen la *Historia de un alma* y preparada por señala las mercedes, se halla sometida a la Santa Sede.

temperamento, algun tanto quebrantado en un principio, se repuso con la paz. Cada dia se ajustaba mejor a la observancia de nuestra austera regla; el alma arrasaba verdaderamente en pos de sí al cuerpo, y bien podía presumirse que en lo sucesivo había de seguir siempre así; en vista de eso, la jóven hermana fue admitida por el capitulo a la gracia de la profesion sagrada. Qué gozo para su corazon, que tan ardientemente anhelaba esa consagracion definitiva al Esposo de las vírgenes! «El Niño Dios reserva a mi alma una inmensa dicha, escribía en la tarde del 25 de diciembre de 1902; en esta hermosa fiesta de Navidad, me comunica que vendrá a mí como Esposo. El domingo de la Epifanía me constituirá su Reina uniéndome a Él por medio de la profesion religiosa ».

Y al canónigo Sr. A. le dice: «El Esposo me ha hecho oír su llamamiento, y el día 11 de enero, fiesta radiante de luz y de adoracion, pronunciaré los votos que han de unirme para siempre a Nuestro Señor. V., que ha velado por mí desde mi niñez y recibió mis primeras confidencias, puede comprender la dicha que inunda mi alma. Esta tarde durante el recreo he solicitado las oraciones de mi querida comunidad, y mañana empezaré el retiro de diez días. Paréceme esto un sueño; con tanto ardor lo he deseado! ¿Tendría V. la bondad de concederme todos estos días una intencion particular en la santa Misa? es cosa tan grande para mí lo que va a verificarse dentro de poco. Me siento como envuelta en el misterio de la caridad de

Dios; y cuando miro al pasado, me parece como un divino acosamiento de mi alma. Oh, cuánto amor! Estoy anonadada bajo este peso; solo puedo callar y adorar.

» ¿Quisiera V., estimado Sr. canónigo, ofrecer por su carmelita el santo Sacrificio de la Misa en la mañana de ese día de Epifanía en que van a realizarse todos mis deseos, en que por fin voy a ser «Esposa de Jesucristo», en ese día que con haberme concedido el buen Maestro días tan divinos, que se asemejan a los del paraíso, va a ser el mas hermoso de mi vida? Despues entregue V. al Señor esta nueva carmelita para que la haga toda suya y pueda ella decir con San Pablo: «*Yo vivo, o, mas bien, no yo, sinó que vive en mi Cristo*». (1) Excuso decirle cuál será mi plegaria por V.; ya conoce mi corazon... Adios, le dejo para entrar con el Esposo en profundos silencios».

Comenzado este retiro con el gozo en el alma, prosiguió con una recrudescencia de tormentos interiores; y tales eran, que la víspera del gran día la pobre novicia se hallaba en el colmo de la angustia; mas, una consulta con un religioso prudente y experimentado vino a reconfortarla.

Por la mañana del siguiente día subía las gradas que conducen a la sala capitular enteramente dominada por la idea de la inmolation que la capitula de visperas expresaba: «*Hermanos mios, os ruego encarecidamente,*

(1) Galat., II, 20.

por la misericordia de Dios, que le ofrecéis vuestros cuerpos como *hostia viva, santa y agradable a sus ojos, que es el culto racional que debéis ofrecerle.* (1) Penetrada de ese espíritu, pronunció los votos sagrados de pobreza, castidad y obediencia, que por fin la consagraban *Esposa de Cristo*. Qué solemnidad podía darse mas a propósito para los desposorios místicos de esa jóven sobre la cual se había alzado la gloria del Señor? La liturgia del día expresaba en sus diversos cantos su historia y su vocacion. Prevenida por la luz divina, había ella tambien, no obstante el desaparecimiento de la estrella, valerosamente perseverado en buscar al Señor; tambien ella, abriendo sus tesoros, le ofrecía el oro de un corazón puro, el incienso de una vida por entero consagrada a la oracion, y la mirra del sacrificio de todas las cosas y de sí misma.

Celebraba ademas en ese domingo de la Epifanía Nuestra Santa Madre la Iglesia la manifestacion de la Santísima Trinidad en el bautismo de Jesucristo. Sor Isabel, que al hacer su profesión sellaba una alianza especial con las tres divinas Personas, había venido al Cármen solo para escuchar a aquel en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias, y en el gradual se cantaba: «*Bendito sea el Señor Dios de Israel, el cual obra maravillas desde el principio de los siglos. Visite la paz los montes de tu pueblo. Alleluia, alleluia*». El Rey pacífico respondió en efecto a la donacion

(1) Rom., XII, 1.

total de la generosa jóven, poniendo término a su larga prueba, y todo acabó en hacimiento de gracias.

«Quién podrá expresar el gozo de mi alma, escribía algunos días mas tarde, cuando al contemplar el Crucifijo que recibí despues de mi profesion y que nuestra Reverenda Madre puso como un sello sobre mi pecho, me fue ya dado exclamar: por fin ÉL es todo mio, y yo soy toda de ÉL. ÉL lo es todo para mí; ahora ya no me queda mas que un solo deseo, amarle, amarle sin tregua, «arder de celo por su honra, cual verdadera esposa», ofrecerle una morada, un sitio abrigado en mi alma, y allí hacerle olvidar a fuerza de amor cuantas abominaciones cometen los malvados».

Y en otra carta decía: «Mi alegría es profunda, divina, es de esas que no puede expresarse. Ah, dé V. gracias por mí; es tan bella la parte que me ha cabido en suerte! pasar la vida entera en el silencio, la adoracion, el trato íntimo de corazon a corazon con el divino Esposo. Pídale que sea fiel, que llegue hasta el último límite de sus designios para con mi alma, que ejecute plenamente su voluntad en todo».

La imposicion del velo tuvo lugar el 21 de enero, día «embalsamado por la virginidad de Ines, y por su gloriosa inmolucion», que recordaba el doble atractivo de una alma en la que se unían las dos virtudes, inocencia y penitencia, cuya alianza constituye el rasgo peculiar de la belleza del cristianismo. En el recreo de la tarde, Sor Isabel expresaba su dicha y su gratitud en algunas estrofas, que empiezan así:

En profundos secretos sepultada,
 en mi Dios el vivir y morir quiero:

Oh, mi Verbo adorado, vuestro amor es mi vida:
 Dejad que me sumerja en vuestra paz infinita.

Estos versos, lo mismo que las siguientes líneas dirigidas a la Reverenda Madre Priora del Cármen de Paray-le-Monial, son como el programa de aquella vida religiosa tan breve, pero tan completa.

«Mi buena Madre, ruegue V. R. para que la *«Casita de Dios»* se vea totalmente ocupada por los *«Tres»*. Yo me voy internando en el alma de mi Jesús: ahí es donde voy a pasar la euaresma. Pidale V. R. que no sea yo quien viva, sinó que viva ÉL en mí, que la union vaya consumándose mas cada día, que permanezca bajo el influjo de la vision magna; entiendo que en esto está el secreto de la santidad, y es tan sencillo! Ah, decir que tenemos en nosotros ese Cielo cuya nostalgia se apodera a veces de mí! qué será cuando descorriéndose por fin el velo, gocemos cara a cara de Aquel en quien hemos puesto todo nuestro amor! mientras tanto, vivo de amor, me anego en él, y en él me pierdo; es el infinito, de que mi alma está hambrienta!»

Fiel Sor Isabel a su programa, había de alcanzar en breve el grado de perfeccion a que la llamaba el divino Maestro, porque había dado con el secreto de la santidad. Habiéndosele hecho patente el exceso de la caridad divina, estableciöse con toda fijeza en aquella luz que ya no se le había de eclipsar. «Una palabra,

decía, compendia mi vida entera, pudiendo aplicarse a todos sus instantes; de ella vivía asimismo San Pablo: *Propter nimiam charitatem.* (1) Todo cuanto me sobreviene, es o mensaje o prenda *del amor de Dios hasta el exceso*, ya no me es posible vivir de ninguna otra cosa.

«Tengo para mí que para alcanzar la vida ideal del alma hay que vivir en lo sobrenatural, llegar a ser consciente, digámoslo así, de que Dios se halla en lo más íntimo de nuestro ser, e ir a todas partes con Él; de este modo nada es trivial, ni las acciones más ordinarias; porque no se vive en estas cosas, sino muy por encima de ellas. Una alma sobrenatural ya no trata de las causas segundas, sino de solo Dios. Oh, cuán simplificada queda la vida! cuánto se asemeja a la de los bienaventurados. Llega el alma que así vive a verse libre de todas las cosas y de sí misma. Para ella todo queda reducido a la unidad, a ese único necesario del que hablaba el divino Maestro a Magdalena. Entonces se hace verdaderamente grande, verdaderamente libre, porque «su voluntad está cercada por la de Dios», como dice un autor místico.

En estas líneas Sor Isabel, sin ella sospecharlo, nos descubre su alma. Esa «vida ideal» era la suya, y cada día habíamos de verla absorberse más y más en ella, hasta que le fuese dado pasar de las oscuridades de la fe a las regiones en que todo es luz, paz y amor, y donde se contempla a Dios cara a cara sin fin. Con

(1) Ephes., II, 4.

razon podía escribir: «Comienza ya para mí el Cielo, pero a veces quisiera hallarme al otro lado para verle a Él, para amarle y perderme en su infinidad. ¿A tí, cuyo corazon es tan ardiente, no te se alcanza lo que es el amor cuando se trata de Aquel que tanto nos ha amado?»

Al confidente de sus primeros años le comunicaba en estos términos sus impresiones durante el verano de 1903:

«Qué de cosas han ocurrido desde mi última carta! Nuestra santa Madre la Iglesia cantó el *veni sponsa Christi*, me consagró a Jesus, y ahora todo está consumado, o mejor dicho todo empieza ahora, pues la profesion no es mas que una aurora, y cada día mi vida de esposa se me hace mas bella, mas luminosa y mas rodeada de paz y de amor. En la noche que precedió al gran día, mientras me hallaba en el coro en espera, aguardando al Esposo, comprendí que el Cielo comenzaba para mí en la tierra, el cielo en la fe con el sufrimiento y la inmolucion por Aquel a quien amo. Quisiera amarle tanto como mi seráfica Madre, hasta morir de amor; esta es toda mi ambicion, llegar a ser presa del amor; es tan sencillo vivir de amor en el Cármen! desde la mañana a la noche tenemos ahí la regla para manifestarnos instante por instante la voluntad de Dios. Cuánto amo esta regla que constituye la forma de santidad que Él quiere para mí. No sé si tendré la dicha de dar a mi Esposo el testimonio de mi sangre; pero si vivo plenamente mi vida de carmelita, me

cabrá por lo menos el consuelo de gastarme por Él, solo por Él; y si esto es así, qué me importa sea esta o aquella la ocupacion en que Él me quiere! puesto que Él está siempre conmigo, la oracion, el trato íntimo no han de cesar en ningun momento: le siento presente dentro de mi alma, no tengo mas que recogerme para hallarle en mí, y en esto cifro toda mi dicha. Ha excitado en mi corazon una sed de lo infinito y un anhelo de amor que solo Él puede saciar: a Él acudo, cual el niño a su madre, para que Él le colme, le ocupe todo en mí, apoderándose de mí y llevándome en sus brazos. Creo que con Dios se ha de tratar con toda sencillez.

»No ha de venir V. algun día a bendecir a su carmelita y dar a su lado gracias a Aquel que «la ha amado hasta tal exceso»? Mi dicha no se puede expresar; escuche V. lo que mi alma canta por Dios y por V. En la santa Misa báñeme V. en la sangre del Esposo; no es Él la pureza de su esposa? y vive ella con una sed tal...!»

CAPÍTULO VIII

Alabanza de gloria.

Vida de fe. — En la escuela de San Pablo. — *In laudem gloriæ.* — El espíritu de alabanza perfecciona las virtudes. — Segunda portera. — El oficio de ángel. — Espíritu de penitencia. — Sor Isabel de la Trinidad en la vida de comunidad.

Ha recobrado nuestra querida hija su hermosa paz de antaño, pero no han de ser los deleites espirituales el estado habitual de esa alma engrandecida merced a la prueba; la fe será en adelante el alimento de su vida. Si el divino Maestro le dice como a Magdalena: «No me toques», ⁽¹⁾ su intento es introducirla «en esa escuela escondida y tan alejada de los sentidos donde el Verbo hace oír su palabra, en esas recónditas ilustraciones en que Dios se comunica y une al alma». ⁽²⁾

San Pablo, cuyas epístolas empezó entonces a conocer, vino a ser su luminoso guía, y se aplicó bajo su dirección a entender cual es «la anchura, la elevación, y la profundidad del misterio oculto en Dios antes de los siglos, y también el amor de Cristo, que sobrepuja a todo

(1) Joan., XX, 17.

(2) San Agustín, citado en los *Estados de oración* de Bossnet.

conocimiento, para llegar a ser colmada con toda la plenitud de la gracia de Dios». (1)

Los mas bellos textos del grande Apóstol alientan los arranques de su alma contemplativa, y con aquella penetración propia de los corazones puros descubre su profundo sentido y sabe asimilarse esa sustancial doctrina que la fortifica a la vez que sustenta su no interrumpida oración. (2)

Su correspondencia epistolar, sus visitas en el locutorio, sus coplas en días festivos y sus pláticas de íntima expansión no son mas que el eco de S. Pablo, a quien Sor Isabel comenta de un modo sabrosísimo; por eso difunde el fervor y la alegría entre sus jóvenes compañeras.

Conversando un día acerca del *nombre nuevo* de que habla el Apocalipsis como el definitivo de los elegidos, Sor Isabel de la Trinidad manifestó que había hallado el suyo en los escritos de San Pablo. «El Apóstol, decía ella, nos enseña que *fuimos predestinados segun el decreto de Aquel que lo hace todo conforme al designio de su voluntad, para que seamos su alabanza de gloria*». En estas palabras es donde he hallado yo mi vocación; pues que por toda la eternidad he de ser una *alabanza*

(1) Eph., III, 18 y 19.

(2) Hasta aquel tiempo eran relativamente escasas las luces que le suministraban las lecturas del *Nuevo Testamento*. Acudia a esas fuentes de vida mas bien por obediencia que por gusto; pero entonces recibió verdadera comunicacion del sentido de las Escrituras, como pueden atestiguarlo los luminosos comentarios de sentencias, de San Pablo particularmente, que esmaltan su correspondencia.

de su gloria, quiero vivir desde aquí en la tierra *in laudem gloriae ejus*.

Algunos apuntes redactados para su hermana nos dan a conocer cómo describía ella este nombre.

«¿Cómo poner por obra ese anhelo del corazón de nuestro Dios, ese inmutable querer para con nuestras almas? ¿Cómo responder a nuestra vocación y llegar a ser perfecta alabanza de gloria de la Santísima Trinidad? En el Cielo cada alma es alabanza de gloria al Padre, al Verbo y al Espíritu Santo, porque está de asiento establecida en el puro amor, y no vive ya de su propia vida, sino de la vida de Dios; allí le conoce, dice San Pablo, como Él la conoce a ella.

»Alabanza de gloria es un alma que mora en Dios, le ama con amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulcedumbre de su amor, que le ama sobre sus dones y le amaría aun cuando nada hubiese recibido de Él, y que desea todo bien al Ser hasta tal punto amado. Ahora bien, ¿cómo se ha de desear y querer eficazmente algún bien para Dios, a no ser cumpliendo su voluntad? puesto que esta dispone todas las cosas para su mayor gloria. Por tanto, esa alma debe entregarse plenamente, absolutamente hasta llegar a la imposibilidad de querer otra cosa distinta de lo que Dios quiere.

»Alabanza de gloria es un alma amante del silencio, que se mantiene cual una lira bajo el toque misterioso del Espíritu Santo, para que haga salir de ella armonías divinas. Sabe muy bien que el sufrimiento es

cuerda que da los sonidos mas bellos, y por eso se complace en verla en su instrumento, a fin de mover mas tiernamente el corazon de su Dios.

»Alabanza de gloria es un alma que contempla a Dios en la fe sencilla, que refleja todo cuanto Él es, en la que puede Él difundirse cual en un abismo sin fondo; es asimismo como un cristal a traves del cual puede Él irradiar y contemplar sus perfecciones y su propio esplendor. Un alma que de tal modo admite que el Ser divino sacie en ella su anhelo de comunicar todo cuanto Él es y todo cuanto posee, es en realidad de verdad la alabanza de gloria de todos sus dones.

»Por fin, alabanza de gloria es un ser que está en continuo hacimiento de gracias, cuyos actos y movimientos, pensamientos y aspiraciones son como un eco del perenne *Sanctus*, a la par que sirven para arraigarla mas hondamente en el divino amor. En el cielo de la gloria los bienaventurados no cesan de repetir día y noche *Santo Santo Santo es el Señor Dios Todopoderoso....*, y *postrándose adoran al que vive por los siglos de los siglos* ». (1) En esta vida la alabanza de gloria empieza en el cielo del alma el oficio que ha de proseguir en la eternidad: su cántico no se interrumpe un instante; mantiénese bajo la accion del Espiritu Santo, aunque no siempre tenga conciencia de ello, pues la flaqueza de su condicion no le permite estar siempre absorta en Dios, exenta de distracciones. Canta siempre, adora

(1) Apoc., IV. 8, 10.

en todo momento, está, por decir así, en continuos transportes de alabanza y amor; de anhelo por la gloria de su Dios.

«Seamos en el cielo de nuestra alma alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad. Día llegará en que se descorra el velo, y nos veremos introducidos en los atrios eternos, allí cantaremos en el seno del Amor infinito y Dios nos premiará con el nombre nuevo que está prometido al que venciere. Cuál será ese nombre? *In laudem glorie* ».

Tal fue en efecto la vida de aquella alma escogida en quien la fe obraba por medio de una ardiente caridad. Cuando se hallaba en oración, su exterior manifestaba bien a las claras la íntima adoración que la tenía absorta; idéntica era su actitud durante el Oficio divino; parecía que estaba cantando ya en el Cielo con los espíritus bienaventurados las alabanzas de Dios.

El celo que Sor Isabel tenía por la salmodia y las ceremonias de la Iglesia no lograba impedir que cayese en olvidos bastante frecuentes, que, a nuestro juicio, procedían de su intensa aplicación a mantenerse recogida en lo interior. ¿No se ha dicho de varios santos que cuando su contemplación por ser muy profunda los abstraía de los actos exteriores, su ángel de la guarda les traía a la memoria las ceremonias que tenían que verificar? No recibió ese favor del Cielo nuestra querida hermana, pero el Señor, sin duda, se complacía en la solicitud con que procuraba preverlo todo, así como en reparar sus faltas con sincera humildad.

Y el espíritu de alabanza, al par que la unía al divino modelo, que se esforzaba en representar a los ojos del Padre, perfeccionaba todas sus virtudes. La primera palabra del Verbo al entrar en este mundo: «*Heme aquí, que vengo, oh mi Dios, para hacer tu voluntad*,⁽¹⁾ debe ser, decía Sor Isabel de la Trinidad, como el latido del corazón de la esposa; y esa voluntad del que la ha enviado ha de ser su sustento y a la vez la cuchilla de su inmolación.

Así discurría Sor Isabel de la Trinidad. En este concepto, nuestras costumbres referentes aun a las cosas mas pequeñas no eran para ella menos estimables que la Regla misma y los mandatos de los superiores. «*Herencia que he adquirido para siempre son los testimonios de tu ley, pues son la alegría de mi corazón*». ⁽²⁾

Esa incesante fidelidad a las divinas intimaciones, así interiores como exteriores, ha de ser el testimonio que la esposa tribute a la Verdad, hasta poder decir: *El que me ha enviado está siempre conmigo y no me ha dejado sola, porque yo siempre hago lo que es de su agrado*. ⁽³⁾ Nosotras la vimos ejercitarse en ofrecer plenamente ese testimonio, sin el menor desfallecimiento. Algunos rasgos que vamos a recordar darán idea de la perfección con que la santa jóven practicaba la obediencia. Encargada del aseo de la sala del Noviciado, tenía que entornar los ventanillos al terminar el día. Una tarde se le olvidó ese pormenor, pero vinole a la

(1) Hebr., x, 9. — (2) Salm., cxviii, 111. — (3) JORN., VIII, 29.

memoria la involuntaria omision despues de maitines cuando empezaba a quedarse dormida; levántase al instante, baja en medio de las tinieblas y atraviesa a oscuras el claustro para ir a cerrar aquel ventanillo. La vida de los santos nos ofrece ejemplos análogos de fidelidad admirable; así v. gr. el de nuestro P. San Juan de la Cruz, quien una noche se acuerda de que ha dejado en el escapulario un alfiler mas de lo que permitía un uso que no pasaba de ser mera tradicion, y sin mas, se levanta para depositarle en la puerta de la celda.

Hallándose por circunstancia particular dispensada de sentarse en el suelo durante la oracion, le fue permitido servirse del escaño, pero sin reclinarse en él; y siempre le usaba de modo que tuviese el menor alivio posible. Precisada dos años mas tarde a recurrir a la misma exencion, mas por muy distinto motivo, pues se hallaba ya enferma, conformábase Sor Isabel con toda exactitud a nuestros usos; y una religiosa que la observaba, nunca la vió apoyarse lo mas mínimo, ni pidió siquiera licencia para ello. Obedecía en todo al pie de la letra, sin interpretacion personal alguna, como lo atestigua asimismo el hecho siguiente. Habiéndosele prescrito por algun tiempo un paseito cotidiano, y sobrevénidole en el pie un mal bastante doloroso para verse dispensada de las ocupaciones en que tuviese que andar, un día la Madre Priora la encuentra en la huerta cojeando y con trazas de sufrir no poco. Qué hace V. aqui? le pregunta. — Madre mia, estoy

dando el paseo que V. R. me ordenó. Cuántos rasgos parecidos podríamos citar de esta perfecta hija de obediencia, que decía algunos días antes de su muerte: «La voluntad de nuestra Madre ha sido mi vida; cuando ella había dispuesto algo, la paz inundaba mi alma».

Su humildad no era menos edificante. «Las imposibilidades que en otro tiempo tanto me hicieron sufrir, hoy son mi mayor dicha; paréceme que en ellas respaldece el poder de Dios y que a su *Alabanza de gloria* la establecen mejor en la verdad, haciéndola mas pendiente de Él».

La humilde jóven hallaba «verdadera satisfaccion en el sentimiento de su impotencia ante la faz de Dios», segun frase de un piadoso autor de quien ella toma una cita que la retrata exactamente: «Nadie será capaz de turbar al humilde; porque se ha arrojado en un abismo tan profundo, que nadie irá a buscarle en él». En efecto, nada parecía capaz de emocionarla; se le podía hacer cualquier observacion sin que jamas se disculpase, sin que la menor sombra empañase su mirada; y sin embargo, la sensibilidad había sido desde su niñez campo de sus cotidianas luchas, así como de sus mas bellos triunfos. «Solo en el Cielo, podrá decir antes de su muerte, se llegará a saber lo mucho que he sufrido durante mi vida».

Al hablar de esto, nos viene a la memoria lo que escribía en el siglo al fin de unos ejercicios espirituales: «*He vuelto a formar tambien este año los mismos propó-*

sitos de humildad y negacion de mi misma; en eso consiste todo». Ahora la vemos cosechando el fruto de sus esfuerzos acerca de un punto cuya importancia capital había comprendido cuando todavía era muy jóven. «Si se me preguntase, escribía, cuál es el secreto de la felicidad, respondería que consiste en no preocuparse de sí misma, en negarse en todo momento: he ahí un buen modo de dar muerte al orgullo; es menester que el amor de Dios sea tan fuerte que llegue a apagar todo amor de sí propio». Nuestra querida hermana se amoldaba por completo a este principio, y nos admiraba ver cómo sabía ocultarse en cuantas ocasiones se le ofrecían, para dar mayor realce a las demas, aun cuando con las aptitudes de que se hallaba dotada podía haber tomado muchas iniciativas.

Como fruto de la humildad, su paciencia era inalterable; era imposible sorprenderla en falta, y sin embargo, qué de veces fue puesta a prueba, especialmente en el oficio de segunda portera. Siempre estaba a la disposición de la primera oficiala, y sobre todo tomaba a pecho el aligerar a nuestras hermanas torneras los sacrificios que les impone el rigor de nuestras reglas; por eso ellas recurrían con frecuencia a su inagotable oficiosidad. Excusándose un día una de ellas por la frecuencia con que la molestaba, le respondió: «No me diga eso, hermana; me es muy grato prestarle cualquier servicio, y mucho mas lo sería hacerle desechár la duda de poder venir por sí misma a buscar lo que necesite». Siempre la hemos conocido así, amable y

atenta, hasta en los agudos dolores de sus últimos días; por lo mismo, qué de buena gana se la encontraba siempre para todo! Jamás desaparecía la sonrisa de sus labios, aun cuando en ocasiones se viese precisada a interrumpir un trabajo urgente, sacrificar una hora de oracion, o modificar sus menudos planes. Hubiérase dicho que nada le costaban sus actos de abnegacion, con tal que fuesen sancionados por la obediencia.

Siendo, como lo era, sumamente afectuosa por naturaleza, Sor Isabel de la Trinidad elevaba a una esfera sobrenatural sus amores del claustro, como los de la familia: la misma caridad que la impulsaba a acudir presurosa con gracia exquisita en ayuda de sus hermanas, le sugería atenciones y delicadezas especiales para quien podía acarrearle una humillacion, o proporcionarle ocasion de ejercer alguna virtud; de modo, que todas participaban de las efusiones de su corazon.

Dos veces le fue encomendado el cargo de *ángel*,⁽¹⁾ desempeñándolo con suma discrecion y tacto. Una jóven que pasó algunos meses en el Cármen escribía en estos términos a su antigua Priora: «Todavía me acuerdo de mi ingreso en la clausura; allí estaba mi jóven *ángel*, y al instante adiviné que era el ángel de la caridad. Cuán a dicha tenía Sor Isabel el dar a mis atavíos mundanos algun aspecto religioso; con cuánto acierto volaba en mi ayuda; qué bien sabía reparar mis torpezas, paliar mis culpas con dulzura y humildad, sencillez y delicadeza».

(1) En el Cármen se llama *ángel* a la religiosa encargada de iniciar a una postulante en las costumbres de la comunidad.

deza; de todo se cuidaba, tenía para con su *Tobias* continua solicitud. Cuando me estaba iniciando en el asco del Noviciado, me dijo: «No tenga V. C. en poco el barrer esta sala, pues aquí se halla el santuario donde comienza su vida de carmelita». El respeto penetrado de espíritu de fe con que me informaba de mi empleo me daba a conocer cómo ella vivía en presencia de Dios y le veía hasta en las mas menudas acciones. Algunas veces le pedía yo mil perdones por verme obligada a hacerla salir de su amado silencio; pero ella, fijando en mí aquella mirada que ponía a descubierto su corazón, me respondía de pronto: «Soy su ángel, acuda V. C. a mí sin rebozo, el velar por V. C. y servirle es mi misión». Cómo se regocijaba cuando podía decirme: hoy lo hablará nuestra Rvda. Madre. Si por acaso se le retrasaba a ella por causa mía el turno de hablarle a su vez, me decía: «Su gozo me da tanta alegría, que muy de buen grado sacrifico mi gusto, Va V. C. a tratar con nuestra Madre, aprovéchese bien, eso es como un sacramento». Encontrándome algunas veces bañada en llanto, echábame los brazos al cuello, oprimiéndome cariñosamente contra su pecho, y luego sin duda iba a informar a V. R. de mis penas, pues en estos días solía V. R., mi buena Madre, llamarme para devolver la tranquilidad a la pobrecita desconsolada. Continuamente me estaba dando motivos de edificación: no tenía mas que imitarla para ir adelantando en el amor y en la intimidad del divino Maestro ».

Bien se deja entender que la penitencia había de

ser un imperioso anhelo para aquella alma enagenada por el amor divino; pues no solo carecía de el instinto de la propia conservacion, como nos complacíamos en decirle ante alguna falta de precaucion, sinó que era tal el desprecio de sí misma, que por ese lado no había que hacer otra cosa mas que contenerla. Sor Isabel no pudo dejarse llevar del atractivo que le hubiese conducido a las mas rudas maceraciones; por lo mismo, su espíritu tan bien ilustrado le hizo tener en tanto mas aprecio la perpetua inmolation de la regla del Cármen, y quanto la Providencia le enviaba para que realizase aquel dicho de San Pablo que tan bien cuadraba a su fe: «*No hay día en que yo no muera*». (1) Era imposible averiguar cuales eran sus gustos o sus repugnancias; muerta de veras a sí misma, soportaba sus fatigas, y en especial sus continuos dolores de cabeza, sin que se notase nada en su exterior; y cuando por motivo de estos dolores se le quería dar algun descanso, prefería a ese reposo una hora de oracion, asegurando que el tiempo dedicado a este ejercicio era el único rato en que no sentía el sufrimiento. Érale, por otra parte, muy grato poder honrar la coronacion de espinas, no ya del modo que ella escogiera, sinó como lo quería su amado Señor.

Repetidas veces había expresado Sor Isabel de la Trinidad el deseo de que su vida se consumiese en el silencio. Favorecieron este anhelo engañosas aparien-

(1) Cor., xv, 31.

cias de salud que a la par prolongaban nuestras ilusiones, hasta el día en que tuvo que entrar en la enfermería para no volver a salir. Algunas confidencias que pudimos entonces lograr de ella nos dieron a conocer algo del heroísmo en que había vivido la santa jóven. Qué valerosa fidelidad en el trabajo! Había llegado a entender que este constituye parte de nuestra penitencia, y con tal espíritu se entregaba a él, mas que por atractivo natural; pues aunque era muy hábil en el manejo de la aguja, hallaba cierta dificultad para juntar la oracion, en el grado que alcanzaba su alma, con la asiduidad que su fervor le exigía. Sobre este particular aseguraba que le habían sucedido cosas que le admiraban, verdaderos *milagros chicos*, cuando al velar sobre sí para no afanarse nunca, veía que la labor adelantaba tanto mas, cuanto mas íntima era su union con Dios.

Secundada por su espíritu de pobreza y de orden, prestó Sor Isabel en la roperia servicios inapreciables y reveló ese don maravilloso de conciliar las exigencias de un oficio abrumador a veces con el atractivo superior que le hacía mantenerse siempre sosegada y enteramente recogida en el cielo íntimo de su alma. Una religiosa le manifestaba un día en confianza lo que le costaba alejar las distracciones durante la oracion: «Ah, respondió Sor Isabel, para que no ocurra eso hace falta una gran fidelidad durante todo el día. Una o dos veces me ha ocurrido que viendo a mi oficiala sumamente atareada, he querido apresurarme en el trabajo,

llegando a enardecerme; pero Dios no quiere eso de sus esposas; así me sucedía que cuando llegaba la hora de la divina cita, por mas que hiciera, no podía elevar mi alma de entre los *trapos*. Esta confidencia prueba con qué celoso cuidado se empleaba en conservarse enteramente para Dios.

La apreciación que de sus cualidades hacían algunas compañeras de comunidad es aquí muy oportuna para completar el verdadero retrato de la angelical novicia.

«Nuestra querida hermanita sobresalía en todas las virtudes. Era en tan alto grado contemplativa, que se la hubiera creído falta de actividad, y por otra parte era servicial incansable; pero lo mas admirable era su bella serenidad, fruto de una rara energía; parecía que ya se habían terminado todas las luchas en aquella alma tan dichosamente poseída por el «Dios de paz», y cómo irradiaba al exterior! Aunque era de suyo seria y grave y vivía ávida de silencio, no por eso dejaba de prestarse con menos gracia Sor Isabel de la Trinidad a nuestras fiestas íntimas. En la de Santa Marta, su presencia comunicaba un encanto especial. ⁽¹⁾ Concertábamos de antemano nuestros planes, mas ella se daba maña para dejar a las demas toda la satisfaccion del éxito, y ante todo cuidaba no se perturbase el recogimiento; habíase convenido que nos halláramos en Betania hospedando a Nuestro Señor: Sor Isabel

(1) Las novicias reemplazan en ese día en la cocina a nuestras queridas hermanas de velo blanco, a las que festejamos con cariño.

no sabía qué inventar para regocijar a nuestras buenas hermanas, y cuando había acertado a hacerles una hermosa fiesta, rebosaba de gozo su corazón ».

« Durante las *licencias*, ⁽¹⁾ dice otra religiosa, las ancianas se complacían en tratar con Sor Isabel de la Trinidad, quedando embelesadas al descubrir en ella luces y un sentido de nuestra vida carmelitana propios de una edad muy distinta de la suya. Siempre quedé en tales circunstancias edificada de su humildad ; pues aun cuando vivía ella en las alturas y se hallaba muy adelantada en los caminos espirituales, hacía-se gustosamente discípula, cual si todo lo hubiera tenido que aprender. Aunque soberanamente instruida por Dios en la oracion, escuchaba con interes, y de todo sacaba provecho, sin dar a entender que sabía mucho mas ».

« Deliciosos eran nuestros recreos, refiere a su vez una compañera suya de noviciado : cuántas veces me conmovió al hablarme de aquel *fuego abrasador* y de aquella *mirada única*, cuyo secreto seguramente poseía. No recuerdo haberla visto un solo día menos amable, menos risueña, menos atenta. Aun en vulgares faenas, me causaba admiracion y edificacion a la vez la profunda expresion de seriedad y de recogimiento que cubría su rostro mientras desplegaba la mayor actividad; adivinaba que en medio de todas sus tareas proseguía su incesante alabanza ».

Sirva de remate la apreciacion de una religiosa de

(1) Ciertos días en los que las religiosas pueden visitarse en sus respectivas celdas y hablar juntas.

edad, en quien no cabe sospecha de exagerado entusiasmo y cuya escrupulosa observancia resulta garantía de su rectitud de criterio: «Habiendo oído asegurar que no se había verificado nunca sorprender una imperfección en Sor Isabel de la Trinidad, traté de cerciorarme de la realidad por mí misma, pues no tenía en manera alguna prevención en su favor. Su trato de gentes y una gran facilidad de expresión, que realizaba sus dotes de corazón y de inteligencia, podían, a mi parecer, prestarle apariencias de virtud perfecta, pero no aerisolada aun; y, no obstante la intimidad que mediaba en nuestras relaciones, cuando me hablaban de su virtud, hacía ciertas reservas y no concedía que fuese ni tan acabada ni tan constante, hasta tal punto que la madre Subpriora me preguntó un día: «¿Acaso no ama V. C. a Sor Isabel? — Dispéñeme, Madre, la quiero de todo corazón, pero aguardo para pronunciarme en su favor». Pues bien, replicó ella, yo puedo asegurarle que con haberla humillado muchas veces, siempre la he visto llena de mansedumbre y de humildad». Después de esta afirmación, me puse a estudiarla aun con mayor cuidado, y me vi obligada a confesar que nunca pude notar en ella ni una imperfección. Alguno habrá podido encontrar exagerado este aserto de la circular, y sin embargo es rigurosamente exacto. No había en ella una perfección rígida y exasperante, antes bien humilde y velada, que no excluía alguna falta por fragilidad o inadvertencia; mas, con todo, nunca sorprendí en ella un rasgo de naturaleza; siempre me pareció no tan

solo fiel, sinó, me atrevo a decirlo, hasta heroica, especialmente en ciertas circunstancias mas difíciles. Fui su vecina de celda, y con qué presteza la sentía levantarse por la mañana a la primera señal. En cuanto llegaba al coro, al oratorio, se ponía de rodillas y al instante se la veía anegarse en Dios, permaneciendo inmóvil por grande que fuese el cansancio de las rodillas, y mas tarde el peso de sus padecimientos. Un año hicimos juntas un compromiso de silencio; ella lo practicó con rara fidelidad: las dos o tres faltas que apuntaba cada semana procedían siempre de su amabilidad ».

Las relaciones exteriores de Sor Isabel de la Trinidad eran, no menos que las del claustro, la irradiacion de su vida interior, dando a conocer aquella misma alma enteramente celestial, que ante todo ardía en celo por la gloria del Señor, pero con tanto tacto y sencillez, con tan sobrenatural cariño, que le granjeaba la confianza de todas. Sabía, por otra parte, apreciar la severidad de los reglamentos del locutorio y acertaba con acierto la conversacion si no le era fácil mantenerla en aquel cuadro del que no salía nunca. Mediando una corriente de simpatia, elevaba a sus oyentes al foco de su vida, y los mantenía suspensos de sus labios. «No se acercaba a ella sin sentirse penetrado de la presencia de Dios, refiere una amiga suya; tal modo tenía de hablar de las mas sublimes cosas, que nadie se cansaba de oirla ».

«Las contadas conversaciones que con ella tuve me causaban el mayor bien, dice otra persona; siempre me

alentaba a amar mas a Nuestro Señor, «a vivir mas recogida y a sacrificarme mas; parecía que algo de su gracia atravesaba la reja que nos separaba».

Vino un día de muy lejos a visitarla una pariente suya, y sobrecogida de viva impresion: «Oh, Isabel, exclamó, me pongo con mis hijos bajo vuestra proteccion!»! Derramó abundantes lágrimas al despedirse de ella, y en toda ocasion de importancia solitaba como un valioso favor que intercediese ante Dios por ella.

«He hablado con esa querida jóven el 27 de febrero de 1905, escribía una amiga de D.^a María Catez, no la había visto desde que ingresó en el Cármen, y la hallé con un corazon sumamente perfecto; aunque embebida en el amor de Dios, supo decirme palabras tan tiernas, tuvo para su madre tales arranques de cariño, que lloré y lloro todavía al acordarme de aquellos instantes, harto breves, que pasé en su compañía».

Tal se nos mostró Sor Isabel de la Trinidad en el curso de los años que siguieron a su profesion religiosa; tales eran los frutos de sus profundos y largos silencios, guardados para dar lugar a que Dios le hablase con esa eficacia que obraba para *alabanza de la divina gloria* la dichosa transformacion bosquejada por ella en la siguiente estrofa:

Tambien con el Apóstol yo dijera
Por su infinito amor todo la di.

No tengo mas anhelo que amarle cada día
Con un amor mas grande, conocerle mejor:
Conformar mi ser todo al celeste modelo
De mi Dios y mi Cristo, de Jesus Salvador.

CAPÍTULO IX

Vida íntima.

Asiduidad a la oracion — Retiro de 1904. — Oracion. — Devocion a la Santisima Trinidad y la Virgen Maria — El 21 de noviembre de 1904. — Unico ejercicio recogerse dentro de si.

Nunca se llegará a sondear las profundidades en que vivía ese ángel, quien con infantil ingenuidad hablaba de las cosas mas sublimes como si fuesen lo mas natural.

Anegada en la divinidad, sabrá, cuando sea hora, subir la pendiente de su calvario con fortaleza de mártir, y lo heróico de su voluntad pondrá entonces de manifiesto hasta qué punto había subido su oracion, que ningun dolor, por intenso que fuese, podrá ya interrumpir.

«Lo que me enseña Él sin palabras en lo íntimo del alma es inefable, decía. Él lo alumbrá todo, todas mis necesidades remedia». Había momento: en que el astro divino se eclipsaba, pero Sor Isabel de la Trinidad se mantenía inmóvil, así en su fe como en su esperanza, dominada por el efecto de gracia que en ella producía

una máxima de su bienaventurado Padre, que era sus delicias. «La fe es el cara a cara en las tinieblas; es la posesion de Dios entre las oscuridades».

«En medio de las cerradas noches que envolvieron su alma, mantúvose adherida a Aquel a quien amaba y por quien padecía, siguiéndole a la luz de su velada claridad». (1) Aquellos que han pasado por tales estados, en los que la fe se depura y simplifica, comprenderán el heroismo que revela la asiduidad que conservó en la oración nuestra hermanita amada. Viéndola tan tranquila y sosegada al pie del trono eucarístico, ¿quién hubiera imaginado que ciertos domingos y días festivos empleados en el oratorio, sin sustraer ni un momento de adoracion al Señor, hubiese podido llegar en su sufrimiento hasta el punto de sentir «la tentacion de huir de allí»?

«No pocas veces, decía, en noche oscura paso todas esas horas, pero en la oracion de la tarde me veo resarcida por Él, y aun mas en la mañana siguiente; entonces es cuando recojo el fruto de los esfuerzos y silencios de la víspera; así es que no quisiera dejar la comunión del lunes».

El primer retiro que hizo despues de su profesion fue la confirmacion de todos esos estados por los que su alma pasaba, de aquel camino de fe, oscuro pero luminoso en medio de todo, por ser tan grande su firme creencia en el amor; el amor era la luz que la alum-

(1) Vida de la Venerable Margarita del Santísimo Sacramento

braba en medio de la cerrazón que por doquier la rodeaba; por eso « en todo tiempo bendecía al Señor ».

Parece que durante este retiro Dios quiso premiar su generosa fidelidad; practicole según su amado Apóstol, y se vio colmada de gracias en forma profunda y sustancial inenarrable; por lo cual al dar cuenta de sus disposiciones, Sor Isabel alzando hacia su Priora sus ojos luminosos no pudo menos de decirle con celestial acento: « Me infunde Él la vida eterna ».

« El reino de Dios trae consigo por necesidad una vida eterna, dice el santo abad Moises; éntrese en él por la práctica de las virtudes, por la pureza del corazón y por medio de una ciencia espiritual y divina ». (1)

Su oración se simplificó mas aun despues de ese retiro. « Hay que contemplarle incesantemente, decía hablando del soberano Maestro, hay que procurar establecer un ambiente de profundo silencio, cosa muy sencilla ». Este era su único programa; y si se trataba de alguna novena, o de la preparacion para cualquier fiesta, al preguntarle qué pensaba hacer, contestaba: « Voy a callar para darle entera facilidad de derramarse en mí ». Sus jóvenes hermanas le cogían la palabra, anticipándose a veces a esa invariable respuesta, diciéndole con cierta ironía: « Silencio, no es verdad? hay que saber callar », a lo cual contestaba ella con una sencilla sonrisa.

No obstante, nuestra querida hija pasó por algunas

(1) Vida de los Padres del yermo.

dudas respecto a su constante pasividad. ¿No debía esforzarse por ser mas activa en la oracion? Pero su paz, momentáneamente turbada, era siempre restablecida por la divina inspiracion de mantenerse así recogida bajo su accion directa y continua. Un día en que se celebraba las Cuarenta Horas, despues de haber oído a sus compañeras estimularse mutuamente a desagruar a la divina Majestad, llegó Sor Isabel a la oracion, afligida porque no acertaba a consagrarse en esa forma activa a aquella práctica; pero, apenas postrada para adorar a Nuestro Señor, se sintió envuelta en un rayo luminoso y tranquilizador. Manifestósele de repente el obstáculo que el pecado opone a la difusion de Dios en las almas como una de las penas que mas sensibles eran al Corazon deífico; por consiguiente, debía ella para consolarle y reparar ese ultraje dejarse invadir por Dios y asegurar en sí misma una entera libertad de accion a su gracia y a su amor. Su oracion habitual recibía aprobacion divina, y vino a constituir cada vez mas el estado permanente de su alma.

«No siente V. en sí apasionamiento por escucharle? escribía a un jóven seminarista; esta precision del silencio es a veces tan imperiosa, que se quisiera no hacer otra cosa que estarse como Magdalena a los pies del Salvador, ávida de oírle, de sondear mas y mas en aquel misterio de caridad que vino Él a revelarnos. ¿No le parece a V. que en medio de la accion, cuando exteriormente desempeñamos el oficio de Marta, puede el alma estar como Magdalena absorta en la contem-

placion, sin apartarse, cual mísero sediento, del rico manantial? Al menos yo así entiendo el apostolado, tanto en la carmelita como en el sacerdote: ambos pueden lograr que Dios resplandezca en ellos y comunicarle a las almas, con tal que incesantemente se mantengan junto a esas divinas fuentes.

»Tengo para mí que lo importante sería llegarse muy cerca del divino Maestro, comunicar con su alma, identificarse en todos sus movimientos, y luego entregarnos, como Él, de lleno a la voluntad de su Padre.

»Me place esta bella idea, «la vida del sacerdote (y lo mismo la de la carmelita) es un Adviento que dispone los preparativos para la Encarnacion de Dios en las almas». David canta en un salmo: ⁽¹⁾ «*Fuego irá delante del Señor*»; ese fuego no es el amor? y no consiste tambien nuestra mision en preparar los caminos del Señor por medio de nuestra union con Aquel a quien llama el Apóstol *fuego devorador*? A su contacto nuestra alma llegará a ser como llama de amor, que irá difundiéndose en los miembros todos del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; así es como llegaremos a consolar al Corazon de nuestro adorado Maestro y podrá Él, señalándonos, decir a su Eterno Padre: «*En ellos he sido glorificado*».

Sor Isabel de la Trinidad entendía el apostolado de la Orden carmelitana cual verdadera hija de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Oigamos lo que dice

(1) XCVI, 3.

nuestro bienaventurado Padre en su cántico espiritual: «El alma que goza de solitario amor parece que no hace nada; y no obstante, un poquito de este puro amor es mas precioso a los ojos de Dios, y hace mas provecho a la Iglesia, que todas las obras juntas. Por eso María Magdalena, aunque con su predicacion hacia gran provecho y le hiciera muy grande despues, por el gran deseo que tenía de agradar a su Esposo y aprovechar a la Iglesia, se escondió en el desierto treinta años para entregarse de veras a este amor, pareciéndole que ganaría mucho mas de esta manera por lo mucho que aprovecha a la Iglesia un poquito de este amor. Al fin, para este fin de amor fuimos criados». (1)

El pleno sentido que de esta doctrina tan segura poseía Sor Isabel, campea aun con mayor evidencia en las siguientes líneas:

«Puesto que el Señor mora en nuestras almas, su oracion nos pertenece, y yo quisiera estar en comunión no interrumpida con ella, manteniéndome cual exiguo recipiente a la boca del manantial, para poder despues comunicar la vida, dejando que se desborden esos raudales de caridad infinita. *«Yo por amor de ellos me santifico con el fin de que ellos sean santificados en la verdad»*. (2) Hagamos nuestra esta palabra de nuestro Maestro adorado; si, santifiquémonos por las almas; y ya que todos somos miembros de un mismo cuerpo, podremos conseguir que se expansione la vida divina

(1) San Juan de la Cruz, Cántico espiritual, estrofa XXIX.

(2) Joan, XVII, 19.

por el ingente organismo de la Iglesia, conforme a la medida en que nosotros la poseamos.

« Dos palabras hay que, a mi parecer, resumen toda santidad, todo apostolado: union y amor; pida V. que yo viva plenamente de ellas, y por tanto, permanezca engolfada en el piélago inmenso de la Santísima Trinidad ».

« Cuando pienso en mi nombre, dice escribiendo al mismo seminarista, con quien los lazos de la gracia la unían mas íntimamente que los vínculos de familia, mi alma se siente arrebatada con la magna vision del misterio de los misterios, en esa Trinidad Santísima que es ya desde aquí abajo el claustro en que vivimos, la morada en donde habitamos, el infinito donde podemos movernos por en medio de todas las cosas. Estoy leyendo estos días las bellas páginas en que nuestro P. S. Juan de la Cruz habla de la trasformacion del alma en las Tres divinas Personas. A qué abismo de gloria estamos llamados! estimado mío. Ah, ya comprendo los grandes silencios y el profundo recogimiento de los santos que no acertaban a salir de su contemplacion; por eso Dios Nuestro Señor podía conducirlos a las cumbres divinas, donde se consuma la union entre Él y el alma que ha llegado a ser su esposa mística. ¡Y pensar que Dios, por nuestra misma vocacion, nos lleva a vivir en esas claridades! qué adorable misterio de caridad! Yo quisiera corresponder pasando sobre la tierra, como la Santísima Virgen, « guardando con cuidado todas esas cosas en mi corazón », encer-

rándome así en lo mas íntimo del alma, hasta llegar a anularme y trasformarme en la Trinidad, que en ella mora. Entonces se verificaría mi lema, « mi luminoso ideal », como V. lo llama, y sería realmente *Isabel de la Trinidad*.

Su especial devocion a ese augusto misterio le hacía ver en cada domingo del año una fiesta de la Sma. Trinidad; y cuando en el oficio de ese día rezábamos el símbolo de S. Atanasio, mientras lo salmodiaba, su alma se sentía arrobada « hasta presentir los inefables goces de la bienaventuranza ». No dejaba pasar ni una ocasion sin que recordase a los suyos la propia fiesta de la Sma. Trinidad, que ella celebraba con mayor recogimiento, ya que en lo íntimo de su ser se verificaba constantemente el encuentro, y allí adoraba al augusto Misterio.

«Esta fiesta es verdaderamente mía, escribía a su hermana; para mi no hay otra que se le asemeje; en el Cármen la pasamos en silencio y adoracion. Hasta ahora no había acertado a comprender todo el sentido de mi vocacion, que se halla encerrado en mi nombre. En ese gran Misterio es donde quiero darte cita, para que él sea nuestro centro y nuestra morada ».

El ser Sor Isabel toda de las tres divinas Personas, acrecentaba aun mas su tierna devocion a la Sma. Virgen, dándole un vínculo de gracia mas íntimo con quien fue, en expresion suya, *la magna alabanza de gloria de la Sma. Trinidad*. « Los movimientos de su alma son tan recónditos, complaciase en decir, que no

es posible percibirlos; no parece sinó que Ella reproduce en la tierra la vida del Ser divino, del Ser simplicísimo; así es Ella tan diáfana, que se la creería la luz misma; y no es menos que «el espejo del Sol de Justicia». A mi ver María es mas imitable que cualquiera otra santa: tan sencilla fue su vida! Con solo poner en Ella los ojos, siento el sosiego en mi alma».

Gustaba Sr Isabel de traer a la memoria la hora bendita en que, descendiendo sobre María el Espíritu Santo, por virtud del Altísimo encarnó en su virginal seno el Verbo de Dios. A impulso de la gracia adquirida en esta contemplacion, dejó un día que su corazon se desbordase en una plegaria implorando algunos de los efectos del inefable Misterio. ⁽¹⁾ Escribiola el día 21 de noviembre de 1904, festividad de la Presentacion de Nuestra Señora, que se le hacía muy grata por conmemorar la misteriosa alianza de Virgen niña con las tres divinas Personas, en cuyo día nuestra hermanita amada acostumbraba recogerse a los umbrales del templo en adoracion profunda, y con el mismo espíritu de oblation de María Santísima renovaba allí sus votos.

Tambien tenía para ella especial atractivo el santo tiempo de Adviento. «No necesito hacer ningun esfuerzo para penetrar en ese misterio de la habitacion de Dios en la Santísima Virgen; creo hallar en él la aspiracion habitual de mi alma y que fue tambien la suya: adorar en mí al Dios escondido. Cuando leo en el

(1) Véase en el Apéndice.

Evangelio que María fue presurosa a las montañas de Judea a fin de cumplir oficios de caridad para con su prima Isabel, la estoy viendo caminar con calma y majestuosa dignidad, recogida dentro de sí con el Verbo de Dios. Su oracion, como tambien la de Él, fue siempre esta: «*Eecce*, aquí me tenéis. A quién? a la esclava del Señor, a la última de sus criaturas, que era su Madre!

»María fue sincera en su humildad, porque siempre anduvo olvidada de sí, pasó desapercibida a sus propios ojos, y desasida de sí misma, por cuya razon bien podía cantar: «*Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, y santo su nombre; por tanto, desde ahora, me llamarán bienaventurada todas las generaciones*». (1)

Estas reflexiones de Sor Isabel nos traen a la memoria lo que hablándonos de ella decia un religioso: «*Es una alma de singular sencillez, y libre de toda esclavitud por la sencillez misma*». Habíale dicho ella durante un retiro: «*Este estado es sombrío y penoso, pero me parece tan sencillo sufrir como gozar*». Esta frase la retrata.

Nuestra querida hija iba, en efecto, derecha hacia Dios, sin sujetarse a la práctica de tal o cual virtud especial; su vida de carmelita, que puede resumirse en la siguiente palabra del divino Maestro: «*Yo siempre hago lo que es del agrado de mi Padre*», (2) las abar-

(1) Luc., I, 48. — (2) Joan., VIII, 29.

caba todas, sin que de ello se diera cuenta. «El amor, decía, habita en nosotros; por tanto mi única ocupación está en internarme adentro de mí, y abismarme en los que ahí moran».

«Soy Isabel de la Trinidad, como si dijera: Isabel que va desapareciendo y se deja compenetrar por los «Tres»: entreguémonos a Ellos, por medio de la inmolación incesante, sin buscar cosas extraordinarias; hagámonos pequeñas, dejándonos llevar, como el niño en brazos de su madre, por Aquel que para nosotros lo es todo.

«Cierto que somos débiles; diré más, no somos sino miseria; pero, bien lo sabe Él: le gusta tanto perdonarnos, volver a levantarnos, trasponernos en Sí mismo, en su pureza y santidad infinitas... así es como nos ha de purificar, por su contacto continuo; tan puras desea que seamos! Él mismo ha de ser nuestra pureza: hemos de dejarnos transformar en idéntica semejanza con Él, con suma sencillez, amándole sin cesar con ese amor que une a los que se aman. Quiero ser santa para glorificar a mi Señor; pídale V. que solo viva de amor, pues esa es mi vocación. Unámonos para que todo el trascurso de nuestros días sea una comunión perpetua; despertemos en el amor, entreguémonos todo el día al amor, cumpliendo la voluntad de Dios, bajo su mirada, con Él, en Él y solo por Él; démonos a Él sin intervalo y en la forma que Él quiera; luego al declinar el día, tras un diálogo de amor que no habrá cesado en nuestro corazón, durmámonos

tambien en el amor. Quizá notaremos algunas deficiencias, algunas infidelidades, abandonémoslas al amor, que es un fuego devorador, y hagamos así nuestro purgatorio».

A esto añadía en otra ocasion: «Puesto que aspiramos como nuestra santa Madre a ser *víctimas de caridad*», fuerza será que consintamos en echar raíces en la caridad de Jesucristo, como dice San Pablo en la bella epístola de hoy; y cómo lo conseguiremos? Viviendo sin tregua y a través de todo con Aquel que mora dentro de nosotros y que es Caridad. Está sediento de hacernos partícipes de todo cuanto Él es, de trasformarnos en Él. Despertemos nuestra fe, pensemos que está ahí adentro y quiere que le seamos muy fieles. Cuántos actos de abnegacion podremos ofrecerle que solo Él conocerá, no perdamos ni uno solo. Tengo para mí que los santos son almas que se olvidan siempre de sí, que se pierden en Aquel a quien aman, sin ningun retorno a sí mismos, y sin poner los ojos en criatura alguna, hasta el punto de que puedan decir con San Pablo: *«Ya no soy yo quien vivo, sinó Cristo vive en mí»*. No cabe duda, para llegar a esta trasformacion es necesario inmolarsé, pero amamos el sacrificio, porque amamos al divino Crucificado. Oh, sí, clavemos los ojos en Él, hagámosle entrega de nuestra alma, digámosle que nuestro único anhelo es amarle, y que sea Él quien obre en nosotras; pues de nuestra parte somos harto pequeñitas, y nada hay mas excelente que ser para Dios como unos hijuelos».

CAPÍTULO X

Relaciones de familia.

Primer aniversario. — El día de Ánimas de 1902. — El culto de una madre. — Cómo premia Dios la confianza. — Mis dos bellas azucenas. — El misterio de la adopcion divina.

Juntamente con esos acentos seráficos, iremos señalando otros sobremañera enternecedores dirigidos a aquellas almas de quienes Sor Isabel aseguraba que nunca le fueron tan queridas como despues de su consagracion religiosa. La correspondencia con su familia ofrece tantos encantos como motivos de edificacion, a la par que refuta con elocuencia los prejuicios del mundo contra los que sacrifican por Dios las dulzuras y goces del hogar.

Por el mes de agosto de 1902 escribía la jóven novicia con ocasion del primer aniversario de su ingreso en el Cármen:

QUERIDA MAMÁ,

«Hace un año que ofrecí a Dios el sacrificio de la mejor de las madres, pero esa gran inmolation no ha

sido parte para separar nuestras almas; hoy mas que nunca forman una sola cosa; ¿no es verdad que así lo sientes tú tambien? Oh, déjame que te diga cuán feliz soy. Dios ha sido para mí bueno en exceso; todo un raudal inunda mi alma, son oleadas de gratitud y de amor para con Él y para contigo: gracias mil veces por haberme dado a Él. Al traer a la memoria aquellas horas desgarradoras, doy gracias a Aquel que tanto valor nos infundió.

»Margarita estaba radiante el otro día; desde hace un año no la había visto así; su corazoncito ha caído ya prisionero; mas no creas que es menos dichoso el que se siente cautivo de Cristo Nuestro Señor. ¡Qué bello es mi futuro Esposo! le quiero con delirio, y al amarle me trasformo en Él; es además una delicia: siempre está conmigo, y ardientemente nos queremos. Ah, si no fuera por eso, aun estaría yo contigo; experimento lo que cuesta el sacrificio, pero soy divinamente feliz. Diles a los novios que los rodeo de mis oraciones ».

Tres meses mas tarde, el día de Ánimas rememoraba sin duda a su madre un pasado doloroso; mas Sor Isabel pone ante sus ojos las radiantes claridades de su fe.

1° noviembre 1902.

QUERIDA MAMÁ,

«Nuestra Reverenda Madre comprende la soledad de tu corazon y me permite ir a tu lado para decirte

que durante estos días mi alma estará mas unida aun a la tuya y que en la misma fe y en el mismo amor volveremos a hallar a los queridos ausentes que nos han precedido a la patria superior; nunca los he sentido tan cerca de mí; gozosos estarán de que me halle en el Cármen. Está el Cármen tan cerca del Cielo! es el Cielo en la fe. Cuando oigas durante ese día doblar las campanas, une tus oraciones a las mías: cuanto yo haga lo haces tú conmigo, así queda convenido con el Señor.

«Hoy es cuando el divino Maestro dijo: *«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»*. (1) En el Cielo *Él enjugará todas las lágrimas de sus ojos*. (2) Querida mamá, muchas veces te he visto llorar; sembrada de dolores y sacrificios ha sido tu vida; pero, bien lo sabes, cuanto mas pide Dios, tanto mas da. El Cordero que los Bienaventurados adoran en la vision real, es el mismo a quien tu Isabel está desposada y con quien tan ardentemente ansia llegar a estar unida. Oh, cuán bella es la parte que me ha cabido en suerte! todo ese mundo divino es para mí, es el ambiente en que estoy llamada a vivir, y ya desde aquí debo seguir al Cordero por doquiera. Si supieses cuál es mi dicha, darías gracias a Aquel que me ha escogido; escucha lo que *Él* te dice: *«Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre»*. (3) Piensa que no vives sola, el Amigo divino está contigo, y con *Él* tu Isabel ».

(1) Matth., v, 5. — (2) Apoc., vii, 17. — (3) Matth., xii, 50.

Los mismos ecos de sobrenatural ternura se reiteran en todas sus cartas.

Febrero 1902.

MI QUERIDA MARGARITA,

«..... Te mando esta carta a Lunéville suponiendo que actualmente residís ahí. Te encargo mil cariñosos recuerdos a la señorita A. Dile que las rejas del Cármen, que la dejaron helada y le parecieron tan sombrías, a mí me parecen doradas. Ah, si fuera posible descorrer el velo, qué horizonte tan hermoso se descubriría al otro lado! es el infinito, por eso cada día se ensancha mas y mas ante la vista. El Cármen, ese estar a solas con Aquel a quien se ama, sí, es un cielo anticipado; mas no tengáis envidia, solo ÉL sabe lo que he sacrificado al separarme de vosotras; y de no haberme sostenido su amor, bien veo que no hubiera podido realizar semejante sacrificio: tanto es lo que os amo, y este amor va aumentándose cada día mas, pues ÉL le diviniza.

»Estoy pasando unos días de carnaval deliciosos, divinos: el Santísimo Sacramento está de manifiesto, y casi todo el día le paso junto a ÉL; Margarita está allí conmigo, pareciéndome que la guardo en mi alma. Estamos en la oscuridad, estando la reja descubierta, y toda la luz viene de ÉL; me gusta ver esta gran reja entre los dos: ÉL está prisionero por mí, y yo estoy prisionera por ÉL.

»Ya que a mamá le interesa la noticia de mi salud, dile que me encuentro perfectamente bien; no se me ocurriría pensar que estamos en invierno, si no viese las lindas cortinillas con que Dios adorna nuestras ventanitas. ¡Qué bonito está el claustro con sus guirnaldas de escarcha!

»Vive en la intimidad de Dios; que así formamos un solo ser con Él.

¿Te acuerdas, escribía a su madre hacia el 15 de Agosto 1903, con qué cuidado andaba a escondidas tu Isabel para prepararte una linda sorpresa? También este año estoy disponiendo mis preparativos, haciendo proyectos con mi Esposo divino; pone Él ante mí sus tesoros todos, y de allí voy a sacar para el celestial ramillete con que deseo obsequiarte, y para una corona que ha de brillar en tus sienes por toda la eternidad; tu hija se regocijará un día en el Cielo al pensar que ha ayudado al divino Maestro a labrártela, enriqueciéndola con hermosos rubíes, sangre de tu corazón y del suyo....

»Te estoy escribiendo en nuestra pobre y silenciosa celdita, pero enriquecida con la presencia de Dios. Esta tarde siento una vez más la necesidad de darte gracias, porque de no haber pronunciado tu *fiat*, bien sabes que no me hubiese separado de tí, y Él quería que por su amor hiciese el sacrificio de dejarte. Mira, el Cármen es como el Cielo: hay que apartarse de

todo para poseer a Aquel que es todo; pero yo te quiero como se amará en la patria celestial; ya no cabe separacion entre nosotras, puesto que Aquel a quien poseo en mí, tiene su mansion en tí, de suerte que estamos entera y divinamente unidas.

»Y ahora, querida mamá, solo me queda tiempo para manifestarte un deseo: Dios, que quiso tomarme para sí, sea cada día mas el Amigo en quien descanses de todo: vive con Él en amorosa familiaridad, como se vive con Aquel en quien se tiene puesto todo el cariño: ahí está el secreto de la felicidad de tu hija, que te abraza con todo el amor de su corazon de carmelita, corazon que es todo tuyo, puesto que es todo de Él, todo de la Santísima Trinidad ».

El recogimiento interior, la intimidad con Dios, los goces del amor divino, constituian el tema habitual de las piadosas pláticas de Sor Isabel con su familia en las rejas del locutorio. Era una verdadera dicha para la fervorosa jóven contribuir a elevar cada vez mas alto a aquellas almas tan queridas.

«Llena de gozo me hallo al ver lo que Dios hace con mamá y con Margarita, escribía al venerable canónigo: me ha tomado Él por suya, para darse mas cumplidamente a ellas ».

Y en otra ocasion: «Estoy impaciente por que vaya a verle mi querida mamá; ya verá V. como Dios prosigue su obra en ella; a veces lloro de alegría y de

gratitud; cuán dulce es sentir veneración hacia su madre, viendo que es toda de Dios, y poder descubrirle toda su alma en la seguridad de ser comprendida por ella. ¡Cuán bueno es poner en manos de Dios todas sus cosas, y vivir descuidando en Él de sí propia y de los seres amados »!

El Cielo respondió a ese total desapego, multiplicando sus bendiciones sobre el hogar cada vez mas caro a su corazón, y tuvo el consuelo de ver a su joven hermana contraer una alianza ajustada en un todo a los deseos de su fe. De este suceso toma ocasión para expresar a su madre los mas delicados sentimientos acerca de su propia felicidad:

«Ha venido a visitarme Margarita con su marido. Qué dichosos parece que son! He dado gracias a Dios por ellos y por mí: en este suelo parece haberme cabido en suerte el sacrificio; pero, en realidad de verdad, soy yo quien poseo la mejor parte, tenlo así por cierto; y no obstante las lágrimas y el dolor que esto impone al corazón de una madre, ella debe regocijarse por haber dado a Dios una carmelita; pues, fuera del sacerdote, no veo nada mas santo en la tierra. Carmelita! supone esto un ser propiamente divinizado. Oh, pide a Nuestra Santa Madre, a quien desde pequeña me enseñaste a querer, pídele que sea carmelita santa, y regocijate de verte amada por este corazóncito que es todo de Dios. Si yo le amo, tú eres quien me

orientaste hacia Él; tú me preparaste con tanto esmero para el primer encuentro, en aquel dichoso día en que nos dimos el uno al otro!... gracias por todo cuanto por mí has hecho; quisiera yo hacer que le amen y, como tú, darle almas.

»Doy un beso a mi Crucifijo para que Él te le lleve de parte de su esposa, tu querida hija.»

Noviembre 1903.

El reino de Dios está en medio de vosotros. (1)

QUERIDA MARGARITA,

¡Qué alegría has dado a mi corazón al felicitarme de este modo! Tu amable esquelita me ha agradado mucho, y tu hermosa fotografía me ha sido muy beneficiosa: qué bien te ha inspirado Santa Isabel! pues cabalmente deseaba tenerla; me mueve a recogimiento; imagino a su vista que ambas nos hallamos así junto a Nuestro Señor: tan cierto es que Él está en nuestras almas y siempre estamos con Él, igual que Marta y María: mientras que tú te entregas a tus quehaceres, yo te guardo a sus pies; ya lo sabes tú, cuando se ama a Dios de veras, las cosas exteriores no pueden distraer de Él; y por lo mismo Margarita es a la vez Marta y María.

(1) Luc XVII, 21.

«¡Cómo os rodeo de oraciones a ti y a ese pequeño ser amado que está ya en el pensamiento de Dios! Deja que se apodere de ti y te inunde su vida divina a fin de comunicarla a la criaturita que aguardáis y que vendrá a la vida colmada de bendiciones. Os la deseo muy hermosa, y gozo ya con antelación de la dicha que consigo os ha de traer; doy gracias a Dios y me asocio a vuestra alegría desde el fondo de mi soledad amada ».

Poco despues acogía con estos graciosos renglones el advenimiento de una Isabelita: «Me siento penetrada de respeto en presencia de ese menudo templo de la Santísima Trinidad; me imagino su alma como un cristal en que se refleja Dios, y si me hallase a su lado me hincaría de rodillas para adorar a Aquel que hace de ella su mansion. ¡Qué a gusto la mecería en su cunita! pero Dios me ha llamado a la montaña santa para que sea su ángel y la envuelva en oraciones; en cuanto a todo lo demas, muy gustosa lo ofrezco en sacrificio por ella. Cuán dichosa soy al pensar que eres madre! Te encomiendo a ti y a tu angelito a Aquel que es todo amor: en union vuestra le adoro y os abrazo dentro de su corazon ».

Marzo, 1904.

Cuán bueno es Dios!

QUERIDA ABUELA,

Me conmueve el darte ese nombre tan dulce, y celebro con gozo que la querida nenita se llame Isabel. Dios me la ha dado, así lo creo, para que sea yo su ángel, y la adopto muy de corazón. He rogado mucho por ella aun antes de que naciera, y en adelante mi oración y mi sacrificio serán las alas a cuya sombra la resguarde. Había ofrecido una novena de misas a fin de ponerla bajo el amparo de la preciosa Sangre de Jesús; concluía la novena esta mañana, fiesta de las cinco llagas del Salvador, y el angelito se nos viene de la herida de su corazón: no es esto enternecedor?

»No dejes de participarme el día del bautizo, para que acompañe a mi queridita a la pila bautismal mientras descienda a su alma el Espíritu Santo. Tu carmelita hubiera deseado verte, pero es cosa excelente el sacrificio, sobre todo el del corazón. Has dado a Dios tu Isabel, y Él te envía otra; ambas competiremos a cuál te quiera más.»

20 de Julio 1904

*Dios tiene sus ojos siempre vueltos hacia ella,
y su amor la circunda como una muralla.*

«Hermanita querida, «eco de mi alma», así llamaba a una hermana suya Sor Teresa del Niño Jesus. Esta tarde, en vísperas de tu santo, me complazco en darte este dulce nombre. Flor mía, *Margarita* querida, pido a Dios que colme todos los deseos de tu gran «corazon de oro», que despida sobre ti los dardos de su amor a fin de que bajo la accion de sus divinos rayos crezcas, te abras, y a la sombra de tus «blancos pétalos» pueda entreabrir su delicada corola otra florecilla, cara en extremo a mi corazon.

«Qué linda es tu *Sabelita!* ayer, en brazos de su radiante abuela, me hizo toda suerte de gracias. Estaba tan mona con sus ojitos cerrados y sus manitas cruzadas sobre el pecho. Hice sonreír a Nuestra Rvda. Madre al decirla que mi sobrinita era una «adorante»; esa es su mision: «Casa de Dios».

Agosto 1904.

Dios es amor.

«Hermanita mía querida: Sí, a los pies de Jesus te hallo en efecto, y es mas, no me separo de tí un punto, me uno al gozo que su Corazon experimenta al hallar una *Margarita* donde pueda reposar. Sé tú su paraíso en esa tierra donde tan mal le conocen y tan poco le aman. Abre de par en par tu corazon para que encuen-

tre en él hospedaje, y allí en tu interior celdilla, Margarita, ámale: Él está sediento de amor: hagámosle compañía..... Estoy satisfecha de ti, y el Dueño ama a su flor.

« Cuán lejano me parece el tiempo en que trepábamos por esas montañas; todavía me acuerdo de la bonita perspectiva de que se disfrutaba desde nuestro aposento. ¿No te parece a tí que esa naturaleza habla de Dios? el alma tiene necesidad de silencio para adorar. Disfruta de esa hermosa Suiza y de la grata intimidad con nuestra querida mamá. Bien comprendo lo que te cuesta tener a Jorge lejos de vosotras: así es la ley de aquí abajo, siempre junto al gozo está el sacrificio; Dios bondadoso quiere que tengamos presente que no hemos llegado al término de la dicha, hacia el cual caminamos, y se complace en servirnos Él mismo de guía y en llevarnos en sus brazos. Allá arriba, hermanita mía, colmará Él todos los vacíos; entretanto vivamos en el cielo de nuestra alma: allí qué bien se está ya »!

Pascua de Resurreccion, 1904

Alleluia!

QUERIDA MARGARITA,

« Hemos cantado el *alleluia*, y voy a decirte cuanto comparto contigo tus goces maternos; dulce satisfacción es para mí ser tía una vez mas, y sobre todo de una niña, porque se me figura que la unión que entre

nosotras existía, va a perpetuarse en tu grato hogar, y me regocijo de que *Sabelita* tenga una Odeta, como tía Isabel tenía una Margarita. *Sabel* nació el día de las cinco llagas de Jesús, y he aquí que Odeta viene al mundo el día en que el divino Maestro fue entregado para rescatar su tiernecita alma. ¿Verdad que también es esto enternecedor?

»Durante la semana santa he llevado constantemente tu alma con la mía, y más aun durante la noche del jueves santo: sabiendo que tú no podías acudir a Él, le dije que se llegase Él a ti. En el silencio de la oración decía callandito a mi Margarita estas palabras que el P. Lacordaire dirigía a Magdalena cuando andaba buscando a su Maestro en la mañana de la Resurrección: «No preguntes ya a nadie por Él en la tierra, ni tampoco a nadie del Cielo, porque Él es tu alma, y tu alma es Él». Qué bien bendice Jesús tu nidito, cuánto te quiere, puesto que te encomienda esas dos almitas queridas «*que Él mismo escogió antes de la creación del mundo para ser santas y sin mancha en su presencia por la caridad*». (1) Tú eres quien está llamada a orientarlas hacia Él y guardárselas para que sean del todo suyas.

»Te encargo digas a Jorge de mi parte cuán de veras repercuten en mi corazón vuestros goces, por los cuales «*doy gracias al Padre, de quien desciende toda dádiva perfecta*». (2)

(1) Eph., i, 4. — (2) Jac., i, 17.

»A Dios, me retiro dentro de mí contigo junto a tus nenitas; cada una tiene a su lado un bello ángel que está contemplando la Faz de Dios; pidámosles que nos conduzcan y fijen en el incommutable amor.

»A Odeta le mando una medalla tocada al milagroso Niño Jesus de Beauna; es de cobre, pues soy una pobre carmelita; podrás colgársela en su cunita para que Aquel que tanto amor tiene a los pequeñuelos, la bendiga y proteja».

Más tarde se dirige así a las mismas Isabel y Odeta, deliciosa manera de regocijar y conmover el alma de su madre, eco fiel de la suya propia:

«Queridas sobrinitas, mis dos bellísimas azucenas, blancas y sin mancilla, cuyo cáliz encierra a Jesus: si supieseis cuanto pido por vosotras, para que ÉL os cubra con su sombra y os preserve de todo mal. A quien os mira en brazos de vuestra mamá; le parecéis muy pequeñitas, pero vuestra tía os contempla por entre las claridades de la fe y vislumbra en vosotras un carácter de grandeza infinita, pues desde toda la eternidad Dios os tenia presentes en su pensamiento, *os predestinaba para ser conformes a la imagen de su Hijo Jesus*,⁽¹⁾ y por el bautismo os revistió de sí mismo, haciéndoos de este modo hijas suyas al par que templo suyo vivo. Oh, santuarios queriditos del amor!

(1) Rom., VIII, 29.

al ver los resplandores que de vosotros fulguran, y que sin embargo son tan solo un incipiente alborear, enmudezco y adoro a Aquel que crea tales maravillas!»!

Agosto 1905.

« Quien está unido con el Señor, es con Él un mismo espíritu ». (1)

HERMANITA QUERIDA,

«Hoy es domingo, día entre todos bendito, puesto que se desliza para mí junto al Santísimo expuesto en el oratorio, salvo el tiempo en que estoy ocupada en el torno. Aprovecho estos ratos para hablar contigo, bajo la mirada de Aquel a quien amamos. Tomo un pliego grande, pues cuando estoy con mi Margarita me brotan tantas cosas de la pluma ...

»Acabo de leer en San Pablo unas cosas sublimes acerca del misterio de la adopción divina, y el pensamiento se me fue naturalmente hacia ti. Tú eres madre y no ignoras qué tesoros de amor para con tus hijitas ha depositado Dios en tu corazón; puedes pues hacerte cargo de la magnitud de ese misterio: ser hijos de Dios! Dime, Margarita, ¿no te causa esto estremecimiento?

»Oye como nos habla mi San Pablo amado: « Dios nos escogió antes de la creación del mundo, habiéndonos

(1) Cor., vi, 17.

predestinado a ser hijos suyos, a fin de que se celebre la gloria de su gracia», ⁽¹⁾ es decir, que con toda su omnipotencia parece que no puede hacer nada mas grande. Escucha todavía mas: «*Siendo hijos, somos tambien herederos de Dios*»; ⁽²⁾ y cuál es esta herencia? «*Dios nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos en la luz*». ⁽³⁾ Y luego, para decirnos que esto no se verificará en un lejano porvenir, el Apóstol añade: «*Así, ya no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y familiares de la casa de Dios*». ⁽⁴⁾ Oh, Margarita, ese cielo en el centro de nuestra alma está; segun podrás verlo en San Juan de la Cruz, cuando penetramos en su recinto mas profundo, en Dios nos hallamos. ¿No te parece que es esto sencillo y sobremanera consolador?

«A traves de todo, en medio de tus maternales solicitudes, puedes aislarte en esa soledad para entregarte al Divino Espíritu a fin de que te transforme en Dios e imprima en tu alma la semejanza de su belleza divina, para que, inclinándose hacia ti, el Padre no vea mas que a su Cristo Jesus y pueda decir: «Esta es mi hija predilecta en quien tengo puestas mis complacencias». Hermanita mía, en el Cielo me regocijaré al ver a mi Jesus tan bello en tu alma, no tendré envidia, pero con regocijo de madre le diré: Soy yo, pobre miserable, quien la he engendrado a vuestra vida. De esta suerte hablaba San Pablo a los suyos, acaso

(1) Eph., I, 4, 5, 6 (2) Galat., IV, 7 — (3) Colos., I, 12. — (4) Eph., II, 19.

es mucha pretension en mí querer imitarle, ¿qué te parece?

»Entre tanto « tengamos fe en el amor » con San Juan, y ya que le poseemos en nosotras, ¿qué nos han de importar las tinieblas que puedan oscurecer nuestro cielo? Si Jesus parece dormido, estémonos quietas junto a Él; mantengámonos muy sosegaditas y calladas, no le despertemos; antes bien, aguardémosle en la fe. Cuando *Sabelita* y *Odeta* están en brazos de su querida mamá, creo que no se cuidan de si llueve o hace sol; imitemos a esas pequeñuelas amadas, vivamos en los brazos de Dios con igual sencillez que ellas.

»El vasto parque de que me hablas me atrae; es tan grata la soledad, creo que tú ya lo sabes apreciar. ¿Quieres hacer conmigo un retiro de un mes hasta el 14 de setiembre? Nuestra Madre me da estas pequeñas vacaciones del torno; no tendré que preocuparme ni hablar de nada; voy a encerrarme en el fondo de mi alma, es decir en Dios; ¿quieres seguirme en ese camino tan sumamente sencillo?

»Cuando te veas distraída por tus numerosos quehaceres, trataré de compensarlo yo; y si te parece, para volver a recobrarte a tí misma, entra a cada hora en el centro de tu alma, allá donde mora el Huésped divino; podrás pensar en la bella frase que te recordé: *Vuestros miembros son el templo de Dios, y el Espíritu Santo mora en vosotros*,⁽¹⁾ y en esta otra

(1) Cor., I, I, 16.

que es del divino Maestro : « *Permaneced en mí ; y yo permaneceré en vosotros* ». (1)

De Santa Catalina de Sena se refiere que vivía siempre en su celda , aunque anduviese por medio del mundo ; es que vivía en esa habitacion interior donde Margarita también sabe vivir .

(1) Joan., xv, 4.

CAPÍTULO XI

A solas con solo Dios.

Cartas consoladoras. — Cuán sencillo es morir. — Su sed de inmolacion. — Retiro de 1905. — Impresiones de última hora. — Presentimiento.

Igual lozana frescura e idéntica elevacion de sentimientos campean en toda la correspondencia epistolar de Sor Isabel de la Trinidad. Sea cualquiera el asunto de que trate, su pluma, delicada siempre e inspirada en lo sobrenatural, comunica a sus escritos un encanto peculiar que no es posible definir, por lo cual se ha dicho de la hija de santa Teresa, como de la seráfica Doctora, que solo se la conoce bien por sus cartas. Por eso de buena gana las trascibiríamos todas a continuacion de las que acaba de leerse, si no fuera por el temor de alargar demasiado nuestro relato; séanos lícito al menos dar a conocer algunas mas, en las que se descubre la fase postrera de una alma que se va alejando de la tierra para remontarse hacia Dios.

«He sabido el doloroso sacrificio que Dios Nuestro Señor exige de su corazon, escribe al abate X... con

ocasion del fallecimiento de su padre: yo creo que en trances tales solo puede hablar el divino Maestro, Él, cuyo corazon tan divinamente amoroso, «se estremeció» junto al sepulcro de Lázaro; no nos está pues prohibido mezclar nuestras lágrimas con las suyas y, con su auxilio, recuperar fuerzas y paz. Encomiendo muy de veras a Dios el alma de su señor padre; en verdad se puede decir que era el *justo* de que habla la sagrada Escritura, y cuán consolador es poder admirar en el ocaso de su carrera una vida tan llena de merecimientos. Ya para él ha caído el velo, las sombras del misterio han desaparecido, a estas horas está ya viendo: sigámosle con la fe a esas regiones de paz y de amor: en Dios es donde todo ha de hallar su término. Para nosotros tambien pronunciará algun día el *veni*; y entonces, como el tierno niño que se duerme en el regazo de su madre, nos dormiremos en Él, y «*en su luz veremos la luz*». (1)

«Adios, Sr. abate: vivamos muy alto, muy lejos, en Él, en lo íntimo de nuestros corazones; y ya que por la comunión de los santos estamos en relacion con los que se han ausentado de nosotros, envolvamos al alma de su amado padre en una comun oracion, a fin de que, si no goza ya de la divina presencia, pueda muy en breve llegar a ella. Bajo la radiacion de esa Faz divina le estaré siempre unida».

(1) Ps. xxxv, 10.

Escribiendo a una amiga a quien descaba se sobrepusiese a su dolor, le dice: « No se me oculta cuán grande es tu pena: qué misterio tan incomprensible es el de la muerte! pero, así todo, qué cosa mas sencilla para el alma que ha vivido de la fe, para aquellos que, según el dicho de San Pablo, *no han puesto la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles, porque las que se ven son transitorias, mas las invisibles son eternas*», ⁽¹⁾ San Juan, cuya alma tan pura se vio totalmente bañada por las claridades divinas, emplea una expresión que a mi ver encierra en su brevedad una definición sublime de la muerte: « *Sabiendo Jesus que habia llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre...* » ⁽²⁾ ¿ No te admira la sencillez conmovedora de este concepto?

« Cuando suene para nosotras la hora decisiva, no debemos imaginar que para juzgarnos haya Dios de salir a nuestro encuentro; antes bien, puesto que hemos de permanecer establecidos por toda la eternidad en el mismo estado en que nos halle Dios, y el grado de gracia que entonces tengamos ha de ser la medida de nuestro grado de gloria, por el mero hecho de haberse desatado del cuerpo nuestra alma podrá verle sin velo, dentro de sí misma, tal como le poseía en vida, cuando no era posible contemplarle cara a cara. Todo esto es de absoluta certeza, así lo enseña la Teología. ¿ Y no te parece que es dulce consuelo pensar que Aquel que ha de juzgarnos habita en nosotras

(1) 1.ª Cor., iv, 18. — (2) Joan., xiii, 1.

para librarnos sin cesar de nuestras miserias y otorgarnos su perdón? San Pablo dice positivamente: «Él nos justificó gratuitamente en virtud de su sangre, por medio de la fe». (1) ¡Qué ricos somos de dádivas divinas los predestinados a ser hijos suyos, y por consiguiente herederos de su reino de gloria!»!

Esta alma, para quien tan cerca se hallaba el Cielo y para quien el morir era cosa tan sencilla, está ya casi al término del destierro; su sed de inmolación, gracia que recibió en sus años juveniles, era, en efecto, un llamamiento hacia el Calvario, que ya va comenzando a dibujarse en el horizonte.

Con algunos cuidados, pudo la salud de Sor Isabel sostenerse hasta la primavera de 1905; pero desde esta misma época, hubimos de temperar algún tanto para ella nuestras santas observancias, lo que fue supremo sacrificio para aquella verdadera carmelita, que anhelaba observar su regla hasta la muerte, «*hasta morir por cumplirla*».

«Cuanta pena me dió se tuviese conmigo tan solícitos cuidados, cuando tan grande era el anhelo que sentía de ir en pos de mi Maestro por el camino de la inmolación», decía a la Madre Priora, poco antes de su muerte. «Aun tengo presente el gran sacrificio que V. R. me obligó a practicar un día. A principios de una cuaresma, le pedí el favor de hacer simple cola-

(1) Rom., III, 24, 25.

cion. «V. C. tomará todo cuanto le sirvan, me respondió V. R., sin dejarme sombra de esperanza; esta respuesta equivalía a una negativa, y me sometí, no sin pena. Llegada la noche, al entrar en el refectorio, me dio fuerte curiosidad de echar una ojeada a mi sitio, pero ofrecí a Nuestro Señor así la solicitud como la mirada, renovando a la vez el sacrificio de la mañana, cuando he aquí que, al pasar por el banco de la mesa, descubrí la parca colacion que tanto había preferido. Imposible me sería expresarle la alegría que me causó; nunca un sensual experimentó ante suntuoso banquete la satisfaccion que sentí yo aquella tarde a vista de esa frugal refaccion. Cuán dichosa me sentía y qué hacimiento de gracias brotó de mi corazon hacia Dios y hacia V. R., Madre mía ».

Mas, ay, que ese placer tan puro no había de repetirse; el ayuno excedía ya de sus fuerzas; pero el médico abrigaba, sin embargo, la esperanza de que aquella crisis pasaría con el descanso y el buen aire. En vista de esto, se le relevó del oficio de portera, y de allí en adelante, a solas con solo Dios, vímosla corresponder plenamente a la gracia de mas profunda soledad.

Por entonces, dirigía a su madre estas líneas: «Nuestra buena Madre, que cuida de tu Isabel con corazon verdaderamente maternal, quiere que viva al aire libre; así pues, en vez de trabajar en la celdita, me instalo como un ermitaño en el lugar mas solitario

de nuestra extensa huerta, y paso allí unas horas deliciosas: me parece henchida de Dios la naturaleza; el viento que sopla por entre los grandes árboles, los trinos de los pajarillos, el hermoso azul del cielo, todo me habla de Él. Querida mamá, me siento impulsada a decirte que mi dicha se acrecienta cada día mas y toma unas proporciones infinitas, como el mismo Dios que la infunde; pero es una dicha tan suave, tan apacible! quisiera comunicarte el secreto de ella.

«Dice San Pedro en su primera epístola: *«Porque creéis, os holgaréis con júbilo indecible.*»⁽¹⁾ «En efecto, la carmelita saca toda su dicha de ese manantial divino, la fe: cree, como dice San Juan, *«en el amor que Dios le ha tenido*», está convencida de que ese mismo amor le hizo bajar a la tierra y morar en su alma, porque Aquel que se llamó la suma Verdad dejó dicho en el Evangelio: *«Permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros*»;⁽²⁾ y siendo esto así, la hija de santa Teresa obedece con toda sencillez un mandamiento tan grato: vive en amorosa familiaridad con Dios, quien mora en ella, quien mas presente está en su alma que ella consigo misma..... Estas cosas, querida mamá, no son ensueños, ni sentimentalismo; es fe pura, y tú la tienes tan sólida, que bien podría Nuestro Señor repetirte lo que dijo en otro tiempo: *«Oh, mujer, grande es tu fe*». Grande fue, sí, cuando condujiste a tu Isaac para inmolarle en el monte de la religion. Dios ha

(1) 1 Petr. i, 8 — (2) Joan. xv, 4

apuntado en el libro de la vida ese acto heroico, que consintió tu corazon de madre; tengo para mí que las páginas de tu vida bien llenas estarán y que puedes aguardar con apacible confianza la hora de las divinas manifestaciones.

« Querida mamá, el martes próximo es tu santo, y aunque en el Cármen no rija el uso de escribir con este motivo, porque hemos de ser hostias de inmola- cion, y en aquello que al corazon toca aun mucho mas, Nuestra Reverenda Madre permite que coincida mi carta con esa fecha, tan grata para mí, y ya puedes adivinar si te envió todo cuanto de mas tierno poseo. ¿Te acuerdas con cuánto júbilo solia afanarme en aquellos días para prepararte alguna sorpresa? Todo esto lo he sacrificado en el altar de mi corazon a Aquel que es Esposo de cruz; y si dijese que el verificarlo no me costó nada, estaria muy lejos de la verdad. A veces me pregunto cómo pude separarme de una madre tan tierna; pero la verdad es que cuanto mas damos a Dios, tanto mas Él se da a su vez; cada día lo hecho de ver mas claramente. Con que muchas felicidades! Cuánta dicha seria para mí el que la Santísima Virgen se llevase consigo al Cielo en su Asuncion todos tus cui- dados, presentes, pasados y futuros, pues son harto numerosos los que tú misma te creas, y tu Isabel no puede ver pasar la mas ligera nubecilla por tu rostro amado ».

El « tan grato mandamiento » que Sor Isabel de la Trinidad recuerda a su madre, « *permaneced en mí* ».

constituía para ella una fuente de paz inalterable, no obstante la impotencia en que le habia puesto el mal estado de su salud, pues sabía dominar la sensibilidad. «*Yo sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo*» (1), decía, y con cuanta razon. Día vendrá en que confesará a su Priora que en mas de una ocasion dirigió hacia ella su mirada al salir del recreo de la mañana, abrigando la esperanza de notar alguna señal de llamamiento que ella aguardaba como benéfico rayo de luz en la densa noche de sus oscuridades. «Y como V. R., añadía, no lo notaba, me volvía con mi sufrimiento a la celda. — Y qué hacía allí V. C.? — Procuraba sobreponerme a mis penas o deslizarme por debajo de ellas. Abría las epístolas de San Pablo, en cuya lectura hallaba siempre la gracia que necesitaba, aunque en tales momentos solo me sostenía la fe, créame V. R. Volvía a leer algunos pasages en que había hallado antes particular sabor, o bien pedía a mi amado Señor que me guiase a mas fértiles pastos; y rumiando lo que con tales esfuerzos lograba descubrir, acababa por triunfar de todo. Pero si V. R. supiese lo que Dios me exige! no me consiente una sola mirada que de Él se aparte, no obstante estar tan escondido; quiere de mí el heroismo como la cosa mas natural ».

«Esta tarde emprendo un largo viaje, nada menos que mi retiro particular, escribia el 8 de octubre de

(1) Philip., III, 12.

1905 al Sr. X.... recién ordenado sacerdote: durante diez días estaré en soledad absoluta, disfrutando de algunas horas más de oración, y siempre con el velo bajado cuando haya de andar por el Monasterio; aun más, mi vida será la de un ermitaño en el desierto. Antes de internarme en mi Tebaida, siento muy de veras la necesidad de suplicarle me ayude con sus buenas oraciones, pidiéndole sobre todo una especialísima intención en el Santo Sacrificio de la Misa; cuando consagre V. esa hostia donde Jesús, que es el *solo Santo*, se hace carne, le pido me consagre con Él como hostia de alabanza para su gloria, a fin de que todas mis aspiraciones, mis movimientos y mis actos todos sean un homenaje tributado a su santidad».

«*Sed santos, porque yo soy santo*». ⁽¹⁾ Con esta palabra entro en recogimiento; es luz que con sus destellos alumbrará mi camino durante este mi divino viaje. San Pablo me ha hecho su comentario al decir que: «*Dios nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mácula en su presencia por la caridad*». ⁽²⁾ Ahí está por lo tanto el secreto de la pureza virginal: permanecer en el amor, es decir, en Dios; que «*Dios es caridad*». ⁽³⁾

«Ruegue V. mucho por mí durante estos diez días, cuento muy de veras con sus oraciones; juzgo ser una cosa muy natural que V. lo haga así; porque si Dios ha establecido un vínculo entre nuestras almas, ha

(1) Lev., XIX, 2. — (2) Eph., I, 4. — (3) Joan., IV, 16

sido para que nos ayudemos mutuamente; ¿no dijo Él que «*el hermano ayudado de su hermano es como una plaza fuerte*». (1)

He ahí la mision que a V. le encomiendo. Quiere V., Sr. abate, hacer por mí esta oracion que del gran corazon de San Pablo brotaba hacia Dios en pro de sus amados efesios? «*Concédaos el Padre, segun las riquezas de su gloria, por medio de su Espiritu, el ser fortalecidos en virtud en el hombre interior, y more Cristo por la fe en vuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad, a fin de que podáis comprender con todos los santos cual es la anchura, largura, altura y profundidad de este misterio, y conocer tambien aquel amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja a todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios*». (2)

«*Santifiquemos en nuestros corazones al Señor Jesu-
cristo*», (3) a fin de poner por obra lo que David cantaba a impulso del Espiritu Santo: «*En él brillará mi santidad*». (4)

Dicho retiro fue para ella el coronamiento de todos los demas. «Dios me comunica tantas luces acerca de nuestra santa vocacion, decía, dando cuenta de esos días colmados; me la muestra Él tan elevada, tan sublime, que acabo por suplicarle no me deje vivir largo tiempo; porque siendo tan floja como soy, se me hace sumamente difícil alcanzar esa elevacion y mantenerme en ella. No le faltan a Dios medios de suplir

(1) Prov., XVIII, 19. — (2) Eph., III, 16 a 19 — (3) I Petr., II, 15.
— (4) Ps. CXXXIII, 19.

la gloria que podría recibir de su *alabanza* en este mundo, y puede en pocos días hacernos recorrer larga carrera. Él sabe cuánto le amo y lo que anhelo padecer por Él ».

A raíz de ese retiro, pudimos observar su vuelo mas rauda hacia aquellas regiones superiores donde el alma no vive ya mas que de Dios. Con frecuencia nuestras hermanas jóvenes que se ponían junto a ella en la recreacion, decían que ya no se alcanzaba seguirla en sus luminosos derroteros. Era verdaderamente un ser del otro mundo, el menor contacto con ella lo hacía ver claramente.

Sus disposiciones interiores imprimian a su actitud y movimientos tal modestia y dignidad, que llamaban la atencion; así, habiéndola encontrado en los claustros una novicia, no se atrevió a detenerla para pedirle un favor; hasta tal punto la notó embebida en Dios.

Estas impresiones de última hora traen a la memoria las del postulado; pero por el continuo auge de su recogimiento y oracion esa alma privilegiada había adquirido una madurez y una gracia comunicativa, que permitían concebir altísimas esperanzas. Sor Isabel iba a salir del noviciado y desvelarse mas en pro de su familia religiosa; naturalmente su influencia había por lo mismo de extenderse mas aun.

Dios quiere hacer de ella una gran santa o consumir en breve su curso, pensábamos al ver tales tesoros de gracia; bien luego prevaleció esta última conjetura:

nuestras esperanzas hubieron de ceder ante sus ardientes anhelos. ¿El divino Maestro le dió acaso ese oculto presentimiento? estando ocupada en disponer para vísperas de Navidad el Nacimiento, oyósele decir al divino Niño Jesus: «Reyecito mío de amor, el año que viene nos veremos mas cerquita». ¿Cómo puede saberlo V. C.? le pregunté, refiere su compañera; ella me miró, sonrió con su semblante de serafin, y no habló mas.

III.

EN EL UMBRAL DE LA ETERNIDAD

« Fue el amor tu principio y tu medio,
él ha de ser asimismo tu fin; tú no pue-
des vivir sin amor, si reparas que él es
tu vida en este mundo y en el otro; pues
yo Dios soy el amor ».

(Diálogos de Sta. Catalina de Génova.)

CAPÍTULO XII

Llama Dios a si a su Alabanza de gloria.

San José patrono de la buena muerte — Ejercicios de retiro esforzadores. — La cuaresma y San Pablo. — La Venerable Margarita del Smo. Sacramento. — El domingo de Ramos. — Abandono santo. — Repentina mejoría. — Cartas a su familia.

El 1º de enero de 1906, en el sorteo de los santos abogados del año que suele verificarse durante la recreacion, a Sor Isabel de la Trinidad tocole en suerte San José, y por ello quedó sumamente consolada. « San José es patrono de la buena muerte, dijo, viene a buscarme para conducirme al Padre ». Nadie le dio crédito, y hasta sonrieron al verla regocijarse con semejante esperanza. Habiéndola amonestado una religiosa anciana con amabilidad por estar pensando ya en el descanso de la eternidad, ella hizo una señal expresiva para confirmar su idea, o mas bien su intuicion.

Durante este mismo mes practicó con la comunidad los ejercicios espirituales predicados por un religioso de la Compañía de Jesus, de los cuales obtuvo la gracia

de acrecentar aun mas la energía de su voluntad para adherirse plenamente a la voluntad de Dios; dispuesta se hallaba por lo tanto para emprender su vía dolorosa, o mejor dicho, semejante viático había de sostener su valiente carrera por la senda abierta ya ante los pasos de la queridísima víctima.

Sor Isabel había de confesar mas tarde que por aquel tiempo, desde hacia varios meses, sentía un cansancio tal, que sin el auxilio de Dios hubiese sucumbido; antes que se le quitara el oficio de portera sucediolo que cuando llamaban le costaba mucho trabajo a veces apresurar el paso, si estaba alejada del torno. Cierta día que se hallaba al pie de una escalera cuando sonó la campanilla, tuvo que hacer verdadero esfuerzo para subir el primer escalon, bien puede decirse en rigor de verdad que ya no podía mas; pero, segun se refiere de nuestras antiguas Madres, la generosa jóven sacaba fuerza de su misma flaqueza: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*», ⁽¹⁾ decía; y como su exterior era conforme a esa gran energía, nadie hubiera sospechado que se hallase ya tan hondamente quebrantada; hasta las que le prodigaban sus cuidados, preocupadas con razon del estado de su salud, ignoraban aun toda su gravedad, porque, temiendo siempre Sor Isabel exagerar sus padecimientos, solía atenuar las expresiones en la cuenta que daba de sus dolencias. No obstante, se echó mano de todos los medios para

(1) Philip, iv, 43.

lograr su restablecimiento, pero desgraciadamente no se consiguió triunfar del mal.

«Por la mañana, decía prosiguiendo sus confianzas, despues del rezo de las Horas menores, sentíame tan exhausta de fuerzas, que me preguntaba cómo había de llegar a la tarde. Despues de Completas mi *cobardía* llegaba al colmo, tanto que tuve alguna vez la tentacion de envidiar a una religiosa dispensada del Oficio de Maitines». Conmovidá la Madre Priora al oír estas confianzas, la interrumpió diciendo: ¿No le parecía a V. C. una falta de sencillez el no descubrir todo cuanto padecía? Madre mía, ni una vez se me ocurrió que había de decírsele; viendo que tanto sus cuidados como las excepciones a que estaba sometida quedaban sin resultado, conocía claramente la voluntad de Dios; por otra parte, recelaba siempre conceder demasiado a la naturaleza y quejarme; ¿qué mas hubiera podido hacer V. R. por mí? cuando me mandaba descansar no recibía alivio alguno; molida en todo mi ser, no sabía qué posicion tomar ni cómo conciliar el sueño; así que, no hubiera podido decir si de día o de noche mi abatimiento era mayor.

«La oracion seguía siendo el mejor remedio a mis padecimientos, solía pasar el tiempo del *gran silencio* cerca de la reja del coro, presa de verdadera agonía, uniéndola a la del divino Maestro y permaneciendo junto a Él. Era una hora de puro sufrimiento, pero merced a ella conseguía fuerzas para asistir a Maitines; disfrutaba entonces de cierta facilidad para diri-

girme a Dios; luego me hallaba de nuevo con mis dificultades, y sin que me vieran, debido a la oscuridad, regresaba como podía a la celda arrimándome no pocas veces a las paredes ».

Sor Isabel de la Trinidad, añade la Madre Priora, se sintió también movida a confiarme algunos pormenores de su vida que me enternecían, y al escucharla acordábase del dicho del Apóstol: *Oh, profundidad de los consejos divinos!* y a admiraba los caminos de Dios para con esa jóven de tan corta edad y consumada ya en virtud. En frase de Sor Teresa del Niño Jesus, aserveraba ella también que no pocas páginas de su historia solo se leerán en el Cielo; hasta hay algunas cuya lectura sería incomprensible en este mundo, mientras que en el Cielo *eternamente cantaremos las misericordias del Señor* ⁽¹⁾ para con sus elegidos, viendo claramente en la luz de Dios que sus decretos respecto a nosotros eran siempre voluntad de amor.

A *solas con solo Dios*, habíase encaminado nuestra hermanita hacia el Calvario, donde ansiaba consumir cuanto antes la suprema inmolación. ¿No estaba convidada desde mucho tiempo hacia a aquella unión mas íntima, a la cual dispone el sufrimiento? También le constaba que «hay cambios de amor que solo se efectúan en la cruz»: todo pues la incitaba a abrazarse a ella sin tardanza.

En enero de 1906 escribía a su santo amigo: «Cuán

(1) Ps. LXXXVIII, 1.

vehemente es el anhelo que se siente de santificarse, olvidándose de sí mismo para ocuparse exclusivamente en los intereses de la Iglesia. Pobre Francia! cuánto me place bañarla en la sangre del Justo, de *Aquel que siempre vive para interceder por nosotros* ⁽¹⁾ e impetrar misericordia. Cuán sublime es la mision de la carmelita! con Jesucristo ha de ser medianera, suministrándole una humanidad agregada, en la cual se digne Él perpetuar su vida de reparacion, de sacrificio, de alabanza y de adoracion. Ah, pídale V. que corresponda yo a la sublimidad de mi vocacion y no malgaste las gracias de que tan pródigo se ha mostrado conmigo. Qué pavora me causa a veces esta reflexion! Entonces me pongo en manos de Aquel a quien San Juan llama *Fiel y Veraz*, ⁽²⁾ suplicándole se digne ser Él mismo mi fidelidad». Tales eran los pensamientos que fortalecian su alma, mientras sus fuerzas fisicas declinaban visiblemente. Despues de hablar de su familia, Sor Isabel de la Trinidad concluye así su carta: «Al regresar a la celda despues de Misa la noche de Navidad, qué apacible alegría inundaba mi alma, cuando al traer a la memoria los recuerdos tan gratos del pasado, decia entre mí como el Apóstol: «*Por su amor he perdido todas las cosas*». ⁽³⁾ Pídale V. que tambien me pierda a mí misma para anonadarme en Dios. El domingo de Epifanía celebraré el tercer aniversario de mis bodas con el Cordero; cuando consagre V. en el santo sacrifi-

(1) Hebr., VI, 25. — (2) Apoc., XIX, 11. — (3) Philip., II, 8.

cio la hostia en que Jesus se hace alimento ¿quiere V. consagrar tambien su hijita al amor todopoderoso, a fin de que Él la trasformé en *Alabanza de gloria*?

A principios de la cuaresma, escuchó Sor Isabel de la Trinidad los proyectos de sus jóvenes compañeras para la santa cuarentena, sin sentirse atraída a contemplar la Pasion del Salvador. Mas ¿podía perseverar en su modo habitual de oracion? Llegada a la celda despues del recreo, interroga a San Pablo, y abriendo al acaso sus epistolas amadas, topa primero con el texto que es cabalmente la apasionada exclamacion del gran Apóstol: «*Mi anhelo es conocerte a Él, participar de sus aficciones y asemejarme a su muerte*». ⁽¹⁾

Quedó sobrecogida por este final; ¿sería acaso la causa de tal estupefaccion el que aquel a quien con candorosa ingenuidad llama «padre de su alma» le daría aviso de su próxima liberacion? Así lo creyó ella sin duda, y no tardó mucho en adquirir la certidumbre de que estaba llamada a honrar en su mismo ser los dolores y muerte de su divino Maestro, mas bien que por medio de piadosas meditaciones.

Hacia la mitad de la cuaresma, manifestáronse sintomas de enfermedad grave del estómago, y en los primeros dias que siguieron a la fiesta de su santo protector, Sor Isabel se vió definitivamente instalada en la enfermería. «Bien sabía yo, dijo muy alegre, que San José había de venir a llevarme este año: hele aquí».

(1) Philip., iii, 10.

Presentíamos también nosotras que, salvo alguna intervencion milagrosa, estábamos a punto de perder esa jóven religiosa en quien se cifraban tantas esperanzas, en vista de lo cual emprendimos una verdadera cruzada de oraciones. Instruíase en Roma el proceso de beatificacion de la V. Margarita del Santísimo Sacramento, ⁽¹⁾ deseando un insigne milagro, para su feliz terminacion, y abrigábamos la esperanza de atraer las preferencias de la sierva de Dios, teniendo presente que en tiempo de sus comunicaciones con el divino Niño Jesus alcanzó ella gracias celestiales al antiguo Cármen de Dijon. Púsose sobre la enferma una reliquia para que la guardase aplicada, mientras iban sucediéndose unas a otras las novenas. Pero los designios de Dios eran distintos, y la *Esposa del divino Niño Jesus* se inclinó hacia su hermanita para llevarla en pos de sí por el camino del dolor, que había de estampar, lo mismo en Isabel que en Margarita, la semejanza del divino Crucificado.

Así lo entendimos al notar los progresos de la enfermedad; en cuanto a nuestra querida hija, convencida de que era objeto de un amor inefable, entregábase de lleno al hacimiento de gracias. «Esta enfermedad tiene a mi ver algo de misterioso, decía; la llamo dolencia de amor, pues el amor es el que trabaja en mí y me consume: me entrego a su accion,

(1) Religiosa carmelita de Beaune, 1619-1648. Se dedicó de un modo especial a honrar los misterios de la Santa Infancia y dolorosa Pasión del Hijo de Dios, quien la llamaba su «pequeñita esposa».

me abandono a ella, holgándome de antemano de todo cuanto le plazca hacer de mi ».

Un poderoso auxilio y grato consuelo le estaba reservado para el domingo de Ramos: tuvo por la tarde un síncope que agravó súbitamente su estado de debilidad, por lo cual pedimos que se le administrase el sacramento de la Extrema-Uncion. Había pasado ya la crisis cuando el sacerdote llegó a la enfermería: «Acepta V. de buen grado sus sufrimientos? le preguntó — Oh, sí, me considero muy feliz en padecer ». ¡Con qué enternecedora piedad recibió ese sacramento cual nueva consagracion para el dolor, cuya «dispensacion divina» iba a serle tan ampliamente deparada! Qué bella estaba en aquel momento, con la mirada encendida, cruzadas las manos, estrechando el crucifijo de su profesion, repitiendo sin cesar a impulso de piadosos arrebatos: Oh, Amor Amor Amor! ⁽¹⁾

Tuvo la dicha de recibir el sagrado Viático, con una coincidencia que hace mas conmovedor el suceso. Refiérese en la vida de Santa Teresa que «solia disponerse con particular esmero a la comunión de ese día, por una especial delicadeza hacia su bondadosísimo Señor, doliéndose de la desatencion de los judios de Jerusalem, que despues de recibirle con palmas le dejaron ir sin ofrecerle hospitalidad; y considerándole

(1) «Cuán dulce es la muerte en el Cármen, exclamaba el ministro de las divinas misericordias al salir de la clausura. Si fuese mas jóven me haria religioso». Nuestro relato se completa con una carta que el mismo escribió mas tarde a D^a Maria Catez comunicándole sus impresiones (Véase en el Apéndice).

fatigado del camino a Betania, le ofrece su corazón, suplicándole se dignara descansar en él. (1)

Participaba Sor Isabel de esta devoción, de modo que le causó gran sentimiento la privación de la sagrada Comunión en la mañana de dicho día, pero ¡qué bien se vio resarcida! Jesús buscaba reposo a su corazón y su amor dolorido en su *casita*, a la misma avanzada hora en que se retiró a hospedarse en casa de sus amigos de Betania y recibir de ellos compensación por el olvido de su pueblo. Al día siguiente la dichosa jóven no hallaba palabras para expresar su felicidad.

«Desde fines de marzo, sin mas oficio que el de amar, estoy en la enfermería, escribía. El día de Ramos por la tarde tuve una crisis muy fuerte y pensé que había llegado para mí la hora de volar a las regiones infinitas para contemplar sin velos a la Trinidad Santísima. Durante aquella noche serena y silenciosa recibí la Extrema-Uncion y la visita de mi amado Señor; casi juzgaba haber llegado el instante que Él aguardaba para desatar mis ligaduras. ¡Qué días tan inefables trascurridos en espera de la magna vision! Nuestra Rvda. Madre estaba incésantemente a mi ca-

(1) Historia de Santa Teresa, según los Bolandistas, cap. xx. — Nuestra santa Madre relata este pasaje de su vida en la siguiente forma: «... porque ha mas de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar a el Señor; porque me parecia mucha la crueldad que hicieron los judios, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacia yo cuenta de que se quedase conmigo, y harlo en mala posada, según ahora ves ...», cuya adición ha parecido oportuna en una traducción hecha en el idioma en que escribió la Seráfica Doctora.

becera, disponiéndome para el encuentro con el Esposo, y tan vehemente era mi deseo de irme a Él, que el tiempo se me hacía muy largo. ¡Cuán suave y apacible es la muerte para las almas que solo a Él han amado, y que, según dice el Apóstol, *«no han puesto la mira en las cosas visibles y transitorias, sino en las invisibles, que son eternas»*. (1)

Estos días inefables fueron para Sor Isabel verdadera subida del Calvario; los vivos dolores que experimentaba, unidos a su estado general, penoso en extremo, le proporcionaron una participacion mas íntima en el gran misterio que en tales días celebrábamos. Absorta en la contemplacion de «Cristo paciente», perseveraba unida a Él como mansa víctima, holgándose de haber sido escogida para ser inmolada. Su paciencia no se desmintió un instante, y perfecto fue siempre su abandono. Al enterarla de que se había decidido practicarle una operacion: «Bueno, dijo con dulce sonrisa, una operacion... actualmente los médicos no hablan de otra cosa; pero ellos pueden hacer de mi cuanto quieran, me pongo en sus manos como si fuese en las manos de Dios». Algunos días después acogió con igual sencillez la decision contraria. Totalmente identificada con Dios, por decirlo así, manteníase en una paz verdaderamente celestial.

Durante el curso de la enfermedad, a petición de su familia, hubo dos consultas. «Mientras duraba la

(1) II Corint., IV, 18.

deliberacion de los médicos, decía después, me asocié a mi Señor Jesucristo ante los tribunales, cuando los jueces deliberaban acerca de su vida o su muerte».

Mas tan violentos eran los dolores y tan profunda su postracion, que el viernes santo creímos que iba a expirar; gracias a Dios no se realizaron nuestros temores; en la noche siguiente sintió como un trabajo que en ella se verificara, produciéndose al amanecer una mejoría tan sensible, que las enfermeras encontraron arrodillada sobre la cama a la que estaba imposibilitada de todo movimiento desde había ocho días. Sor Isabel tomó algún alimento, aunque su estado toleraba mal toda alimentacion; y asegurando que se hallaba curada, manifestó el deseo de bajar al coro para asistir al oficio del sábado santo; no lo hubiera podido realizar, pero abrigábamos la esperanza de volver a verla luego en medio de nosotras. ¡Cuán gozoso fue nuestro hacimiento de gracias expresado con el *Alleluia!* nunca rebosaron tanta alegría nuestras fiestas de Pascua; pero nadie experimentó ese gozo tan intensamente como la pobre madre, arrodillada en nuestra capilla, dando gracias a Dios por haberle conservado a su hija, a la que no esperaba volver a ver aquí en la tierra.

En la última visita que le hizo antes de la cuaresma, nada le dió a sospechar la gran prueba que tan pronto iba a sobrevenirle; pues su querida hija quiso ocultarle el estado de su salud, tanto por su natural sufrido, como por hallarse ella tambien muy delicada. Así pues, habíase dejado pasar la cuaresma sin resol-

verse a comunicarle la agravacion de un mal cuya existencia ignoraba. Avisada el lunes santo D^{na} Maria del verdadero estado de las cosas, supo hallar en su fe el valor correspondiente a la cruz que se le ofrecia, tanto mas dolorosa por la imposibilidad de ver a su queridísima hija. Sus sentimientos hondamente cristianos le dictaron una carta admirable, que Sor Isabel leyó repetidas veces y a la cual contestó con las siguientes líneas :

«Querida mamá, nunca me hallé tan cerca de ti: tu carta ha sosegado mi corazon y alegrado mi alma: la he besado como reliquia, dando gracias a Dios por haberme deparado una madre tan incomparable. Si me hubiese marchado al Cielo, ¡qué bien hubiera vivido contigo, sin separarme un momento de tu lado; haciéndote experimentar la presencia de tu Isabel!

»En la confianza de que has de comprenderme, te confesaré mi gran decepcion de no haber subido hacia Aquel a quien tanto amo; imagínate lo que habría sido para tu hija ese día de Pascua en el Cielo... pero aun esto era egoismo, y ahora me entrego totalmente a la obediencia, la cual me obliga a solicitar mi curacion; así lo hago en union de oraciones contigo, con Margarita y tambien con mis queridos angelitos, a quienes me complacería proteger si hubiera volado al Cielo.

»Si supieses lo buena que es Nuestra Madre, es una verdadera mamá para con tu hija, y te aseguro que en la tarde de la crisis, a pesar de mi júbilo por irme a Dios, deseaba oír su voz y sentir mi mano en la suya;

pues en aquel solemne momento se advierte el apocamiento del ánimo y el vacío de las manos »!

El canónigo Sr. A... secundaba nuestras vivas instancias al Cielo para lograr prolongar los días de la santa jóven, que contestando a una paternal carta de este, le abre así su corazón: « A V., que siempre fue mi confidente, sé que puedo decirle todo. La esperanza de ir a contemplar luego en su belleza inefable a Aquel a quien amo y anegarme en la Trinidad Santísima, me infunde en el alma un gozo soberano. Ah, cuanto me costaría volver a la tierra, que tan fea me parece al salir de mi bello ensueño; solo en Dios todo es puro y santo; pero afortunadamente desde este destierro podemos ya morar en Él. Sin embargo, en la felicidad de mi Dios encuentro yo la mía y me abandono en sus manos para que Él haga de mí cuanto le plazca. Puesto que es V. su ministro, dignese consagrarme a Él cual hostia de alabanza que quiere glorificarlo en el Cielo, o sobre la tierra padeciendo todo el tiempo que Él quiera..... Si me voy, me ayudará V. a salir del purgatorio. Oh, cómo advierto que todo en mí es mancha, todo miseria, y qué necesidad tengo de mi buena madre para librarme de ello. Suele venir todas las mañanas a hacer su oracion de gracias junto a mi camita, de este modo comulgo en su alma y un mismo amor se propaga del alma de la madre a la de su hija. ⁽¹⁾ Como tanto ruega ella para lograr mi

(1) Con objeto de resarcir a Sor Isabel de una frecuente privacion de

curacion, yo le digo que me deje marchar, y en el Cielo seré su angel; cuánto he de pedir tambien por V. y cuán grato será para mí el poder hacer algo en favor de mi amado Sr. canónigo!

«Adios, ¡qué dulce es vivir en espera del Esposo! Ruegue V. para que, en el estado de sufrimiento en que me ha puesto, me dé toda sin reserva, y solo viva de su amor».

La mejoría de Sor Isabel continuaba sosteniéndose, pero, demasiado débil aun para ir al locutorio, tenía que recurrir a la pluma para procurar alguna compensacion a su familia:

«Querida mamá, tu enfermita quiere enviarte una palabrita del corazon, de este corazon lleno de ternura para contigo.

«Ya sé que te encuentras delicada, y mi buena Madre de aquí, que está continuamente a mi cabecera, me informa de tu salud tan querida. No puedes imaginarte los cuidados que ella me prodiga con la ternura y delicadeza que encierra en sí el corazon de las madres. ¡Qué feliz me encuentro en la soledad de la pequeña enfermería! Mi Jesus está allí conmigo, noche y día vivimos en dulces coloquios. Tengo cada vez en

la Sagrada Comunion, la Madre Priora solía ir en los principios de la enfermedad a hacer la devocion de gracias cerca de ella, proporcionando en esta manera un gran consuelo a la querida jóven, quien se disponía a esas visitas matutinas como para la recepcion del Dios escondido, al que adoraba en el alma de su Madre, llamando a esas horas el sol de su jornada.

mayor aprecio la dicha de ser carmelita, y ruego a Dios por la mamá querida que a Él me dió. Desde que estoy enferma me he aproximado mas al Cielo, algun día te hablaré de todo esto.

«Oh, mamá, preparemos nuestra eternidad; vivamos con Él, pues solo Él puede seguirnos y auxiliarnos en aquel tránsito solemne. Él es Dios de amor, y no llegamos a comprender hasta qué extremo nos ama, mayormente cuando nos prueba».

Como temía para su madre una emoción demasiado viva, deja de expresarle su pensamiento todo, pero a su hermana se manifiesta plenamente:

«Ignoro si ha llegado la hora de mi tránsito de este mundo al Padre, pues me siento mucho mejor, y parece que la santita de Beaune quiere curarme; pero tambien a veces me parece que el Aguila divina está para arrojarse sobre su pequeñita presa a fin de llevársela allá donde Él mora, en la deslumbrante luz.

«Siempre has sabido olvidarte de ti para procurar la felicidad de tu Isabel, y tengo por cierto que si me voy al Cielo sabrás regocijarte de mi primer encuentro con la Belleza divina. Cuando se descorra el velo, con qué placer he de deslizarme hasta lo mas íntimo de su dichosa Faz! Allí es donde he de pasar la eternidad, en el seno de esta Trinidad Santísima que constituye ya desde aquí mi morada.

«Piensa, Margarita, lo que ha de ser el contemplar en su propia luz los resplandores del Ser divino, escu-

driñar las profundidades todas de su misterio, refundirse en Aquel a quien se ama, cantar sin intermision su gloria y su amor, hacerse, por fin, *semejante a Él por el hecho de verle tal como es!*... (1)

> Hermanita mía, me tendría por dichosa yéndome allá arriba para ser tu ángel; celosa seré de la belloza de tu alma, de mi tan querida ya sobre la tierra.

> Te lego mi devocion a los «Tres»: vive con ellos dentro de tí misma, en el cielo de tu alma: el Padre te cubrirá con su sombra, poniendo una nube entre tí y las cosas terrenas, para guardarte del todo suya. Él ha de comunicarte su poder para que le ames con amor tan firme como la muerte. El Verbo reflejará en tu alma, cual en un cristal, la imágen de su propia belleza, a fin de que seas pura con su pureza, luminosa con su luz. El Espiritu Santo te trasformará en una lira mística: a impulso de su toque divino, el silencio modulará un magnífico cantar al divino amor; entonces lograrás ser *alabanza de su gloria*, lo que yo había imaginado ser en la tierra, y tú habrás de reemplazarme: yo ante el trono del Cordero me emplearé *in laudem gloriæ ejus*, y tú igualmente en el centro de tu alma; y de esta suerte, la unidad reinará eternamente entre ambas.

> Ten siempre fe en el amor: si has de padecer, prueba será de que eres mas amada; ama y canta siempre el himno de gracias.

(1) I Joan., III, 2.

«A las niñas les enseñarás a vivir en la presencia de Dios; me gustaría que Isabelita heredase mi devoción a la Santísima Trinidad. Asistiré a su primera Comunión y te ayudaré para prepararlas.

«Rogarás por mí; he ofendido a mi amado Señor mas de lo que te imaginas; pero, sobre todo, dale gracias por mí, y reza cada día un *Gloria*. Perdóname si con frecuencia te he dado mal ejemplo.

«Adios, cuánto te quiero! Quizá he de ir pronto a abismarme en el centro del amor: no importa, ya estemos en el Cielo o en la tierra, vivamos en el amor y para glorificar al *Amor*».

Sor Isabel decía bien: el Aguila divina iba ya a lanzarse sobre su «presa» para llevarla al foco de la eterna luz. Margarita del Santísimo Sacramento no terminó la obra empezada; dió testimonio de su interés en pro de nuestra causa al alejar la idea de una operación, pero ¿no era mas conveniente que nuestra querida hermanita apresurara su carrera hacia el término de sus ardientes anhelos?...

Durante el mes de mayo tuvo otra crisis que puso sus días en peligro. «Otra vez he creído que el Cielo iba a abrirse, y ha rogado V. tanto, que aun sigo cautiva, pero cautiva feliz, que ensalza noche y día en lo íntimo de su alma el amor de su divino Dueño: es Él tan bueno! parece que solo en mí tiene que pensar y a mí sola amar, hasta tal extremo se digna comunicarse a mi alma; hace esto a fin de que yo, a mi vez, me

entregue a Él en pro de su Iglesia, por sus intereses, y para que, a ejemplo de mi seráfica Madre, arda mi corazón de celo por su honra. Ah, pídale V. que también yo sea «*Charitatis victima*». (1)

(1) Himno del oficio de Santa Teresa.

CAPÍTULO XIII

Trasformacion en Jesus crucificado.

El altar del sacrificio. - Ojeada general. - Entrevista conmovedora - Correspondencia epistolar. - Las glorias del Carmelo. - Un palacio real.

Victima del amor divino fue en realidad Sor Isabel; mientras proseguíamos las novenas, ella permanecía atada sobre el altar del sacrificio, abrigando la íntima convicción de que nuestras oraciones no lograrían que descendiera de él. «*Me siento apremiada*, decía con San Pablo, *me gozo de lo que padezco, cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo en sus miembros*». (1) Me considero feliz por estar asociada a la obra de la redención, sintiendo una latitud de la Pasión de mi Jesus. «*Solo anhelo conocer a Cristo, participar de sus penas y asemejarme a su muerte*», (2) exclamó repetidas veces, haciendo suyo el dicho del Apóstol que tan hondamente la sobrecogió a principios de la cuaresma.

Cual la hemos visto compungida por su primera

(1) Coloss., 1, 24. - (2) Philip., III, 40.

confesion comenzar la lucha contra sí misma, y para corresponder a las divinas invitaciones entregar su corazón al Esposo de las vírgenes el día del primer encuentro, luego, a raíz del voto hecho a los 14 años, recogerse dentro de sí para gozar del don de Dios, y permanecer, en fin, a la luz de la fe en union con las tres divinas Personas: así en esta fase postrera hemos de verla fiel a su guía luminoso, contemplando la cruz y acabando de trasformarse en Jesus crucificado.

«Nunca fue tan intensa mi dicha, como desde que Dios se dignó asociarme a los dolores del divino Maestro», escribía un día; y a su madre: «Temes que yo sea víctima destinada a padecer; no te entristezcas, te lo suplico, sería tan hermoso! y no me siento digna de ello. Considera lo que es compartir los padecimientos de mi Esposo crucificado y dirigirme con Él a mi pasión para ser con Él redentora >.....

Temiendo que Sor Isabel no llegase a recuperar la flexibilidad de sus piernas, la Madre Priora dispuso llevarla al loeutorio para consuelo de los suyos: ¡Qué conmovedora entrevista! Doña María Catez no podía apartar su vista del rostro macilento, aunque iluminado, de su hija querida, la cual no disimulaba su pesar de haber vuelto a la vida. Quiso hablar a solas con su madre y luego con su hermana, exhortándolas a que se santificaran, y fue disponiéndolas al supremo sacrificio, llevándolas donde ella vivía, en medio de esas claridades divinas que constituyeron la ventura al par que la santidad de su vida. Las cartas tuvieron que suplir

con frecuencia a las pláticas en el locutorio, lo cual nos permite leer en el alma de Sor Isabel de la Sma. Trinidad y seguirla en las etapas de su enfermedad.

«Derramar el alma en el alma de su madre, y sentirla vibrar al unísono, ¡qué cosa mas consoladora! escribía recordando esta reciente entrevista. Mi amor para contigo no es tan solo, según entiendo, el amor de una hija para con la mejor de las madres, sino mas bien el de una madre para con su hijita; soy la madre-cita de tu alma; consientes en ello, verdad? Empezamos el retiro preparatorio a Pentecostes, y yo mayormente, aislada de todo en mi querido diminuto cenáculo; ruego al Espíritu Santo se digne revelarte la presencia de Dios en tí, de que te he hablado ya: puedes dar crédito a esta doctrina, pues no es mía. Si lees el Evangelio según San Juan, notarás con cuánta insistencia el divino Maestro inculca este mandamiento: «*Permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros*»; (1) también en otra parte: «*A cualquiera que me ama, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansion dentro de él*». (2) San Juan desea que tengamos *sociedad* (3) con la Trinidad Santísima: cuán grata es esta palabra y qué sencilla! Basta, dice San Pablo, que tengamos fe. *Dios es espíritu*, (4) y por medio de la fe es como nos llegamos a Él. Piensa que tu alma es *el templo de Dios*, lo enseña también San Pablo; ahí están las tres divinas Personas en todo instante del día y de la noche; respecto a la sagrada humanidad de Cristo, no la posees como cuando

(1) Joan., xv, 4.—(2) Id., xiv, 23.—(3) I Joan., 1, 3—(4) Joan., iv, 24.

has hecho la comunión, pero la divinidad, aquella esencia a la cual los bienaventurados tributan sus adoraciones en el Cielo, mora en tu alma: cuando se tiene la convicción de ello, trábase con Dios una intimidad adorabilísima, y nunca se está solo».

Hallándose en París Doña María Catez para asistir a las fiestas que siguieron a la beatificación de las diez y seis Bienaventuradas Mártires de Compiegne, recibió la carta siguiente:

«El alma de tu carmelita asistirá con la tuya al *Triduo* de las Bienaventuradas Mártires. ¡Qué dicha si a tu hija también fuera dado ofrecer a Dios el testimonio de su sangre! Con esto cualquiera se consolaría de permanecer en la tierra y de haber visto desvanecerse sus ilusiones de ir a tomar posesión del Cielo. Pero mi supremo anhelo es el martirio de amor, que consumió a mi Madre Santa Teresa, y puesto que la Suma Verdad dijo que nadie tiene amor mas grande que el que da su vida por aquel a quien ama, yo le doy la mía, ya es suya desde largo tiempo ha, para que Él haga de ella cuanto le plazca. Si no logro ser mártir vertiendo mi sangre, quiero ser mártir de amor. Amemos, querida mamá, amemos a Dios, vivamos con Él, como con el ser amado de quien no se puede separarse. Ya me dirás si adelantas en el camino del recogimiento, pues estoy llena de solicitud para con tu alma. Acuérdate de la palabra del Evangelio: *«El reino de Dios está dentro de vosotros mismos»*.⁽¹⁾ Entra en este reino in-

(1) Luc., xv, 21.

timo para adorar al Soberano que mora en él, como en palacio propio. Él te ama extremadamente. ¡Cuántas prendas de ello te ha dado, pidiéndote con frecuencia en el camino de tu vida que le ayudarás a llevar la Cruz!

»P. S. No te olvides de hacer oracion el viernes en el tren: recuerdo que es ocasion muy propicia».

«Es preciso borrar de tu diccionario de amor el vocablo «desaliento», escribía a su hermana: cuanto mas experimentas tu flaqueza y encuentras dificultad para recogerte, y cuanto mas Nuestro Señor parece esconderse, tanto mas debes regocijarte; entonces eres tú quien le das a Él; y cuando se ama ¿no vale mas dar que recibir?»?

»Respondió Dios a San Pablo: *«Te basta mi gracia, porque la fortaleza se perfecciona en la flaqueza»*.⁽¹⁾ ¡Qué bien lo entendió el gran santo! *«Con gusto me gloriaré, dice, en mis flaquezas; pues cuando estoy débil, el poder de Cristo me acompaña»*.⁽²⁾

»Qué importa lo que sentimos! Él es inmutable, el que nunca cambia, Él te ama hoy tanto como te amaba ayer, y te amará mañana, aun si le das algun disgusto. Ten presente que *un abismo llama a otro abismo*,⁽³⁾ el abismo de tu miseria atrae hacia tí el abismo de su misericordia. Dios me lo da a entender, y es para entrambas; tambien me atrae mucho hacia el sufrimiento

(1) II. Cor., xI, 9. — (2) Ibid. — (3) Ps. xLI, 9.

y la abnegacion ¿ acaso no consiste en esto el término del amor? No dejemos perder ni un solo sacrificio, son tantos los que podemos recoger en el trascurso del día. No te faltan ocasiones con las pequenuelas. Oh, dalo todo a nuestro soberano y amado Señor. ¿No te parece que el sufrir nos une a Él con vínculo mas fuerte? De modo que si Él te quitase tu hermana, lo haria para ser aun mas tuyo.

» Ayúdame a preparar mi eternidad: tengo para mi que mi vida no ha de ser muy larga, y me quieres bastante para regocijarte de que me vaya a descansar allá donde desde ha largo tiempo he acostumbrado vivir. Me gusta hablarte de estas cosas, *queridito eco de mi alma*; soy egoista quizá, porque voy a causarte pena; mas quiero elevarte por encima de todo cuanto muere... hasta el seno del Amor infinito: es la patria de ambas hermanitas, allí es donde han de volver a encontrarse para siempre.

» Esta tarde mientras te estoy escribiendo, Margarita, mi corazon se desborda: *siento el amor extremo* (1) que me tiene mi soberano Esposo; y quisiera que mi alma se trasladara a la tuya para que siempre creyeras en él, máxime en los trances mas dolorosos. Cuando de noche te despiertas, únete a tu Isabel; quisiera poder invitarte a venir a mi lado, a esta celdita tan misteriosa y callada, con sus blancas paredes, sobre las que se destaca una cruz de madera negra, sin crucifijo; es

(1) Eph, 11, 4.

la mía, donde debo inmolarme a cada instante para asemejarme a mi Esposo crucificado. Soy la reclusita del Señor. Me gusta vivir con Él solo en esta soledad, y llevo una vida eremítica, deliciosa, aunque no exenta de dificultades; pues también yo necesito andar buscando al amado, quien se esconde en hondas espesuras, pero avivo mi fe y estoy satisfecha al no gozar de su presencia, por darle así mayor prueba de mi amor.

»Estoy pensando desde hace tiempo en tu día y tengo la pretension de festejarte mejor que nadie, pues no te ofrezco nada transitorio, sinó algo divino y eterno. Preparo tu fiesta por una gran novena: cada mañana rezo por ti *Sexta*, la hora del Verbo, para que Él se imprima de tal suerte en tu alma, que llegues a formar una sola cosa con Él: luego *Nona*, hora que he dedicado al Padre, a fin de que Él te tenga en su poder como una hija muy amada; que *la fortaleza de su diestra* ⁽¹⁾ te dirija en todos tus caminos y enderece cada vez mas tu alma hacia aquel soberano abismo donde Él mora y donde quiere engolfarte con Él.

»Adios, que los «Tres» se dignen bendecir a mis tres queriditas *hostias*, y hagan en cada una de ellas el cielo y lugar de su reposo. Oh abismo, oh amor: tal ha de ser nuestro estribillo al tañer nuestras liras de alabanza de su gloria, y con él termino esta epistola ».

(1) Ps. LXXXVIII, 14.

Junio 1906.

«Con prisa acudo a mi buenísima mamá para decirle que su enfermita sigue mejor: ya tiene mas fuerzas para permanecer sentada sobre su cama, la cabeza está bastante firme, pero las piernas aun se niogan a sostenerla; si no por eso, creo que podría bastarse a sí misma para varios servicios, pero sus enfermeras se apresuran a suplirlos con tanta caridad como cariño.

»Nuestra Madre me ha proporcionado hoy el consuelo de asistir desde una tribuna a la santa Misa, y de permanecer despues una buena hora cerca del Santísimo Sacramento: hallábame casi a su altura, cual reina a la diestra de su Esposo.

»Pasé el día de ayer casi entero en el terrado, y merced a la proximidad del coro, oí los cánticos de la bendicion del Santísimo; Nuestra Madre fue quien por sí misma me instaló con toda comodidad; suelo decirle a veces que al cuidarme de este modo impide que me vaya al Cielo.

»Mucho me interesó la lectura de tu carta. Cuán hermosa debió resultar la ceremonia de nuestras Bienaventuradas, y cuán agradecida a Dios debiste sentirte por haberme conducido a este monte santo del Carmelo, a esta esclarecida Orden, ilustre por tantos santos y tantos mártires ».

Cuánto amor profesa a su Orden. Gloriándose de pertenecer a ella, con qué gozo vio venir a parar allí

una vocacion encomendada a sus oraciones; segun lo atestigua la siguiente carta dirigida a un novicio carmelita.

«Doy gracias a Aquel que se dignó unirnos tan estrechamente a sí, cogiéndole a V. de *su diestra* ⁽¹⁾ para llevarle al sagrado monte Carmelo, irradiado por los fulgores del Sol de Justicia. Aquí es donde, en pos de nuestra santa Madre Teresa y de todos nuestros santos, nuestras almas, que el divino Maestro ha consumado en sí, han de trasformarse en aquella *alabanza de gloria* de que habla San Pablo.

«*Me abraso de celo por ti, oh Señor Dios de los ejércitos,* ⁽²⁾ este fue el lema de nuestros santos; y, segun lo cantamos en el bellissimo oficio de Santa Teresa, logró hacer de ella una víctima de caridad. Comprendo que si Dios me deja mas tiempo sobre la tierra, es a fin de que tambien sea yo esa víctima de amor, celosa de su honra. ¿Quiere V. impetrar para esta su hermana que cumpla enteramente en sí ese programa divino? tambien ella siente grandísimos deseos de llegar a ser santa, para tributar toda gloria a su adorado Maestro.

«San Pablo, cuyas epistolas admirables suelo leer con frecuencia, dice que *Dios nos eligió en Él mismo antes de la creacion del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia por la caridad.* ⁽³⁾ Vivir en presencia de Dios es la herencia que legó a los hijos del Cármen San Elias, exclamando en el ardor de

(1) Ps. cxviii, 16. — (2) III Reg., xix, 10. — (3) Ephes., I, 4.

su fe: «*Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy*». (1) Algun día, sin duda, nuestras almas, atravesando los espacios, volverán a encontrarse para cantar al unísono esta magna divisa de nuestro Padre; el día de su festividad le pediremos ese don de oración que constituye la esencia de la vida carmelitana, aquellos coloquios íntimos que nunca se interrumpen, porque cuando se ama se deja de ser suyo para pertenecer por completo al sugeto amado, llegando a vivir más en él que en sí mismo.

»Nuestro bienaventurado Padre San Juan de la Cruz ha escrito sobre esto unas páginas divinas en su *Cántico y Llama viva de amor*: este libro querido es la delicia de mi alma, que halla en él un alimento del todo sustancial.

»Celebro con entusiasmo el que se hayan abierto para V. las puertas del noviciado, y ruego a la Reina del Cármen le conceda el doble espíritu de nuestra amada y santa Orden: el espíritu de oración y de penitencia, porque para vivir en continuo contacto con Dios menester es que seamos enteramente sacrificados e inmolados. Arda en nuestros pechos el anhelo de nuestros santos por padecer, y sepamos sobre todo dar a Dios pruebas de nuestro amor por la fidelidad a nuestra santa Regla, a la que debemos amar con santo apasionamiento; si la observamos, ella nos guardará y nos hará santos, es decir, almas cual las desea nuestra

(1) III Reg., XVII, 1.

seráfica Madre, *almas capaces de servir a Dios y a su Iglesia*. (1)

La fe de Sor Isabel de la Trinidad seguía sustentándose en los escritos de San Pablo; hallaba medio de traer a cuento al gran apóstol hasta en las visitas del médico, frecuentes en los últimos tiempos, de modo que maravillado el doctor solía preguntar en cuanto llegaba a la enfermería: «Vamos a ver, hermana, qué dice hoy San Pablo? y añadía al salir: es admirable; que extraordinaria inteligencia y encantadora poesía!» El valor heroico con que una religiosa tan joven sufría dolores cuya acerbidad él mejor que nadie podía apreciar, le admiraba sobremanera, moviéndole a decir mas tarde: «Nunca he visto fortaleza y serenidad semejantes en el padecimiento; está sufriendo un verdadero martirio».

Su sosten en este sufrir era el ideal que desde un principio había vislumbrado y siempre proseguido con valentía. «Ya no solo ansío llegar al Cielo pura como un ángel, decía a la Madre Subpriora, sinó trasformada en Jesus crucificado. El sufrimiento me atrae cada día mas, y este anhelo sobrepuja casi al de la Gloria, con ser tan vehemente».

A una alma capaz de entenderla escribía: «Dijo David hablando de Jesucristo: *Inmenso es su dolor*». En esa inmensidad he fijado yo mi residencia; es el real palacio donde vivo en compañía de mi Esposo

(1) Santa Teresa.

crucificado. Allí es donde le doy a V. cita, pues sabe apreciar la dicha de sufrir y considerar los padecimientos como la revelacion del amor excesivo que Dios nos tiene. Oh, cuánto los quiero yo! Han llegado a ser mi paz y sosiego; ruegue V. a Dios que se digne dilatar mi capacidad para sufrir».

Y a su madre: «Dios se complace en inmolar a su pequeña hostia; pero esta Misa que Él celebra conmigo, y cuyo ministro es su amor, puede prolongarse mucho; a la víctima no se le hace largo el tiempo que pasa en las manos de Aquel que la inmola; puede decir que si bien anda por el sendero del padecer, camina muchísimo mas por la vía de la felicidad, de la verdadera felicidad: sí, querida mamá, de aquella que nadie puede arrebatarse. Tu corazón maternal debería estremecerse de júbilo divino al pensar que nuestro soberano Señor se dignó escoger a tu hija, fruto de tus entrañas, para asociarla a su magna obra de redencion; que Él imprimió en ella el sello de su cruz y sufre en ella una como extension de la Pasion. La esposa es del Esposo, el mío me tomó para sí y quiere que yo sea para Él una añadidura a su humanidad, en la cual pueda padecer aun por la gloria de su Padre y en pro de las necesidades de la Iglesia: cuánto bien me hace este pensamiento!... Nuestra Madre me habla con frecuencia de ello; la estoy escuchando con los ojos cerrados, y olvidando que es ella me imagino que mi Maestro está a mi lado, alentándome y enseñándome a llevar su cruz.

»Esta buena Madre, que tan bien sabe llevar tras de sí por el camino de la inmolation, no piensa sinó en aliviarme, cosa que con frecuencia le advierto, pero dejó hacer de mí como de un pequeñuelo.

»Dijo Nuestro Señor a Santa Teresa que tenía por mas agradable su obediencia que las penitencias de otra santa; acepto pues las golosinas de Margarita cuando mi estómago lo consiente, y estas son lo que menos daño me hace por ahora.

»A cada nuevo dolor que siento, beso la cruz de mi buen Maestro diciéndole: gracias! no soy digna, pues considero que el sufrimiento fue compañero de su vida y no merezco ser tratada como Él lo fue por su Padre.

»Escribía una gran Santa hablando de Jesucristo: *¿Dónde moraba Él sinó en medio del dolor?* (1) Cualquiera alma abrumada por las pruebas, en cualquier forma que se presenten estas, puede decir: habito con Jesucristo, vivimos ambos en la mayor intimidad, y la misma morada nos alberga.

»La santa a quien acabo de referirme enseña que la señal por la cual conocemos que Dios mora dentro de nosotros y que somos poseídos de su amor, consiste en recibir, no solo con paciencia, sinó con agradecimiento todo cuanto pueda molestarnos. Para llegar a esto, preciso es contemplar largo tiempo al divino Cruci-

(1) Esta palabra de Santa Angela de Foligno hirió su alma con nuevo dardo de amor. No me acercaba casi nunca a ella sin repetírsela, convencida de que habia de experimentar mucho gozo. Hablábame entonces con tiernos acentos de la Pasión del Salvador y de la dicha que disfrutaba de morar con Él en el sufrimiento. (Nota de Sor M.)

ficado por amor, y cuando esta contemplación es verdadera, infaliblemente viene a parar en el amor del sufrimiento.

»Recibe, querida mamá, toda prueba o contrariedad que te sobrevenga a la luz que de la Cruz emana; así es como se agrada a Dios y adelanta en las vías del amor. Oh, dale gracias por mí; soy tan sumamente feliz! quisiera ir sembrando en aquellos a quienes amo algo de mi dicha.

»Adios, ya no tengo fuerzas para sostener el lápiz, pero mi corazón no se separa de tí, a la sombra de la Cruz es donde te doy cita para aprender la ciencia del sufrimiento.

Tu hija feliz

Isabel de la Trinidad.

CAPÍTULO XIV

Cerca del Santuario.

El Angel de Lisieux. — Noche de gracia. — Reina de las Virgenes y Mártires — Janua Cœli. — La tribuna pequeña. — El 2 de agosto de 1936. — Últimos ejercicios espirituales.

Hemos oído a Sor Isabel de la Trinidad expresar su sentimiento por haber vuelto a la vida ; poco secundaban nuestros esfuerzos sus ardientes aspiraciones, y el Cielo parecía darle la razon. La Madre Priora intentó infundir en el corazon de su querida hija el deseo de su curacion , haciéndole considerar esta como medio de compensar con su desvelo en el cumplimiento de los empleos de la comunidad cuanto habia recibido de la religion , lo cual era tocar la fibra mas delicada de ese corazon tan agradecido. Sor Isabel accedió gustosa a este criterio ; pero cierto dia , mientras renovaba ante su divino Maestro la obediencia recibida , parecióle oír en lo íntimo del alma estas palabras , que la llenaron de paz y alegría: «Ya no son para tí los oficios de la tierra ». Sus deseos del Cielo se enardecieron aun mas , y por eso pidió a su Priora le diera licencia para dejarse

llevar de ellos sin resistencia, e insistió para que dejaran sus hermanas de proseguir las súplicas que combatían su esperanza al par que retrasaban su felicidad: Cesamos pues de hablar de ello en su presencia; pero ella, sospechando que continuábamos nuestras ocultas plegarias, buscó auxilio en el *Ángel de Lisieux*, Sor Teresa del Niño Jesus, quien sufrió también la divina nostalgia del Cielo, y por ende había de comprender sus angustias y tener compasión de ella. Llena de confianza, nuestra querida hermanita le pidió, como garantía contra sus recelos, poder andar; y habiéndolo conseguido, con grandísima satisfacción suya, quedó ya convencida de que no habría de curar.

«Mi estómago sigue siempre recalcitrante, escribía a su madre, pero ya comienzo a andar; esto me pasma, pues no me siento mas fuerte que cuando no podía siquiera sentarme. Hallándome fatigadísima el otro día cuando nuestra madre vino a verme, le dije que me moría. «En vez de hablar así, me contestó, V. C. debería esforzarse por andar». Me gusta tanto obedecerla, que cuando me quedé sola hice esfuerzo para moverme sobre la cama, no sin lastimarme mucho; pedí entonces a Sor Teresa del Niño Jesus, no que me curase, sinó que me diera fuerzas, y pude andar; parezco una ancianita, encorvada sobre mi bastón. Nuestra Madre me lleva del brazo por el terrado, ⁽¹⁾ y estoy

(1) Galería abierta que une dos alas del Monasterio, y sirve de paseo a las enfermas.

muy ufana de mis idas y venidas; deseo darte de ello una pequeña demostracion, que te hará reir seguramente, pues estoy muy graciosa. Alegrábame poder comunicarte esta buena nueva, persuadida de que ha de agradarte mucho.

«No llore; a tu Isabel; todavía Dios te la deja por algun tiempo, y luego, en el Cielo ¿no ha de estar inclinada siempre hacia su madre, esa madre tan buena a quien ella quiere cada vez mas? Oh, querida mamá, dirijamos la mirada arriba; pensar que el Cielo es la casa paterna solaza el alma; allí nos están aguardando cual a hijos muy amados que, tras largo tiempo de destierro, regresan al hogar, constituyéndose el mismo Dios nuestro compañero de viaje, para conducirnos a él».

No podemos pasar por esa galería sin acordarnos de Sor Isabel de la Trinidad, mayormente por las horas matutinas, en que solía acudir a ella durante los hermosos días del verano, para templar el ardor de su cabeza, abrumada por el insomnio. En cuanto quedaba acomodada en un sillón frente al santuario, daba las gracias a su querida enfermera con una sonrisa; luego, cerrando los párpados, quedaba como si todo se hubiese desvanecido para ella. «He ahí a *Laudem gloriae* de nuevo sumida en su contemplacion» pensabamos; la verdad es que ni siquiera la noche la había distraído de ella. A su lado tenía el breviario para unirse a la salmodia cuando la comunidad rezaba las Horas menores. En sus brazos llevaba una imagen de la Santí-

sima Virgen que nunca abandonaba, desde cierta noche bendita, en la cual, mientras proseguía sus coloquios, posó su vista sobre un cuadro de la Dolososa pendiente de la pared. Penetrada de suave y honda emoción, sintió en lo íntimo del alma un cariñoso reproche que tierna y maternalmente la invitaba a recurrir con mas filial confianza a su Madre. Sor Isabel confesó que, en efecto, pensaba menos desde hacía algun tiempo en la Virgen Santísima; pero desde aquel día sintió redoblar su amor para con su Madre del Cielo; y acordándose de que tenía una Virgen de Lourdes, junto a la cual en su juventud recibió muchas mercedes, pidiola a su madre, a fin de que Aquella que había cuidado su *ingreso, guardase tambien el último paso de su vida*, ⁽¹⁾ y en adelante la llamó *Janua Cæli*.

Impresionada aun por esa nocturna visita, la querida enferma escribía: «La Reina de las vírgenes es asimismo Reina de los mártires; *mas la espada le traspasó el corazón*, porque en ella se verifica todo en el interior.

»Oí, cuán bella es para quien la contempla en su prolongado martirio, orlada de una majestad que ostenta a la vez fuerza y mansedumbre! pues del mismo Verbo había aprendido como deben sufrir aquellos a quienes el Padre escogió para víctimas, resolviendo asociarlos a la magna obra de la redención.

»Allí está de pie junto a la cruz, en la actitud de

(1) Ps. cxx, 8

fortaleza y valentía; y he aquí mi Maestro que me dice, dándomela como Madre: «*Ecce Mater tua*». (1) Y ahora que Él ha vuelto al Padre y me substituyó sobre la cruz en su lugar, allí está aun la Virgen para enseñarme a sufrir como Él; y en cuanto haya pronunciado mi *consummatum est*, Ella misma, *Janua Celi*, es quien ha de introducirme en los atrios eternos, dictándome las deliciosas palabras: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*. (2) Entretanto, Sor Isabel confió a la Reina de los Angeles las entradas de su corazón, que para ella era ya un cielo anticipado.

«Hoy te he puesto en manos de Nuestra Señora, escribía a su hermana el día de la Virgen del Cármen. Nunca he sentido tanto su amor! Reboso de gozo al pensar que esa Virgen tan serena y luminosa es mi Madre; y como hija, me regocijo de su belleza, que fuertemente me atrae, teniéndola por reina y custodio de mi cielo y del tuyo, pues todo cuanto hago es para las dos».

Janua Celi vino a ser el muro y antemural (3) de los santuarios donde gustaba a Sor Isabel de la Trinidad ir a recogerse; solíamos encontrarla con frecuencia en el umbral de una tribuna pequeña que daba a la capilla; en cuanto divisábamos a la Virgen Inmaculada, seguras estábamos de que próxima se hallaba nuestra querida hermana.

«Varias veces al día voy a visitar un buen rato a

(1) Joan, XIX, 27. — (2) Ps. CXXI, 1. Extracto del retiro de que se hará mención mas adelante. — (3) Is., XXVI, 1.

mi amado Señor y Dios, escribía a su madre, y le doy gracias por haberme devuelto el uso de las piernas para acercarme a Él: qué dicha causa esto a mi corazón »! El poder acudir a esa tribuna de las enfermas sirvió de gran consuelo a Sor Isabel. ; Cuántas veces la Madre Priora la encontró allí, encorvada y casi plegada por el dolor. Cierta día, no acertando a descubrirla en la oscuridad, llamola con el nombre que tan grato le era «*Laudem gloriæ*». La pobrecita jóven, enteramente encogida, intentó incorporarse, y con lágrimas en los ojos, pero con semblante risueño, le dijo: «He acudido a refugiarme al amparo de la oracion de mi divino Maestro, pues necesitaba el auxilio de su fortaleza, tanto es lo que padezco »!

El mismo hecho volvió a repetirse con frecuencia. «Encontréla como sombra en la meseta de la enfermería, refiere una religiosa, y le pedí un informe, que ella me dió con su acostumbrada amabilidad, cual si nada hubiese padecido. Supe despues que en aquel mismo instante iba a la tribuna en busca de fuerzas para soportar una crisis casi intolerable.

«Qué de veces al pasar por allí, echaba una ojeada a esa tribuna al parecer vacía, y era menester acercarse bastante para columbrar en el fondo a nuestra querida hermana, acurrucada en el suelo, en un rinconcito oscuro. Aparecíame cual personificación del dolor y de la súplica ».

Entretanto iba agravándose el estado de la querida enferma; el alimentarse se le hacía cada día mas difi-

cultoso; continuos eran sus dolores de cabeza, y las noches las pasaba en insomnio; pero su oracion no interrumpida sostenía su valor.

«Su grata carta me ha proporcionado muchísimo gusto, escribía a su venerable amigo; el concepto de San Pablo señalarlo por V. en ella me place en extremo, paréceme que en mí tiene cabal cumplimiento sobre este lecho, que es el altar donde me sacrificio al amor. Ruegue V. que la semejanza con el adorado modelo llegue a ser mas acabada cada día: he aquí el pensamiento que incesantemente me ocupa e infunde alientos a mi alma en medio del dolor. Si supiera V. qué obra de destruccion experimento en todo mi ser. Ante mis pasos se ha abierto el camino del Calvario, y me considero sumamente feliz al recorrerle como esposa al lado del divino Crucificado.

«El día 18 cumpliré los 26 años; no sé si el que comienzo acabará en el tiempo o en la eternidad, y una vez mas le pido, como hija a su Padre, se sirva consagrarme en la Santa Misa, a fin de que sea hostia de alabanza a la gloria de Dios. Oh, si, conságrame V. de modo tal que ya no sea *yo*, sinó *Él*, Jesus, y que al parar en mí la vista pueda el eterno Padre reconocerle a *Él*. Sea yo «*conforme a su muerte*» (1), y sufra en mí lo que resta de su Pasion, y luego báñeme V. en la sangre de Cristo, para que sea fuerte con su fortaleza, pues me siento pequeña y débil.

(1) Philip., III, 10.

«Adios, amado Sr. canónigo, ruégole a V. me bendiga en nombre de esa Trinidad Santísima a la cual estoy especialmente consagrada; conságrame asimismo a la Santísima Virgen; Ella, la Inmaculada, es quien me dió el hábito del Cármen, y le pido me revista tambien de aquella vestidura de *lino finisimo* (1) con que la esposa debe ataviarse para asistir a la cena en las bodas del Cordero.

«P. S. El 2 de agosto cumpliré cinco años de vida religiosa».

Con igual fecha 2 de agosto dirigía la siguiente carta al Reverendo Padre V.....

MUY RDO. PADRE.

«Confío que el año próximo felicitaré a V. R. con Santo Domingo en la herencia de los Santos, en la luz; este año todavía en el cielo de mi alma es donde entro a recogerme para obsequiarle de un modo íntimo, y me siento impulsada a decírselo; tambien necesito, Padre, encomendarme a sus oraciones, a fin de que sea yo muy fiel, y suba la pendiente de mi Calvario como esposa del Crucificado.

«A los que Él distinguió en su presciencia, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes a la imágen de su Hijo Jesucristo» (2).

(1) Apoc., xix, 8. — (2) Rom., xiii, 29.

«Oh, cuánto me gusta esta sentencia del glorioso San Pablo! es el solaz de mi alma. Pienso que *en su excesivo amor, Él me conoció, llamó y justificó*, (1) y en tanto que se digne Él glorificarse, quiero ser incesante alabanza de su gloria. Pídaselo, Padre, en favor de su hijita. Se acuerda V. R.? cinco años ha que en el día de hoy llamaba a las puertas del Cármen, y allí estaba V. R. para bendecir mis primeros pasos en la soledad; ahora estoy llamando a las puertas eternas, (2) y suplico a V. R. se incline otra vez sobre mi alma y la bendiga en el umbral de la Casa del Padre. En cuanto llega al gran foco del amor, al seno de los «Tres», hacia quien me orientó V. R., no me olvidaré de todo cuanto ha hecho V. R. por mí, y también quisiera, a mi vez, ofrendar a mi Padre, de quien tanto he recibido. Podré expresarle un deseo? Por muy dichosa me tendría si me fuera dado recibir algunos renglones de V. R. en los que me enseñara cómo he de poner por obra el plan divino, haciéndome conforme a la imagen de Jesus crucificado.

«Adios, R.do. Padre, le ruego me bendiga en nombre de mis «Tres» y tenga a bien consagrarme a ellos como pequeña hostia de alabanza».

2 de agosto,

«Querida mamá, te acuerdas? cinco años ha..... yo lo tengo presente y Él también!... pues Él recogió en

(1) Rom., 30. — (2) Ps., XXIII, 7.

un cáliz la sangre de tu corazón que ha de ser de gran valor en la balanza de su misericordia.

»Ayer traía a la memoria nuestra última reunión de la tarde; y como no podía dormir, fui a colocarme junto a la ventana, donde me quedé casi hasta las doce en oración adherida a mi soberano Señor, de modo que pasé una noche deliciosa. El cielo estaba despejado y sereno; en todo el monasterio se sentía un silencio profundo... y yo repasaba en mi mente estos cinco años tan colmados de mercedes. Pesar no tengas, querida mamá, de la dicha que me has proporcionado; si, merced a tu *fiat* pude ingresar en la morada santa, y allí, a solas con solo Dios, disfrutar con anticipación de los goces del Cielo, hacia el cual se siente mi alma tan fuertemente atraída.

»He ofrecido de nuevo esta noche el sacrificio que hiciste cinco años ha, para que otra vez descienda en lluvia de bendiciones sobre quien amo más que todo. Vive con Él. Ah, quisiera me fuese dado decir a todas las almas qué manantiales de paz, de fortaleza y de felicidad hallarían si consintieran en vivir en esa grata intimidad; pero no saben esperar: si Dios no se comunica de un modo sensible, se apartan de la divina presencia, y cuando Él viene a ellas con sus dádivas, no encuentra a nadie; hállese el alma derramada al exterior, no habita en lo íntimo de sí misma. Procura, querida mamá, recogerte de vez en cuando, y así te hallarás junto a tu Isabel...

Nuestra enfermita presagiaba su próximo fin, en

vista de lo cual iba disponiendo a su pobre madre, enferma también de bastante gravedad, a consumir el gran sacrificio.

«Querida mamá, cuán grato es hablar de Él, y elevarse por encima de todo lo que pasa y acaba, allá donde no alcanza el sufrimiento y la separación... allá donde todo permanece inmutable. Qué consuelo es para tu Isabel poder hablarte de sus proyectos para la eternidad! No olvides que has prometido estar unida a la Santísima Virgen al pie de la Cruz durante la elevación de la santa Misa, para ofrecer a Dios juntamente con Ella a vuestra hija.

»Cuán necesario es sufrir para llevar a cabo la obra de Dios en el alma! Tiene Dios un anhelo inmenso por enriquecernos con sus dádivas, pero de nosotros espera la medida, proporcionada de ordinario a la conformidad con que nos dejamos inmolar por Él como Jesús, con gozo y hacimiento de gracias, diciendo con el Salvador: «*El cáliz que me ha dado mi Padre, he de dejar yo de beberle*»?⁽¹⁾ Para el divino Maestro la hora de su Pasión era *aquella para la cual había venido*⁽²⁾ y ansiaba por ella con todo el ardor de sus deseos. Siempre que tropecemos con algún gran sufrimiento o leve sacrificio, acordémonos de que ha llegado *nuestra hora*, la hora en que vamos a demostrar nuestro amor a Aquel que «tanto nos ha amado.» Ve pues, querida mamá, cosechándolo todo y ofrece una hermosa gavilla,

(1) Joan., XVIII, 11. — (2) Id., XI, 27.

cuidando no dejar perder el mas mínimo sacrificio; en el Cielo todos ellos han de convertirse en otros tantos hermosos rubies que adornen la preciosa corona que Dios está labrando para ti. Iré a ayudarle a componer esa diadema, y con Él vendré el día del encuentro solemne para ponerla en las sienes de mi querida madre.

«A nuestro amantísimo Dios amémosle de veras, y de nuestra union con Él saquemos el ánimo que nos hace falta; el alma que acostumbra a vivir en su presencia, se halla revestida de su fortaleza y es valiente en el sufrimiento».

Cautivaban a la sazón a Sor Isabel de la Trinidad los pasajes mas bellos del Apocalipsis, arrobándose en unas visiones de la eternidad que la atraían a las cumbres a donde mutuamente se llaman el Espíritu y la esposa.

Deseando gozar de mas completa soledad, solicitó el favor de un retiro en ejercicios espirituales, empezándolos el 15 de agosto, con objeto de disponerse para su retiro eterno, cuya buena nueva comunicó a una hermana en los siguientes términos:

Janua Cæli, ora pro nobis.

«Ingresa esta tarde *Laus gloriæ* en el noviciado del Cielo, para disponerse a recibir el hábito de la gloria, y se siente impulsada a encomendarse a las oraciones de su querida hermana A..... Allá voy para que me enseñen la conformidad e identificacion con mi adorado

Maestro, el Crucificado por amor. Entonces me será dado desempeñar mi oficio de alabanza de gloria y cantar ya desde el destierro el *Sanctus* perenne, hasta que vaya a entonarle en los atrios celestiales. Hermana mía, pongamos la vista en nuestro Maestro, y que esta ojeada de fe sencilla y amorosa logre aislarnos de todo, interponiendo una nube entre nosotras y las cosas de aquí abajo; harto sublime y opulenta es nuestra esencia para que criatura alguna pueda poseerla. Reservémoslo todo al Señor para Él solo, y digámosle con David: *solo en ti conservaré mi fortaleza*.⁽¹⁾

Durante estos benlitos días, fue trasportada Sor Isabel a el Calvario: su amadísimo Maestro le hablaba de su Pasion, no con fórmulas, sinó revelándole nuevas verdades acerca del amor oculto en la Cruz, y dándole a entender que sus ensueños de perfecta union hallarían su realidad por medio del sufrimiento. Enagenada mas que nunca de amor la generosa jóven, embriagábase con el cáliz divino, cuya amargura se trocaba para ella en dulzura y suavidad inefables. Acabóse ese retiro en la fiesta de la Dedicacion de las Iglesias de la Orden (31 de agosto). *Casa de Dios* ella misma, experimentaba Sor Isabel una afeccion especial hacia estas solemnidades, y solía renovar en tales días, a la par de su consagracion a las Tres divinas Personas, su amoroso celo para promover su gloria.

Esta última Dedicacion fue prevenida por un favor

(1) Ps., LVIII, 10.

especialísimo. El día de la Ascension, habiéndose retrasado la Madre Priora en su visita matutina a la enfermería, mientras manifestaba su sentimiento a la querida hija, notaba la expresion de su semblante enteramente transfigurado. «Oh, Madre mía, respondió la enfermita, no tenga V. R. ninguna pena con respecto a mí: Dios me ha otorgado una merced tal, que he perdido la nocion del tiempo. Esta mañana, en lo íntimo de mi alma resonó esta palabra: *«Si alguno me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre le amará, y ventremos a a él y haremos mansion dentro de él»*,⁽¹⁾ y al instante entendí cuán verdadero es este oráculo. Imposible me sería decirle de qué modo se han revelado las Tres divinas Personas, pero yo las estaba viendo celebrar dentro de mí su consejo de amor, y me parece que aun las estoy viendo de igual modo. Oh, cuán excelso es nuestro Dios y de cuánto amor nos circunda!»

«Hasta esa fecha, añade la Madre, deseaba la querida enferma que nuestras entrevistas tuvieran lugar sin retraso; pero entonces me dijo: «No se cuide en adelante de satisfacer mis deseos; cuando V. R. no pueda venir, piense que estoy con mis Huéspedes divinos; ya no debo ni puedo desear nada mas, sinó vivir en su intimidad. Siento con extraordinaria realidad su presencia aquí», decía, cruzando las manos sobre su corazon.

»En lo sucesivo, cuando yo le encomendaba alguna

(1) Joán., XIV, 23.

intencion particular, «voy a tratar de ello con mi Consejo todopoderoso» respondía; así llamaba a las Tres divinas personas, desde el día de la Asuncion».

Esta íntima manifestacion de la Santísima Trinidad viene a coronar esa vida de recogimiento que llevaba, merced a la gracia del misterio que dentro de sí adoraba sin cesar, en aquel centro donde, segun enseña San Juan de la Cruz, reside oculto, mas obrando de modo divino; y ella se nos aparece cual dedicacion suprema de ese humilde *Tabernáculo*, cuya traslacion al templo eterno no estaba ya lejana; por eso la festividad del 31 de agosto de 1906 fue para ella en primer término una fiesta de accion de gracias.

En la persuasion de que aquel retiro había de ser el último para su hija tan amada, la Madre Priora le manifestó el deseo de que apuntara con sencillez *sus buenos hallazgos*. Dificultoso le hubiese resultado poner por escrito lo que recibía de Dios en la forma profunda y llana a la vez de que ya hemos hablado. No obstante, Sor Isabel de la Trinidad adivinó bien el deseo de su Madre, y pudo dejarla un memorial de su amada *soleidad*. «Ultimo retiro *Laudis glorie*», le dijo al entregárselo, con ocasion de un aniversario prevenido con todas las finezas de un corazon filial.

Estas páginas que escribió durante un periodo de penosos insomnios, en medio de dolores tan agudos, que la pobre jóven se sentía desfallecer, parecen a primera vista meras reminiscencias de sus lecturas en la sagrada Escritura, seguidas de consideraciones personales;

pero algo mas que esto son; dijo un día Sor Isabel a su Madre Priora que en esta pequeña coleccion intentó darle a conocer cómo consideraba ella su oficio de *alabanza de gloria* y como entendía que se puede empezar ya desde nuestra peregrinacion terrestre a vivir la vida del Cielo. Es esta la idea que domina en ese su *retiro*, como fue asimismo la idea de su vida toda, de suerte que, al recorrer esas páginas, se cree leer en el alma predestinada que bien hubiera podido titularlas: *Recuerdos íntimos*.

CAPÍTULO XV

Gozo en el sacrificio.

Las Laudes nocturnas. — En la escuela de los Santos. — Esquelitas intimas. — Consejos varoniles. — Sed de humillacion. — Carta eco de su vida.

El espíritu de alabanza de que se hallaba animada Sor Isabel de la Trinidad le hacía especialmente grato el Oficio de Laudes. Careciendo del necesario sueño, solía pasar en oración junto a la ventanita las primeras horas de la noche; y allí, clavando su vista en el cielo tachonado de estrellas, dejaba que su alma se remontase en alas de los cánticos sagrados hasta el seno de sus « Tres ». Cuando llegaron las noches frescas del otoño, tuvo que renunciar a sus largas vigiliass, pero siguió no obstante levantándose para rezar esta parte del Oficio divino, y continuó practicándolo así hasta la última semana de su vida. Nuestra querida hermana aseguraba que encontraba alivio en ello y que le aprovechaba para conciliar mas fácilmente el sueño. Indudablemente se proponía dar a Dios todo cuanto podía de su pobre ser exhausto de fuerzas. « Nuestro Señor me

da a entender que esas Laudes nocturnas le agradan; esto me infunde alientos, decía, para continuar mientras pueda». La fe y el amor lo enderezaban todo en aquella bella alma; tenía cada vez mas en aprecio la fidelidad aun en las menudencias cotidianas mirándolas a esta luz, de suerte que llegó a confesar que el poder inmolarse mas enteramente, cumpliendo los pormenores de nuestras santas observancias, era lo que le había hecho pensar con cierta complacencia en la idea de su curacion. Dio muestras de la sinceridad de esas disposiciones, durante los dos últimos meses de su destierro, entregándose con fervor siempre creciente a las observancias que su estado le permitía guardar.

A pesar de que sus fuerzas iban decayendo, Sor Isabel seguía con puntualidad desde la tribuna de la enfermería los ejercicios del coro. Una tarde en que padecía mas que de costumbre, hallándose falta de fuerzas, le dio la tentacion de volverse a la cama. Al advertirle que así hubiera debido verificarlo y unirse desde allí a la oracion de la comunidad: «Madre mía, repuso con penetrante acento, he pensado que el obrar así sería gran cobardía; dejé entonces el sillón para arrodillarme y rogar con tanto mas fervor, cuanto me sentía con menos ánimo y alientos; y mi Maestro me ha fortificado tan divinamente, que ahora puedo aguardar hasta que se termine Completas para ir a descansar». ¡Cuán de veras pertenecía a la escuela de los Santos la que buscaba descanso y fortaleza en la prolongacion del sacrificio y de la oracion!

«Cuando discurrían para hallar medios de aliviarla: «No merece la pena, decía, ya estoy en el término de mi carrera, y Dios me da a entender que estando a punto de ir a verle cara a cara, lejos de descansar, *Laus gloriæ* debe sacar de su ser cuanta oracion y sufrimiento le sea posible».

Animada de estos sentimientos, gozaba por toda nueva ocasion que se le presentaba de inmolarsc. Intentando lavarle el estómago, cosa que no podía menos de producirle un verdadero suplicio, por causa del estado de extrema debilidad que sobreexcitaba todo su sistema nervioso, «muchas veces he anhelado el martirio, decía; ya no puedo esperarle, pero al menos quiero disponerme con tal espíritu a esas penosas operaciones», y para animarse contra el natural temor, besaba su Crucifijo, y luego con calma y serenidad se ponía en manos de las que la cuidaban.

«Cuando se le preguntaba que tal había pasado la noche, «como una enferma», contestaba simplemente, y luego se enteraba de cómo estaban las demas religiosas delicadas, o hablaba de Dios; mas, no obstante, su enfermera solía entregar a la Priora esquelas de este tenor:

«Desde el palacio del dolor y de la bienaventuranza.
A las once de la noche.

«Madre mía, vuestra pequeña *alabanza de gloria* no puede dormir, porque está sufriendo; mas, aunque la

angustia atraviere su alma, qué paz tan grande reina en ella! Su visita fue la que me trajo esta paz del Cielo; mi corazon siente necesidad de decírselo, y en agradecimiento sufre y ruega incesantemente por V. R. Oh, ayúdeme a subir mi Calvario, siento con intensidad el poder de vuestro *sacerdocio* para con mi alma, y mucho necesito de V. R. Madre mía, siento a *mis Tres* tan cerca de mí, que estoy mas oprimida por la felicidad que por el dolor. Mi Maestro me recuerda que en este está mi residencia y no debo escoger mis padecimientos; por tanto, me voy sumergiendo con Él en el inmenso dolor

«30 de setiembre. Amadísima Madre mía, vuestra pequeña *alabanza de gloria* está pasando dolores agudos, agudísimos; así rige la dispensacion divina del dolor y la ley del *excesivo amor*. Está pensando que de hoy al 9 tiene justo el tiempo de dedicarle una novena de sufrimiento, en union con su Maestro. Díguese V. R. aceptarla para regocijo del corazon deífico. Me he refugiado con todo mi ser en la oracion de mi Jesus y sigo manteniéndome llena de confianza en su eficacia todopoderosa».

«Conozco que mi voluntad se desarrolla y se fortalece merced al sufrimiento, decía dando cuenta de sus disposiciones íntimas. Si alguna que otra vez experimenté cierta indecision a vista del cumplimiento de un acto mas perfecto, por temor de causar pena a

alguna de mis hermanas; hoy no me detengo por semejante recelo, sinó que pronta estoy a pasar por medio del fuego por cumplir mas perfectamente cualquier voluntad de Dios ».

En todos sus dichos y escritos hallamos este ánimo varonil. En otro tiempo atraía las almas al recogimiento; ahora las impele a la práctica de las mas sólidas virtudes. « Cuando reciba V. C. alguna reprension, decía a una novicia que la interrogaba, no solo debe someterse, sinó regocijarse y dar gracias ». Tambien a otra: « Conviene mas conformarnos con nuestras dificultades, que desear vernos exentas de ellas; pues su tranquila aceptacion nos hace libres. Menester es asimismo admitir las consecuencias de nuestras faltas e infidelidades, como tributo rendido a la Justicia de Dios, quien sabrá sacar de aquel estado de cosas gloria para sí y provecho para nosotros ». Y a otra: « Cuánto se ilusionan algunos respecto de la union verdadera! las almas que por el mero hecho de experimentar consuelos sensibles se imaginan haberla alcanzado, hacen recordar a los niños que se divierten con pavesas que se lleva el viento; no, no, la union verdadera no consiste en las delicias, sinó en el desprendimiento y el sufrir ».

« Sabe V. bien cuanto amo mi vocacion, mi Carmelo, dijo un día a la Madre Subpriora; pues bien, tan deseosa estoy de humillacion, que si nuestra Madre me dijese: es V. indigna de llevar el santo hábito, indigna de ser carmelita, y me expulsara, parece que el ver-

me tratada segun merezco me causaría satisfaccion inmensa ».

«Oh, si supiese V. los dias divinos que voy pasando, escribía a una amiga. Me debilito de día en día, y pienso que el Señor no tardará mucho en venir a llamarme. Experimento goces desconocidos: cuán suaves y deleitosos son los goces del dolor! Anhele verme antes de morir trasformada en Jesus crucificado, y esto me comunica valor para padecer. Conformarnos a este divino modelo debería ser nuestro unico ideal; con qué ardor nos entregaríamos al sacrificio, al desprecio de nosotros mismos, si tuviésemos siempre vueltos hacia Él los ojos del alma! El dolor fue el lugar de residencia de Jesucristo durante los treinta y tres años que pasó en este mundo, y solo a sus privilegiados concede la gracia de compartirla con Él. Qué inefable dicha goza mi alma al pensar que el *Padre me ha predestinado para ser conforme a su divino Hijo crucificado*; San Pablo es quien me da aviso de esta eleccion divina, la cual, segun me persuado, constituye mi herencia.

«A la luz de la eternidad Dios me da a entender muchas cosas, y voy a decir a V., como de su parte, que no tenga miedo al sacrificio, ni a la lucha; antes bien regocijese por ello. Si su naturaleza es causa de combate, o campo de batalla, no se desanime ni se entristezca; aun me inclino a decirle que ame su miseria, pues en esta ejerce Dios su misericordia. Cuando la vista de su fragilidad le causa tristeza o la induce a

ensimismarse, es fruto del amor propio. En las horas de abatimiento, acuda a ampararse bajo la oracion del Salvador; clavado en la Cruz, la estaba viendo a V., por V. rogaba, y esta oracion vive eternamente ante el eterno Padre; ella es la que ha de salvarla a V. de sus miserias. Cuanto mas experimente su flaqueza, tanto mas debe crecer su confianza, buscando solo en Él todo su apoyo ».

Una amiguita de Sor Isabel que desde hacía meses se veía privada de toda relacion con ella, se afligía mucho al pensar que en adelante no recibiría ya sus consejos y estímulos, que tanto bien le habían traído hasta entonces; la angelical jóven supo hallar en su amante corazon abnegacion y fuerzas para contestar al extenso cuestionario de la niña con esta hermosa carta, eco fiel de su vida:

«Ya viene por fin Isabel a instalarse con su lápiz junto a su pequeñita N.; digo con su lápiz, porque en cuanto al corazon mucho tiempo ha que se ha verificado su instalacion, no es cierto? Cuánto me gustan nuestras citas del anochecer! son como un prelude de esa comunión que entre nuestras almas ha de establecerse desde el Cielo a la tierra; pienso que estoy inclinada hacia ti como una madre a su hija predilecta. Alzo la vista, contemplo a Dios, luego vuelvo a bajarla sobre ti, exponiéndote a los destellos de su amor. Nada le digo, pero Él me entiende mucho mejor, y tiene mi silencio por mas agradable. Hijita mía que rida, quisiera ser santa para poder auxiliarte ya en

este destierro, entre tanto que vaya a hacerlo desde la patria. No hay clase de trabajos que no anhele sufrir para alcanzarte las gracias de fortaleza que te son necesarias.

«Quiero contestar a tus preguntas, en primer lugar tratemos de la humildad; sobre este asunto he leído unas páginas preciosas; dice su piadoso autor *«que el humilde halla el mayor deleite de su vida en sentir su impotencia ante el divino acatamiento»*. El orgullo amigueta mfa, no es cosa que pueda derribarse con diestra estocada, claro está que ciertos actos heroicos de humildad, como se ve en la vida de los santos, si no le hieren mortalmente, cuando menos le debilitan; pero debemos a cada instante anonadarle: *«No hay día en que no muera»*,⁽¹⁾ exclamaba San Pablo. Esta doctrina, que consiste en morir para sí mismo, constituye una ley para toda alma cristiana, desde que Cristo dijo: *«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y lleve su cruz»*;⁽²⁾ y aunque muy austera en apariencia, encierra en sí una suavidad deleitosa, que experimenta quien considera el término de tal muerte, que es la vida divina, sustituyéndose a nuestra vida de miserias y de pecados; y esto cabalmente querria dar a entender San Pablo al escribir: *«Desnudaos del hombre viejo, y vestios del nuevo, segun la imágen de Aquel que le crió»*.⁽³⁾ Esta imágen es el mismo Dios; ¿recuerdas que Él mismo declaró expresamente esa voluntad

(1) Cor., xv, 31. — (2) Luc., ix, 23. — (3) Coloss., iii., 10.

el día de la creación: «*Hágamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*». (1)

Si tuviésemos mas presente nuestro origen, tan pueriles se nos harían las cosas terrenas, que solo desprecio tendríamos para ellas. San Pedro escribe en una de sus epístolas que «*Dios nos ha hecho partícipes de la naturaleza divina*». (2) El alma que toma en cuenta su grandeza, entra en la *libertad santa de los hijos de Dios*, (3) es decir, sobrepuja a todas las cosas y se sobrepuja a sí misma.

Dice San Agustín que dentro de nosotros tenemos dos ciudades, la ciudad de Dios y la ciudad del *yo*: en proporción del engrandecimiento de la primera, la segunda ha de verse arruinada. El alma que se acostumbra a vivir de fe bajo la mirada de Dios, y que posea aquel ojo simple de que habla Cristo en el Evangelio, es decir aquella pureza de intención que solo a Dios tiene por objeto, esa alma logrará vivir en la humildad, sin dejar por eso de reconocer sus dones, porque la humildad no excluye la verdad; pero sin apropiarse cosa alguna, todo lo refiere a Dios, de quien procede, según lo hacía la Virgen Santísima. Todos los movimientos de soberbia que sientas en ti, no llegan a ser faltas sino solo cuando la voluntad se hace cómplice; puedes sufrir mucho a causa de ellos, pero no por eso ofendes a Dios; esas faltas que se te escapan, según me dices, sin que lo adviertas, indican sin duda

(1) Génes., 1, 3. — (2) II Petr., 1, 4. — (3) Rom., VIII, 21.

un fondo de amor propio; mas esto, pobrecita mía, en algun modo es parte de nuestra naturaleza; lo que Dios quiere de ti es que nunca te detengas voluntariamente en un pensamiento cualquiera de orgullo, y que jamas cometas accion alguna a impulso de ese mismo amor propio, lo cual no estaria bien; con todo, si adviertes alguna de esas cosas, no te desanimes, pues aun eso seria fruto del orgullo que se enoja; antes bien, debes exponer tu miseria a los pies del Señor como Magdalena, y suplicarle te libre de ella; Él se complace al ver a una alma que reconoce su impotencia; y entonces, segun decia una gran santa, *«el abismo de la inmensidad de Dios hállase frente a frente con el abismo de la nada de la criatura, y Dios estrecha a aquella nada»*, (1)

«Las almas que no saben vivir mas allá de este mundo y prescindir de sus pequeñeces me causan profunda lástima; pienso que se hacen esclavas, y quisiera decirles: sacudid el yugo que os oprime ¿qué pretendéis hacer con esos vinculos que os sujetan a vosotras mismas y a cosas que os son tan inferiores? Los que tienen bastante desprecio y olvido de sí mismos para escoger la Cruz como herencia, son los felices en este mundo; pues cuando se sabe cifrar su dicha en padecer, de qué paz tan dulce disfruta el alma!

«¿Has visto alguna vez esas estampas donde se representa a la muerte segando vidas con su guadaña?

(1) Santa Angela de Foligno.

pues bien, este estado es el mío, paréceme que la siento destruyéndome de ese modo; para la naturaleza es penoso, y te aseguro que si en esto me detuviera, solo experimentaría mi cobardía para padecer; mas dejando ese mirar humano, luego «abro los ojos de mi alma a la luz de fe», y la fe me dice que el autor de semejante destruccion es el amor; éste es el que me consume lentamente; entonces gozo inmensamente y me entrego como presa a su fuego devastador.

«Cuán despreciables se nos hacen las cosas visibles, cuando consideramos nuestra eterna predestinacion! Oye lo que dice San Pablo: *«A los que Dios conoció en su presciencia, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes a la imágen de su Hijo»*.⁽¹⁾ No está todo aun; vas a ver, hijita mía, que tú eres del número de los conocidos en la presciencia de Dios; pues prosigue el Apóstol: *«a estos que pre-destinó, tambien los llamó»*; ⁽²⁾ por medio del bautismo te hizo hija de adopcion, señalándote con el sello de la Trinidad Santísima; *«a los que ha llamado, tambien los ha justificado»*; ¡qué de veces lo fuiste por el sacramento de penitencia y todos aquellos toques de Dios en tu alma, sin que te dieras cuenta de ello! y *«a los que ha justificado, tambien los ha glorificado»*.⁽³⁾ Esto es lo que te aguarda en la eternidad; pero ten presente que nuestro grado de gloria ha de ser el grado de gracia en que nos halle Dios en el instante de nuestra muerte. Dale pues lugar a que lleve a

(1) Rom., XIII, 29. — (2) Ibid., 30. — (3) Ibid.

cabo en ti la obra de tu predestinacion, y con este fin escucha el programa que San Pablo va a indicarte: «*Seguid los pasos de Jesucristo, arraigados en Él, sobre edificados en Él.*» (1) Si, hijita de mi alma, *sigue los pasos de Jesucristo*; tu alma necesita esa vía dilatada, no has nacido para los estrechos senderos de aquí abajo; procura pues estar *arraigada en Él*, y para ello desarraigada de ti misma, es decir, negándote cuantas veces das contigo; *permanece edificada sobre El*, muy alto, por encima de todo lo que pasa, allá donde todo es pureza, todo luz; *vive confirmada en la fe*, es decir, no obres sinó bajo la magna luz de Dios, nunca a impulso de impresiones, de fantasmas de la imaginacion; cree que Él te ama y quiere ayudarte por sí mismo en las luchas que has de sostener; ten asimismo fe en su amor, en *su excesivo amor*; procura sustentar tu alma con los grandes pensamientos de la fe, que nos revelan nuestra riqueza y el fin para el cual Dios nos ha sacado de la nada; y si en estas esferas vives, tu piedad será verdadera. Qué cosa tan bella es la verdad, la verdad del amor: «*Él me amó y se entregó él mismo por mí.*» (2) En esto consiste, amiguita mía, el ser verdadera. Luego, en fin, crece en gratitud; es la palabra postrera del programa, y su natural consecuencia; si andas arraigada en Jesucristo, confirmada en la fe, vivirás en accion de gracias y en la dileccion privativa de los hijos de Dios. No acierto a comprender como el alma que

(1) Coloss., 11, 7. — (2) Galat., 11, 20.

ha sondeado el amor que Dios le tiene, pueda dejar de estar gozosa siempre en medio de cualquier sufrimiento o dolor.

»Ahora me pregunto lo que Nuestra Reverenda Madre va a pensar de este *diario*; ya no me permite casi escribir, por ser extrema mi debilidad, a cada instante me siento desfallecer. Acaso sea esta carta la postrera de tu Isabel; mucho tiempo me ha llevado el escribirla, lo cual te explicará su incoherencia; pero parece que esta tarde no puedo decidirme a dejarte. Hállome en soledad, son las siete y media, la comunidad está en el recreo; y yo, a solas con solo Dios en esta celdita, llevando mi cruz con mi Maestro muy amado, me imagino que ya se me ha entreabierto un poco el Cielo; en proporción de mi sufrimiento, se acrecienta mi dicha. ¡Si supieses el sabor que se halla en el fondo del cáliz preparado por el Padre celestial!

»A Dios, pequeñita mía: que *a la sombra de sus alas* ⁽¹⁾ Él te guarde de todo mal ».

(1) Ps. XVI, 9.

CAPÍTULO XVI

Últimos consuelos.

Rebosando caridad El 4 de octubre. - Las fiestas del Triduo. —
En sociedad con el amor. - Los preparativos de una toma de
hábito. — Durante la ceremonia. — *Fuego abrasador.*

Ya nos acercamos a las últimas semanas de nuestra jóven hermana Isabel de la Trinidad. Su pobre estómago se hallaba en tal estado, que no se sabía ya cómo sostener a esta generosa víctima, que iba acabando de consumirse en el fuego del amor y del dolor. «Hago lo posible por no morir de hambre solo por el amor de Dios», escribía a su familia, que se ingeniaba para proporcionarle algún alivio. A pesar de hallarse tan exhausta de fuerzas, nuestra querida hija se estaba levantada la mayor parte del día. Multiplicaba y prolongaba sus visitas al Santísimo, y trabajaba aun, suplicando se lo permitieran por lo menos una media hora; y cuando se vio obligada a declararse vencida por la enfermedad, siguió ocupándose en componer las flores de la sacristía, y en prestar en derredor suyo mil menudos servi-

cios, comunicando a todo cuanto hacia el sello de orden y esmero que la caracterizaban.

A semejanza del divino Maestro cuando estaba al punto de dejar a los suyos, Sor Isabel de la Trinidad hallaba aun en su caridad expansiva fuerzas para derramar lo superabundante de su corazon en aquellos que solicitaban este consuelo supremo. Iremos reuniendo a continuacion sus postreras cartas, cual suele juntarse aromas para la confeccion de perfumes, pues «la fragancia que difunde *Laus gloriæ* brota con abundancia de sus páginas como de humeante incensario».

A UNA RELIGIOSA CARMELITA.

«Antes de volar al Cielo, quiero que tenga V. C. por seguro que rogaré mucho por ella en la mansion del Padre.

»En el foco del amor le doy cita, allí es donde ha de trascurrir mi eternidad y puede V. C. ya desde la tierra empezar la suya. Hermana mía querida, allí tendré mucho celo por su perfeccion, pues es cosa natural en el que ama desear el bien del ser amado. Creo que mi mision en el Cielo ha de consistir en atraer las almas al recógimiento interior, ayudándoles a salir de sí mismas para adherirse a Dios con un sencillo movimiento de amor y procurar mantenerlas en ese profundo silencio íntimo que hace a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él.

«Querida hermanita mía, pareceme que ahora estoy

viendo todas las cosas en la luz de Dios; y si de nuevo empezara mi vida, cuánto quisiera no perder un instante! A nosotras, esposas de Cristo, en el Cármen ya no nos es licito hacer otra cosa sinó amar y practicar lo divino; y si por acaso desde el seno de la luz viese a V. C. apartarse de esta única ocupacion, bien pronto acudiría para llamarla al órden; consiente en ello, verdad? Ruegue por mí, y ayúdeme a disponerme para *la cena de las bodas del Cordero*; ⁽¹⁾ mucho hay que padecer antes de morir, y cuento con la ayuda de V. C. A mi vez la asistiré en el momento de su muerte. Mi Maestro me apremia, ya no me habla mas que de eternidad..., de amor... Es esto tan serio, tan grave!...

A Dios, no tengo ni fuerza, ni licencia para escribir mas extenso; pero ya conoce V. C. el dicho del Apóstol: «*Nuestra conversacion la tenemos en el Cielo.*» ⁽²⁾ Hermanita mía, vivamos de amor, para morir de amor y para glorificar a Dios todo amor».

in Laudem gloriae.

A una postulante de quien fue *Angel* en el Cármen y tuvo que volver a su familia por razon de circunstancias particulares:

«Mi queridito *Tobías*, la carta de V. ha conmovido dichosamente mi corazon de *Angel*; gozosa estoy de que advierta V. cuán verdadero es que no me separo de

(1) Apoc., XIX, 9 — (2) Philip., III, 20.

V. Mis oraciones y padecimientos son las alas a cuya sombra cobijo a V. para *guardarla en todos sus caminos*. (1) Con qué gozo sufriría los mas vivos dolores por alcanzarla cada vez mayor fidelidad y mas amor. Es V. hija predilecta de mi alma, y quiero ayudarla, constituirme su ángel, invisible pero siempre presente para socorrerla.

»Hermanita mía, tengo para mí que el amor es el que no sufre nos detengamos largo tiempo aquí abajo; San Juan de la Cruz lo dice expresamente, escribiendo un capitulo admirable en el cual describe la muerte de las víctimas del amor y los últimos asaltos con que suele acometerles.

»*Es nuestro Dios fuego abrasador*; (2) si nos mantenemos unidas siempre a Él con un mirar de fe simple y amoroso, si al declinar el día podemos decir como nuestro adorado Maestro: «*Porque amo a mi Padre, siempre hago lo que es de su agrado*, (3) Él procurará medios de que nos consumamos, y cual dos centellitas iremos a parar al inmenso foco del amor, para arder en él a contento por toda la eternidad.

»Me dice V. que pida a Dios una señal para saber si volveremos a vernos, si V. vendrá de nuevo a tomar puesto al lado de su *angelito*; mas, aunque mi deseo de complacerla sea intenso, no puedo hacerlo; pues temo sea contrario a la sencillez del confiado abandono, y no tengo gracia para ello; pero sí puedo decir que V. es

(1) Ps. xc, 11. — (2) Heb., viii, 29. — (3) Joan., viii, 29.

amada, en extremo amada de nuestro soberano Señor, y que, seguramente, Él la quiere a V. por suya. Él tiene para su alma celestiales celos, celos de divino Esposo. Guárdele V. dentro de su corazón « solo y aislado»; que el amor sirva a V. de claustro, así le tendrá V. consigo en todas partes, y en medio de cualquiera multitud disfrutará de la soledad.

«He leído que *«el mas santo es el que mas ama, mas contempla a Dios y logra satisfacer con mas plenitud los anhelos de su mirada»*: sea este nuestro programa.

«Adios; todo me habla de mi marcha para el Cielo! si supiese V. la gozosa y apacible serenidad con que aguardo el eterno divinal careo! En el seno de la luz deslumbradora estaré yo continuamente inclinada hacia *mi hijita* a fin de guardarla cual bella azucena para nuestro Señor, y que pueda Él cogerla dichosamente para su jardín virginal y reposar su amorosa mirada en esa flor con tanto esmero por Él cultivada».

A LA MISMA.

«Nunca experimenté tanto anhelo por cubrirla a V. de oraciones; cuando se hacen mas agudos mis dolores, tan apremiada me siento de ofrecerlos en favor de V., que no puedo dejar de hacerlo. Acaso estaría V. sufriendo? Le doy todos mis padecimientos, puede V. disponer de ellos con entera libertad.

«Qué felicidad es la mía al pensar que mi buen Jesus no tardará mucho en venir a llamarme! Cuán

placentera es la muerte para aquellos a quienes Dios guardó para sí!

» Mas que nunca he de ser su ángel en el Cielo; me hago cargo de cuánto necesita ser preservada mi hermanita en medio de ese París donde transcurre su vida. San Pablo dice que Dios quiere « *seamos puros y sin mancha en su presencia por la caridad* ». (1) Ah, cuánto lo pediré que este generoso decreto de su voluntad se cumpla en V., y para lograrlo oiga V. el consejo del mismo Apóstol: « *Seguid los pasos de Jesucristo, arraigados en Él, edificados en Él, confirmados en la fe, y creciendo mas y mas en Él*. » (2) Mientras esté contemplando a la Belleza ideal en su infinita claridad, le pediré que se imprima en el alma de V., a fin de que sea V. ya desde esta tierra, donde todo es mancilla, bella por su belleza, y luminosa por su propia luz.

» A Dios, dele V. gracias por mí, pues mi dicha es inmensa. Le doy a V. cita en la herencia de los santos, (3) allí es donde, en medio del coro de las vírgenes, de aquella generacion pura como la luz, hemos de cantar al *Cordero* el sublime cántico, el *Sanctus* perenne, bajo los resplandores de la faz de Dios; entonces « *de claridad en claridad nos veremos transformados en su misma imagen* ». (4)

(1) Eph. 1, 4 — (2) Coloss. 1, 7. — (3) Ibid., 1, 42 — (4) II Corint., III, 18.

A UNA AMIGA.

Octubre 1906.

«Aproxímase la hora de mi tránsito de este mundo a mi Padre; quiero antes de marcharme enviar a V. una palabra de mi corazón, un testamento de mi alma. Nunca estuvo el divino Maestro tan rebosante de amor como en el instante supremo en que iba a separarse de los suyos; algo análogo experimenta el alma de su pequeña esposa en el ocaso de su vida, pues siento como oleadas de amor que desde mi corazón fluyen hacia el de V.

»A la luz de la eternidad el alma ve las cosas tal como son. Oh, cuán vacío resulta todo lo que no se ha hecho por Dios y con Dios! Le suplico a V. cuide mucho de que todas sus obras lleven impreso el sello del amor, porque solo esto es perdurable. Cosa muy seria es la vida, cada instante de ella es un don que Dios otorga para que vayamos *arraigándonos mas en Él*, según expresión de San Pablo, para que nuestra semejanza con nuestro divino modelo se haga mas expresiva y mas íntima la union. Para poner por obra este plan divino, que es del mismo Dios, consiste el secreto en olvidarse, negarse, no hacer aprecio de sí mismo; contemplar al divino Maestro, mirar solo a Él, recibir con igual tranquilidad el gozo o el dolor, como procediendo directamente de su amor, lo cual encumbra al alma a alturas enteramente serenas.

»Le dejo a V. mi fe en la presencia de Dios, de

Dios todo amor, que mora dentro de nuestras almas; a V. se lo confío: esta intimidad con Él « dentro de mí » es lo que constituyó el sol hermoso e irradiador de mi vida toda, trocándola en un cielo anticipado; es asimismo lo que me sostiene en medio de mis dolencias; ya no me inspira miedo mi flaqueza, antes bien, acrecienta mi confianza, porque el *Fuerte* ⁽¹⁾ mora en mí, y su virtud todopoderosa obra, según dice el Apóstol, de un modo que *sobrepuja a cuanto podemos esperar*.

A Dios; cuando esté yo allá arriba, me permitirá V. que la ayude y aun la reprenda si advierto que no se entrega toda al divino Maestro; lo haré porque la amo.

También protegeré a sus dos prendas queridas y pediré todo cuanto V. necesita para que de ellas haga dos almas bellas, hijas del amor. Que Él se digne guardar a V. del todo suya, del todo fiel; en Él quedaré siempre suya afectísima.

Para su familia del claustro, sobre todo, tenía Sor Isabel finezas encantadoras, palabras profundas que llevaban consigo luz y vida. Testimonio de ello es la siguiente esquelita que depositó en una celda con motivo de un aniversario de profesión. Colócase discretamente bajo el dictado de la Santísima Virgen, cuya imagen sirve de encabezamiento a estos renglones que tan inspiradamente mueven al recogimiento:

(1) Is. LX, 6.

«Entre mis brazos hizo Jesús al Padre su oblacion primera, y me manda que venga a recibir la tuya Te traigo un escapulario ⁽¹⁾ como prenda de mi proteccion y de mi amor, como «señal» del misterio que en ti va a verificarse. Hija mía, vengo para terminar de revestirte de Jesucristo, a fin de que arraigues en Él, con la profundidad del abismo, y el Padre y el Espíritu de amor; para que permanezcas edificada sobre Él, que es «tu roca y tu alcázar fuerte», y confirmada en esta fe del amor inmenso que desde el ingente foco vierte sus raudales al fondo de tu alma; este amor todopoderoso obrará en ti cosas grandes, puedes dar crédito a mi palabra, es la palabra de una Madre, y el corazon de esta Madre se estremece al ver con qué especial cariño eres amada de Él. Oh, permanece estable en tu profundidad!

» Ya viene el Esposo... con sus dádivas todas viene; cubierto está de su amor abismal como de un vestido.

» Silencio, Silencio, Silencio! ... »

Ese mes de octubre reservaba a Sor Isabel de la Trinidad los últimos gozos en el destierro. Ansiaba vivamente asistir a la fiesta íntima con la cual solemos honrar cada año el tránsito bendito de nuestra seráfica Madre. Este deseo, confiado al corazon de la santa, se cumplió contra toda prevision. Por la tarde de ese

(1) Amable siempre y animada de espíritu de fe, la joven *ropera* habia esperado esta ocasion para entregar a su hermana, bajo forma tan graciosa, el hábito benlito de Nuestra Señora.

día, tomando ocasion de un cambio de vestido, solicitó el permiso para renovar la ceremonia de su toma de hábito, la cual se verificó junto a la tribuna, mirando al sagrario. Con qué espíritu de fe quiso sujetarse a los pormenores del ceremonial, sin dispensarse siquiera del gran postramiento! Aquella tarde con honda emocion la vimos volver al coro despues de siete meses de ausencia; débil y vacilante, casi envuelta en la penumbra, aparecía arrobada en fervorosa plegaria, que habría de ser la postrera que dirigiese al Cielo en esos lugares llenos de gracias y gratos recuerdos.

Con suave alegría se postró delante de la reja testigo de la oblacion del 8 de diciembre ⁽¹⁾ y de la consagracion del 21 de enero; ⁽²⁾ puso su alma toda en un *Suscipe* supremo, que nuestra Santa Madre debió de ofrecer como alabanza de gloria a la Trinidad Santísima, y luego, radiante de celestial embeleso, regresó a su « soledad amada » para consumir allí el don de sí misma que con tanta sinceridad había reiterado.

Sus hermanos, que habian prometido su concurso musical para las fiestas que en honor de las Bienaventuradas Mártires de Compiègne estábamos preparando, vinieron a ejercitarse una tarde en la capilla, y Sor Isabel advirtió con qué delicadeza su querida Margarita acompañaba la voz de su esposo, dándole mas realce, a la vez que velaba la propia.

« Así debo de ser yo, decía, instrumento del que

(1) Su toma de hábito. — (2) La imposicion del velo.

pueda sacar el divino Maestro las armonías que mas le agraden, limitándome a secundar su acción por la correspondencia a sus gracias, y desaparecer para rendir a Él toda la gloria». Las cosas mas insignificantes le daban motivo para elevarse hacia Dios, o mejor dicho, nada era parte para que volviera a descender a este suelo. «Ya solo tiene en él los pies, decía a su madre un religioso; el corazon, el alma y la mente están en el Cielo.»

Desde su diminuto santuario, del cual pendía el cuadro de las Bienaventuradas, pudo Sor Isabel asistir a nuestras hermosas solemnidades, y merced a las numerosas misas que se celebró durante estos tres dias unirse mas íntimamente con la Víctima Santa. Hallándose al lado del Santísimo, complacíase en decir, apropiándose este versículo del Salmista *«A la diestra del Rey asiste la Reina»* (1) del puesto que ocupó al lado de Aquel que me ha constituido Reina me aprovecho para obtener de su corazon gracias numerosas».

Solicita sobre todo por los jóvenes levitas que habían acudido para oír las sublimes y profundas enseñanzas que se nos suministraba, suplicaba a su «Consejo todopoderoso» les hiciese experimentar en lo íntimo del alma esa unción misteriosa de que fue penetrada en otro tiempo por la divina eficacia de la misma palabra. El día 15, festividad de Santa Teresa, Monseñor Dadoile, entonces nuestro Obispo y Padre

(1) Ps. XLIV, 11.

venerando, enalteció la gloria de las Bienaventuradas, que juntaban a la virginal blancura la púrpura de su sangrienta inmolacion. La coincidencia de ambas fiestas invitaba al orador a que presentara tambien la vida de nuestra seráfica Madre con el resplandor de un martirio, el mas cumplido don de sí mismo, el amor supremo, desarrollando este tema en un notabilísimo discurso, cuyo calor comunicativo penetró en las almas. Al retirarse del santuario, llevaba en su corazon Sor Isabel de la Trinidad el anhelo aun mas imperioso de dar a su Dios la medida de su amor por medio del sacrificio absoluto de sí misma. Tuvo a bien el Prelado concederle en la reja del locutorio esa bendicion de Padre y de Pontífice que la pequeña hostia de alabanza aguardaba como consagracion postrera.

Otro consuelo le deparó Nuestro Señor al enviar a nuestro Cármen con motivo de esas fiestas al religioso dominico de quien recibió su alma ese influjo de gracia al cual la hemos visto corresponder con tanta fidelidad. Como diese ella a conocer al Rvdo. Padre su anhelo por padecer, él le dijo que no se concretase a esto, sinó que se entregase simplemente a Dios, dejándole la libertad de obrar sin determinarle sus caminos.

Orientada desde entonces su alma hacia las cumbres que se elevan mas allá del sufrimiento, nos aparecía cada vez mas luminosa y, a pesar de sus dolores, como si habitara ya en el cielo de la gloria. « A mi lado, exclamaba, siento al Amor como un ser viviente que me está diciendo: « Yo quiero vivir en sociedad

contigo; y con este fin quiero que sufras sin pensar que estás sufriendo, entregándote dócil a mi acción ».

Otro recuerdo de ese mes de octubre nos demuestra a Sor Isabel olvidándose siempre en pro de la caridad. Una postulante de *velo blanco*, compañera suya de noviciado, iba a recibir el santo hábito; ofreciose Sor Isabel a componer su blanca vestidura, y dedicó a este sencillo trabajo su corazón y últimas fuerzas. Al considerar el acierto y el exquisito gusto con que disponía todas las cosas, así como su animosa presteza para preverlo todo, hasta sus menores detalles, a fin de resguardar el recogimiento de la joven novicia en la mañana del día solemne: quién hubiera sospechado que a la semana siguiente había de quedar prostrada en la cama para no volver a levantarse! Y sin embargo, el desfallecimiento de su pobre cuerpo, semejante a un esqueleto, que necesitaba todas las energías del alma para realizar los menores movimientos, anunciaba sobradamente el próximo fin: sus dedos, que con mucho trabajo trazaban el dobladillo de la falda que estaba probando, caían a veces hasta el suelo; la pobre joven sonreía, pero no admitía que alguna otra la reemplazase; pues la sostenía su caridad dándole a entender que su trabajo había de causar la dicha de su feliz hermanita.

El 22 de octubre, durante la ceremonia de toma de hábito, recogida Sor Isabel en su puesto acostumbrado, experimentó una satisfacción soberana al pensar que en breve plazo hallaríase expuesta para una

ceremonia muy distinta en el mismo lugar donde estaba prosternada la jóven novicia. Ay, tres semanas mas, y esta su esperanza se veria cumplida.

En la tarde de este día, escribía desde el *Palacio del dolor* por vez última: «Mi sacerdote amado, ⁽¹⁾ su tierna hostia padece mucho, mucho, está físicamente como en agonía y se siente muy cobarde, cobarde hasta gritar. Mas el Ser que es la plenitud del amor la visita, le hace compañía, la admite a su sociedad dándole a la vez a entender que mientras la deje sobre la tierra habrá de proporcionarle el dolor. Madre mía, me siento inspirada para preparar a V. R. una hermosa fiesta de Todos los Santos, de principiar para V., si me la permite, una novena de sufrimientos, en la que cada noche, mientras esté V. descansando, iremos a visitarla con la plenitud del amor».

Aumentaba a la sazón sus dolores una gran inflamación interior que literalmente la abrasaba; hablaba con mucha dificultad, mas en su semblante resplandecía el mas intenso júbilo: «*Dios es fuego abrasador*, decía, su acción es lo que estoy sufriendo».

«Nunca jamás olvidaré, nos escribe un religioso, la extraña impresión que recibí al dar la sagrada comunión a vuestro querido ángel, tres semanas antes de su muerte: aunque me lo habían avisado, me causó tan honda emoción el ver aquella lengua encendida como

(1) En aquellos últimos tiempos, hecha «hostia de alabanza», complacíase en apellidar «su sacerdote» a la Priora en cuyas manos se había verificado su oblación e iba a consumir su sacrificio supremo

el fuego, que al depositar en ella la sagrada forma, me temblaba la mano. Considero como una de las finezas del Corazon de Jesus en el ejercicio del ministerio santo, el haberme otorgado el consuelo de dar la comunión a aquella angelical criatura a quien iba Él sin demora a coronar en el Cielo. Parecía que Nuestro Señor quería darme a entender que el amor que abrazaba el alma de su santa víctima era aun mas ardiente que el fuego que consumía su lastimado cuerpo ».

Así sucedía en efecto, y Sor Isabel de la Trinidad se entregó tan plenamente a su accion, que la *viva llama de amor* que ardía en su pecho, acabó por abrazarla de un modo verdaderamente divino. Una mañana acogió a la Madre Priora diciéndole: « Oh, Madre, un momento mas, y V. R. no volvía a encontrar en este mundo a *Laudem gloriæ*. — Cómo puede ser esto? — Anoche mi alma se hallaba en una especie de impotencia, cuando de pronto sentime invadida por el Amor. No hay palabra para expresar lo que experimenté, era fuego de infinita suavidad, que al propio tiempo me causaba herida mortal; creo que si esto se prolongara hubiese sucumbido ».

Así iba extinguiéndose esa vida toda de amor, que puede resumirse en la palabra evangélica pronunciada en loor de Santa Magdalena: « *ha amado mucho* », (1)

Hablando de tales predestinados, dice San Juan de la Cruz: « que mueren con ímpetus y encuentros sabro-

(1) Luc., v. 1, 47

sos de amor, como el cisne, que canta mas suavemente cuando se quiere morir. Por eso dijo David que *la muerte de los justos es preciosa*, (1) porque allí van a entrar los rios de amor del alma en el mar del Amor... juntándose allí el principio y el fin, lo primero y lo postrero, para acompañar al justo que va y parte a su reino». (2)

Con la conclusion del comentario de nuestro bienaventurado Padre, acabase la historia íntima de Sor Isabel de la Trinidad:

« Oh, llama del Espíritu Santo, que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu glorioso ardor! si no era oída cuando el amor impaciente no me dejaba conformar tanto con esta condicion de vida que tú querías aun viviese... ahora que estoy tan fortalecida en el amor, que no solo no desfallece mi sentido y espíritu en ti, mas antes fortalecidos de ti mi corazon y mi carne se gozan en Dios vivo, con grande conformidad de las partes, donde lo que tú quieres que pida, pido, y lo que tú no quieres no quiero... oye mi peticion: rompe la tola delgada de esta vida y no la dejes llegar a que la edad y años naturalmente la corten, para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma sin término e sin fin ». (3)

(1) Ps. cxv, 5.—(2) Llama de amor viva, Cancion 1, verso vi.—
(3) Id. estrofa 1.

CAPÍTULO XVII

Desde el Calvario al Cielo.

Ultima visita en el locutorio. — La gloria y el amor. — Extrema-
Uncion. — Impresiones de gracia experimentadas al lado de
la angelical moribunda. — Ensueño simbólico. — El *Ange-
lus* — El Cielo. — Las Dedicaciones.

El lunes 29 de octubre volvió a ver Sor Isabel a todos los suyos en el locutorio; con ellos venían las sobrinas, dos hermosos angelitos a quienes su madre hizo arrodillar cerca de la reja. «Entonces, nos dice D^a María Catez, con cierta majestad imponente alzó su gran crucifijo y les dió su bendicion, despues de haberlas contemplado largo rato con amor. Tenia a caso el presentimiento de no volver a verlas?... Parecían algo mejorada, hablaba con mas facilidad y platicó con nosotros largo tiempo, haciéndonos sus postreras recomendaciones. Sin duda, tuvo Dios compasion de nosotros, dejando que guardásemos en nuestros corazones la ilusion de poder ver todavía mas veces a nuestra querida carmelita. En el momento de la despedida tuvo el valor de decirme: «Mamá, cuando la

hermana tornera vaya a avisarte de que he acabado de padecer, caerás de rodillas diciendo: « Dios mío, me la habíais dado, os la devuelvo, bendito sea vuestro Santo Nombre ».

El día siguiente, Sor Isabel ya se hallaba incapaz de salir de la enfermería. « Allí entré durante el día, dice la Madre Priora, y advertí que estaba muy pálida; no obstante, iluminaba su rostro una expresión de felicidad. Mostrome un cuadro colgado en la pared, y me habló de este modo: « Contemplando hace poco a nuestra santa Madre, pensaba en su gloria, y que su pobre hija estaría muy lejos de ella en el Cielo, cuando al punto en lo interior del alma oí que la gloria de Santa Teresa no era tanto el premio de sus grandes obras, como el de su amor; lo cual me ha consolado sobremanera: nos hemos amado tanto! (añadió, estrechando sobre su pecho el crucifijo del hermoso día de su profesión). Esta luz viene a confirmar en el ocaso de mi vida todos mis anhelos de gracia... en adelante solo quiero vivir de amor ».

Así preparada de un modo mas inmediato a la fase postrera que en aquel día empezó, había de mantenerse en « *compañía del Amor* » mientras duró su prolongada y dolorosa agonía.

El 30, por la tarde, D^{ña} María Catez vino a preguntar por su hija. « Aproveché esta oportunidad, dice la hermana portera que halló en la enfermería a la Madre Priora, para encomendar a Sor Isabel de la Trinidad varias cosas de mucho interés para mí;

aunque no contestó a ellas de un modo preciso, hablóme con efusión, pero también con sencilla y solemne gravedad a la vez; parecía dictarme un testamento, acompañándole con pronósticos que se han realizado. No hable más, querida hermana, le dije, se está V. cansando, y por otra parte tengo que transmitir mi mensaje a su buena madre. « Dígale V. C. que me muera, contestó la amada enferma, ya no puedo más ». Quedé atónita al oírla expresarse en tales términos, y admiré una vez más la energía de esta alma que para mi consuelo había sabido de tal modo dominar su sufrimiento ».

Como se le invitase a que descansara más: « Oh, no, contestó Sor Isabel, estoy tan exhausta de fuerzas, que si lo hiciera temería no poder levantarme más ».

En la noche del mismo día, hacia el fin de Maitines, sintiose impulsada la Priora a ir a visitar a su hija amadísima; la pobrecita la estaba aguardando ya con angustia, temiendo morir en su ausencia, pues sufría un temblor tan fuerte, que le hacía agitarse sobre su lecho. Tranquilizada y luego sosegada, merced a algunos cuidados, se adormeció un poco; hacia las tres de la madrugada un leve ruido hizo que acudiese la Madre: Sor Isabel padecía mucho, y pensaba que había llegado por fin al término ansiado; así es que dejó se desbordara su alma en el corazón maternal que estaba velando al lado de su cabecera... Hora inolvidable!... El Cielo parecía entreabierto a la vista de la dichosa jóven, tan perfectamente desprendida y anhelosa de

emprender el vuelo al primer llamamiento del celestial Esposo .

Su debilidad era extrema , por cuyo motivo se le otorgó de nuevo la gracia de la Extrema-Uncion , la mañana del 31 de octubre , vigilia de una fiesta que tan grata era para su fe .

Llenábase de júbilo Sor Isabel cada año con el hermoso oficio de Todos los Santos , abrigando la esperanza de ir a juntarse a la *magna multitudo* que San Juan divisó *ante el solio del Cordero* . (1)

Al medio día , cuando las campanas de las diferentes parroquias tocaron a el *Angelus* , exclamó : « Oh , Madre , esas campanas me llenan de alegría ; tocan a el éxodo *Laudis gloriæ* ; ya por mi profesion repicaron todas las de la ciudad ; ahora voltean por mi tránsito de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante ; esas campanas van a hacerme morir de gozo ; vámonos pues » !... y alzaba sus brazos al Cielo .

Creimos el día de Todos los Santos que la hora suprema había llegado , reuniéndose la comunidad en la enfermería para rezar las preces del Manual ; mas salió Sor Isabel de la postracion en que se hallaba , y cerciorándose de que estaban todas las hermanas presentes , pidió perdon en términos enternecedores ; luego , para corresponder a un deseo que se le había expresado , dejó brotar de su corazon las siguientes palabras : « *Todo se pasa ... en el caer de la vida solo*

(1) Ap. VII. 9.

el amor permanece . Menester es hacer todas las cosas por amor ; es necesario el olvido de sí incesantemente ; es a Dios tan agradable ese olvido !... Ojalá lo hubiese hecho yo siempre » ! añadió con acento de humildad que nos conmovió . Joven santa ! sin duda manifestabas con estas palabras tu gracia personal , así como el secreto de tu consumacion tan breve .

Las campanas volvieron a repicar ; nuestra hermanita las escuchaba embelesada , mas no oyó todavía el llamamiento divino .

« Si Nuestro Señor me ofreciese elegir la muerte en un éxtasis o en el desamparo del Calvario , la escogería en esta última forma , no en vista del mérito , sinó para glorificarle y asemejarme mas a Él » , dijo en la intimidad algunos días antes ; y al recordarle este su deseo , se consoló y gozó con pensar que iba a cumplirse .

Su propósito tan firme de creer en el amor a pesar de todo , comunicó tal acrecentamiento a su fe , que se vió divinamente alentada con la fuerza de los mártires , durante su propio martirio , así en medio de las flaquezas como en las angustias de su desamparo , que traían a la memoria el del Calvario . « Paréceme , dijo un día , que mi cuerpo está suspendido , y mi alma metida en las tinieblas ; pero esto es obra del amor ; estoy bien cierta de ello , y mi corazon rebosa de júbilo » .

Este júbilo de la parte superior no evitaba que la sensibilidad , presa de una especie de agonía , viniese

a agregar su género de aflicción a todo cuanto tenía que soportar la querida enferma. « Si hubiese muerto en mi estado de alma anterior, hubiera resultado demasiado grato; ahora muero en la fe pura, y lo prefiero; de este modo estoy mas semejante a mi Maestro y mas en la verdad ».

El anhelo por conformar con el divino Crucificado hacía que recibiese con sonrisa angelical cada nuevo dolor. A fines de octubre, su estómago, casi acabado, admitía apenas algunos caramelos. ⁽¹⁾

Desde el día de Todos los Santos el ayuno de Sor Isabel era absoluto, pues no podía pasar siquiera una gota de agua sin padecer recios dolores; su boca abrasada desde hacía tres semanas seguía resecaéndose cada día mas, y una ardiente sed, que no podíamos de modo alguno mitigar, agravaba su tormento. Es un rasgo mas de semejanza con Nuestro Señor sobre la cruz, le decíamos. « Ah, sí, contestaba, esto me emboleza; no tiene límites la delicadeza del Señor; nada olvida de cuanto pueda asociarme a sus dolores ».

La sagrada Comunión del 1º de noviembre fue para ella la postrera del destierro; en el estado que acabamos de referir no hubiera podido tomar siquiera una partícula de la Sagrada Forma: cuando le hablaban del gran sacrificio que el verse privada de su Dios

(1) Hasta la indicada fecha, desde los comienzos de su enfermedad, mantúvose Sor Isabel solo con leche; el contenido de un vaso próximamente bastaba para sus *cuatro comidas*, según expresión suya. Este ángel terrenal sustentábase de Dios, que le comunicaba de un modo visible su fortaleza.

debía causarle, decía: « En la cruz le hallo, ahí es donde me comunica Él su vida » .

Desde hacía algunos años, una inclinacion especial para bañar su alma en la sangre preciosa del Salvador excitaba en ella vivo deseo del sacramento de la Penitencia. Frecuentemente le otorgó esa gracia nuestro Padre Capellan en el curso de la postrera y tan dolorosa semana, acompañando el desempeño de su ministerio con aquellas exhortaciones que alientan y sostienen en lo mas recio de la prueba, y de las cuales había disfrutado tan ampliamente durante su vida religiosa.

Al ver los agudos dolores cerebrales que experimentaba la enferma, temimos le sobreviniese una meningitis, pero conseguimos conjurar el peligro merced al hielo que incesantemente se le aplicaba, y que se derretía instantáneamente por el calor intenso de la cabeza, pues parecía que su cerebro estaba hecho fuego. Los ojos de la pobre jóven, inyectados de sangre y continuamente cerrados, no debían abrirse ya mas antes del instante supremo, y su voz no podía casi percibirse. Entonces comprendimos mas claramente hasta qué punto su alma, que siempre dominaba al estado físico, se hallaba abismada en Dios. En efecto, hasta ahora todavía era perceptible su aplicacion interior, aun con los dolores que la atormentaban; mas llegó a tal punto que apenas podía encauzar sus pensamientos; y, no obstante, tan habitual le era ya la union con Dios, que seguía perseverando en ella en medio de

todo. Viendo su postracion, quiso una religiosa dirigirla una frase de aliento, pero quedó asombrada al oirla articular palabras cuya profundidad revelaban cuán viviente para Dios permanecía la que al parecer era ya una finada. Idéntica impresion experimentaron otras religiosas durante esos nueve días, cual si fuera la suprema gracia que nos dejaba esa seráfica criatura, estampándola en nuestras almas, como recuerdo indeleble, como ideal que debemos tratar de poner por obra.

En el último límite de su postracion Sor Isabel de la Trinidad aceptaba con gratitud que rezasen a su lado las oraciones conocidas con el título de *Ejercicios de santa Gertrudis*, y daba a entender que experimentaba con ellas gran consuelo, exclamando con esfuerzo « *Gertrudis!...* » cuando habian terminado, para que se repitiese aquellos suspiros, aquellos arranques de un corazón anhelante de la divina unión, que tan perfectamente expresaban sus propios sentimientos: « *Oh, Amor, Amor! no tardes en celebrar para mi la solemnidad de las bodas eternas!... Oh, Amor, acude presuroso a saciar mis anhelos... lleva a cabo lo que comenzaste* ». A estas palabras: « *Alabaos Vos mismo en Vos, alabaos Vos mismo en mi y por mí* », se estremeció y murmuró: Oh, si, así es »!

« Consuelo mas bien que cansancio causaban las vigiliias junto a la cabecera de la querida hermanita, refiere una de sus enfermeras; llegarse a ella causaba verdadera alegría. Cuando tenia la suerte de tocar los

miembros de su virginal cuerpo, la fragancia de pureza que de él emanaba me envolvía; sentía yo tan seguramente en ella la presencia de Nuestro Señor, que la besaba las manos con igual fe y respeto que si hubiese besado las de Jesús crucificado; y dejábamelo hacer con sencillez, diciendo: « es por Él ».

» Siempre tengo presentes los momentos que precedieron a su feliz muerte; aun la estoy viendo en actitud de atleta victorioso que llega al fin de su carrera; parecía que estaba repitiendo por cuenta propia el dicho del Apóstol: « *He combatido con valor, he concluido mi carrera* ». (1) Reina soy por eternidad ».

Reina éralo ya cuando subía su Calvario a la diestra del divino Rey, con una dignidad que nos llenaba de admiración, y que había de conservar hasta el fin. « Quiere Nuestro Señor que yo me encamine a mi pasión con majestad de reina », dijo unos meses antes, dando con esto a entender cómo deben padecer las esposas de Cristo crucificado. Así es como llevó su cruz, animada siempre por la divina fortaleza, que la libraba de los cuidados harto comunes en los enfermos. (2)

(1) II Timot., IV, 7.

(2) « Una noche, dijo en ocasión anterior a una de sus hermanas, mis dolores eran abrumadores, sentí que la naturaleza iba a dominar; traté entonces de despertar mi fe, diciéndome: « No es así como debe padecer una carmelita; luego, contemplando a Jesús en agonía, le ofrecí esos dolores para consolarle, y me sentí fortalecida: lo propio he hecho siempre en mi vida: cuando alguna prueba grande o pequeña se me presenta, considero algo análogo que padeció Nuestro Señor, para confundir mi sufrimiento en el suyo, y a mí misma ».

A ratos recobraba el uso de la palabra, pero la querida jóven solo se valía de ella para alabar a Dios y consolar a sus hermanas. Habiendo indicado a una de ellas la gracia que halló en su nombre *In laudem glorie*, pidióle esta para sí un nombre que le prestara asimismo fortaleza y direccion; y el 30 de octubre hizo Sor Isabel depositar en su celda estas palabritas: *Abscondita in Deo*.⁽¹⁾ « Estaba impaciente, dice esa hermana, por volver a su lado y saber algo mas; pero la enfermedad avanzaba tanto, que recelaba no poder ya oír palabra alguna de sus labios. Cuál no sería mi asombro, cuando el 5 de noviembre, habiéndome quedado a solas un momento con ella, sentí que me estrechaba la mano diciéndome con voz entrecortada y casi moribunda: « Es V. C. *abscondita*? — Si. — Pues bien, Él es quien le ha dado este nombre, lo he entendido. Oh, qué programa! *Abscondita in Deo* viene a ser la separacion de todo lo terreno, una ascension no interrumpida hacia Él. ¡Qué mortificacion, qué oracion, qué olvido de sí mismo exige este nombre! No puedo decirlo todo, pero desde allí arriba ayudaré a V. C. »; y cada vez que yo la veía, solía repetirme: « Yo la ayudaré ».

« Nunca jamás podré olvidar las impresiones experimentadas durante aquellos nueve días, dice la Madre Subpriora: por una parte, me causaba viva emocion la

(1) Colos., III, 3.

vista de aquel cuerpo totalmente lastimado, que traía a la memoria el descendimiento de la Cruz, y por otra, sentía admiración profunda en presencia de una alma, hasta tal grado poseída del gran misterio de la eternidad, a quien ya no le era dable expresar lo que parecía entrever.

» Cuando Nuestra Madre entraba en la enfermería, siempre era acogida con sonrisa indefinible; Sor Isabel intentaba entreabrir sus párpados para verla; mas cuando advertía que su semblante estaba alterado a consecuencia de las vigiliass pasadas junto a su cabecera, echaba mano de todos los medios a fin de que tomara algun descanso, y mostraba la mas instante solicitud por ella. Dijole un día: « En cuanto llegue » cerca de Dios, mi primera oracion ha de ser en pro » de su salud. — No, no, antes bien ruegue V. C. por » mi alma, esto importa mucho mas y es mas urgen- » te. — Es verdad, el alma va antes que el cuerpo; no » obstante, tengo para mí que en el Cielo se puede ocu- » parse en muchos negocios a la vez, pues en el Cielo » está la *Unidad*. » En cuanto se ausentaba Nuestra Madre, solía decirme: « la hostia va a ser consumada, no puede carecer de la presencia de *su sacerdote* ».

En efecto, la asistencia de su Madre Priora constituía un consuelo para la querida hermana; cogía su mano en la suya diciendo: « No me deje, necesito tanto de V. R. para acabar de subir mi calvario. Ah, veo llegar el momento en que tendré que pasar sola por

aquel trance misterioso, que sobrecoge tanto. — Pero la Santísima Virgen estará allí, Ella es quien le dará la mano, y con Madre tan buena nada tendrá que temer V. C. — Si, es cierto, *Janua Caeli* dejará pasar a la pequeña *alabanza de gloria* ... mas, cuán solemne es la hora en que me encuentre!

« Lo de allende este mundo sobrecoge en extremo; parecíame que desde largo tiempo habitaba allí, y, no obstante, me es desconocido ... Oh, cuánto se debe rogar por los agonizantes! De muy buena gana pasaría mi eternidad a su lado para ayudarles, pues la muerte ofrece algo de espantoso ... Terrible debe de ser para aquellos que solo han vivido en medio de los placeres, y que con tantos vínculos están apegados a este suelo. Por lo que a mí hace, aunque libre de todo, segun creo, experimento un sentimiento indefinible, algo de la justicia, de la santidad de Dios. Me hago cargo de que la muerte es un castigo, y me veo tan ruin, tan falta de méritos! Cuánto se debe exhortar a los agonizantes a la confianza »! ...

Las impresiones de la angelical moribunda, unidas a los padecimientos que múltiples complicaciones extendían por todo su ser, recuerdan sus ardientes anhelos cuando, siendo aun jóven, se ofrecía como víctima por los pecados del mundo. Sus votos se veían cumplidos, y junto a ese po'rrisimo lecho, verdadero altar del sacrificio, comprendíamos que el Sumo Sacerdote estaba inmolando su blanca hostia.

« Esté V. C. revestida del Varon de dolores, y bien

conforme con Jesús crucificado », se le dijo un día. « Oh, si », contestó ingenuamente, con acento de verdadera beatitud.

A veces, su rostro nos traía a la memoria ciertas reproducciones de la santa Faz del divino Salvador; esta expresion dolorosa sobrecogía y penetraba a la vez de respetuoso recogimiento. Otras veces, reparábamos en la fisonomía infantil de nuestra hermanita; en efecto, qué bien encarnaba en ella el carácter ingenuo de la infancia! Semejante disposicion, perfeccionada durante el curso de su enfermedad, comunicaba a todo su ser, aun en medio de sus crisis tan penosas, un encanto incomparable; por eso nos complacíamos en ir a visitarla y recoger las palabras que parecia dirigirnos desde los umbrales de la eternidad, por ser tan luminosas y tan oportunas. Hubiérase dicho que escudriñaba el interior de las almas, y nos admiraba ver su presencia de ánimo en el estado agudo de los últimos días. A semejanza de la Venerable Margarita del Santísimo Sacramento, al ser interrogada acerca del auxilio que por aquel entonces recibía del Señor, hubiese podido contestar: « *Inmenso es el auxilio divino* ».

« Oh, Amor, Amor! exclamó una vez al salir de una crisis violenta, tú sabes si te quiero, si ansío contemplarte; tambien sabes cuánto estoy padeciendo, y no obstante, treinta, cuarenta años todavía, si quieres, pronta estoy. Agoté mi sustancia toda por tu gloria, que vaya destilándose gota a gota en pro de tu Igle-

sia»! y mantúvose hasta el fin en estas disposiciones.

Sin embargo, una noche, viéndola padecer mucho, su enfermera le dijo: «Pobre hermanita mía, ya no puede mas V. C.— Ah, no, no puedo mas.— Desea el Cielo?— Si, hasta este momento me he abandonado; pero soy su esposa, y ahora tengo derecho de decirle: Vámonos ya! Los que se aman están impacientes por verse. Oh, le amo > ...!»

Un día, la expresion de su fisonomía dio a entender que en el estado de su alma se había verificado algun cambio. Efectivamente, las *tinieblas* que durante los primeros días de agonía la habían envuelto, dejaron las veces a la luz; mas, ya no le fue dado expresar los secretos que entendía en aquellas regiones tan próximas a la vision de Dios.

Un poco mas tarde habló de un ensueño que la dejó embelesada: «He visto un palacio hermoso, blanco y dorado del todo, y en este palacio una esposa de prodigiosa estatura, pero tan bien proporcionada, que no dejaba de estar adornada de gracia, y su majestad era sin par.— Acaso sería *Laus gloriæ*?— No lo sé, dijo sonriendo, no la he visto de frente, pero era hermosa!... era hermosa! y este ensueño me ha infundido en el alma una alegría del paraíso». ¡Cuántas veces en lo sucesivo pensamos que nuestra querida hermanita sería esa esposa de Cristo, engrandecida por el sufrimiento, ataviada de inocencia y de gracia, en el momento de verse introducida en los atrios celestiales para las bodas eternas!

Una mañana, entreabrió los ojos, inclinóse adelante con trazas de querer darse cuenta de un objeto que divisaba. «Qué hacéis? le preguntaron.—Veo una palma, dijo con ademán de cogerla.—Una palma?—Sí, una hermosa palma.—Acaso será para V. C.?—Lo ignoro; pero no soy egoísta, también quiero para todas mis hermanas».

Algun tiempo después dijo aun, acompañando su frase con gesto que daba a entender se veía envuelta en claridad: «Está lleno de luz!... es grande!... es ...» no pudo acabar.

La antevíspera de su muerte, recobró fuerzas para expresar su felicidad; habiendo confesado el médico, preguntado por ella, la extremada debilidad de su pulso, exclamó: «Es probable que dentro de dos días estaré en el seno de mis Tres: ¿puede haber cosa más encantadora? *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*. Es la Virgen, aquel Ser todo luminoso, todo puro con la pureza del mismo Dios, quien me cogerá de la mano para introducirme en el Cielo, aquel Cielo tan deslumbrador»!... Inundada de los consuelos de su fe, no trataba de disimularlos en presencia del médico; y como este se admirase de semejante alegría, intentó ella explicársela por medio de una comparación hablando del misterio de la adopción divina de un modo tan enternecedor, que muchos ojos se humedecieron al oírla.

Habíase quedado sin fuerzas después de estos arranques, y entró definitivamente en su amado silencio. No obstante, oímosla aun susurrar con dulce voz:

« *Me voy a la luz, al amor y a la vida ...* » Fueron estas las últimas palabras inteligibles que salieron de sus labios.

La noche del 8 al 9 de noviembre le fue sumamente penosa, por haberse añadido la asfixia a sus demás padecimientos. Al amanecer, los dolores agudos se sosegaron; serena y callada, esta virgen sabia y prudente, rodeada de sus Madres y hermanas puestas en oracion, aguardaba en la paz la llegada del divino Esposo. La campana del Monasterio tocaba a el primer *Angelus*; presente de un modo invisible, la Reina del Cármen asistía a su hija amadísima, esperando que aquí abajo todo se consumara para introducirla en los Cielos. Inclínada hacia el lado derecho, la cabeza echada atras, abiertos ya los ojos y fijos en un punto algo mas alto que nuestras cabezas, Sor Isabel de la Trinidad parecía mas bien en éxtasis que en agonía; su rostro ofrecía una expresion de belleza admirable, y nuestras miradas no podian apartarse de él; hubiérase dicho que estaba contemplando ya las colinas eternas.

En esta radiante actitud nos dejó, sin que nos fuera posible percibir su postrer suspiro: estaba todo acabado ... *Laus glorie* no cantaba ya mas sobre la tierra; nuestros corazones iban a buscarla en el gran foco del amor, en el seno de sus Tres, donde segun dijo antes: « *apenas me vea en el umbral del Paraiso, he de lanzarme como un dardo de fuego, pues una alabanza de gloria no puede tener otro puesto en la eternidad* ».

Estábamos en la mañana de una Dedicación! ... El 2 de agosto de 1901 recordaba ya una de estas solemnidades, ⁽¹⁾ en la que habiase consagrado Sor Isabel de la Trinidad a la vida perfecta y a la alabanza sobre la montaña del Carmelo. El día 9 de noviembre de 1905 (Dedicación de la Basílica del Smo. Salvador) *subía con alegría a la casa del Señor, llevando sus gavillas y cantando: gloria a Dios!* ⁽²⁾ y el primer oficio que con su presencia se celebró en el coro, tuvo también por objeto una de estas solemnidades, la de las iglesias de Francia, cuya bella liturgia se desarrolló cabe nuestra *Casita de Dios*, que irradiaba aun su gloria y su paz divina. Cuántas alusiones enternecedoras en ese majestuoso oficio! *El Señor santificó su tabernáculo; mi casa es casa de oración ... ¿No era asimismo Sor Isabel aquella piedra labrada por saludables y múltiples golpes de cincel, pulida por el martillo del Artífice divino?* ⁽³⁾ En fin, nuestros corazones todos le decían a una voz, valiéndonos de la de Nuestra Madre la Iglesia: *Oh, Esposa, cuán pingüe es tu suerte! dotada de la gloria del Padre, inundada de la gracia del Esposo, desposada de Cristo, Rey tuyo!* ... ⁽⁴⁾

Tuvimos la dicha de conservar durante tres días sus virginales restos, rodeándola con nuestras oracio-

(1) La Dedicación de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, donde el Serafín de Asís recibió del Señor la indulgencia llamada de la Porciúncula, y donde, según testimonio de San Buenaventura, empezó la vida evangélica que había de enseñar a su Orden.

(2) Oficio de la Dedicación. - (3) Id. - (4) Id.

nes y cariñosa veneracion . El semblante hondamente alterado de la angelical jóven dejaba traslucir su martirio . Si , por su Dios había « agotado su sustancia toda » y *pasado de este mundo al Padre* despues de transformada de veras en Jesus crucificado : sus anhelos quedaban cumplidos .

En cuanto se esparció por la ciudad la noticia de su fallecimiento , hubo afluencia en el Cármen ; apiñábase la muchedumbre para ver a la que todos llamaban *la santita* , haciendo tocar a su cadáver numerosos rosarios y medallas , pues cada cual estimaba una bendicion poder conservar algun recuerdo de ella .

El día de sus exequias resultó un verdadero triunfo ; veinticuatro sacerdotes formaron imponente corona en derredor de esa humilde jóven , que se había inmolido en la oscuridad y el silencio en pro de la Iglesia y de su Sacerdocio bendito .

Numerosos amigos la acompañaron a su postrera mansion , y todos a una voz publicaban las impresiones celestiales que habían experimentado al formar parte de aquel séquito que rebosaba esperanza mas que duelo .

En cuanto a nosotras , el sentimiento del sacrificio era superado por el gozo santo de haber ofrecido a Dios un don que tan grato le había de ser ; prenda de ello era la paz divina esparcida por todo nuestro Cármen , reflejo de la que nuestra amadísima hermana estaba gozando en la eternidad .

** Quisiera mantenerme sin cesar cual exiguo reci-*

piente a la boca del manantial, para poder comunicar la vida a las almas, dejando que se desbordasen en ellas los raudales de la caridad infinita. » dijo un día Sor Isabel de la Trinidad.

Anegada en el mismo Océano de la vida eterna, la santa jóven puede hoy día saciar plenamente el anhelo de su corazón. Nos complacemos en contemplarla envolviendo a las almas en aquel profundo silencio que a ella la mantiene por entero recogida en el seno del amor increado, cumpliendo de este modo con su celestial *mision*, cuya verdad confirman numerosos testimonios. Al revelarnos lo que constituyó la felicidad y la fortaleza de su vida, nuestra angelical hermana sigue iniciando aun las almas en esa ciencia de la intimidad con Aquel « *cuyas delicias todas son morar con los hijos de los hombres* », ⁽¹⁾ y quien en la noche de la Cena dejaba brotar de su corazón estas dulces palabras: « *Al que me ama, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansion dentro de él* ». ⁽²⁾

(1) PROV., VII, 31 — (2) JOAN., XIV, 23

APÉNDICE

El hombre que medite te alabará,
Señor; y fruto de sus meditaciones será
celebrar fiestas en tu honor.

Salmo LXXV, 11.

ÚLTIMOS EJERCICIOS ESPIRITUALES (1)

LAUDIS GLORIÆ

Día primero.

« *Nescivi!* No supe ya nada ». Así dice la Esposa de los Cánticos, después de haber sido introducida en la cámara del misterioso vino, y tal me parece debe ser el estribillo de una *alabanza de gloria* en este primer día de retiro en que el Divino Maestro la hace bajar hasta el fondo del abismo para enseñarle a desempeñar el

(1) Mantenemos el título y divisiones de estas páginas, recordando no obstante que no se trata de ejercicios propiamente dichos. En forma de comentario a palabras de la Sagrada Escritura, la querida jóven nos descubre realmente el secreto de su santidad, su ideal, que tuvo plena y entera realización al declinar de su vida; son notas íntimas que introducen hasta el *Sancta Sanctorum* de la « Casita de Dios ».

Fue verdaderamente Sor Isabel *alma de una idea única*: ser para con la Sma. Trinidad una alabanza de gloria. En esto consiste para ella comenzar el Cielo en la tierra, según escribía al día siguiente de su profesión: « *El Cielo en la fe con el sufrimiento y la inmolacion por Aquel a quien amo* », y algun tiempo después: « *He hallado mi Cielo en la tierra, puesto que el Cielo es Dios, y Dios está en mí alma; el día en que llegué a entenderlo, todo se iluminó para mí* ». Durante este retiro, levanta el velo, y contemplando la actitud de los glorificados en la vision de la Esencia divina, exclama: « *Tengo para mí que daríamos al corazon de Dios un gozo inmenso si nos ejercitásemos en el cielo de nuestra alma con la ocupacion incesante de los Bienaventurados... procurando vivir en el seno de la apacible Trinidad en el interior abismo, en el alcázar inexpugnable del santo recogimiento de que habla S. Juan de la Cruz* ».

A imitacion de su incomparable Padre, la jóven angelical, cuanto mas se eleva, tanto mas se atiene a la práctica. Habiendo contemplado en la luz de Dios su santidad infinita, y asimismo lo que su gracia creadora quiere obrar en nosotros, como tambien la sublime union a la

oficio que le ha de caber durante la eternidad, y en el cual debe ya ejercitarse en el tiempo, que es la eternidad començarla, pero aun en vía de elaboracion. *Nescivi*. (1) Ya no sé nada mas; nada quiero, sinó «conocer a Jesus, tener parte en sus sufrimientos y llevar el sello de la conformidad con su muerte». (2) «Los que Dios conoció en su presciencia, tambien los predestinó para ser conformes a la imágen de su Hijo», (3) Cristo crucificado por amor. Cuando esté identificada con ese ejemplar divino, yo toda en Él, y Él todo en mí, cumpliré mi vocacion eterna, aquella para la cual Dios me eligió en Él «in principio», y cumpliré «in eternum» cuando sumergida en el seno de la Trinidad Santisima, sea incesantemente la alabanza de su gloria: «in laudem gloriæ ejus». (4)

«A Dios nadie le vió jamás, sinó el Unigénito del Padre y aquellos a quienes le plugo darle a conocer». (5) Puede añadirse que, a excepcion de la Sma. Virgen, nadie sondeó el misterio de Cristo hasta sus mayores profundidades. Habla con frecuencia San Pablo de la *inteligencia* (6) que de este mismo misterio recibió; y no obstante, cuán eclipsados se quedan todos los santos

cual podemos llegar en esta vida, reprime con despiadada severidad todo movimiento de la naturaleza que pudiera oponerle obstáculo, y persigue al yo hasta las últimas trincheras.

Cada día se recalca el mismo pensamiento apoyado en un distinto texto de la Sagrada Escritura, se busca el mismo fin y se señala el mismo medio para conseguirlo: *Nesciet*, no saber nada sinó a Él.

¿No pueden considerarse estas páginas como su Cántico espiritual y preludio del *Sanctus* eterno?

(1) Cant., v, 11 — (2) Philip., iii, 10 — (3) Rom., viii, 29. — (4) Ephes., i, 12. — (5) Joan., i, 18. — (6) Ephes., iii, 4.

si se los mira en los resplandores de la Sma. Virgen! Indecible es el secreto que ella guardaba y meditaba en su corazón. No hay lengua que lo haya sabido revelar, ni pluma que haya podido expresarlo.

Esta Madre de gracia quiere disponer mi alma para que su hijita sea imagen viva y expresiva de su *primogénito*, ⁽¹⁾ el Hijo del Eterno, Aquel que fue con tanta perfección alabanza de la gloria de su Padre.

Día segundo.

«*Tengo siempre mi alma en la mano*». ⁽²⁾ Resonaba esta melodía en el alma de mi divino Maestro, por cuyo motivo aparecía siempre en medio de todas las angustias como el Fuerte y el Apacible. «*Tengo siempre mi alma en la mano*»: ¿Qué significan tales palabras, sinó la entera posesión de sí en presencia del Rey Pacifico?

También hay otro canto de Cristo que yo quisiera incesantemente modular: «*Para ti guardaré mi fortaleza*». ⁽³⁾ La Regla me dice: «*En el silencio hallaréis vuestra fortaleza*». Guardar su fuerza para el Señor, es hacer que reine la unidad en todo el ser por medio del silencio interior; es recoger las potencias todas para ocuparlas en el ejercicio único del amor, es poseer aquellos ojos sencillos y puros que la luz de Dios ilumina.

(1) Colos., 1, 15. (2) Ps. CXXV 1, 109 - (3) Id. LVII, 30.

Un alma que contemporiza con el *yo*, preocupándose de sus sensibilidades, persiguiendo pensamientos inútiles, o deseos de cualquier género, derrama sus fuerzas y deja de estar totalmente orientada hacia Dios; su lira no vibra al unísono celeste, y cuando el divino Maestro quiere pulsarla, no saca de ella armonías divinas porque aun queda en ella mucho de humano, aun resulta desacorde.

El alma que reserva en su reino interior algo para sí, cuyas potencias todas no se hallan reclusas en Dios, no puede ser perfecta alabanza de gloria, no se halla expedita para cantar sin intermision el *canticum magnum* porque la unidad no reina en ella, y en vez de proseguir con sencillez su alabanza en medio de todas las cosas, se ve precisada a andar buscando por todas partes las esparcidas cuerdas de su instrumento.

¿Cuán necesaria es esta bella unidad interior al alma que anhela vivir en la tierra la vida de los Bienaventurados, es decir de los seres espirituales! ¿No era esto lo que el divino Maestro quería insinuar a Magdalena cuando le hablaba del *unum necessarium?* (1) Qué bien lo entendió la gran santa! Alumbrada con la luz de la fe, había reconocido a su Dios bajo el velo de la humanidad, y en el silencio, en la unidad de sus potencias, *escuchaba* (2) la palabra que el Señor le dirigía, pudiendo cantar: « *Tengo siempre mi*

(1) Luc, x. 42. - (2) *Ibid.*, 39

alma en la mano: y decir también *Nescivi!* Si, ella no sabía ya nada más sinó a Él; podían en derredor suyo hacer ruidos o agitarse: no lo advierte; podían acusarla: su honra no la movía más que las cosas exteriores a salir de su sagrado silencio.

Lo propio resulta en el alma que haya penetrado en el alcázar del santo recogimiento: abiertos los ojos a la luz de la fe, descubre a su Dios, que está presente y vive en ella, y a su vez mantiénese tan presente a Él en su bella sencillez, que Él la guarda para sí con celoso cuidado. Sobrevengan entonces las agitaciones de afuera, las tempestades de adentro; oféndase su honor: nada sé; puede Dios ocultarse, retirarle su gracia sensible: no importa. « *Por su amor todo lo tengo perdido* », ⁽¹⁾ exclama. En adelante el Señor se ve libre, libre de derramarse, de comunicarse *segun su propia medida*, y el alma de este modo simplificada, unificada, viene a ser el solio del Inmutable, puesto que la unidad es el trono de la Santísima Trinidad.

Día tercero.

« *Fuimos predestinados por el decreto de Aquel que obra todas las cosas segun el consejo de su voluntad, para que seamos alabanza de su gloria* », ⁽²⁾

San Pablo es quien nos participa esta divina elec-

(1) Philip., iii, 8. — (2) Ephes., i, 11-12

cion, el mismo San Pablo que penetró tan profundamente el secreto escondido en el corazón de Dios. Oigámosle ahora dándonos luces respecto de esta vocación a que somos llamados.

« Dios, dice, nos eligió en Él antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia por la caridad » .⁽¹⁾ Si cotejo ambas declaraciones del plan divino, llego a colegir que para desempeñar dignamente mi oficio *In laudem gloriæ*, tengo que mantenerme en medio de todo *en presencia de Dios*: aun más, el Apóstol dice « *in charitate* », es decir en Dios, « *Deus charitas est* », ⁽²⁾ y el contacto con el Ser divino es el que ha de hacerme « *santa y sin mancha* » a sus ojos.

Aplico esto a la bella virtud de sencillez que « comunica al alma el reposo en el abismo », es decir aquella quietud en Dios, abismo insondable, preludio del sábado eterno de que habla San Pablo: « *Entraremos en el reposo los que creímos* » .⁽³⁾

Los bienaventurados poseen ese reposo del abismo, porque contemplan a Dios en la unidad de su divina Esencia. « *Ellos conocen a Dios como Él los conoce* » ,⁽⁴⁾ es decir, en virtud de la visión intuitiva, y por ende « *son transformados de claridad en claridad en su misma imagen, por el poder del Espíritu del Señor*; ⁽⁵⁾ ellos son entonces incesante alabanza de gloria al Ser divino, que contempla en ellos su propio esplendor.

(1) Ephes. I, 4. — (2) I Joan., IV, 16. — (3) Hebr., IV, 3. — (4) I Cor., XIII, 12. — (5) II Cor., III, 18.

Entiendo que sería dar al corazón de Dios un gozo inmenso ejercitarse en el cielo del alma en esta ocupación de los bienaventurados, adhiriéndose a Él en esa contemplación sencilla que nos aproxima al estado de inocencia en que fue creado el hombre.

«A su imagen y semejanza», ⁽¹⁾ tal fue el ideal del Criador, poder contemplarse en su criatura y ver en ella resplandecer su belleza y perfecciones todas, como a través de un cristal limpio y sin mancha; ¿y no es esto una especie de extensión de su propia gloria?

Parando la vista con pura mirada en su divino objeto, el alma se halla aislada de todo cuanto la rodea y de sí misma; brilla entonces con el esplendor de la *ciencia y claridad de Dios*, ⁽²⁾ porque da lugar al Ser divino a que se refleje en ella. En verdad, esta alma es la alabanza de gloria de todos sus dones; por doquier que se halle, aun cumpliendo los actos más ordinarios, canta el *canticum magnum, el canticum novum*, y este cantar conmueve a Dios hasta lo más profundo de su ser, y con el profeta se le puede decir: «Nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán en claridad de mediodía; el Señor te dará un perpetuo reposo, llenará tu alma de resplandores y corroborará tus huesos, y serás como huerto bien regado y como manantial perenne, cuyas aguas jamás faltarán. Yo te elevaré sobre toda terrena altura». ⁽³⁾

(1) Genes., 1. — (2) Cor., IV, 6. — (3) Is., LVIII, 10-11.

Día cuarto.

Ayer San Pablo, levantando un poco el velo, me permitía detener la mirada en la *herencia de los santos, en la luz*, ⁽¹⁾ para que viera cuál es su ocupacion, y procurase, en cuanto me sea posible, conformar mi vida con la suya para desempeñar mi oficio *In laudem gloriæ*.

Hoy San Juan es quien va a entreabrir las *puertas eternas*, ⁽²⁾ dejándome reposar mi alma en la Jerusalem santa, grata *vision de paz*. ⁽³⁾ En primer lugar, dice que « *la ciudad no ha menester sol ni luna que alumbren en ella, porque la claridad de Dios la alumbró, y la lámpara de ella es el Cordero* ». ⁽⁴⁾

Así pues, para que mi ciudad interior tenga algun parecido y semejanza con la del *Rey inmortal de los siglos* ⁽⁵⁾ y reciba de Dios la grandiosa iluminacion, es preciso que apague yo en ella toda otra luz y que su *única lumbrera sea el Cordero*. En esto se me muestra la fe, la bella luz de la fe, ella sola debe alumbrarme para ir al encuentro del divino Esposo. El salmista canta: « *Él se esconde entre densas nubes* »; ⁽⁶⁾ pero, por otra parte, parece como contradecirse en las siguientes palabras: *Cubierto está de luz como de un vestido* ». ⁽⁷⁾ Lo que puede deducirse de esta aparente contradiccion es que debo anegarme en la sagrada tiniebla, haciendo

(1) Colos., 1, 12. — (2) Ps. XLIII, 7. — (3) Offic. Dedic. — (4) Apoc., XXI, 25 — (5) I Tim., 1, 17. — (6) Ps., XVI, 13. — (7) Id., CIII, 2.

que reine la noche y el vacío en todas mis potencias; entonces hallaré a mi Maestro, y *la luz que a Él le cubre cual vestidura* me envolverá también a mí, pues Él desea que la Esposa refulja con su misma luz, con su única luz, *con la claridad de Dios*. (1)

Escrito se halla que Moises se mantenía *firme en su fe como si hubiese visto al Invisible*. (2) Tal ha de ser la actitud de una alabanza de gloria que quiere proseguir por doquiera su himno de acción de gracias: firme en su fe acerca del *grandísimo amor* que Dios le tiene. « *Hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene* ». (3)

La fe es la sustancia de las cosas que se espera, argumento de las que no parecen. (4)

¿Qué importa al alma que se ha cobijado bajo la luz en ella creada por esta palabra si siente o no siente, si es de noche o de día, si goza o no goza? Vergüenza le da en cierto modo establecer diferencia entre estas cosas, y despreciándose profundamente por la pequeñez de su amor, mira apresuradamente a su Maestro para ser libertada por Él. « Ella le encumbra en la mas elevada cima de su corazón », es decir, por encima de los deleites y consuelos que de Él proceden, pues resuelta está a pasar por todo, para unirse a Aquel a quien ama.

A esta alma, que cree con fe inmutable en la caridad de Dios, se puede dirigirle estas palabras del

(1) Apoc., XXI, 11. — (2) Hebr., XVI, 27. — (3) Joan., IV, 16. — (4) Hebr., XI, 1.

Príncipe de los Apóstoles: « *Porque creéis, os holgaréis con júbilo indecible y glorificado* ». (1)

Día quinto.

« *Vi una gran muchedumbre que nadie podía contar... Estos son los que vinieron de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por lo cual están ante el solio de Dios y le sirven día y noche en su templo... y Aquel que está sentado en el solio habitará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni sufrirán los rigores del sol ni ningún ardor, porque el Cordero será su Pastor, y los llevará a fuentes de aguas vivas... y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos* ». (2)

Todos estos elegidos que llevan palma en la mano, y se hallan bañados en la luz de Dios, tuvieron que pasar antes por la *tribulación grande*, y experimentar aquel dolor *inmenso como el mar*, (3) cantado por el Profeta. Antes de contemplar *a cara descubierta la gloria del Señor*, participaron de los anonadamientos de Cristo; antes de ser *transformados de claridad en claridad a la imagen del ser divino*, identificáronse con la imagen del Verbo humanado, del Crucificado por amor.

El alma que anhela servir a Dios día y noche en su templo, en aquel interior santuario de que habla

(1) I Pet., I, 8. — (2) Apoc., VII, 9, 14 a 17. — (3) Thren., II, 13.

San Pablo cuando dice: « *El templo de Dios, que sois vosotros, santo es* », ⁽¹⁾ esta alma debe hallarse resuelta a participar efectivamente de la pasión de su divino Maestro; es una rescatada que a su vez debe rescatar a otras almas, y por eso cantará en su lira: « *Mi gloria está en la cruz de Jesucristo ...* » ⁽²⁾ *Clavada estoy con Cristo en la cruz*; ⁽³⁾ y también: « *Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia* ». ⁽⁴⁾

« *A vuestra diestra está la Reina* ». ⁽⁵⁾ Tal ha de ser la actitud de esa alma; camina por la vía del Calvario, a la diestra de su Rey crucificado, anonadado, humillado, y no obstante siempre tan fuerte, apacible y lleno de majestad, dirigiéndose a su Pasión para que *resplandezca la gloria de su gracia*. ⁽⁶⁾

Quiere asociar su esposa a su obra de redención, y ser acompañado por ella en la vía dolorosa, la cual aparece a la esposa como el camino de la bienaventuranza, no tan solo porque conduce a ella, sino más bien porque el Maestro Santo le da a entender que debe sobreponerse a cuanto hay de amargo en el sufrimiento para, a semejanza suya, encontrar en él su reposo.

Hállase entonces en estado de *servir a Dios día y noche en su templo*, sin que las pruebas tanto interiores como exteriores puedan apartarla del alcazar santo donde Él la colocó; ya no siente *hambre ni sed*, pues

(1) I Cor., III, 17. — (2) Gal., VI, 14. — (3) Id., II, 19. — (4) Coloss., I, 24. — (5) Ps., XLIV, 11. — (6) Ephes., I, 6.

a pesar del ansia devoradora que tiene de la beatitud, saciada se halla con este alimento que fue el sustento de su divino Modelo: *la voluntad santa del Padre*. Ya no siente *caer sobre ella el sol*, no lo siente ya, es decir, que para ella sufrir ya no es sufrir, y el *Cordero puede llevarla a fuentes de aguas vivas*, donde Él quiera, según su agrado; pues no hace ella caso de los senderos por donde va caminando, porque fija tiene la vista en el Pastor que la conduce.

Inclinándose Dios hacia esa alma, su hija adoptiva, tan conforme a la imagen de su Hijo, el *primogénito ante toda criatura*,⁽¹⁾ la reconoce por una de aquellas a quienes *predestinó, llamó y justificó*, y sus entrañas paternas se estremecen, proponiéndose ya llevar a cabo su obra, *glorificarla*, trasladándola a su reino para cantar allí por los siglos infinitos la *alabanza de su gloria*.

Día sexto.

« Y vi que el Cordero estaba sobre el monte Sion y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían escrito sobre sus frentes el nombre de Él y el nombre de su Padre, y oí una voz del Cielo como voz de muchas aguas y como estampido de un trueno grande, y la voz que oí era como de tañedores de arpa que tañían sus arpas y cantaban como un cantar nuevo delante del trono ...

(1) Coloss., 1, 15.

y ninguno podía cantar aquel cántico sinó aquellos ciento cuarenta y cuatro mil... porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero a donde quiera que vaya .⁽¹⁾

Hay seres que desde aquí abajo forman parte de aquella generacion pura como la luz, llevando escritos en su frente *el nombre del Cordero y el nombre de su Padre. El nombre del Cordero* por su semejanza y conformidad con Aquel a quien San Juan llama « *Fiel y Veraz* », mostrándole vestido con túnica teñida de su sangre; aquellos seres son tambien *fieles y veraces*, y llevan teñidas sus vestiduras con la sangre de su incesante inmolucion. *El nombre de su Padre*, porque en ellos resplandece la belleza de sus perfecciones, y todos los divinos atributos se reflejan en tales almas, que son como otras tantas cuerdas que vibran y cantan el *Cántico nuevo*.

Tambien *siguen al Cordero a donde quiera que vaya*, no tan solo por los senderos espaciosos y llanos, sinó por aquellos que obstruyen las espinas, donde hay que abrirse paso por medio de las zarzas y abrojos; pues aquellos son vírgenes, es decir, libres, separados, despojados, « libres de todo, a excepcion de su amor »; de todo separados y mayormente de sí mismos, despojados de todas las cosas, tanto en el órden sobrenatural, como en el órden natural. ¡Qué éxodo fuera del *yo* supone esto y qué muerte! Repitamos el dicho del Apóstol San Pablo, « *Quotidie morior* »!⁽²⁾

(1) Apoc., XIV, 1 a 4. — (2) I Cor., XV, 31.

El santo escribía a los Colosenses: « *Porque muertos estáis ya, y vuestra vida está recondita con Cristo en Dios* ». (1) Esta es la condicion: preciso es haber muerto; de lo contrario, bien se podrá abstraerse en Dios a ciertas horas, pero no se podrá *vivir* de un modo habitual en aquel Ser divino, porque las sensibilidades, el buscarse a sí mismo y todo lo demas le obligan a salir de Él.

El alma que contempla a su Maestro con aquella mirada pura y sencilla que convierte al cuerpo todo luminoso, se ve « *preservada del fondo de iniquidad* » (2) que lleva en sí. El Señor la introduce en aquel « *lugar espacioso* », (3) que es Él mismo, donde todo es pureza, todo santidad.

Oh, bienaventurada la muerte de sí en Dios! Oh, suave y grata pérdida de sí propio en el ser amado, la cual permitè a la criatura exclamar: « *Clavada estoy con Cristo en la cruz, y vivo, o mas bien no vivo yo, sinó que Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el eua me amó y se entregó a si mismo por mí* ». (4)

Día sétimo.

« *Celi enarrant gloriam Dei* ». (5) He aquí lo que publican los cielos: *la gloria de Dios*. Puesto que mi

(1) Coloss., III, 3. — (2) Ps. XVII, 26. — (3) Id., 22. — (4) Gal., II, 49, 20. — (5) Ps. XVIII, 1.

alma es un cielo, donde he de vivir esperando a la Jerusalen celestial, menester es que este cielo cante tambien la gloria del Eterno, nada mas que la gloria del Eterno. « *El día trasmite aquel mensaje al día* ». (1) Todas las luces y comunicaciones de Dios a mi alma constituyen ese día que *trasmite el mensaje* de su gloria al *otro día*. « *Claro es el decreto del Señor*, canta el Salmista, *e ilumina los ojos* ». (2) Por consiguiente, mi fidelidad en corresponder a cada uno de sus preceptos y sus mandatos interiores, me hace vivir en la luz, y ella es tambien el pregonero que trasmite su gloria.

Mas he aquí la grata y peregrina maravilla: « *Quien te contempla, Señor, resplandece* ». (3) El alma que en la profundidad de su interior mirada contempla a Dios en aquella simplicidad que le separa de todo otro ser, es alma *resplandeciente*; es asimismo *un día que trasmite al siguiente el mensaje de su gloria*. « *La noche lo comunica a la noche* ». (4) Pensamiento consolador: mis imposibilidades, mis repugnancias, mis oscuridades, hasta mis faltas en cierta manera pregonan la gloria del Eterno, mis padecimientos de cuerpo o de alma publican tambien la gloria de Dios.

« *¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud* ». (5)

Si tomo en manos aquel cáliz enrojecido por la sangre de mi Maestro, y henchida de gozo, con hacimiento

(1) Ps. XVIII, 2. — (2) Id., 9. — (3) Id., XXXIII, 6. — (4) Id., XVIII, 2. — (5) Id., CXY, 3, 4.

de gracias, mezclo mi sangre con la preciosísima sangre de la Víctima santa, que le comunicará algo de su infinidad, puedo entonces rendir al eterno Padre una gloria magnífica, mi sufrimiento será un mensaje que trasmita la gloria del Altísimo.

Allí (en el alma que *publica su gloria*) *colocó un pabellon para el Sol*. El Sol es el Verbo, es el divino Esposo. Si Él encuentra mi alma vacía de todo cuanto no se encierra en estas dos palabras: su amor y su gloria, la escogerá para poner en ella su tálamo nupcial, y por ella saltará como gigante para correr su triunfante carrera, y yo no podré sustraerme a su influencia benéfica. ⁽¹⁾ Su fuego abrasador ⁽²⁾ es el que llevará a cabo la feliz trasformacion de que habla San Juan de la Cruz cuando dice « Cada cual parece ser el otro, y ambos no hacen mas que uno » para ser la alabanza de gloria del Padre.

Día octavo.

« No cesan ni día ni noche, diciendo: « Santo Santo Santo es el Señor Dios todopoderoso, quien era, quien es, y quien ha de venir ..., y postrándose le adoran y ponen sus coronas ante el trono, diciendo: « Digno eres, oh. Señor Dios nuestro, de recibir la gloria y el honor y el imperio » ... ⁽³⁾

¿Cómo imitar en el cielo de mi alma aquella in-

(1) Ps. XVIII, 6, 7. — (2) Hebr., XII, 29. — (3) Apoc., IV, 8, 10, 11.

cesante ocupacion de los bienaventurados en el Cielo de la gloria? Cómo proseguir aquella alabanza, aquella adoracion no interrumpida? San Pablo al escribir a los suyos me da luz acerca de esto: « *El Padre os conceda por medio de su Espíritu el ser fortalecidos en virtud en el hombre interior, de suerte que Cristo more por la fe en vuestros corazones, y que estéis arraigados y cimentados en la caridad* ». (1)

A mi ver estar *arraigado y cimentado en caridad*, es condicion necesaria para desempeñar dignamente el oficio *In laudem gloriæ*.

El alma que se interna y mora en *las profundidades de Dios* (2) y que por consiguiente hace todas las cosas « por Él, en Él y con Él », con aquella pureza de la mirada que le comunica cierta semejanza con el Ser simplicísimo, esta alma por cada una de sus aspiraciones, por cada uno de sus movimientos y actos, por ordinarios que sean, se arraiga mas profundamente en Aquel a quien ama. Todo en ella rinde homenaje a Dios santísimo y viene a ser, por decirlo así, como un *Sanctus* perenne, una incesante *alabanza de gloria*.

« *Y postrándose le adoran, y ponen sus coronas al pie del trono* ».

En primer lugar, debe el alma postrarse, abismarse en su nada, hundirse tanto en ella, que, segun la bella expresion de un místico, « encuentra en ella la paz verdadera, invencible y perfecta que nada puede turbar,

(1) Ephes., III, 16, 17. — (2) I Cor., II, 10.

pues se arrojó en abismo tan profundo que allí nadie irá a buscarla ». Entonces es cuando podrá adorar. La adoracion! es palabra del Cielo que, según entiendo, puede definirse: éxtasis de amor; es el amor anonadado por la belleza, la fortaleza, la inmensa grandeza del objeto amado, el amor que desfallece en un silencio completo, profundo, aquel silencio de que hablaba el Rey David al exclamar: « *El silencio te tributa alabanza* » ... (1) Si, es la alabanza mas bella, puesto que es la misma que se canta eternamente en el seno de la apacible Trinidad, es «el postrer esfuerzo del alma que rebosa y ya no puede articular palabra».

« *Adorad al Señor porque es Santo* », (2) así reza un salmo, y también: « *Orarán siempre por medio de Él* ». (3) El alma que, dominada de estos pensamientos, se recoge y los ahonda con el *sentido de Dios*, (4) vive en un cielo anticipado, elevada encima de todo lo que pasa, encima de las nubes y de sí misma.

Le consta que Aquel a quien adora, posee en sí toda felicidad y toda gloria, y a imitación de los bienaventurados, *echando su corona* en su presencia, se desprecia a sí misma, se pierde de vista y halla su bienaventuranza en la del Ser adorado, en medio de cualquier sufrimiento y dolor, por haberse dejado a sí misma y trasladándose a otro. En esta actitud de adoracion, se asemeja el alma a aquellos pozos de que

(1) Ps. LXX, 2. - (2) Id., XCVIII, 9. - (3) Id., LXXI, 15. - (4) Rom., XI, 34.

habla San Juan de la Cruz, los cuales reciben las aguas que bajan del monte Líbano, y viéndola puede decirse de ella «*Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios*». (1)

Día noveno.

«*Sed santos, porque yo soy santo*». (2) ¿Quién es el que puede intimar semejante precepto? Su nombre Él mismo lo reveló, nombre que le es peculiar y que solo Él puede poseer. «*Soy*, dijo a Moisés, *El que soy*». (3) el único viviente, el principio de todos los seres. «*En Él tenemos el ser, el movimiento y la vida*». (4) *Sed santos, porque yo soy santo*: paréceme ser esta la voluntad que Dios manifestó el día de la Creación al pronunciar estas palabras: «*Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*». (5) El deseo del Criador es siempre asociar e identificar consigo a su criatura.

San Pedro escribe que *fuimos hechos partícipes de la naturaleza divina*, (6) y San Pablo nos exhorta a que «*Conservemos aquel principio de su ser*». (7) El discípulo del amor añade a todo esto: «*Somos ya desde ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no aparece aun. Sabemos si que cuando se manifestare seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es. Entre tanto, quien tiene tal esperanza en Él, se santifica a si mismo, así como Él es también santo*». (8)

(1) Ps. XLV, 4. — (2) Levit. XIX, 2. — (3) Exod., III, 14. — (4) Act., XVII, 28. — (5) Genes., I. — (6) II Pet., I, 4. — (7) Hebr., III, 14. — (8) I Joan., III, 2, 3.

Ser santos como Dios es santo, tal es la medida de los hijos de su amor. ¿No dijo el divino Maestro: « *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial?* » (1) *Anda en mi presencia*, decía Dios a Abraham, *y sé perfecto*. (2) Ahí está pues el medio para alcanzar aquella perfección que de nosotros exige nuestro Padre celestial.

Después de haber escudriñado los arcanos divinos, San Pablo revela lo mismo a nuestras almas al escribir que: « *Dios nos escogió en Él antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia, habiéndonos predestinado en su caridad a ser hijos suyos de adopción* ». (3)

Con el fin de andar sin rodeos en la vía magnífica de la presencia de Dios, voy a tomar otra vez al mismo Santo por guía en esa senda por donde el alma camina « *a solas con solo Dios* » dirigida por *la fuerza de su diestra* (4) *bajo la protección de sus alas, sin temer los terrores nocturnos ni la saeta disparada de día, ni al enemigo que anda entre tinieblas, ni los asaltos del demonio del medio día* ». (5)

« *Desnudaos del hombre viejo, según el cual habéis vivido vuestra vida pasada, me dice, y revestios del hombre nuevo, que ha sido criado conforme a Dios, en justicia y santidad verdadera* ». (6)

Ahí tengo señalado el camino, solo se trata ahora de despojarme para recorrerlo como Dios lo quiere.

(1) Matth., v. 48 - (2) Gen., xviii, 2. - (3) Eph., i, 4, 5. - (4) Ps., xix, 7 - (5) Id., xc, 4, 5, 6. - (6) Eph., iv, 22, 24.

Despojarse, morir a si mismo, desaparecer, ¿no expresa todo esto el pensamiento del divino Maestro cuando dice: « *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* » ? (1)

« *Si viviereis según la carne, moriréis*, prosigue el Apóstol; *mas si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis* ». (2) Esta es la muerte que Dios exige y de la cual dice: « *La muerte ha sido absorbida por la victoria* ». (3) *Oh muerte*, dice el Señor, *yo he de ser tu muerte*, (4) es decir: Oh, alma, hija adoptiva, vuelve a mí tu mirada, y así llegarás a abnegarte; refúndete toda en mí ser, ven y muere en mí, para que Yo viva en tí ...

Día décimo.

« *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial* ». (5) Cuando esta palabra del divino Maestro resuena en lo íntimo de mi alma, entiendo que Él quiere que viva, como el Padre, en un *presente eterno*, sin antes ni después, en *pereune ahora*, en la unidad de mi ser.

En qué consiste *este presente*? David me contesta: « *Le adorarán continuamente por ser quien es* ».

Este es el *presente eterno*, en el cual una *alabanza de gloria* debe mantenerse fijamente establecida. Mas para que resulte verdadera esa actitud de adorante y

(1) Matth., xvi, 24. -- (2) Rom., viii, 13. -- (3) I Cor., xv, 54. -- (4) Os., xiii, 14. -- (5) Matth., v, 48.

pueda cantar: *Me adelanto a la aurora*, (1) menester es tambien que pueda añadir: « *Por su amor lo tengo todo perdido* », (2) es decir: por Él, para adorarle siempre, me he aislado, separado, desprendido de mí misma y de todas las cosas, tanto las de orden natural, como las de orden sobrenatural, o sea acerca de los dones de Dios; pues un alma que no está anonadada, desprendida de sí misma, obrará forzosamente de un modo vulgar; siguiendo a menudo las inclinaciones naturales, cosa poco digna de una hija de Dios, de una esposa de Cristo, de quien es templo del Espíritu Santo.

Para precaverse contra esa vida natural, preciso es que el alma esté enteramente despierta en su fe, con la mirada hermosamente atenta al divino Maestro; podrá entonces *andar con inocencia de corazon en medio de su casa*, (3) adorando constantemente a su Dios por ser quien es, y viviendo, a semejanza suya, en aquel *presente eterno* en que Él vive.

« *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* ». Dios, dice San Dionisio, es el *soberano solitario*. Quiere mi Maestro que yo imite esa perfeccion y le rinda homenaje estableciéndome yo tambien en perfecta soledad. Vive el ser divino en una eterna e inmensa soledad, y aunque toma interes por las necesidades de sus criaturas, no sale de ella, pues jamas sale de sí mismo; y esta soledad no es otra que su divinidad.

(1) Ps., LVI, 9. — (2) Philip., III, 5. — (3) Ps. C, 3.

A fin de que nada me haga salir de aquel hermoso silencio interior, se requiere idéntica condicion, igual aislamiento, igual separacion, igual desprendimiento, Si mis deseos, mis temores, mis gozos o mis dolores, si todos los movimientos procedentes de estas cuatro pasiones no se hallan perfectamente subordinados a Dios, no lograré estar en soledad, en mí habrá bullicio; es necesario pues que se aquieten que callen las potencias y se haga la unidad en el ser.

« Escucha, oh hija, y presta oído atento: olvida tu pueblo y la casa paterna, y el Rey se preñará de tu belleza ». (1)

Invitacion al silencio es este llamamiento: *escucha... presta atento oído...* pero, para oír, es preciso olvidar *la casa de su padre*, es decir, todo cuanto pertenece a la vida natural, esa vida de que habla el Apóstol cuando dice: « *Si viviereis segun la carne, moriréis* ». (2)

Olvidar a su pueblo es mas difícil, porque este pueblo es aquel mundo que forma parte, por decirlo así, de nosotros mismos; es la sensibilidad, los recuerdos, las impresiones, etc., en una palabra, el *yo*: menester es olvidarlo, dejarlo; y cuando el alma ha efectuado este rompimiento, en cuanto se halla libre de todo esto, queda el Rey enamorado de su belleza; pues la belleza es la *unidad*, así por lo menos es la de Dios...

(1) s. xlv, 12. — (2) Róm, viii, 13.

Día undécimo.

« Dios me ha introducido en lugar anchuroso ... tuvo benevolencia para conmigo » . (1)

Viendo el Criador el silencio que reina en su criatura, y considerándola enteramente recogida en su soledad interior, queda prendado de su belleza, se complace en trasladarla a aquella soledad inmensa, infinita, a aquel lugar anchuroso que celebró el Salmista, el cual no es otro que el mismo Dios: « Me internaré en los arcanos de las potencias del Señor » . (2)

El Señor dijo por boca del Profeta: *La llevaré a la soledad, y allí hablaré a su corazón* » ... (3) He aquí esa alma que se internó en aquella extensa soledad, donde Dios le hará oír su voz .

« Viva y eficaz es la palabra de Dios, y mas penetrante que espada de dos filos; entra hasta los senos del alma y del espíritu, hasta las junturas y médula de los huesos » . (4)

Ella pues es la que directamente ha de acabar el trabajo de desprendimiento en el alma, porque le es peculiar y privativo obrar y producir lo que da a entender, con tal que el alma consienta en dejar que se haga de ella lo que esa palabra pretende. Pero no basta oírla, menester es guardarla, y guardándola es como *se santifica en la verdad*, según el deseo del divino

(1) Ps. XVII, 20. - (2) Id. LXX, 17. - (3) Os, II, 14. - (4) Hebr., IV, 12.

Maestro : « *Santifícalos en la verdad . Tu palabra es la verdad misma* » . (1)

¿ No hizo esta promesa a aquel que guarda su palabra : « *Mi Padre le amará , y vendremos a él y haremos mansion dentro de él* » ? (2)

La Santísima Trinidad mora en el alma que la ama *en verdad* , es decir que guarda su palabra ; y cuando esta alma ha comprendido el tesoro que encierra , los goces naturales o sobrenaturales que puede experimentar sólo la invitan a internarse dentro de sí misma para gozar del bien sustancial que está en su posesion , el cual no es otro que el mismo Dios . Tiene así , dice San Juan de la Cruz , cierta semejanza con el Ser divino .

« *Sed perfectos , como vuestro Padre celestial es perfecto* » . San Pablo nos dice que « *Él obra todas las cosas segun el consejo de su voluntad* » , (3) y mi Maestro me pide que tambien le rinda este homenaje de hacer todas las cosas segun el consejo de mi voluntad , sin dejarme nunca gobernar por las impresiones , por los primeros movimientos de la naturaleza , sinó que sea dueña de mí misma por la voluntad ; y para que esta voluntad goce de libertad , ménester es « *recluirla en la de Dios* » ; entonces , *movida por su espíritu* , (4) obraré de un modo divino , eterno ; y , a semejanza del Inmutable , viviré ya aquí en un *presente eterno* .

(1) Joan., xvii, 17 . -- (2) Id., xiv, 23 . -- (3) Eph., i, 11 . -- (4) Rom., vii, 14 .

Día duodécimo.

«*Verbum caro factum est et habitavit in nobis*». (1) Dios había dicho: «*Sed santos, porque Yo soy santo*»; pero permanecía escondido e inaccesible, necesitaba la criatura que Él descendiera hasta ella, que viviera de su vida, a fin de que siguiendo esta en los pasos las huellas de los suyos, pudiese remontarse hasta Él, y hacerse santa con su santidad.

«*Yo por ellos me santifico para que tambien ellos sean santificados en la verdad*». (2) Aquí me halló en presencia del secreto oculto a los siglos y a las generaciones, en presencia del misterio de Cristo; en cuanto a nosotros, dice San Pablo, tenemos «*la esperanza de la gloria*», (3) añadiendo que a él le fué otorgado el conocimiento de este misterio. Así pues, al lado del gran Apóstol es donde voy a instruirme a fin de poseer aquella ciencia que sobrepaja a todo conocimiento: la ciencia de la caridad de Nuestro Señor Jesucristo». (4)

En primer lugar, me dice el Santo que «*Él es mi paz*» y que por Él «*tengo cabida con el Padre*», (5) pues «*plugo al Padre de las luces poner en Él la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre cielo y tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz*». (6) Lo tenéis todo en Él

(1) Joan., 1, 14. — (2) Id., xvii, 19. — (3) Colos., 1, 27. — (4) Eph., iii, 19. — (5) Id., ii, 48. — (6) Colos., 1, 19, 20.

prosigue el Apóstol, *siendo sepultados con Él por el bautismo, y con Él resucitados por la fe en el poder de Dios... os hizo revivir en Él cuando estabais muertos por vuestros pecados, perdonándoos, y cancelada la cédula del decreto de condenacion, clavola en la cruz; despojando con esto a los principados y potestades, los sacó valerosamente y llevolos delante de sí, triunfando de ellos en su propia persona...,* ⁽¹⁾ *para haceros santos sin manchilla e irreprehensibles en su presencia.* ⁽²⁾ Esta es la obra de Cristo respecto a cualquier alma de buena voluntad, es la obra que su inmenso y *extremado amor* le incita a llevar a cabo en mí sin tardanza.

Él quiere ser mi paz, a fin de que nada pueda distraerme o apartarme del alcázar inexpugnable del santo recogimiento; allí es donde Él ha de darme *cabida con el Padre*, guardándome sosegada y apacible en su presencia; como si mi alma estuviese ya en la eternidad. En virtud de su sangre es como ha de pacificar todo en el pequeño cielo íntimo mío, para que verdaderamente sea el lugar de reposo de la Trinidad Santísima... Él ha de llenarme de sí, abismarme en sí mismo; así viviré con Él participando de su propia vida: *«Mihi vivere Christus est»*. ⁽³⁾ Y si a cada instante caigo, con fe y confianza haré que Él me levante, y estoy segura que me perdonará, que todo lo borrará con celoso cuidado; y aun mas, me despojará, me

(1) Colos., 11, 10, 12, 15. - (2) Id., 1, 22. - (3) Philip., 1, 21.

librará de mis miserias, de todo cuanto pone obstáculo a la accion divina; y arrastrando en pos de sí mis potencias, las constituirá cautivas suyas, triunfando de ellas en sí mismo. Entonces formaré con Él un solo ser, y podré decir: «*Ya no soy yo quien vivo, sinó que Cristo vive en mi*», (1) Y seré «*santa, sin mancha e irreprochable*» a los ojos del Padre.

Día décimotercero.

«*Instaurare omnia in Christo*». (2) San Pablo es quien otra vez me enseña; el mismo San Pablo, que acaba de abismarse en el magno consejo de Dios, me dice que «*Él se propuso restaurar todas las cosas en Cristo*». Para que vaya realizando esa indicacion divina, viene a mi ayuda el Apóstol trazándome mi regla de vida: «*Seguid los pasos de Jesucristo, arraigados en Él, edificadlos sobre Él, confirmados en la fe y creciendo mas y mas en ella con hacimiento de gracias*». (3)

Si alcanzo bien, «*seguir los pasos de Jesucristo*» consiste en salir de sí mismo y anonadarse, dejarse a sí propio para internarse a cada instante mas hondamente en Él, tan hondamente que se esté *arraigado* y se pueda en toda ocasion lanzar este nobilísimo reto: ¿*Quién podrá separarme de la caridad de Cristo*? (4)

(1) Galat., II, 20. - (2) Eph., I, 10. - (3) Colos., II, 6, 7. - (4) Rom., VIII, 35.

Cuando ha llegado el alma a unirse a Él tan íntimamente, que sus raíces se hallan a Él adheridas, la savia divina se derrama a raudales en ella, y todo cuanto pertenece a la vida ordinaria, imperfecta y natural queda aniquilado: «*Todo lo mortal es absorbido por la vida*». De este modo despojada de sí propia y revestida de Jesucristo, el alma no tiene que temer los contactos del exterior ni las dificultades de dentro; estas cosas, en vez de ser obstáculos, solo sirven para arraigarla mas hondamente en el amor de su Creador; en medio de todo y a despecho de todo, hállase pronta a «*adorarle siempre por ser quien es*», porque resulta libre, desasida de sí y de todo, y puede cantar con el Salmista: «*Aunque acampen ejércitos contra mí, no temblará mi corazón; aunque me embistan en batalla, seguiré manteniendo firme mi esperanza, porque el Señor me tiene escondido en su tabernáculo*», ⁽¹⁾ es decir en sí.

He aquí, creo, lo que San Pablo quiere dar a entender con estas palabras: «*estad arraigados en Jesucristo*».

Y ahora, ¿qué significa estar «*edificados en Él*? El profeta canta tambien: «*Ensalzome sobre una roca, y me ha hecho prevalecer contra los enemigos que me circundan*», ⁽²⁾ ¿No es esta la imagen de un alma edificada en Jesucristo? Él es aquella roca en la cual se halla elevada por encima de sí misma, de los sentidos, de la naturaleza, por encima de los consuelos o de los do-

(1) Ps. xxvi, 3, 5. — (2) Id. 5, 6.

lores, de todo cuanto no es únicamente *Él*, y allí con entero señorío se domina, se sobrepone a sí misma, renunciando también a todo lo demás.

Asimismo me recomienda San Pablo que esté «*confirmada en la fe*», en esa fe que nunca permite al alma adormecerse, manteniéndola siempre vigilante bajo la mirada del Maestro, muy recogida por efecto de su palabra creadora; en esa fe de el *amor excesivo* que *Él* le tiene, la cual mueve a Dios a colmar al alma según la plenitud de sus gracias.

Quiere, por fin, que *crezca en Jesucristo con haciimiento de gracias*, pues la gratitud debe ser coronamiento de todo. «*Padre, os doy gracias*» ⁽¹⁾ exhalaba el alma de Cristo Nuestro Señor, y *Él* quiere que ese eco repercuta en la mía. Juzgo, no obstante, que el *cantar nuevo* que mas embelesa y cautiva a Dios es el de un alma desprendida, desasida de sí propia, en la cual pueda reflejar todo cuanto *Él* es, y hacer todo cuanto quiere: bajo la pulsacion divina suena esa alma como una lira en la que todos sus dones son cuerdas que vibran y cantan día y noche la *alabanza de su gloria*.

Día décimocuarto.

«*En verdad todo lo tengo por pérdida en cotejo del sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo*

(1) Joan., XI, 41.

amor he perdido todas las cosas ... por ganar a Cristo y en Él hallarme, no teniendo la justicia mía ... sino la justicia que viene de Dios por la fe. Lo que anhelo es conocerle, participar de sus penas, y conformarme a su muerte» ...

»Yo sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo... Mi única mirada es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo solo y mirando a las de delante, ir corriendo hacia el término, hacia el premio de la vocacion celestial, a la cual Dios llama en Jesucristo» , (1)

El Apóstol reveló repetidas veces la sublimidad de esta vocacion: «Dios, dice, nos escogió en Él, antes de la creacion, para que seamos santos y sin mancha en su presencia por la caridad». (2) «Fuimos predestinados por el decreto de Aquel que opera todas las cosas segun el consejo de su voluntad, para que seamos la alabanza de su gloria» ... (3)

Pero ¿cómo corresponder a la dignidad de esta vocacion? He aquí el secreto: «*Mihi vivere Christus est. Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*». (4) Es necesario transformarse en Jesucristo, y por lo tanto, importa estudiar aquel divino modelo, a fin de identificarme tan perfectamente con Él, que llegue a reproducirle incesantemente a los ojos del Padre.

Primeramente, ¿qué dijo Él al entrar en el mundo?

(1) Philipp., III, 8, 14. — (2) Eph., I, 4. — (3) Id., XI, 42. — (4) Philipp., I, 21. — (5) Galat., II, 20.

«Heme aquí que vengo, oh, mi Dios, para hacer tu voluntad», (1)

El divino Maestro fue sincero en su primera oblation; su vida toda no fue mas que la consecuencia natural de ella. «Mi alimento, complaciase en decir, es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado», (2)

Esta voluntad santa debe ser tambien el sustento de la esposa, a la par que el instrumento de su sacrificio.

«Si es posible, aparta de mi este cáliz, mas no se haga mi voluntad, sinó la tuya», (3) Y así la esposa tranquila y gozosamente se dispone a toda inmolation con su Maestro, regocijándose de que el Padre la conozca, puesto que la crucifica con su Hijo.

No apartándose de Él nunca, y estando en contacto suyo de un modo tan fuerte, logrará irradiar aquella virtud misteriosa que redime y salva a las almas. Despojada, libertada de sí misma y de todo, irá en pos del Maestro a la montaña, para permanecer con Él, de toda su alma «en oracion de Dios», (4)

Luego, y siempre por mediacion del divino Adorador, ofrecerá a Dios sin cesar una «hostia de alabanza, a saber, el frito de los labios que bendigan su santo Nombre», (5) y «le tribu'tará alabanza publicando la magnificencia de sus obras y prejonará su poder», (6)

En la hora de la humillacion, del anonadamiento tendrá presente esta breve palabra: «Jesus autem tace-

(1) Hebr., x, 9. — (2) Joan; iv, 34. — (3) Marc., xiv, 36. — (4) Luc., vi, 12. — (5) Hebr. xiii, 15. — (6) Ps. cxliv, 4.

bat » (1), y callará, *conservando su fuerza toda para el Señor*, la fuerza que se saca del silencio. Cuando lleguen el desamparo, el abandono, las angustias que a Cristo le hicieron exclamar: « *Dios mío, por qué me has desamparado* »? (2) se acordará ella de esta oración: « *Rebosen dentro de sí en la plenitud de mi gozo* ».

Luego, apurando hasta las heces « *el cáliz preparado por el Padre* », (3) en su amargura sabrá encontrar divina suavidad.

En fin, después de haber dicho repetidas veces « *Tengo sed* », (4) sed de poseeros en la gloria, exhalará el postrer suspiro diciendo: « *Todo está consumado ...* » (5) *en tus manos encomiendo mi espíritu* », (6) y vendrá el Padre a cogerla para trasladarla a su herencia, donde « *en la luz contemplará su luz* ». (7) *Aprended*, cantaba David, *que Dios ha glorificado de un modo maravilloso a su Santo*. (8) Si, el Santo de Dios, Cristo, habrá sido glorificado en esa alma, porque lo habrá aniquilado todo en ella para revestirla de sí mismo, y porque ella habrá conformado su vida al dicho del Precursor: « *Conviene que Él crezca y yo mengüe* ». (9)

(1) Marc., xv, 5. — (2) Id., 34. — (3) Joan., xviii, 41. — (4) Id., xix, 28. — (5) Id., 30. — (6) Luc., xxiii, 46. — (7) Ps., xxv, 10. — (8) Id., iv, 4. — (9) Joan., iii, 30.

Día décimoquinto. (1)

Después de Jesucristo, pero teniendo en cuenta la distancia que media entre lo infinito y lo finito, hay una criatura que fue también la magna alabanza de gloria de la Santísima Trinidad, habiendo correspondido plenamente a la elección divina de que habla el Apóstol; pues fue siempre y en todo momento pura, *inmaculada e irreprochable* a los ojos de Dios.

Su alma es tan sencilla y los movimientos de la misma tan íntimos, que no es posible percibirlos; parece que reproduce en la tierra la vida del Ser divino, del Ser simplicísimo; por lo mismo es tan trasparente, tan luminosa, que se la podría creer la luz misma, y ciertamente es el « espejo del Sol de Justicia » *Speculum Justitie*.

Puede compendiarse toda su historia en estas pocas palabras: « *La Virgen conservaba todas esas cosas en su corazón* »; en él recogida vivió, y en tal profundidad, que la mirada humana no alcanza a sondearla.

Cuando leo en el Evangelio que *María fue presurosa hacia las montañas de Judea*, a desempeñar oficios de caridad para con su prima Isabel, cuán bella la veo caminar! cuán serena, majestuosa y recogida dentro de sí con el Verbo de Dios! Su oración, como tam-

(1) Aunque hayamos dado en distintos lugares extractos de esta piadosa elevación acerca de la Santísima Virgen, la reproducimos por entero en el día XV, que le consagró Sor Isabel en estos pequeños ejercicios.

bien la de Él fue siempre esta: « *Ecce* ». Aquí me tenéis. — A quién? — A la esclava del Señor, a la última de sus criaturas, ella, su Madre!

Tan sincera fue su humildad, siempre olvidada, ignorada de sí misma, que le fué dado exclamar: « *Porque miró la bajeza de su esclava, obrando en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo; desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones* ».

Pero esta Reina de las Virgenes es asimismo Reina de los Mártires; mas en su corazón es donde la traspasó la espada, porque en Ella todo se verifica en el interior.

Oh, cuán bella es para quien la contempla durante su prolongado martirio, envuelta en una majestad que a la vez ostenta fortaleza y mansedumbre! pues había aprendido del Verbo mismo cómo deben sufrir aquellos a quienes el Padre escogió por víctimas, aquellos a quienes resolvió asociar a la magna obra de la redención, *los que conoció y predestinó para ser conformes a Cristo crucificado por amor*.

Ahí está *de pie* cerca de la cruz, en la actitud de fortaleza y valor; y mi Maestro me dice, dándomela como Madre: « *Ecce Mater tua* ». Y ahora que Él ha vuelto a la mansion del Padre y me sustituyó sobre la cruz en su lugar, con objeto de que *sufra en mí lo que le resta padecer en pro de su cuerpo, que es la Iglesia*, junto a mí está la Virgen para enseñarme a sufrir como Él, y hacerme oír los últimos ecos de su alma, que nadie mas que su Madre pudo percibir.

En cuanto haya pronunciado mi *consummatum est*, tambien Ella, *Janua cæli*, es quien ha de introducirme en los atrios eternos con estas dulces palabras: « *Lætatus sum in his que dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus!*... »

Día décimosexto.

« *Como el sediento ciervo ansia las aguas vivas, así, oh, Dios mio, clama por ti el alma mía. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo será que yo llegue y me presente ante la faz divina?* » (1)

Y no obstante, así como « *el pajarillo halló hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos*, (2) *Laus gloriae*, esperando verse trasladada a la Jerusalem santa, *beata pacis visio*, (3) ha encontrado su retiro, beatitud y cielo anticipado, donde comienza la vida de su eternidad.

« *Callada permanece mi alma en Dios, aguardando me libre su mano; sí, Él es la roca donde me pongo a salvo, mi alcázar fuerte e inquebrantable* ». (4)

He aquí el misterio que hoy canta mi lira. Como a Zaqueo mi divino Maestro me ha dicho: « *Baja luego, porque conviene que hoy me hospede en tu casa* ». (5) *Baja luego*. — Pero, adonde? — A lo mas profundo de mi ser, despues de haberme dejado a mí misma, separado

(1) Ps. xli, 1, 2. — (2) Id. lxxxi, 3. — (3) Himno de la Dedicacion. — (4) Ps. xi, 2, 3 — (5) Luc, xix, 5.

de mí misma, despojado de mí misma, en una palabra, sin mí yo.

« *Conviene que me hospede en tu casa* ». Mi Maestro es quien me manifiesta este deseo; mi Señor, el Verbo encarnado es quien quiere morar en mí, con el Padre y el Espíritu de amor, para que esté en *sociedad* ⁽¹⁾ con Ellos. *Ya no sois huéspedes, o extraños; antes bien de la casa de Dios y familiares suyos*, ⁽²⁾ dice San Pablo.

He aquí como entiendo yo ser *de la casa de Dios*: procurando vivir en el seno de la apacible Trinidad, en mi interior abismo, en aquel alcázar inexpugnable del santo recogimiento de que habla San Juan de la Cruz.

« *Mi alma cae desfallecida al penetrar en los atrios del Señor* », ⁽³⁾ Tal debe ser la actitud de toda alma que penetra en su interior para contemplar allí a su Dios y estar en contacto con Él. Desfallece en un desmayo divino en presencia de aquel amor todopoderoso, de aquella majestad infinita que mora en ella; la vida no es la que la abandona, sinó que ella misma es quien desprecia esa vida natural y se aparta de ella, sintiendo que no es digna de su esencia tan preciosa; así, desea morir y engolfarse en su Dios.

Oh, cuán bella es esta criatura así libertada y desasida! Hállase en estado de « *disponer en su corazón escalones para subir desde este valle de lágrimas* (es

(1) I Joan., 1, 3. — (2) Eph., 11, 19. — (3) Ps. LXXXIII, 1.

decir desde todo cuanto no es Dios) *hasta el lugar que Dios le destinó* », ⁽¹⁾ hasta aquel lugar *espacioso* que es la insondable Trinidad: « *Immensus Pater, immensus Filius, immensus Spiritus Sanctus* » . ⁽²⁾

Luego sube, elévase ella por encima de los sentidos, de la naturaleza; pasa mas allá de sí misma, por encima de todo gozo, de cualquier dolor, y atraviesa las nubes, sin pararse hasta haber penetrado en *el interior* de Aquel a quien ama, y que le ha de conceder el *reposo del abismo*; todo lo cual se verifica sin que haya salido del *alcázar santo*, habiéndole dicho el divino Maestro: « *Baja luego* » .

De igual modo, sin salir de allí, ha de vivir, a semejanza de la Trinidad inmutable, en un *presente eterno*, adorándola siempre por ser quien es, y llegando a ser, en virtud de una mirada cada vez mas sencilla, cada vez mas unitiva, « *el esplendor de su gloria* », ⁽³⁾ o sea incesante *alabanza de gloria* de sus adorables perfecciones.

(1) Ps. LXXVIII, 6 — (2) Symbolum Athanasianum, 9 — (3) Hebr., 1, 3.

ELEVACION PIADOSA

de Sor Isabel de la Santísima Trinidad. (1)

Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayudadme a olvidarme enteramente para fijarme en Vos, inmóvil y apacible, cual si estuviese ya mi alma en la eternidad. Que nada sea parte para turbar mi paz o apartarme de Vos, oh Inmutable! sinó que cada instante logre sumergirme mas en la profundidad de vuestro Misterio.

Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra mansion amada, el lugar de vuestro reposo: que nunca Os deje solo, antes bien persevere con Vos todo cuanto soy, con mi fe enteramente despierta, en absoluta adoracion y entregada por completo a vuestra accion creadora.

Oh, Cristo mi amado, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para vuestro Corazon, ansio cubriros de gloria, anhelo amaros ... hasta morir de amor. Pero, ay, veo mi insuficiencia y os pido me revistais de Vos e identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma; dignaos, os ruego, sumergirme, invadirme y sustituiros a mí, para que mi vida no sea mas que una irradiacion de vuestra vida. Venid a mi como Adorador, como Reparador, como Salvador.

Oh, Verbo eterno, palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándoos; quiero ser adoctrinada de Vos para todo,

(1) Esta oración de Sor Isabel de la Trinidad ha sido encontrada sin título entre sus apuntes.

a fin de aprenderlo todo de Vos; y luego, a través de todas las oscuridades, todos los vacíos, las impotencias todas, quiero tener mi vista inmóvil en Vos y permanecer bajo vuestra magnífica luz... Oh, sol mío amado, envolvedme en vuestra luz, de suerte que no pueda apartarme del círculo de vuestra refulgencia.

Oh, *Fuego abrasador*, Espíritu de amor, descendid a mí a fin de que en mi alma se verifique como una encarnación del Verbo y sea yo para con Él una humanidad añadida, en la cual pueda renovar todo su misterio. Y Vos, oh Padre, inclinad hacia vuestra pobrecita criatura, no miréis en ella más que al muy Amado en quien tenéis puestas todas vuestras complacencias.

Oh mis « Tres », mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad inconmensurable, Inmensidad donde me abismo, a Vos me entrego como sierva, queriendo ser presa de vuestro amor; penetrad en mí, para que yo penetre en Vos, hasta que vaya a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas.

21 de noviembre de 1904.

CARTAS

de Sor Isabel de la Sma. Trinidad
a una amiga. ⁽¹⁾



Carta I.

1901.

« Veo que mi pequeñita N. no se enmienda mucho; esto me da pena, tenlo por cierto. En otro tiempo te perdonaba tales enfados, pero ya tú no eres un niño, y esas escenas resultan ridículas. Ya sé que permites a tu Isabel que manifieste todo lo que piensa; así, te digo es menester que te pongas resueltamente a la obra. Tienes el mismo temple que yo; por consiguiente, comprendo lo que puedes hacer. Si supieses cuán bueno es amar a Dios y entregarle lo que Él solicita, sobre todo cuando es costoso, no titubearías en escucharme desde ha tanto tiempo. Ciertamente es que en un principio solo experimentarás el sacrificio; mas luego has de gozar de una paz deleitosa. Yo te quisiera tan buena!... Voy a decirte algo: puesto que no estoy

(1) «Sabía Isabel mostrar firmeza cuando era menester», nos dice su amigueta. Testimonio de esto son las siguientes cartas, a la par que nos ponen al tanto de los esfuerzos personales de nuestra querida hermanita, cuando a raíz de su primera confesión resolvió ser toda de Dios.

ahí para recibir a cada instante lo superabundante que de tu corazón se desborda, cada vez que experimentes la necesidad de comunicarme alguna confianza irás a refugiarte en tu cuarto, y allí, colocándote entre tu crucifijo y mi retrato, de ti tan querido, procurarás recogerte un instante y pensarás que allí estoy con Jesús y mi pequeña N. Cada vez que te sientas mal dispuesta acudirás allí, es cosa convenida: verdad?

» Da gracias a Dios por mí, que bien feliz me encuentro. Tú no entiendes esto..... pero, si supieses cuán dulce es no vivir ya más que de Él! Que Él se digne enseñártelo le pido con toda mi alma ».

Carta II.

1902.

« Si, ruego por ti y te guardo dentro de mi alma, muy cerquita de Dios, en este íntimo santuario donde le hallo a cada instante del día y de la noche. Nunca estoy sola, aquí está siempre Cristo orando en mí, y yo ruego con Él.

» Me das pena, harto infeliz te siento, y es culpa tuya, te lo aseguro. Ojalá pudiese enseñarte el secreto de la felicidad, así como Dios me le enseñó! Dices que no tengo cuidados, ni padezco; sumamente dichosa soy, en verdad, pero qué bien se puede serlo, aun cuando se tenga disgustos! Para lograrlo hace falta mirar siempre hacia Dios; en un principio, cuando se siente que en su interior todo arde, hay que hacer

esfuerzos ; pero , con dulzura , a fuerza de paciencia y con la ayuda de la gracia se llega al cabo de todo .

» A imitacion mia , edifica una celdita dentro de tu alma ; piensa que Dios está allí , y de vez en cuando entra en ella ; cuando te sientas nerviosa y te encuentres infeliz , ve corriendo a refugiarte allí , y de todo lo que te pasa haz confianza al divino Maestro . Si le conocieras tan solo un poquito , nunca jamas te causaría fastidio la oracion .

» Antes te gustaba mucho sentarte a mi lado y tener conmigo tus desahogos ; de modo análogo debes acudir a Él . Si llegases a entenderlo , no padecerías ya . Este es el secreto de la vida del Cármen .

» En mi interior celdita te guardo ; a tu vez , guárdame en la tuya ; de este modo nunca estaremos separadas » .

Carta III

Abril 1902 .

« He pasado una buenísima Cuaresma ; de todo cuanto he visto en el Cármen , nada resulta tan hermoso como la Semana Santa y el día de Pascua de Resurreccion , hasta añadiré que es cosa única ; cuando te vea te lo referiré todo .

» ¡Qué dichosa se encuentra el alma cuando vive en intimidad con Dios , cuando su vida no es mas que un coloquio íntimo , un cambio de amor con el divino Esposo , cuando sabe encontrarle en el seno de sí misma ; en tal estado no se siente nunca sola , sino que mas bien

anhela la soledad a fin de gozar de la presencia del Huésped adorado. Necesario es que tú le des lugar en tu vida y albergue en tu corazón, que Él crió tan amante, tan apasionado. Si supieses cuán bueno es y cómo es Él todo amor!

» Le ruego se digné manifestarse a tu alma y que sea para contigo el amigo a quien puedas hallar siempre; entonces todo se iluminará para ti; y cuán grato es vivir así! No es esto un sermón, sino que dejo desbordarse en tu alma lo que rebosa en la mía, a fin de que juntas vayamos a confundirnos en Aquel que nos ama con un *amor excesivo*, ... en expresión de San Pablo ».

Carta IV.

24 julio 1905

« Aun conservo la larga carta que antes de marchar me has escrito; la he leído y releído, suplicando al Ideal divino se digné herir y cautivar ese querido corazoncito que Él busca y cerca aunque intenta sustraerse para vivir ocupado en cosas sumamente inferiores al fin para el cual fué criado y puesto en el mundo.

» Comprendo la necesidad que experimentas de hallar un ideal, algo que saque de sí, y arrebate hacia arriba; pero no hay más que uno solo, es *Él*, el único verdadero. Si le conocieras tan solo un poquito, como tu Isabel! Es encantador... bajo su mirada el horizonte se dilata, se embellece, se ilumina; lo quiero yo apa-

sionadamente , y en Él todo lo poseo . Con respecto a Él y bajo su irradiacion es como debo considerar todas las cosas , dirigirme por doquiera . Quieres orientarte conmigo hacia ese Ideal sublime ? Esto no es una ficcion , sinó pura realidad ; es lo que constituye mi vida en el Cármen ; mira cómo Magdalena fué cautivada , y puesto que anhelas vivir allende este mundo , vive en Él ; es cosa tan sencilla ! Luego , sé tambien el consuelo de tu querida mamá ; ¿ no conoces lo que encierra el corazon de madres como las que Dios nos ha deparado ? ten presente que no hay nada mejor aquí abajo ; y creo que el divino Maestro no podia pedirme mayor sacrificio que el de darle la mía . Quiero que seas muy sumisa en la paz de Dios , y que permanezcas en Él . Cuanto menos dócil te veo , tanto mas guerra doy a tu alma ; pues Dios la quiere para sí ; y luego , ¿ no eres tú mi hijita ? Me figuro que en algun modo he de dar cuenta de ti ; por lo tanto , no seas difícil de captar , déjate coger en los lazos del divino Maestro : allí qué bien se está » !

Carta V.

Dios es amor.

« Oh , qué ensueño mas bello he tenido ! Para ti no tengo ningun secreto : conozco que me entiendes , y te aseguro que me cuesta posarme de nuevo sobre este suelo ; el Cielo no hubiera hecho otra cosa sinó fundir nuestras almas mas íntimamente todavía . Me has di-

cho frecuentemente que yo era para ti como una madre, y siento efectivamente que mi corazón encierra respecto de ti ternuras maternales. Y ¿cómo serían estas si yo estuviera en el inmenso foco del amor? ¡Qué celestiales días he pasado esperando la gran visión de Dios! Me parecía que el Águila divina iba a lanzarse sobre mí, arrebatándome a su deslumbradora claridad, y considera el gozo de mi alma al pensar en este primer encuentro con la Belleza Infinita. Oh, si yo me hubiera engolfado en Ella, cómo hubiera velado por ti! Mi ambición por tu alma es tan grande, que gozo sufriendo con el fin de atraer sobre ella gracias superabundantes. Tu carta me ha producido un placer inmenso. Veo que Dios te trabaja y te acerca a Él; y esto me proporciona inefable alegría; es tan bueno ser suya! qué dichosos somos los dos en la soledad de la enfermería, donde podemos continuar día y noche nuestro coloquio íntimo de corazón a corazón; es una delicia.

» A Dios. Voy mejor, aun pienso volver a verte aquí abajo; de todas maneras, en el Cielo o sobre la tierra, siempre nuestras almas serán una ».

Abril 1906.

Cartas al Sr. canónigo A...

Carta I.

Abril 1902.

AMADO SR. CANÓNIGO,

« Cuán bueno es pasar una cuaresma , una semana santa , un día de pascua en el Cármen ! Es cosa única ! Con qué alegría he cantado el *alleluia* , envuelta en la blanca capa , revestida de las libreas queridas que tanto he anhelado ! Tambien fue dulcísimo el día de jueves santo , pasado al lado de Jesus , se lo aseguro ; de muy buena gana me hubiera quedado la noche entera , pero el Maestro quiso que me fuera a descansar ; ¡ no importa nada ! se le encuentra en el descanso tanto como en la oracion ; no es cierto ? pues que en todo , en cualquier lugar , siempre y por doquiera está Él . A las dos de la madrugada bajé de nuevo al coro , y V. adivina cuál sería mi satisfaccion . Las rejas amadas que me constituyen cautiva suya de amor me agradan cada vez mas . Cuán grato es pensar que somos prisioneros , aherrajados el uno del otro ; aun mas , formamos una sola víctima , ofrecida al Padre por la salud de las almas , a fin de que todas sean *consumadas en la unidad* .

• Cuando piense V. en su pequeña carmelita , dé

gracias a Aquel que le otorgó tan pingüe parte : es un cielo anticipado . Qué horizonte mas bello ! es Él !... ¿ Qué será lo de allá arriba , si ya desde la tierra se efectúan uniones tan íntimas ? Bien conoce V. mi nostalgia del Cielo ; esta no disminuye , pero desde ahora vivo la vida de sus moradores , pues le llevo dentro de mí ; en el Cármen parece que se está muy cerca de él .

« ¿ No vendrá V. a verme algun día para reanudar en la reja las pláticas que tenía V. con su Isabelita ? ¿ Recuerda V. mi confidencia primera en el claustro de San Hilario ? Qué ratos tan buenos he pasado allí con V. ! pido a Dios le devuelva con ereces el bien que me ha hecho . Aun tengo presente lo contenta que me hallaba cuando lograba tener con V. alguna pequeña conferencia y lo que gocé al confiarle mi gran secreto ; no pasaba de ser una niña , y no obstante , nunca tuvo V. por dudoso el llamamiento divino » .

Carta II.

Agosto 1903.

« Aun guardo recuerdo de nuestras pláticas durante las últimas vacaciones en esas bellas montañas , de nuestros paseos de la tarde a la claridad de la luna... allá arriba junto a la Iglesia ; qué bello espectáculo en medio del silencio y del sosiego de la noche ! ¿ No sentía V. mi alma toda arrebatada hacia Él ? Y la misa en la capillita , celebrada por V. ... , dulces recuerdos que nunca he de olvidar . Hoy día , le acompaño con

el alma y el corazon y me creo muy cerca de V. Complázcome en pensar que por Él lo dejé todo; ¡ es tan grato dar cuando se ama , y amo tanto a mi Dios , que se muestra celoso de tenerme del todo por suya ! Siento la grandeza de su amor descansando sobre mi alma . Es como un océano donde me voy sumergiendo y me anonado ; en esto consiste mi vision sobre la tierra , mientras espero contemplarle de cerca en la luz . Él está en mí , y yo en Él : solo tengo que amarle , y dejarme amar por Él , sin interrupcion ; debo despertar en el amor , moverme en el amor y en el amor descansar , mi alma en su alma , mi corazon en su corazon , a fin de que por medio de su contacto me purifique , y me libre de mi miseria . Si supiera V. cuánta es esta ! Como antaño en San Hilario , me gustaría manifestarla a V. , y luego bañarme en la sangre del Cordero ; envidio a mi querida mamá . Al menos , en la Santa Misa tenga V. la bondad de introducir mi alma en el cáliz y pida al Esposo que me haga del todo pura , vírgen del todo , y una sola cosa con Él » .

Carta III.

Enero 1904.

« Puesto que en mi alma mora el divino *Parvulito* , tengo toda su oracion y me complazco en procurar que descienda sobre aquellos para quienes mi corazon está siempre profundamente agradecido : de lo dicho puede V. inferir la gran parte que le cabe en mis pobrísimas

oraciones. La bella fiesta de Navidad, que tanto he amado siempre, ofrece en el Cármen un carácter del todo especial. En vez de pasar la vela santa entre mamá y Margarita, la pasé en silencio profundo en el coro, muy cerquita de Él, y yo me decía con íntimo goce: Él es todo para mí, mi Todo único. Qué dicha, qué paz infunde esto en el alma! Él es el único, todo se lo he entregado; si miro por el lado de la tierra, veo la soledad, y aun el vacío, no pudiendo negar que mi corazón haya padecido; pero si mi mirada descansa en Él, mi astro luminoso, oh, entonces todo lo demás desaparece y me abismo en Él como la gota cristalina en el océano, quedando todo apaciguado, todo sosegado. De esta paz divina dice San Pablo que *sobrepaja a todo entendimiento*. (1)

» El domingo, aniversario del gran día de mi profesión, estaré de retiro, y me regocijo de pasar ese día al lado de mi Esposo. Hambrienta estoy de Él; en mi alma está zanjando unos abismos que solo Él puede llenar, y para semejante obra, me arrebatara en unos silencios tan profundos, que no quisiera salir de ellos.

» A Dios, Sr. canónigo, encomiéndeme al Señor; necesito mucho que me ayude V. En el Santo Sacrificio, en el altar de Aquel a quien amo, tenga V. presente a su carmelita, y ofrezca a Dios mi anhelo de ser su hostia a fin de que Él more siempre en ella, y ella a su vez pueda comunicarle a las almas ».

(1) Philip, iv, 7.

Carta IV.

Enero 1905.

« Con instancia he rogado por V. pidiendo a mi real Esposo le otorgue lo mejor de sus tesoros ; y ¿ qué mejor que Él mismo , Jesus , el don de Dios ? Cada día Él me hace experimentar cuán dulce es ser de Él , de Él solo , y mi vocacion de carmelita me hunde en la adoracion , en el hacimiento de gracias . Verdad es lo que dice San Pablo : « *Él amó en extremo* » ; demasiado ha amado a su Isabelita ; pero el amor con amor se paga , y no pido a Dios otra cosa , mas que llegar a entender esa *ciencia de la caridad* de que habla el Apóstol , cuya profundidad toda quisiera sondear mi corazon ; esto se verificará en el Cielo , no es cierto ?

Parece que este cielo puede comenzarse ya sobre la tierra , puesto que poseemos a Dios en nosotros y está en nuestra mano perseverar en su amor por entre todas las cosas . Esto me dió a entender Nuestro Señor durante los ejercicios particulares que tuve la gracia de practicar en octubre ; diez dias de silencio pleno , de soledad absoluta ; considere V. desde Carcasona a la feliz ermitaña sepultándose en su desierto ; feliz si que lo soy , y el decirlo me hace bien , sobre todo a V. , pues veo que sigue guardándome siempre su cariño tan paternal .

» Ah , si V. supiera cómo mi corazon es el mismo siempre ; qué digo ? se dilata , se ensancha al contacto

de Dios todo amor; en Él sigo siempre de V. afectísima, y bajo su bendición amada me recojo ».

Carta V.

Febrero 1905.

« Antes de abstraerme en la soledad del desierto, nuestra Reverenda Madre permite que me dirija a V. para decirle la dicha que me proporcionó su buena carta. Por mi mamá estaba enterada de que V. tenía enfermo un brazo, pero su amada misiva me inspira confianza de que ese reuma haya desaparecido.

« Pobre mamá! querría haber cantado ya el alleluia; pero Dios tendrá en cuenta ese ayuno tan prolongado para su corazón de madre. Si, estimado Sr. canónico, como V. me dice, hay mucho que expiar, mucho que pedir; creo que para satisfacer a tantas necesidades hace falta llegar a ser oración viviente, continua, y amar mucho; es tan grande el poder de una alma entregada al amor! Hermoso ejemplo nos da de ello la Magdalena: bastole una palabra para lograr la resurrección de Lázaro. ¡Cuánta falta nos hace que Dios obre resurrecciones en nuestra querida Francia! Me complazco en colocarla bajo la efusión de la Sangre divina. Dice San Pablo que *« en ella tenemos la remisión de nuestros pecados, según las riquezas de la gracia que sobreabundó en nosotros. »* ⁽¹⁾ Cuanto ánimo me in-

(1) Ephes., 1, 7, 8.

funde este pensamiento; cuán grato es hacerse salvar por Él en las horas en que se experimenta solo la propia miseria, y qué profunda es la mía! pero Dios me ha deparado una madre, imágen de su misericordia, que con una palabra sabe sosegar cualquier angustia en el alma de su hijita, y darle alas para alzar el vuelo a las alturas iluminadas por los destellos del Astro Criador; por eso vivo en accion de gracias, uniéndome a la alabanza eterna que se canta en el cielo de los santos, y de este modo hago aquí abajo mi aprendizaje...

» Encomiende V. a Dios su hijita durante la cuaresma, conságrela con la Hostia divina, a fin de que no quede ya nada de la pobre *Isabel*, sinó que ella sea toda *de la Trinidad*: entonces su oracion llegará a ser todo poderosa y V. participará de su fruto, puesto que le cabe tan gran parte en mis plegarias; no hago con ello mas que pagar una deuda grande de gratitud... A Dios, amado Sr. canónigo, la campana me llama a maitines, no olvidaré hacer memoria de V. en primer lugar ».

Carta VI.

Ascension, 1905.

« Me ha enterado mi querida mamá de que ha estado V. muy delicado, y por eso he pedido a nuestra Reverenda Madre me permitiera hacerle una pequeña visita. Hoy es el día en que el divino Maestro se remonta al Padre, que es nuestro Padre, y va a apa-

rejarnos una mansion en su herencia de gloria. Ruégole se digne cautivar las cautividades todas de V. restableciéndole pronto en perfecta salud. Tendrá V. a bien decirme si ha sido escuchada su carmelita.

» Esta mañana tendremos nuestro último recreo, luego entraremos en retiro en el Cenáculo hasta Pentecostes. Durante estos diez días me hallaré aun mas cerca de V., puesto que estaré mas en Él. San Pablo, a cuyas bellas epístolas dedico un estudio que hace mis delicias, dice que « *las cosas de Dios nadie las ha conocido, sinó el Espíritu de Dios* » .⁽¹⁾

» El programa de mi retiro consistirá, por lo tanto, en permanecer por medio de la fe y del amor bajo esa « *uncion del Santo* », ⁽²⁾ de que habla San Juan, siendo Él el único que « *penetra los arcanos de Dios* » .⁽³⁾

» Ruegue V. para que no disguste a este Espíritu de amor, antes bien le dé lugar a que obre en mi alma todo cuanto su gracia creadora quiere llevar a cabo en ella. Pida asimismo por mi amada Comunidad, y sobre todo por nuestra Reverenda Madre y todas sus intenciones. Le pido me ayude a pagar mi deuda de gratitud para con ella; si supiera V. lo que es para con vuestra hijita! a cada instante siento una « *virtud divina* » que brota de su alma a la mía.

» Intensa satisfaccion me proporcionaria V., se lo aseguro, si tuviera a bien obsequiarle con el hermoso ramillete purpurado en la sangre del Cordero, que

(1) I Cor., 13, 11. — (2) I Joan., 11, 20. — (3) I Cor., 11, 10.

tanto placer le causó el año pasado. Por ello le doy anticipadas gracias, convencida de que mi deseo ha de ser favorablemente oído, si le es posible. Qué sencillez la mía con V. ! pero, ¿acaso no es V. Padre de mi tiernecita alma ?

» A Dios, amado Sr. canónigo, bendígame y procure entregarme al Espíritu de luz y de amor ».

Cartas a la señora ***

Carta I.

« No hay leña como la de la cruz para encender en el alma el fuego del amor, y Jesus anhela ser amado, y hallar en el mundo, donde tanto le ofenden, almas que se entreguen a Él, es decir, almas rendidas del todo a su beneplácito divino: *Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado* » .⁽¹⁾ Nuestro Señor fue quien pronunció por vez primera estas palabras; y uniéndose a Él, el alma es arrebatada por el movimiento de su alma divina, y todo su ideal consiste en cumplir la voluntad del Padre, que con amor eterno nos amó.

(1) Joan., iv, 34.

Puesto que V. me permite hablarle íntimamente y leer en su corazón, déjeme decirle, querida señora mía, cómo veo en sus padecimientos una voluntad de Dios; Él es quien le quita la posibilidad de obrar, de distraerse, de ocuparse, a fin de que la única ocupación de V. consista en amarle y pensar en Él; de su parte se lo digo: Él está sediento del alma de V. Lo está V. consagrada de un modo especial, por lo que me alegro mucho; quisiera V. ser toda suya, aunque viva en medio del mundo; es cosa tan sencilla! Él siempre está con V., esté V. siempre con Él en medio de sus quehaceres, de sus padecimientos; cuando tiene V. el cuerpo como destrozado, trate de permanecer bajo su divina mirada, considerándole presente y viviendo dentro de V. Si no habitase yo en mi Carmelo, envidiaría a V. la soledad de que goza, hallándose tan dulcemente recogida en esas bellas montañas; su morada es una pequeña Tebaida; cuán grato debe ser pasear solitaria por esos grandes bosques, dejando a un lado libros y labores, y permanecer con Dios, trabando con Él íntimos coloquios, puesta en Él la mirada del alma. Disfrute V. de esa dicha, que es divina ».

Carta II.

« Me pregunta V. cómo puedo soportar el frío. Tenga por cierto que no soy mas generosa que V., pero V. se encuentra delicada, mientras que disfruto yo de buena salud, y ni siquiera siento que hace frío; así

puede V. ver que tengo poco mérito. En casa padecía mucho mas por el frio que en el Cármen, donde se carece de fuego; pero Dios ayuda con su gracia; y luego, cuando se siente estas cosillas, conviene parar la vista en el divino Maestro, quien padeció tambien todas estas penalidades porque « nos ha amado mucho »; entonces se tiene deseo de devolverle amor por amor. En el Cármen, no escasean tales sacrificios; mas, cuán gratos se hacen al corazon enteramente poseído por el amor! Voy a confiarle lo que suelo practicar cuando algun trabajillo se me presenta: miro al divino Crucificado, y cuando veo de qué modo Él se entregó por mí, comprendo que debo desvivirme, *gastarme* por Él, para devolverle un poco de lo que Él me ha dado con exceso.

» Por la mañana en la santa Misa unámonos, muy amada señora mía, a su espíritu de sacrificio; esposas tuyas somos, por tanto, debemos asemejarnos a Él; sigamos unidas a Él durante el día, mantengámonos siempre en Él: si somos fieles en vivir de su vida, si procuramos identificarnos con todos los movimientos del alma del divino Crucificado, no tendremos ya que temer nuestras flaquezas, Él será nuestra fortaleza, y quién podrá separarnos de Él?

» Abrigo la conviccion de que Él está satisfecho de V., y que los sacrificios de V. consolarán su corazon. Le doy a V. cita durante la cuaresma en lo infinito de Dios, en su caridad. Conviene V. en que eso sea el desierto donde en compañía de nuestro divino Esposo

vayamos a vivir en soledad profunda, puesto que en ella es donde Él habla al corazón? »

Carta III.

« Contemplar el alma de los santos y seguirles por la fe hasta el Cielo, es muy beneficioso al alma.

» Allí se hallan refulgentes del resplandor de Dios, a quien contemplan cara a cara. Ese cielo de los santos es nuestra patria, es la casa paterna donde nos aguardan, donde nos aman, y a la cual volaremos nosotras también algún día para ir a reposar en el seno del Amor infinito. Cuando contemplamos aquel mundo divino que nos envuelve ya desde el destierro, y en el que podemos movernos, cómo desaparecen de nuestra vista las cosas de este mundo! Todo esto es lo que no es, es menos que nada. ¡Qué bien entendieron los santos la ciencia verdadera, que nos hace salir de todo, aun de nosotros mismos, para lanzarnos a Dios y no vivir ya más que de Él! En nosotras está, querida señora mía, para santificarnos; pidámosle se digne embebernos en su santidad. Cuando Nuestro Señor andaba por el mundo, escrito está en el Evangelio que de Él emanaba cierta virtud oculta y que a su contacto sanaban los enfermos, resucitaban los muertos. Pues bien, Él está siempre viviente: viviente en su sagrario, en su sacramento adorable, viviente en nuestras almas; y Él mismo es quien lo asevera, diciendo. « *El que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará.*

y vendremos a él y haremos mansion dentro de él » . (1)

» Puesto que está ahí , hagámosle compañía como el amigo a aquel a quien ama . Esta union divina y del todo intima constituye , por decirlo así , la esencia de nuestra vida en el Cármen ; por ella se hace tan grata nuestra soledad ; pues , como dice nuestro Padre San Juan de la Cruz , cuya festividad celebramos hoy , « dos corazones que se aman , prefieren a todo la soledad » .

» El sábado , festividad de la Presentacion de la Santisima Virgen , tuvo lugar la bella ceremonia de la renovacion de votos ; qué dia mas hermoso ! querida señora mía ; qué gozo el de vincularse al servicio de un amo tan bueno ! y decirle que hasta la muerte somos tuyas , « esposas de Cristo » . Mucho me alegro de saber que está V. consagrada tambien a Él ; parece que desde lo alto del Cielo nuestra gran santa Isabel bendice y sella la union de nuestras almas .

» ... Ya no iré por esas montañas , pero con el alma y el corazon ahí la seguiré , pidiendo a Aquel que es nuestra *cita* se digne atraernos a aquellas otras montañas , a aquellas cumbres divinas , tan lejanas de la tierra , que casi tocan al cielo . Allí es donde continuo intimamente unida a V. bajo los destellos del Sol del Amor » .

(1) JOH. , XIV , 23.

Carta IV.

Febrero 1903.

« Nuestra Reverenda Madre autoriza que pueda decir a V., antes de entrar en el gran silencio de la cuaresma, lo mucho que la encomendamos a Dios mi amada comunidad y yo.

» Comprendo sus temores ante la perspectiva de una operacion, y ruego al Señor los suavice, los apacigue por sí mismo. Dice el Apóstol San Pablo que « Dios obra todas las cosas segun el consejo de su voluntad », ⁽¹⁾ de consiguiente todo lo debemos recibir como procedente de la mano divina de nuestro Padre, que nos ama y prosigue en medio de todas las pruebas su fin, que es unirnos mas íntimamente con Él. Lance V. su alma en las ondas de la confianza y del santo abandono, piense que todo cuanto logra turbarla y causarle temor no viene de Dios, pues Él es *Príncipe de paz*, ⁽²⁾ y a los hombres de buena voluntad prometió esa paz. Cuando teme V. haber abusado de sus gracias, como me dice, hora es de redoblar la confianza, porque el Apóstol dice tambien: « Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia ». ⁽³⁾ *Rico en misericordia es el Dios nuestro a causa de su inmenso amor*. ⁽⁴⁾ Por tanto, no tenga V. miedo de aquella hora por la que todos debemos pasar. Es la muerte, querida señora mía, el sueño del niño que se duerme en el regazo materno;

(1) Eph., 1, 11. — (2) Is., IX., 6. — (3) Rom., v, 20. — (4) Eph., II, 4.

por ella las tinieblas del destierro habrán huido para siempre, y entraremos en posesion de la « herencia de los santos en la luz ». (1) San Juan de la Cruz dice que hemos de ser juzgados sobre el amor, lo cual responde perfectamente al pensamiento de Nuestro Señor cuando dijo hablando de la Magdalena: « Muchos pecados le han sido perdonados porque ha amado mucho ». (2) Pienso con frecuencia que tendré que hacer muy prolongado purgatorio, porque mucho se ha de pedir a quien mucho recibió, y Él ha colmado con generosidad sin medida a su pequeña esposa; pero me abandono a su amor, y canto desde ahora el himno de sus misericordias.

»Si cada día hiciésemos crecer a Dios en nuestra alma, qué seguridad lograríamos para comparecer en presencia de su santidad infinita! Creo que ha hallado V. el secreto: si, por medio de la propia abnegacion es cómo se alcanza el divino fin; merced a ella morimos a nosotros mismos, para dejar a Dios todo el sitio. ¿Se acuerda V. de aquella bella página del Evangelio segun San Juan, donde dice Jesus a Nicodemo: « En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios »? (3) Por consiguiente, renovémonos en el interior del alma, « despojémonos del hombre viejo para revestirnos del nuevo, que fue criado segun la imagen de Dios », (4) lo que se verifica suave y simplemente separándose de todo cuanto no es Dios. El alma no tiene entonces ni temores ni deseos, está su vo-

(1) Colos., I, 12. — (2) Luc., VII, 47. — (3) Joan., III, 3. — (4) Colos., III, 10.

luntad puesta del todo en la de Dios, y esto es lo que consuma la union.

» Durante este santo tiempo de cuaresma, rogemos mucho una por otra; retirémonos con nuestro Maestro al desierto, y pidámosle nos enseñe a vivir de su vida.

Carta V.

Febrero 1904.

« Mientras estaba leyendo estos días la vida de Santa Isabel, Madre de V. y mi abogada en el Cielo, estaba especialmente unida a V. Estas palabras que Nuestro Señor le dirige soberanamente me enamoran: « Isabel, si quieres estar conmigo, yo gustoso estaré contigo, y nada podrá separarnos ».

» Querida señora mía, ¿ no nos dice tambien esto mismo el Esposo divino en el silencio del alma cuando nos invita a seguirle de cerca, a no formar mas que una sola cosa con Él, haciéndonos sus esposas? Durante estos días de las Cuarenta horas tenemos el Santísimo de manifiesto. Hoy domingo he pasado casi todo el día al lado de Nuestro Señor, y hubiese querido redoblando el amor hacerle olvidar todo el mal que en estos días de carnaval se comete en el mundo.

» El miércoles empezamos la cuaresma: ¿ quiere V. que hagamos una cuaresma de amor? « *El me amó y se entregó por mí* » .⁽¹⁾

(1) Galat., II, 20.

» Este es el término del amor, darse, embeberse por completo en Aquel a quien se ama. «El amor hace salir de sí al que ama para trasladarle, por medio de un éxtasis inefable, al seno del amado». Hermoso es este pensamiento, no es cierto? guardémosle como lema luminoso para nuestras almas, a fin de que se dejen arrebatar por el Espíritu de amor, e iluminadas por la fe se anticipen a cantar con los bienaventurados el himno de amor que estos modulan ante el solio del Cordero.

» Si, querida señora mía, empecemos nuestro cielo sobre la tierra en el amor. Él mismo es este amor; San Juan es quien lo dice: «*Dios es amor*»; ⁽¹⁾ allí tendremos nuestra cita, no es verdad? »

Carta VI.

Enero 1905.

« Estaba leyendo en las epístolas de San Pedro una palabra que ha de ser la expresion de los votos de su amiga carmelita: «*Santificad al Señor en vuestros corazones*». ⁽²⁾ Para verificar esto es necesario poner por obra el pensamiento de San Juan Bautista: *Conviene que Él crezca y yo mengüe*. ⁽³⁾ Amada señora mía, durante este año que Dios nos otorga para que nos santifiquemos, y nos unamos mas con Él, hagamos que Él crezca en nuestras almas, guardémosle allí «solo y

(1) Joan., IV, 8. — (2) I Petr., III, 15. — (3) Joan., III, 30.

separado », que Él sea verdaderamente su rey ; en cuanto a nosotras , desaparezcamos , olvidémonos , y , segun expresion hermosa del Apóstol , no seamos ya mas que *la alabanza de su gloria* .

« Le deseo así mismo todas las gracias de salud que V. necesita , puesto que por este lado se halla tan probada . Tenga presente lo que San Pablo decía : « *Me gloriaré en mis flaquezas , porque entonces el poder de Jesucristo mora en mí* » . ⁽¹⁾ Todo está en la voluntad de Dios : en medio de los padecimientos físicos , que afectan tambien al alma , huélguese V. , amada señora , y piense que en este estado de impotencia , sufrido con fidelidad y amor , puede V. cubrirle a Él de gloria . Nuestra Santa Madre decía : « Cuando se sabe unirse con Dios y con su voluntad santísima , aceptando cuanto Él quiere , se está bien , todo se posee » .

« Por tanto , le deseo a V. aquella paz profunda en el beneplácito divino ; comprendo todos los sacrificios que su salud le impone ; mas es grato decirse : « Él es quien lo quiere » . Nuestro Señor decía un día a una de sus santas : « Bebe , come , duerme , haz lo que quieras , con tal que me ames » . El amor ! he aquí lo que hace su carga tan ligera y tan suave su yugo . Pidamos al Niño Dios se digue consumirnos con esa llama divina , con ese fuego que Él vino a traer a la tierra » ...

(1) II Cor., XII, 9.

Carta VII.

Enero 1906.

« Que el año 1906 sea para el alma de V. una cadena de fidelidad, de la cual cada anillo, soldado por el amor, la una mas íntimamente con el divino Maestro y la constituya en verdad su cautiva, « prisionera suya », como decía San Pablo. El Apóstol deseaba a los suyos que « *Jesucristo habitara en ellos por la fe, a fin de que fuesen arraigados y cimentados en el amor* ». (1) También para V. formulo yo este voto, amada señora mía, deseando que el reinado del Amor se establezca plenamente en su reino interior y que el peso de este amor arrastre a V. hasta el total olvido de sí misma, hasta aquella muerte mística de que habla el Apóstol cuando exclama: « *Yo vivo, o mas bien no yo, sinó que en mí vive Cristo* ». (2) En la oracion despues de la cena, último himno de amor que el alma del divino Maestro exhaló, dirige al Padre esta sublime expresion: « *Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me encomendaste* ». (3)

» Nosotras, que somos sus esposas, querida señora mía, y por tanto debemos totalmente identificarnos con Él, deberíamos poder reiterar por nuestra parte cada día al caer la tarde las mismas palabras. Quizá me preguntará V. de qué modo debemos glorificarle; es muy fácil: este secreto Nuestro Señor nos lo comu-

(1) Eph., III, 17. — (2) Gal., II, 20. — (3) Joan., XVII, 4.

nica al decir: « *Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado* ». ⁽¹⁾ Adhiérase V. por tanto a toda voluntad de este adorable Salvador, mire cada padecimiento, cada gozo, como procedente de Él, y la vida de V. llegará a ser una comunión perpetua, pues cada cosa será como un sacramento que le hará participante de Dios; esto es realidad, pues Dios no se divide: su voluntad es todo su ser; hállese todo en todas las cosas, y esas cosas no son, en cierto modo, sinó una emanación de su amor. Ya ve V. como se puede glorificar a Dios en el estado de padecimiento y de languidez, tan difíciles de llevar. Olvídense de sí misma cuanto le sea posible; es el secreto de la dicha y de la paz. San Francisco Javier exclamaba: « Lo que a mí me toca, no me toca, mas lo que a Él le toca, me toca hondamente ». Bienaventurada el alma que ha llegado a ese total desasimiento; ama de veras »!...

Cartas a una aspirante al Cármen.

Carta I.

« Una carmelita es una alma que ha clavado su mirada en el divino Crucificado, contemplándole en el acto de ofrecerse al Padre como víctima, y que, reco-

(1) Joan., iv, 34.

giéndose en la luz de tan sublime vision de la caridad de Cristo, llegó a comprender su pasión de amor y anheló ofrecerse con Él. Sobre la montaña del Carmelo, en el silencio y soledad, en una oración que nunca se acaba, vive como en el Cielo únicamente de Dios. El mismo Dios, que ha de constituir un día su bienaventuranza y saciarla en la gloria, se comunica ya a ella, no se separa de ella, mora en su alma; aun mas, ambos, por decirlo así, no forman mas que un solo ser; hambrienta está por lo mismo de silencio, a fin de escucharle siempre, de embeberse cada vez mas en el Ser infinito, permaneciendo identificada con Aquel a quien ama y hallándole doquiera. ¿Acaso no es esto poseer el Cielo sobre la tierra? Ese cielo lo lleva V. dentro de sí, puesto que Jesus reconoce a la carmelita por lo que es dentro, es decir, en su alma.

» No se aparte V. nunca de su presencia, haga todo bajo su mirada divina, y manténgase gozosa siempre en su paz y su amor ».

Carta II.

« Vivamos en intimidad con nuestro Amado, seamos del todo suyas, así como Él es todo nuestro. Hállase V. privada de recibirle tan a menudo como lo desearía: comprendo su sacrificio; mas, tenga V. presente que su amor no necesita del sacramento para venir hasta V., y puede comulgar con Él todo el día, puesto que Él vive en su alma. Oiga V. lo que dice nuestro Padre San Juan de la Cruz:

« Oh alma , hermosísima entre todas las criaturas ,
 » que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado
 » para buscarle y unirte con Él , ya se te dice que tú
 » misma eres el aposento donde Él mora , y el lugar
 » retirado donde Él está escondido ; que es cosa de
 » gran contentamiento y alegría para ti ver que todo
 » tu bien y esperanza esté tan cerca de tí , qué está en
 » ti , o , por mejor decir , tú no puedes estar sin Él » .

« Vivir en Él , en esto consiste la vida del Carmen ;
 entonces , los sacrificios , las inmoluciones , todo llega a
 ser divino . Ame V. la oracion , el silencio , que consti-
 tuyen la esencia de nuestra vida ; ruegue a la Reina
 del Cármen nuestra Madre la enseñe a adorar a Jesus
 con recogimiento profundo . Ruegue asimismo a nues-
 tra seráfica Madre Santa Teresa , quien ha amado tanto...
 que murió de amor : pídale su pasion de amor a Dios
 y a las almas ; pues la carmelita debe ser apóstol , este
 es el fin al que deben tender sus oraciones y sacrificios
 todos .

« ¿ Conoce V. a San Juan de la Cruz , que tanto se
 internó en las profundidades de la divinidad ? Antes
 hubiera debido hablarle de San Elías , nuestro primer
 Padre ; así que puede V. ver lo antigua que es nuestra
 Orden , pues se remonta hasta los profetas . Ojalá me
 fuera dado cantar todas sus glorias ! ... Amémosla , es
 incomparable . En cuanto a la Regla , ya conocerá un
 día cuán bella es ; mientras tanto , viva V. de su es-
 piritu » .

Fragmentsos diversos.

MUY AMADA SEÑORA mía ,

« El corazon de su amiguita siente necesidad de participar a V. que su oracion por el querido enfermo es intensísima . Como Magdalena a los pies de mi Maestro , voy a hacerme muy suplicante , diciéndole : « Aquel a quien amas está enfermo » .

» Jesus da su cruz a sus verdaderos amigos , a fin de comunicarse mas a ellos . En su corazon divino veo que le tiene a V. grandísimo amor . Únome al Angelito que V. ha perdido y vela desde allá arriba sobre V. a fin de conmover el corazon de Dios » .

« Ahora mismo me he enterado de que Dios se ha acercado a V. con su cruz , exigiéndole el mas doloroso de los sacrificios , yo suplico a N. S. se digne ser por sí mismo su fortaleza , su apoyo , su divino consuelo .

» Acompaño a V. en su dolor : y al leer estos renglones V. adivinará todo cuanto no puede expresarle mi corazon ; pues en presencia de pruebas semejantes solo Dios puede hablar , que es el consolador supremo . Al lado de V. está el divino Maestro , cuyo corazon es tan compasivo : El es quien ha recibido allá a esta

alma querida, que será cada día partícipe de nuestras oraciones y sacrificios. Viva V. con ella en aquel mas allá que tan cerca está de nosotros; por medio de la fe, descorramos el velo, y sigamos a aquel que ha desaparecido en las regiones de paz y de luz, donde el padecer queda transformado en amor.

» Pido a Dios se digne ser para V. todo cuanto le llevó, y enjague con su divina mano las lágrimas de vuestros ojos ».

« Me consta que V. trabaja con incansable desvelo a mayor gloria de Dios; en procurarla de un modo o de otro debe emplearse nuestra vida; pues, según dicho del Apóstol San Pablo, en esto consiste nuestra predestinación. Sea este nuevo año un año de amor, todo para gloria de Dios. ¡Cuán grato sería poder decir el día postrero con el adorado Maestro: *« Te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me encomendaste »*.⁽¹⁾ ¡Qué consuelo dar Dios a las almas y las almas a Dios! Qué distinta viene a ser la vida cuando se orienta hacia este lado! Desde el rinconcito de nuestra celda acompaña a V. por doquiera y encomiendo a Dios a «esos dos» que con tanto acierto trabajan en su mies, mientras yo soy su pequeñito Moisés sobre la montaña ».

(1) Joan., XVII, 4.

MUY SEÑORA MÍA :

« Su buena carta me ha causado pena , pues siento la honda tristeza de su alma ; he rogado mucho por V. y he recibido en la sagrada comunión al Verbo de vida , a Aquel que vino a traer consuelos para todos los dolores , y decía hablando de los suyos , la víspera de su pasión , en su conversacion despues de la Cena , descubriendo su alma toda : « *Quiero que ellos posean la plenitud de mi gozo* » . (1)

» La abnegacion , querida señora mía , es lo que nos entrega a Dios . Muy jóven soy todavía , creo , sin embargo , que algunas veces he padecido mucho . Cuando todo se embrollaba , cuando el presente se me hacia tan doloroso y columbraba el porvenir mas triste todavía , cerraba los ojos y como un niño echábame en brazos de ese Padre que está en los Cielos .

» Amada señora mía , ¿ quiere V. permitir a esta pequeña carmelita , que tanto cariño le tiene , le diga algo de parte de nuestro divino Dueño ? Son palabras que Él dirigía a Santa Catalina de Sena : « Piensa en mí y yo pensaré en ti » . Demasiado nos cuidamos de nosotros mismos , quisiéramos ver y entender , no tenemos confianza bastante en Aquel que nos envuelve con su caridad . No debemos pararnos delante de la cruz para considerarla en sí misma ; antes bien , recogiéndonos a los resplandores de la fe , debemos elevar-

(1) Id. 13

nos mas alto y tener presente que la cruz es instrumento que obedece al amor divino.

« *Una sola cosa es necesaria, Maria ha escogido la mejor parte, de que jamas será privada* » . (1) Esta mejor parte, que al parecer es mi privilegio en esta mi amada soledad del Cármen, Dios la ofrece a cualquier alma cristiana. La presenta tambien a V., apreciada señora mia, en medio de todos sus cuidados y preocupaciones; tenga por cierto que quiere llevarla a V. cada vez mas lejos en el seno de su divinidad, entréguese por tanto a Él con todas sus preocupaciones. He hallado mi cielo en la tierra, puesto que el Cielo es Dios, y Dios está en mi alma; el día en que llegué a entenderlo, todo se iluminó para mí, y quisiera comunicar este secreto a aquellos a quienes amo, a fin de que tambien ellos se adhieran siempre a Dios en medio de todo, y que se cumpla esta oracion de Cristo: « *Padre, que ellos sean consumados en la unidad* » . (2)

(1) Luc., . 42 - (2) Joan., XV, 23.

Carta de D. Mauricio Donin, presbítero,
a Doña María Catez.

24 de marzo de 1907.

MUY APRECIADA SEÑORA :

« Mas fácil es discernir la acción divina en un alma, y averiguar su fuerza y suavidad, que expresar en nuestro pobre lenguaje humano la impresión que tras de sí deja en la memoria. No obstante, es quizás un deber rendir testimonio a la santidad cuando se ha tenido la suerte de encontrarla, aunque de paso, y proclamar como San Juan : « *Nos vidimus et testamur* ». Para el mundo es útil, aun es bueno para los fieles cristianos, no tan solo creer, sino llegar a saber por medio de ejemplos tangibles que la santidad existe siempre como realidad viviente y actual, y que las almas santas, maravillosas creaciones de la gracia, nunca faltan en la Iglesia.

» La Madre Priora que día por día, paso a paso, siguió a la hija que V. le encomendó, que la guió en las ascensiones de su vida religiosa, tan breve pero tan cumplida, ha trazado ya su retrato en algunas páginas dirigidas a sus hermanas; mas de desear es, para

consuelo y edificacion de un mayor número de almas , que tenga a bien transmitir a otros lo que conoció de la que fue tan perfectamente , aun sobre la tierra , una *alabanza de gloria* , y recoja para ellos todo el aroma de esta flor del Carmelo .

» En cuanto a mí , que tan solo un instante la vi , para darle la extrema-Uncion , y luego dos o tres veces para llevarle la sagrada Comunion , considero este providencial encuentro como una de las gracias de mi vida sacerdotal . Inestimable e imperecedero es el recuerdo que del suceso conservo , honda y viva en extremo la impresion que recibí , aunque no me sea dable traducirla o expresarla .

» Solo puedo decir que si alguna vez en el curso de mi ministerio he visto descorrerse los velos que ocultan a los agonizantes las claridades eternas para que les fuese dado vislumbrar alguno de sus destellos , si he llegado a ver una especie de trasfiguracion y aureola en las sienes de los que se remontaban hacia Dios , nunca un esplendor sobrehumano se me hizo tan visible como la noche en que entré en la celda de su querida carmelita para administrarle los últimos Sacramentos . En medio de sus grandes padecimientos , juntas las manos para la oracion , estaba tan serena y aun sonriente , contestaba con tanta lucidez a las preguntas de la Madre Priora , acogía con gratitud tan evidente la gracia que se le otorgaba , y de tal manera dejábanse ver los sentimientos de firmeza , de valor , de abandono en Dios , de union con Jesus crucificado , impre-

sos en su fisonomía, que juzgué inútil dirigirle la exhortacion que el sacerdote debe hacer en semejante trance a sus enfermos.

» Con qué profunda fe se unió a las oraciones litúrgicas ! Mientras recibía las unciones santas me parecía que estaba realizando con pleno conocimiento, con toda su voluntad, aquella consagracion, aquella oblacion de su cuerpo « *como víctima viva, santa y agradable a Dios* » de que habla San Pablo .

» Duro y trabajoso sacrificio, que solo en tres largas semanas había de acabarse, durante las cuales, estando celebrando la Misa en el convento, tuve el consuelo de llevar dos o tres veces a la que ya llamaban « la Santita » el Pan vivo que renovaba sus alientos sobrenaturales . Hube de advertir y aun tengo presente el movimiento vivo, resuelto con que se levantaba para acercarse a la reja de la comunión ; parecía que recobraba todas sus fuerzas físicas para ir al encuentro de Nuestro Señor, que a ella se llegaba .

» Apreciada señora mía, me atrevo a dirigirle estos renglones que le traen a la memoria un pasado que la embelesa y desconsuela a la vez, un calvario que V. subió con tanta fe cristiana . Mas estos recuerdos deben conducir a la alabanza de Dios . Una palabra hay capaz de consolar siempre a las almas, dicho sublime, pero abrumador para nuestra flaqueza, que la Religion únicamente pudo pronunciar : « Alegraos siempre en el Señor » . Por este gozo del todo sobrenatural, mezcla de resignacion y de esperanza, es como honrará V.

mejor la memoria bendita de su santa hija y regocijará sus miradas. En cuanto a mí, me complazco en contar con su ayuda, con su intercesion que en nombre de la obediencia me prometió; mas de una vez he experimentado ya su benéfica eficacia. Rogando por los sacerdotes sigue cumpliendo cerca de Dios su vocacion de carmelita ».

ÍNDICE

Aprobacion del Obispo de Dijon, Monseñor Monestés.	IX
Id. de Monseñor Pedro Dadolle, Obispo de Dijon.	XV
Cartas de aprobacion.	XVII
Introduccion.	I
Carta de Fr. G. Vallée, de la O. de P.	9

I. Divinas anticipaciones.

CAPÍTULO I. *Primeros años.*

La familia de Isabel. — Nacimiento y educacion de la niña. — Un defecto natural corregido por el corazon. — Muerte de su padre. — Su <i>conversion</i> . — Talento musical. — Su primera comunion. — <i>Casa de Dios</i> . — Estancias en Carcasona.	15
--	----

CAPÍTULO II. *El llamamiento divino.*

Resolucion de darse del todo a Dios. — Voto de virginidad. — En el hogar doméstico. — Vocacion puesta a prueba. — Su hermana aboga por ella. — El diario de Isabel	29
--	----

CAPÍTULO III. *La mision de 1889.*

Llama apostólica. — Correspondencia a la gracia. — Dolor de sus faltas. — Confesion general. — Arranques de gratitud. — Clausura de la mision.	45
--	----

CAPÍTULO IV. *Virtudes sobrenaturales.*

- Espíritu de oracion. — Gracias de oracion. — Influencia de Isabel. — *O crux, ave, spes unica.* — Relaciones con el Cármen. — Su último retiro en el mundo. 59

CAPÍTULO V. *El adios al mundo.*

- Tarbes y Lourdes. — El Cármen de Dijon. — Hora de gracia. — Estado de fe y abandono. — Cartas y recuerdos. — El 2 de agosto de 1901. 73

II. En el Cármen.

CAPÍTULO VI. *El Postulado.*

- El Cármen a grandes rasgos. — Gozosos arranques. — Via de recogimiento. — Los primeros ecos de la soledad. — Fervorosa preparacion. — La toma de hábito. 91

CAPÍTULO VII. *El Noviciado.*

- «La noche oscura». — Frutos de la prueba. — El secreto de la dicha. — El retiro de su profesion. — Esposa de Cristo. — Programa de santidad. — El Cielo en el alma. 105

CAPÍTULO VIII. *Alabanza de gloria.*

- Vida de fe. — En la escuela de San Pablo. — *In laudem gloriae.* — El espíritu de alabanza perfecciona las virtudes. — Segunda portera. — El oficio de ángel. — Espíritu de penitencia. — Sor Isabel de la Trinidad en la vida de comunidad. 123

CAPÍTULO IX. *Vida íntima.*

- Asiduidad a la oracion. — Retiro de 1904. — Oracion.—

Devocion a la Santisima Trinidad y la Virgen Maria.
— El 21 de noviembre de 1904. — Unico ejercicio
recogerse dentro de sí. 141

CAPÍTULO X. *Relaciones de familia.*

Primer aniversario. — El día de Ánimas de 1902. — El
culto de una madre. — Cómo premia Dios la con-
fianza. — «Mis dos bellas azucenas». — El misterio de la
adopcion divina. 153

CAPÍTULO XI. *A solas con solo Dios.*

Cartas consoladoras. — Cuán sencillo es morir. — Su sed
de inmolation. — Retiro de 1905. — [Impresiones de
última hora. — Presentimiento. 171

III. En el umbral de la eternidad.

CAPÍTULO XII. *Llama Dios a sí a su alabanza de gloria.*

San José patrono de la buena muerte. — Ejercicios de
retiro esforzadores. — La cuaresma y San Pablo. —
La Venerable Margarita del Smo. Sacramento. — El
domingo de Ramos. — Abandono santo. — Repentina
mejoría. — Cartas a su familia. 185

CAPÍTULO XIII. *Trasformacion en Jesus crucificado.*

El altar del sacrificio. — Ojeada general. — Entrevista
conmovedora. — Correspondencia epistolar. — Las
glorias del Carmelo. — Un palacio real. 203

CAPÍTULO XIV. *Cerca del Santuario.*

El Angel de Lisieux. — Noche de gracia. — Reina de las
Vírgenes y Mártires. — Janua Coeli. — La tribuna pe-
queña. — El 2 de agosto de 1906. — Últimos ejer-
cicios espirituales. 217

CAPÍTULO XV. *Gozo en el sacrificio.*

- Las Laudes nocturnas. — En la escuela de los Santos.
— Esquelitas íntimas. — Consejos varoniles. — Sed de
humillacion. — Carta eco de su vida. 233

CAPÍTULO XVI. *Últimos consuelos.*

- Rebosando caridad. — El 4 de octubre. — Las fiestas del
Triduo. — *En sociedad con el amor.* — Los preparati-
vos de una toma de hábito. — Durante la ceremonia.
— *Fuego abrasador.* 247

CAPÍTULO XVII. *Desde el Calvario al Cielo.*

- Ultima visita en el locutorio. — La gloria y el amor. —
Extrema-Uncion. — Impresiones de gracia experimen-
tadas al lado de la angelical moribunda. — Ensueño
simbólico. — *El Angelus.* — El Cielo. — Las Dedicacion-
es. 263

Apéndice

- Últimos ejercicios espirituales Laudis Gloriæ. 285
Elevacion piadosa de Sor Isabel de la Sma. Trinidad. 323
Cartas. 325
Carta de D. Mauricio Donin, presbítero, a D^a María Catez. 361

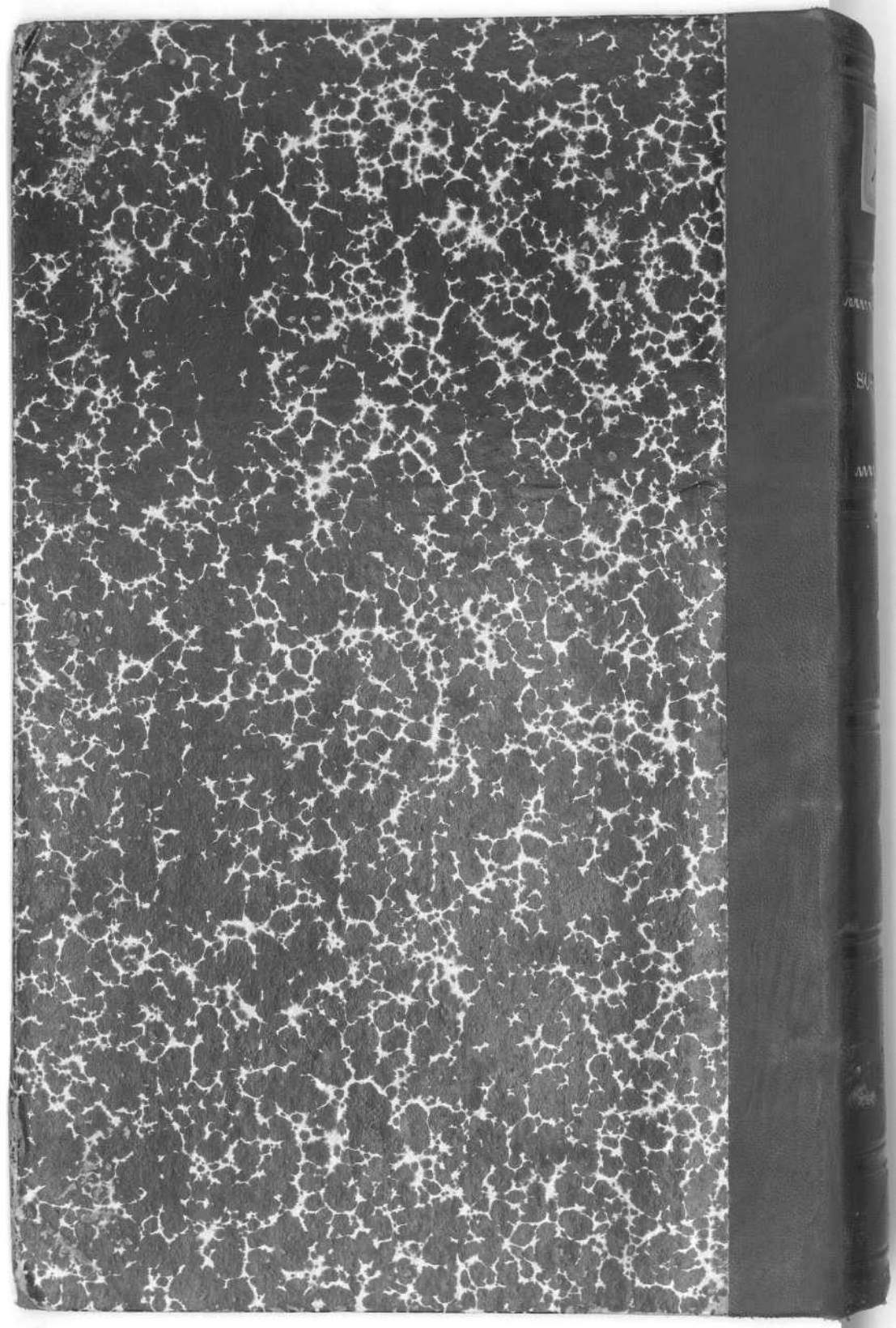
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN X

Libros escritos sobre Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	2071	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	1	Valoración actual.....	»



2071.

SOR ISABEL

